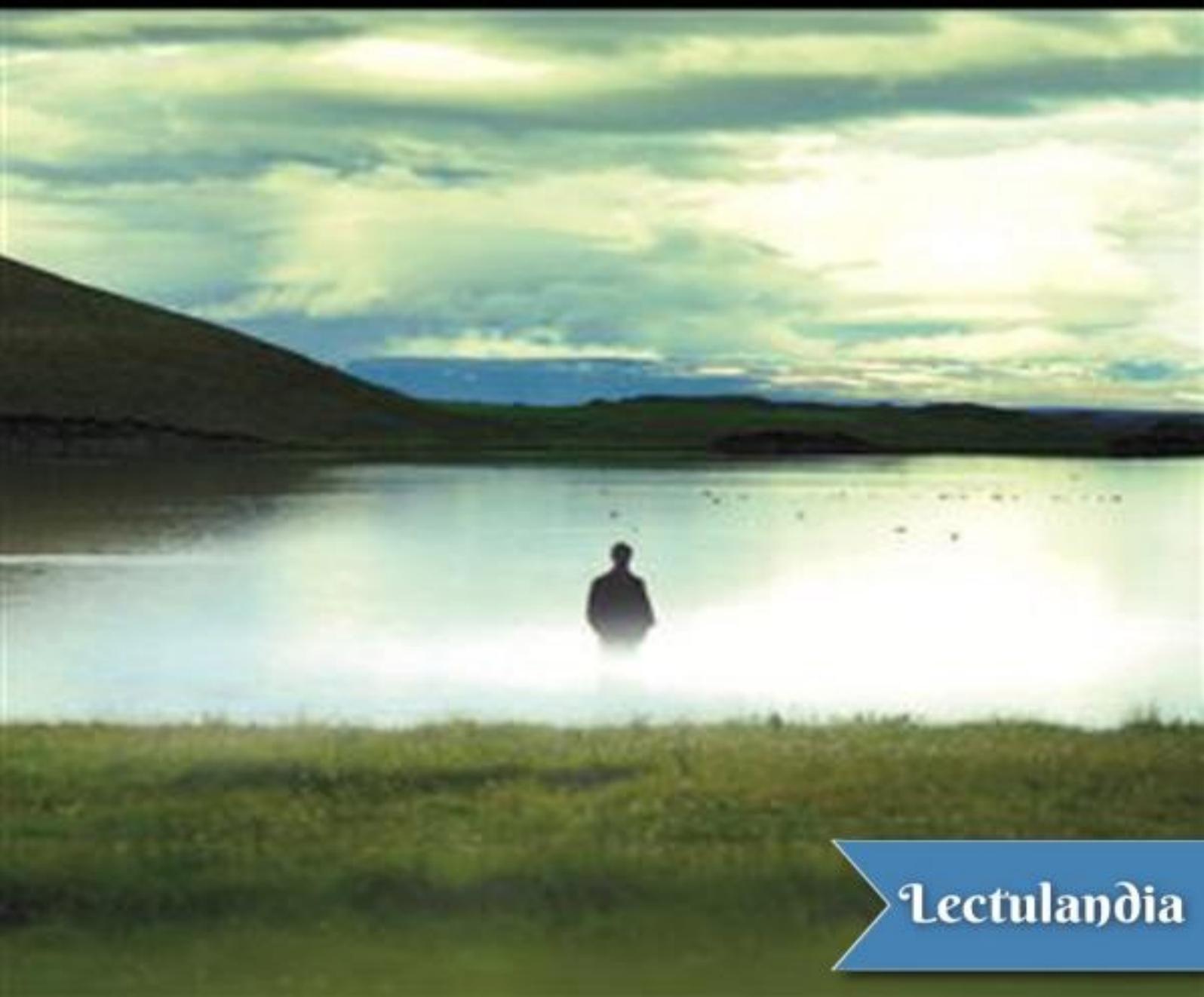


ARNALDUR INDRIDASON

El hombre del lago

UN CASO DEL INSPECTOR ERLENDUR SVEINSSON



Lectulandia

El nivel del lago Kleifarvatn ha ido bajando lentamente después de un terremoto. Al parecer, unas fisuras en el fondo están propiciando el drenaje de las aguas. Un hidrólogo local está estudiando el curioso fenómeno cuando descubre un esqueleto con un agujero en el cráneo y un viejo aparato de radio, con inscripciones en ruso, usado a modo de lastre para que el cadáver no subiera a la superficie. Todo apunta a un asesinato cometido hace bastantes años.

El inspector Erlendur Sveinsson se ocupa de la investigación. Los archivos de personas desaparecidas no le proporcionan datos demasiado fiables, aunque el caso de un vendedor que se esfumó sin dejar más rastro que un Ford Falcon aparcado en la estación, y al que una mujer todavía espera, despierta en él un interés especial. Otra historia, la de un grupo de jóvenes y brillantes estudiantes islandeses que partió, treinta años atrás, a la Alemania del Este controlada por la Stasi, a estudiar en la Universidad de Leipzig y formarse en la ideología comunista, va tomando forma.

Erlendur tiene que volver a abrir expedientes cerrados y heridas mal cicatrizadas, hurgando en el pasado —la compleja situación política de Islandia durante la Guerra Fría— y el presente de las personas involucradas en los hechos. La vida de aquellos jóvenes idealistas que partieron a Leipzig ha dado muchas vueltas desde entonces, y el peso de los recuerdos es a veces insoportable.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

El hombre del lago

Inspector Erlendur Sveinsson - 06

ePub r1.1

Titivillus 04.02.15

Título original: *Kleifarvatn*
Arnaldur Indridason, 2004
Traducción: Enrique Bernárdez Sanchis

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS ISLANDESES

Los islandeses siempre se tratan por el nombre de pila, puesto que la mayoría de ellos tienen un patronímico que termina en -son en el caso de los hijos, y en -dóttir en el caso de las hijas. Los nombres de las personas no se ordenan por el apellido, sino por el nombre, incluso en la guía telefónica. Aunque pueda parecer extraño, los policías, a pesar de las jerarquías, se llaman por el nombre de pila, y también entre policías y criminales.

El nombre completo de Erlendur es Erlendur Sveinsson, y el de su hija, Eva Lind Erlendsdóttir. Los matronímicos son menos frecuentes, aunque también se usan, cada vez más. En tal caso, una niña llamada Audur, cuya madre se llama Kolbrún, sería Audur Kolbrúnardóttir (la hija de Kolbrún).

Sin embargo, algunas familias tienen apellidos tradicionales que pueden ser nombre de lugar, adaptaciones de nombres islandeses al estilo danés o derivados directamente del danés como resultado del gobierno colonial que duró hasta principios del siglo xx. Briem es uno de esos apellidos y por ello no revela el género de su propietario. En el caso de Marion Briem, el ambiguo nombre de pila hace incrementar la intriga.

Por otra parte, los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan frecuentemente con sus significados. Por ejemplo, Erlendur quiere decir «forastero».

«Duerme, pues yo te amo.»

De un poema tradicional

1

Estuvo largo tiempo inmóvil, sin poder apartar sus ojos de los huesos, como si no pudieran estar allí. Ni ella tampoco.

Pensó que serían de alguna oveja que se había ahogado, pero al aproximarse más vio la calavera medio enterrada en el fondo del lago y comprendió que se trataba del esqueleto de un ser humano. Las costillas sobresalían de la arena, y más abajo podían distinguirse las siluetas de los huesos de las piernas. El esqueleto estaba tumbado sobre el costado izquierdo, y la mujer veía el lado derecho del cráneo, las vacías cuencas de los ojos y tres dientes en la mandíbula superior. Uno de ellos tenía un gran empaste de plata. En la cavidad del cráneo había un gran agujero, y la mujer pensó, maquinalmente, que podía deberse al golpe de un martillo. Se inclinó y miró fijamente la calavera. Vacilante, introdujo un dedo en el agujero. Estaba lleno de arena.

No sabía por qué había pensado en un martillo, y se le pusieron los pelos de punta ante la simple idea de imaginar que a alguien le golpearan en la cabeza con un martillo. Además, el agujero era un poco más grande que el que produciría un martillo. Tenía el tamaño de una caja de cerillas. Decidió no tocar más el esqueleto. Sacó su móvil y marcó el número de tres cifras.

No sabía qué tenía que decirles. Todo aquello resultaba muy irreal. Un esqueleto tan adentro del lago, enterrado en el fondo arenoso. Y ella tampoco estaba en su mejor forma. Enseguida se había puesto a pensar en martillos y cajas de cerillas. Le resultaba difícil concentrarse. Sus pensamientos se dispersaban aquí y allí y apenas conseguía encauzarlos.

Probablemente se debía a la resaca. Su intención había sido quedarse todo el día en casa, pero luego cambió de opinión, cogió el coche y se acercó hasta el lago. Pensó que su obligación era comprobar los instrumentos de medición. Era científica. Siempre había querido ser científica y sabía que siempre había que comprobar muy bien las medidas y los instrumentos. Pero tenía una resaca espantosa y su mente distaba mucho de la lucidez. La celebración anual de la Compañía de Distribución de la Energía había sido la noche anterior y, como ocurría de vez en cuando, había bebido demasiado.

Pensó en el hombre que estaba en su casa, acostado en su cama. Sabía que era por su culpa que se había marchado a pasear al lago. No había querido despertarse a su lado y confiaba en que ya se habría ido cuando ella regresara a su casa. La había acompañado después de la fiesta, y la noche no fue demasiado emocionante. Lo mismo que con los otros a los que había conocido desde su divorcio. Apenas habló de otra cosa que no fuera su colección de discos, y seguía con el mismo tema mucho después de que ella hubiera dejado de mostrar el menor interés. Luego se quedó dormida en el sillón del salón. Cuando despertó, vio que él estaba acostado en su cama, durmiendo con la boca abierta, vestido sólo con unos calzoncillos ridículos y

unos calcetines negros.

—Emergencias —dijo una voz al móvil.

—Sí, quería informar del hallazgo de un esqueleto —dijo la mujer—. Hay una calavera con un agujero.

Carraspeó. ¡Demonios de resaca! ¿Quién dice una cosa así? Una calavera con un agujero. Recordó una frase que había sobre una moneda de diez céntimos con un agujero. ¿O era una de dos coronas?

—¿Cómo te llamas? —dijo la voz indiferente de la línea de Emergencias.

Fue capaz de ordenar un poco su mente y dijo su nombre.

—¿Y dónde estás?

—En el lago Kleifarvatn. En la parte norte.

—¿Lo sacaste en una red?

—No. Está enterrado en el fondo del lago.

—¿Estabas buceando?

—No. Sobresale directamente del fondo. Las costillas y el cráneo.

—¿Y está en el fondo?

—Sí.

—¿Y cómo puedes verlo, entonces?

—Porque estoy aquí, mirándolo.

—¿Lo has llevado a tierra?

—No, no lo he tocado —mintió sin querer.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—¡No vengas con gilipollices! —dijo la voz, que había acabado por enfadarse—. ¿Es una broma? ¿Sabes lo que te puede costar una llamada graciosa como esta?

—No se trata de ninguna broma. Estoy aquí viendo el esqueleto.

—¿Qué pasa, que puedes caminar sobre el lago?

—El lago ha desaparecido. Ya no hay agua. Sólo está el fondo. Es ahí donde se encuentra el esqueleto.

—¿Qué quiere decir que el agua ha desaparecido?

—El agua no ha desaparecido por completo, pero en el lugar donde estoy en este momento ya no hay agua. Soy ingeniera hidráulica de la Compañía de Distribución de la Energía. Estaba comprobando el nivel del agua cuando me encontré el esqueleto. Tiene un agujero en la caja craneal y está prácticamente enterrado en el fondo arenoso. Al principio pensé que se trataba de una oveja.

—¿Una oveja?

—El otro día encontramos una que se ahogó en el lago hace mucho tiempo. Cuando el lago era mucho más grande.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—Espera y no te muevas de ahí —dijo la voz sin mucho interés—. Envío un coche.

Se quedó inmóvil al lado del esqueleto durante un rato, y luego se acercó al borde

del agua y midió la distancia. Estaba segura de que el esqueleto no había salido a la luz todavía cuando estuvo allí tomando medidas, en aquel mismo lugar, dos semanas atrás. Lo habría visto. La superficie del agua había descendido aproximadamente un metro en ese espacio de tiempo.

Era un misterio que estaban intentando resolver desde que unos ingenieros de la Compañía de Distribución de la Energía se dieron cuenta por primera vez de que el nivel del lago Kleifarvatn estaba descendiendo rápidamente. El año 1964, la compañía instaló un aparato automático que medía la altura del agua, y una de las tareas de los hidrólogos consistía en vigilar las mediciones. En el verano de 2000 pensaron que el medidor se había estropeado. Cada día parecía perderse una cantidad increíble de agua, el doble de la habitual.

Volvió a donde estaba el esqueleto. Se moría de ganas de observarlo mejor, excavar a su alrededor y quitarle la arena. Pero pensó que, probablemente, a la policía eso no le gustaría demasiado. Estuvo pensando si sería hombre o mujer, y recordó haber leído en alguna ocasión, probablemente en alguna novela policíaca, que casi no existían diferencias entre los esqueletos de uno y otro sexo; sólo la pelvis era distinta. Luego recordó que alguien le había dicho que no había que hacer mucho caso de lo que se contaba en las novelas negras. No podía ver la pelvis, que estaba enterrada en la arena, y pensó que, seguramente, ni siquiera habría sido capaz de apreciar la diferencia.

El malestar de la resaca iba en aumento, y se sentó al lado de los huesos. Era domingo por la mañana y algunos coches pasaban cerca del lago. Imaginaba que serían familias que iban de excursión por el sur, hacia Herdísarvík o Selvogur. Era un recorrido muy popular y muy bonito, entre campos de lava y pequeñas colinas, que pasaba junto al lago y culminaba a la orilla del mar. Pensó en las familias que iban en los coches. Su marido la dejó al saber que no podrían tener hijos. Él se volvió a casar poco tiempo después y ahora tenía dos niños preciosos. Había encontrado la felicidad.

Ella lo único que había encontrado era un hombre al que apenas conocía, que en aquel momento estaba acostado en su cama con los calcetines puestos. Según iba cumpliendo años, se le iba haciendo cada vez más difícil encontrar hombres decentes. La mayoría estaban divorciados como ella o, lo que era todavía peor, nunca habían tenido una relación estable.

Miró con pena el esqueleto semienterrado en la arena, y estuvo casi a punto de echarse a llorar.

Más o menos una hora más tarde llegó un coche de la policía que habían enviado desde Hafnarfjörður. No tenía ninguna prisa, recorría con tranquilidad la carretera que bordeaba el lago. Era el mes de mayo, el sol estaba ya bastante alto y se reflejaba en la lisa superficie del agua. La mujer seguía sentada en la arena, observando la carretera, e hizo señales al coche, que se detuvo en el arcén. Salieron dos policías que la miraron y echaron a andar.

Estuvieron un buen rato silenciosos delante del esqueleto hasta que uno de ellos le dio un golpecito a una de las costillas.

—¿Estaría pescando? —dijo a su colega.

—¿En barca? —preguntó el otro.

—O llegó hasta aquí a pie, vadeando.

—Tiene un agujero —explicó la mujer, mirando a uno y luego al otro—. En el cráneo.

Uno de ellos se inclinó.

—Vaya —dijo.

—Pudo haber caído de la barca y romperse la cabeza —comentó su colega.

—Está lleno de arena —afirmó el que había hablado primero.

—¿No deberíamos llamar a la Científica? —dijo el otro, pensativo.

—¿No están casi todos en América? —preguntó su compañero, mirando hacia el cielo—. En un congreso de criminología, creo.

El otro policía asintió. Luego estuvieron en silencio un buen rato hasta que uno de los policías se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde ha ido el agua? —preguntó.

—Existen varias teorías —respondió ella—. ¿Qué pensáis hacer? ¿Puedo irme a mi casa?

Los policías se miraron, anotaron el nombre de la mujer y le dieron las gracias sin pedir disculpas por la espera. A ella le daba igual. No tenía ninguna prisa. Hacía un día precioso en el lago, y habría disfrutado aún más, incluso con el resacón que tenía, de no haberse encontrado el esqueleto. Pensó si el hombre de los calcetines negros se habría ido ya a su casa, confiando en que, efectivamente, así fuera. Pensaba alquilar una película y pasarse la tarde delante del televisor, bien tapada con una manta.

A lo mejor alquilaba una buena película policíaca.

2

Los policías informaron a su jefe en Hafnarfjörður sobre el esqueleto hallado en el lago, y necesitaron cierto tiempo para explicarle cómo era posible estar al mismo tiempo en medio del lago y con los pies en seco.

El jefe llamó al comisario de guardia en la jefatura nacional de policía, le habló del hallazgo del esqueleto y preguntó si la policía nacional preferiría hacerse cargo directamente del caso.

—Esto es algo para auténticos profesionales —dijo el comisario de guardia—. Creo que tengo el hombre adecuado.

—¿Quién?

—Le hemos obligado a que se cogiera unos días de vacaciones; lleva cinco años sin disfrutarlas, creo, pero sé que se alegrará de tener algo que hacer. Le interesan mucho las desapariciones. Se divierte con todo este rollo.

El comisario de guardia se despidió de su colega de Hafnarfjörður, volvió a coger el teléfono y pidió que buscaran a Erlendur Sveinsson y lo mandaran a Kleifarvatn con un grupito de investigación.

Erlendur estaba sumergido en las páginas de un libro cuando sonó el teléfono. Intentaba evitar el brillo del sol de mayo, como tenía por costumbre. Colgaba una espesa cortina ante la ventana del salón y tenía cerrada la puerta de la cocina, cubierta sólo con unos ligeros visillos. Así, conseguía suficiente oscuridad para tener que encender la lámpara de pie que había al lado del sillón.

Erlendur conocía bien aquel relato. Ya lo había leído bastantes veces. Trataba del viaje de unos hombres durante el otoño de 1868, desde Skaftártunga, por el camino de montaña de Fjallabak hasta el norte del Mýrdalsjökull. Tenían intención de llegar a Gardar, en el sureste del país, para embarcarse. Iba con ellos un muchacho de diecisiete años, llamado David. Los hombres eran viajeros avezados y conocían bien el camino, pero al poco de iniciar el recorrido se desató un temporal terrible y no pudieron llegar a ninguna zona habitada. Se puso en marcha una intensa operación de búsqueda pero no se encontró ni el más mínimo rastro de ellos. Tuvieron que pasar diez años para que sus esqueletos fueran encontrados de forma casual al lado de una gran duna de arena, al sur de Kaldaklof. Se habían tapado con las mantas y yacían todos muy juntos.

Erlendur levantó los ojos en la oscuridad y vio ante él al muchachito del grupo, nervioso y angustiado. Parecía saber lo que iba a suceder antes de ponerse en camino; en la comarca, causó extrañeza que repartiera sus juguetes entre sus hermanos y hermanas, diciéndoles que no volvería nunca más por allí.

Erlendur dejó el libro, se puso en pie, totalmente entumecido, y respondió al teléfono. Era Elínborg.

—¿Piensas asistir? —le espetó.

—¿Tengo otra opción? —respondió Erlendur.

Elínborg había estado trabajando durante varios años en un libro de cocina que por fin iba a publicarse.

—Dios mío, qué nerviosa estoy. ¿Cómo crees que lo recibirán?

—Yo casi ni me aclaro aún con el microondas —dijo Erlendur—. Así que quizá yo...

—Al editor le gustó mucho —dijo Elínborg—. Y las fotos de los platos son estupendas. Se las encargaron a un especialista. Y luego hay un capítulo sobre comidas navideñas...

—Elínborg.

—Sí.

—¿Llamabas por algo en especial?

—Un esqueleto en Kleifarvatn —dijo Elínborg, bajando la voz al no hablar ya del libro de cocina—. Tengo que ir a recogerlo. El lago ha bajado de nivel o algo así y esta mañana encontraron allí un esqueleto. Quieren que le eches un vistazo.

—¿Que el lago ha bajado de nivel?

—Sí, no lo entendí bien.

Sigurður Óli estaba al lado del esqueleto cuando Erlendur y Elínborg llegaron al lago. Estaban a la espera de que llegase la Científica desde la central de policía. Los agentes de Hafnarfjörður estaban atareados intentando colocar una cinta amarilla de plástico para delimitar el escenario, pero se encontraron con el problema de que no tenían dónde sujetarla. Sigurður Óli observaba sus denodados esfuerzos mientras intentaba recordar algún chiste sobre lo tontos que son los de Hafnarfjörður, pero sin éxito.

—¿No estabas de vacaciones? —preguntó a Erlendur al verlo venir hacia él por la arena.

—Sí, claro —respondió Erlendur—. Y tú, ¿qué me cuentas?

Same old —dijo Sigurður Óli. Levantó la vista hacia la carretera, donde acababa de aparcar, en el arcén, un vehículo todoterreno de considerable tamaño, de alguna agencia de noticias—. Le dijeron que podía irse a casa —añadió, señalando con la cabeza a los agentes de Hafnarfjörður—. A la mujer que encontró el esqueleto. Estaba midiendo no sé qué por aquí. Podemos hablar con ella después, si queremos saber por qué ha desaparecido el agua. Si todo fuera como es debido, ahora estaríamos más que ahogados.

—¿Tienes mejor el hombro?

—Sí. ¿Y cómo anda Eva Lind?

—Aún no se ha dado a la fuga —dijo Erlendur—. Creo que lo lamenta, pero no sé nada más.

Se puso en cuclillas y observó la parte del esqueleto que se hallaba a la vista. Metió el dedo en el agujero del cráneo y acarició una de las costillas.

—A este tío le dieron un buen golpe en la cabeza —dijo, incorporándose.

—No podía ser más obvio —dijo Elínborg en tono irónico—. Si es que se trata de un tío —añadió.

—Parece el resultado de una paliza, ¿no? —dijo Sigurdur Óli—. El agujero está justo detrás de la sien derecha. Quizá no fue preciso nada más que un golpe.

—Quizá no pueda excluirse que estuviera solo en una barca y se cayera por la borda —dijo Erlendur mirando a Elínborg—. Ese tonillo, Elínborg —añadió—, ¿es el de tu libro de cocina?

—Naturalmente, hace mucho que el agua se llevó el fragmento de hueso —dijo Elínborg, sin responderle.

—Tenemos que sacar el esqueleto —dijo Sigurdur Óli—. ¿Cuándo llegan los de la Científica?

Erlendur vio que había más vehículos aparcados en el arcén, e imaginó que la noticia del hallazgo del esqueleto habría circulado ya por los medios de comunicación.

—¿No tienen que montar un toldo? —dijo, mirando hacia la carretera.

—Sí —dijo Sigurdur Óli—. Seguro que traen una tienda.

—¿Quieres decir que tal vez estaba pescando solo en el lago? —intervino Elínborg.

—No, se trata sólo de una posibilidad —dijo Erlendur.

—¿Y si le dieron un golpe?

—Entonces no fue un accidente —dijo Sigurdur Óli.

—No tenemos ni idea de lo que sucedió —repuso Erlendur—. A lo mejor le dieron un golpe. A lo mejor vino al lago con alguien y estuvieron pescando, y de pronto, uno de ellos sacó un martillo. A lo mejor eran sólo dos. A lo mejor eran cinco.

—O también —dijo Sigurdur Óli— le golpearon en la cabeza en cualquier sitio de la ciudad y lo trajeron al lago y lo hundieron aquí.

—¿Y cómo lo hundieron? —preguntó Elínborg—. Es necesario algo para mantener un cadáver en el fondo del lago.

—¿Es un adulto? —preguntó Sigurdur Óli.

—Diles que se mantengan a una distancia prudencial —dijo Erlendur, observando a los periodistas que bajaban como podían desde la carretera al fondo del lago.

Una avioneta se aproximó desde Reikiavik e hizo una pasada a baja altura sobre el lago, y pudieron ver a un hombre con una cámara de vídeo.

Sigurdur Óli se dirigió hacia los periodistas. Erlendur bajó hasta el borde del agua. Las olas rompían suavemente en la arena, y se quedó mirando el sol de la tarde destellar en la superficie del agua, mientras pensaba en qué podía estar sucediendo. ¿Estaba descendiendo el nivel del agua por la acción humana, o era cuestión de la naturaleza? Parecía como si el mismo lago hubiera decidido poner el crimen al descubierto. ¿Ocultaba más delitos en lugares aún más profundos, donde el agua era todavía oscura y tranquila? Levantó la vista hacia la carretera. Unos cuantos

especialistas de la Científica vestidos con monos blancos caminaban apresurados hacia él por la arena. Llevaban una tienda y bolsas llenas de objetos misteriosos. Alzó los ojos al cielo y notó en el rostro el calor del sol.

Quizás era el sol el que secaba el agua.

Lo primero que descubrieron los de la Científica, en cuanto empezaron a quitar la arena del esqueleto con unas pequeñas palas y cepillos de cerdas suaves, fue una cuerda entre las costillas, junto a la columna vertebral, que llegaba debajo del esqueleto, donde desaparecía en la arena.

La hidróloga se llamaba Sunna y acababa de acomodarse en el sofá, bien cubierta con una manta. Había puesto la cinta, una película americana de intriga titulada *El coleccionista de huesos*. El hombre de los calcetines negros se había marchado. Había dejado dos números de teléfono, que Sunna tiró al retrete. La película estaba justo empezando cuando sonó el timbre de la puerta. No hacían más que fastidiarla. Pensó en fingir que no estaba en casa. Si no eran vendedores de móviles serían vendedores de pescado seco, o chicos que recogían botellas con la falsa excusa de que eran para la Cruz Roja. El timbre volvió a sonar. Así que suspiró y se quitó la manta de encima.

Cuando abrió la puerta, se encontró con dos hombres. Uno de ellos tenía aspecto triste, era cargado de hombros y mostraba un extraño gesto de dolor en el rostro; andaría por los cincuenta y pico. El otro era más joven y mucho más apuesto, incluso le pareció guapo.

Erlendur la vio mirar con interés a Sigurdur Óli y no pudo reprimir una sonrisa.

—Es por lo de Kleifarvatn —dijo.

Cuando estuvieron sentados en el salón, Sunna les contó lo que ella y el resto del personal de la Compañía de Distribución de la Energía pensaban que había sucedido.

—El lago no tiene pérdidas en la superficie —dijo Sunna—, sino que el agua se filtra en el fondo, un metro cúbico por segundo los años pasados, lo que mantenía más o menos el equilibrio.

Erlendur y Sigurdur Óli la miraban intentando aparentar gran interés.

—Recordaréis el terremoto en la región de Sudurland, el 17 de junio del año 2000, ¿no? —dijo, y ellos respondieron con un movimiento de la cabeza—. Unos cinco segundos después, un gran seísmo afectó al Kleifarvatn, lo que hizo que se multiplicara por dos la pérdida de agua. Al principio, cuando empezó a disminuir el nivel, se pensó que se trataría de una pérdida de poca importancia, pero luego resultó que corría como una cascada por las grietas que recorren el fondo del Kleifarvatn, y que llevan allí muchos años. Al parecer se abrieron con el seísmo, con las consecuencias que conocemos. El lago tenía diez kilómetros cuadrados y ahora tiene sólo ocho. El nivel del agua ha bajado al menos cuatro metros.

—Y por eso aparecieron los huesos —dijo Erlendur.

—Encontramos los huesos de una oveja cuando el nivel había bajado unos dos metros —dijo Sunna—. Pero, naturalmente, al pobre animal no le habían dado ningún golpe en la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso del golpe en la cabeza? —preguntó Sigurdur Óli.

Sunna le miró. Había intentado disimular al mirarle las manos. Intentaba ver si llevaba anillo de casado.

—Vi el agujero del cráneo —respondió—. ¿Sabéis quién es?

—No —dijo Erlendur—. Para llegar tan adentro del lago, tuvo que utilizar una barca, ¿verdad?

—Si lo que preguntas es si alguien habría podido llegar andando hasta el lugar donde están los huesos, la respuesta es no. Allí había por lo menos una profundidad de cuatro metros hasta hace poco tiempo. Y si eso sucedió hace muchos años, de lo que no tengo ni idea, claro, entonces es bastante probable que la profundidad fuera aún mayor.

—¿De modo que fueron en barca? —dijo Sigurdur Óli—. ¿Hay barcas en el lago?

—Hay algunas casas por aquí cerca —dijo, mirándole a los ojos. Tenía unos ojos muy bonitos, azul oscuro, con cejas finas—. A lo mejor tienen barcas. Yo nunca he visto ninguna en el lago.

«No estaría mal largarnos remando», pensó.

El móvil de Erlendur empezó a sonar. Era Elínborg.

—Tendrías que volver por aquí —le dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Erlendur.

—Ven a ver esto. Es rarísimo. Nunca he visto nada parecido.

3

Se levantó, apagó las noticias de la tele y suspiró profundamente. Habían hablado extensamente del hallazgo de un esqueleto en el lago Kleifarvatn y habían entrevistado al comisario de la Policía Criminal, quien había asegurado que llevarían a cabo una exhaustiva investigación sobre el caso.

Se acercó a la ventana y miró hacia el mar. Vio en la acera a la pareja que pasaba todas las tardes enfrente de su casa, el hombre un poco adelantado, como siempre, la mujer intentando no quedar rezagada. Charlaban mientras caminaban, él hablaba hacia atrás por encima del hombro, y ella parloteaba a su espalda. Llevaban años pasando por delante de la casa, y ya hacía tiempo que no mostraban interés alguno por lo que les rodeaba. Antes, a veces, miraban hacia su casa y las otras edificaciones de la calle junto al mar, y a los jardines. En algunas ocasiones incluso se detenían para contemplar nuevos juegos para niños, o las reparaciones de vallas y terrazas. Daba igual el tiempo que hiciera, o incluso la estación del año, siempre daban su paseo por la tarde o ya al anochecer, siempre los dos juntos.

Miró hacia el mar y vio un gran barco de carga en el horizonte. El sol estaba aún alto, aunque ya era bastante tarde. Se acercaba la época más luminosa del año, antes de que los días empezaran de nuevo a ser más cortos hasta llegar a desaparecer. La primavera había sido preciosa. Había notado la presencia del primer chorlito delante de su casa a mediados de abril. Habían llegado acompañando a los vientos primaverales que soplaban desde Europa.

La primera vez que se embarcó era a finales de verano. En aquella época, los cargueros no eran tan inmensos y no llevaban contenedores. Recordaba a los marineros bajando a la bodega sacos de hasta cincuenta kilos. Recordaba sus historias de contrabandistas. Le conocían porque trabajaba en el puerto durante los veranos, y se divertían contándole cómo engañaban a los aduaneros. Algunas historias eran auténticas aventuras, aunque él sabía que no eran más que invenciones. Otras eran apasionantes y cargadas de emoción, y no tenían por qué ser inventadas. Y algunas de sus historias no se las contaron nunca. Aunque decían que estaban seguros de que no andaría él contándolas por ahí. ¡Él, un comunista que estudiaba bachillerato!

No, no andaría contándolas por ahí.

Miró hacia el televisor. Tuvo la sensación de que se había pasado toda la vida esperando aquella noticia.

Era socialista desde cuando podía recordar, al igual que toda su familia, tanto materna como paterna. No sabían qué era eso de ser apolítico y él había crecido odiando a los conservadores. Su padre había participado en el movimiento obrero desde los primeros decenios del siglo xx. En su casa se hablaba mucho de política, y se gestaba

un odio profundo contra la presencia del ejército norteamericano en Keflavík, presencia que la pequeña clase capitalista islandesa aceptaba con pleno entusiasmo. Era la clase dominante islandesa la que se beneficiaba más de la presencia del ejército.

Luego estaba la gente entre la que se movía, sus amigos, de entornos parecidos al suyo. Podían ser muy radicales y algunos eran maestros de la elocuencia. Recordaba bien las asambleas. Recordaba la pasión. El ardor de los que hacían uso de la palabra. Asistía a los mítines con sus colegas, que por aquel entonces empezaban a ser miembros activos en el movimiento juvenil del partido, y escuchaba a su jefe cuando pronunciaba encendidos y atronadores discursos contra el capital que explotaba a los proletarios, y contra el ejército norteamericano que los tenía a todos en el bolsillo. Todo lo que oía le conmovía, porque había sido educado como nacionalista islandés y como socialista del ala dura y sabía perfectamente lo que tenía que creer. Sabía que la verdad estaba de su lado.

En sus reuniones hablaban mucho del ejército norteamericano instalado en Keflavík, y de las triquiñuelas a las que había recurrido el capitalismo islandés para que los militares pudieran instalar una base en tierra islandesa. Sabía cómo habían vendido el país a los americanos para que los capitalistas islandeses pudieran engordar como cerdos con las sobras que les dejaran. Cuando no era más que un adolescente, estuvo en Austurvöllur el día en que los sicarios del gobierno salieron del edificio del Parlamento como una tromba, arrojando gases lacrimógenos y golpeando a los manifestantes con porras. ¡Los que venden el país son siervos del imperialismo norteamericano! ¡Estamos siendo pisoteados por las botas de los capitalistas yanquis! Los jóvenes socialistas tenían eslóganes de sobra.

Él también formaba parte del pueblo oprimido. Se sentía arrastrado por la pasión y la elocuencia de la justa idea de que todos han de ser iguales. El empresario tenía que trabajar en la fábrica al lado de sus obreros. ¡Fuera las desigualdades de clase! Creía en el socialismo con convicción y firmeza. Sentía en lo más profundo de su ser la necesidad de servir a la causa, de convencer a los demás para que se unieran a ella, y de luchar por los que eran demasiado débiles para hacerlo por sí mismos, por los trabajadores y todos los oprimidos.

Arriba, parias de la tierra...

Participaba activamente en los debates de las reuniones, y se hacía con todas las lecturas del movimiento juvenil. Buscaba los libros en bibliotecas y librerías. Había de sobra. Quería que se le escuchara. Sabía en lo más profundo que su arma era la verdad. Muchas cosas de las que oía en el movimiento juvenil le inflamaban en un sentimiento de justicia.

Poco a poco fue aprendiendo las respuestas a las preguntas sobre el materialismo dialéctico, la guerra de clases como impulsora de la historia, sobre capital y proletariado, y cuanto más leía y más influido se veía por sus lecturas empezó a adornar sus propias palabras incluyendo aquí y allí expresiones al estilo de los

pensadores revolucionarios. Al poco había adelantado a sus compañeros en su conocimiento del marxismo y en su elocuencia, hasta despertar el interés del jefe del movimiento juvenil. Era fundamental la elección de miembros de la dirección y la redacción de resoluciones, y le preguntaron si quería formar parte de la dirección. Por entonces estaba en tercero de bachillerato y tenía dieciocho años de edad. En el instituto habían fundado un comité de debate al que llamaban Bandera Roja. Su padre había decidido que él sería el único de los cuatro hermanos en hacer el bachillerato. Toda la vida le estuvo agradecido por ello.

A pesar de todo.

Las Juventudes eran muy activas, publicaban un boletín y realizaban frecuentes reuniones. El secretario general incluso había sido invitado a Moscú y había regresado lleno de historias sobre el estado proletario. El desarrollo era espléndido. La gente era feliz en extremo. Tenían todo cuanto podían necesitar. Las cooperativas y la planificación económica prometían progresos superiores a todo lo conocido. La reconstrucción económica de la posguerra avanzaba superando todas las expectativas. Surgían industrias de las que el pueblo y la clase trabajadora eran propietarios y directores. Nuevos barrios residenciales surgían en los alrededores de la ciudad. Todos los servicios médicos eran gratuitos. Todo lo que habían leído, todo lo que habían oído, era cierto. Absolutamente cierto. ¡Qué tiempos!

Algunos otros habían viajado a la Unión Soviética y hablaban de una realidad diferente, menos positiva. Pero no tenían influencia alguna sobre los jóvenes militantes. Esos individuos eran heraldos del capitalismo. Habían traicionado a la causa, a la lucha por una sociedad más justa.

A las reuniones del comité de debate Bandera Roja asistía mucha gente, y consiguieron que cada vez fueran más los jóvenes que se inscribían en el movimiento. Fue elegido presidente de la asociación por unanimidad, y al poco empezó a despertar el interés de los cuadros superiores del Partido Socialista. En su último año de bachillerato, que concluyó con unas calificaciones excelentes, resultó evidente que tenía madera de futuro dirigente.

Se apartó de la ventana y se acercó a la fotografía de un grupo de estudiantes de su antigua clase que colgaba encima del piano. Miró los rostros bajo las gorras blancas. Los chicos con traje de chaqueta negro, las chicas con falda. El sol brillaba sobre el edificio del instituto y deslumbraba sobre las gorras blancas de los estudiantes. Era el segundo mejor alumno del curso. A punto estuvo de ser el primero. Pasó la mano por la fotografía. Echaba de menos sus años de instituto. Echaba de menos la época en que sus convicciones eran tan fuertes que nada podía quebrantarlas.

El último año de bachillerato le ofrecieron empleo en el órgano de prensa del partido.

Durante varios veranos había trabajado en la descarga de mercancías en el puerto, y allí había conocido a estibadores y marineros con quienes había mantenido largas conversaciones. Le llamaban «el comunista», y varios de ellos eran de lo más reaccionario que uno podía imaginarse. Estaba interesado en el periodismo y sabía que el periódico era uno de los elementos básicos del partido. Antes de empezar a trabajar en el diario, fue con el secretario del movimiento juvenil a visitar al vicepresidente del partido. Era un hombre flaquísimo y, cuando entraron en el despacho, estaba sentado en un sillón limpiando sus gafas con un pañuelo. Les habló de la instauración de un estado socialista en Islandia. Hablaba en voz baja y todo lo que decía era tan verdadero y tan justo que un escalofrío le recorrió la columna vertebral mientras devoraba cada palabra que le decía, sentado en el saloncito.

Era buen estudiante. Daba igual la asignatura que fuese, historia, matemáticas, no importaba. Lo que le entraba una sola vez en la cabeza, lo guardaba y podía recordarlo a voluntad cuando quisiera. Su memoria y sus dotes para el estudio le resultarían muy útiles en el periodismo, y aprendió muy deprisa. Trabajaba con rapidez y sus ideas eran brillantes, podía hacer una larga entrevista sin tener que ir apuntando todo lo que oía, le bastaba con anotar unas cuantas frases. Sabía que el periodismo que practicaba no era imparcial, pero nadie hacía entonces otra cosa.

Al otoño siguiente quería entrar en la Universidad de Islandia, pero en el partido le pidieron que continuara trabajando en el periódico durante el invierno. No se lo pensó dos veces. A mediados de invierno, el vicepresidente lo convocó a una reunión en su casa. El Partido Comunista de Alemania Oriental invitaba a unos cuantos estudiantes islandeses a estudiar en la Universidad de Leipzig. Si aceptaba tendría que pagarse el viaje, pero allí le proporcionarían alojamiento y tendría cubiertos todos los demás gastos.

Deseaba ir a Europa Oriental o la Unión Soviética para ver con sus propios ojos la reconstrucción de la posguerra. Quería viajar y conocer gente y aprender idiomas. Quería conocer el socialismo en acción. En el último año de bachillerato había estado pensando en solicitar plaza en la Universidad de Moscú, y aún no se había decidido del todo cuando fue a ver al vicepresidente. Este limpió las gafas con el pañuelo y dijo que estudiar en Leipzig sería una oportunidad única para conocer el funcionamiento de un estado comunista, para ver con sus propios ojos el socialismo real y para educarse con el objetivo de trabajar después para su país.

El vicepresidente se puso las gafas.

—Y por la causa —añadió—. Además, allí te lo pasarás muy bien. Leipzig es famosa por su historia, incluso es parte de la historia de nuestra cultura. Allí viajó Halldór Laxness para visitar a su amigo Jóhann Jónsson. Y los cuentos y leyendas populares de Jón Árnason fueron impresos por la editorial Hinrich en Leipzig, en 1862.

Asintió. Había leído todo lo que había escrito Halldór Laxness sobre el socialismo del Este, y lo admiraba por su poder de convicción. Existía la posibilidad de trabajar

en un barco de carga que viajara allá desde Islandia. Su tío paterno conocía a un hombre de la naviera, que era quien le proporcionaba los trabajos de verano. No hubo problema en conseguir plaza en el barco. Toda la familia estaba encantada. Ninguno de ellos había viajado jamás al extranjero. Nadie se había embarcado, y desde luego ni se habían aproximado a la oportunidad de estudiar en una universidad. Parecía una gran aventura. Se contaron unos a otros la maravillosa noticia por teléfono y por carta. La gente decía que llegaría a ser alguien importante. ¡Seguramente acabará incluso de ministro! La primera escala fue en las islas Feroe, luego Copenhague, Rotterdam y Hamburgo, donde dejó el barco. Desde allí tomó un tren hasta Berlín y durmió una noche en la estación. Al día siguiente por la tarde tomó un tren hasta Leipzig. Sabía que no habría nadie para recibirle. Tenía una dirección apuntada en un papel que llevaba en el bolsillo, y fue preguntando hasta que llegó a su destino.

Tenía ante sí la fotografía del grupo de estudiantes y suspiró; miró el rostro de su amigo en Leipzig. Estaban en la misma clase del instituto. Si entonces hubiera sabido lo que iba a ocurrir.

Se preguntó si la policía llegaría alguna vez a averiguar la verdad sobre el hombre del lago. Le confortaba pensar que hacía ya tanto tiempo y que a nadie le importaría ya lo que había sucedido.

A nadie le importaría ya el hombre del Kleifarvatn.

La Policía Científica había levantado una gran tienda de campaña encima del esqueleto. Elínborg estaba delante y observaba cómo Erlendur y Sigurdur Óli se le acercaban a grandes pasos por el fondo seco del lago. Se había hecho tarde y los periodistas ya se habían ido. El tráfico rodado alrededor del lago había aumentado desde que se hizo pública la noticia del hallazgo de un esqueleto, pero ya había disminuido otra vez y la zona volvía a estar tranquila y silenciosa.

—Ya era hora —dijo Elínborg cuando se acercaron.

—Por el camino Sigurdur tuvo que meterse en el cuerpo una hamburguesa —explicó Erlendur, molesto—. ¿Qué pasa ahora?

—Venid —dijo Elínborg, y abrió la tienda—. Aquí está la forense.

Erlendur miró hacia el agua, en la quietud del atardecer, y pensó en las grietas del fondo. Miró al cielo. El sol estaba aún en lo alto, y la claridad lo llenaba todo. Se quedó mirando un blanco grupo de nubes justo encima de él y pensó otra vez en el milagro que era estar tranquilamente en medio de un lago que había tenido allí cuatro metros de profundidad.

Los técnicos habían excavado en torno al esqueleto, que estaba ahora completamente al descubierto. No quedaba ni un mínimo resto de carne, ni tampoco de ropa. A su lado había una mujer de cuarenta y pocos años, en cuclillas, metiendo un lápiz amarillo por el hueso de la pelvis.

—Es un varón —dijo—. De estatura media y probablemente de mediana edad, aunque tendré que examinarlo mejor. No tengo ni idea de cuánto tiempo ha podido estar en el agua, quizá cuarenta o cincuenta años. Quizá más. Pero no es más que una conjetura. Podré ser más precisa cuando llevemos el esqueleto a jefatura y pueda examinarlo más detenidamente.

Se levantó y les saludó. Erlendur sabía que se llamaba Matthildur y que era nueva en el puesto de médico forense. Sintió deseos de preguntarle por qué se dedicaba a investigar crímenes. Por qué no trabajaba de médico normal y corriente como los demás, con su puesto en el sistema sanitario islandés.

—¿Le hirieron en la cabeza? —preguntó Erlendur.

—Eso parece —dijo Matthildur—. Pero es difícil saber qué instrumento utilizaron. Todas las posibles marcas del borde han desaparecido.

—¿Así que estamos hablando de asesinato intencionado? —dijo Sigurdur Óli.

—Todos los asesinatos son intencionados —dijo Matthildur—. La diferencia está en el grado de estupidez.

—No hay duda de que se trata de un asesinato —dijo Elínborg, que había estado escuchando la conversación en silencio.

Pasó por encima del esqueleto e indicó un gran agujero que los especialistas de la Científica habían practicado en el fondo del lago. Erlendur se dirigió hacia allí y vio que en el agujero había una caja metálica negra, de gran tamaño, unida a los huesos

con una cuerda. Estaba enterrada en la arena en su mayor parte, pero se podían distinguir lo que parecían indicadores con discos y botones negros. La caja estaba raspada y abollada por todas partes, y se había abierto, con lo que estaba repleta de arena.

—¿Qué es eso? —preguntó Sigurdur Óli.

—Dios sabe —respondió Elínborg—, pero lo hundieron con esto.

—¿Será un medidor de algo? —dijo Erlendur.

—Nunca había visto nada semejante —contestó Elínborg—. Los técnicos han dicho que parece un transmisor. Se han ido un momento a comer algo.

—¿Un transmisor? —preguntó Erlendur—. ¿Qué clase de transmisor?

—No lo saben. Tienen que acabar de sacarlo.

Erlendur miró la cuerda atada al esqueleto y la caja negra que se había utilizado para hundir el cuerpo. Se imaginó a unos hombres sacando el cuerpo de un vehículo y atándolo al transmisor, yendo en barca hasta el centro del lago y tirándolo todo por la borda.

—¿Así que lo hundieron? —quiso saber.

—Difícilmente habría podido hacerlo él solo —exclamó Sigurdur Óli—. Se viene hasta el medio del lago, se ata al cuerpo un transmisor de radio, lo coge en brazos, se deja caer de cabeza y cae al agua para desaparecer por completo. Sería el suicidio más estúpido de la historia.

—¿Pesará mucho este trasto? —preguntó Erlendur, intentando no dejar que Sigurdur Óli le atacara los nervios.

—Creo que debe de ser muy pesado —dijo Matthildur.

—¿Tiene algún sentido buscar un arma homicida aquí, en el fondo? —preguntó Elínborg—. Con un detector de metales por si se trata de un martillo o algo por el estilo. A lo mejor lo echaron al agua junto con el cuerpo.

—La Científica se encargará —dijo Erlendur, agachándose al lado de la caja negra.

Le sacudió la arena de encima con la mano.

—A lo mejor era un radioaficionado —aventuró Sigurdur Óli.

—¿Vendrás a la presentación del libro? —preguntó Elínborg.

—¿No es obligatorio? —dijo Sigurdur Óli.

—No pretendo obligarte a que vayas.

—¿Qué título le has puesto? —preguntó Erlendur.

—*Hojas y lirios* —dijo Elínborg—. Es una especie de juego de palabras. Hojas como las de la lasaña o la pasta de hojaldre, y lirios como las delicias del país.

—Muy ingenioso —respondió Erlendur, mirando con gesto de asombro a Sigurdur Óli, que intentaba aguantarse la risa.

Eva Lind estaba sentada delante de él, vestida con una bata blanca, con los pies

debajo del cuerpo sobre la silla, y el dedo metido entre sus cabellos, jugueteando con ellos, formando anillos, como hipnotizada. Como norma general, los internos no podían recibir visitas, pero los empleados conocían a Erlendur y no le ponían ninguna traba cuando les pedía que lo llevaran junto a ella. Estuvieron sentados en silencio un rato interminable. Se encontraban en la sala de estar de los internos, y en las ventanas había pósters contra el consumo de alcohol y sustancias estupefacientes.

—¿Sigues saliendo con la vieja esa? —preguntó Eva, retorciéndose el pelo.

—Deja de llamarla vieja —dijo Erlendur—. Valgerdur es dos años más joven que yo.

—Pues eso, vieja. ¿Seguís viéndoos?

—Sí.

—¿Y qué? ¿Va a tu casa, la Valgerdur esa?

—Sólo ha venido una vez.

—Y luego os veis en hoteles.

—Algo por el estilo. ¿Y tú, cómo estás? Sigurdur Óli te manda recuerdos. Dice que tiene el hombro mucho mejor.

—Fallé. Intentaba darle en la cabeza.

—Mira que puedes llegar a ser imbécil —dijo Erlendur.

—¿Aún no ha dejado al marido? ¿Todavía sigue casada, Valgerdur? Es lo que me dijiste una vez, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿De modo que sigue con él? Lo que significa que te estás follando a una tía casada. ¿Te parece bien?

—No nos hemos acostado. Pero eso no es de tu incumbencia. ¡Y deja de decir gilipolleces!

—¡Anda ya que no os habéis acostado!

—¿No tienes que tomarte medicinas aquí dentro, de esas que quitan la mala leche?

Se puso en pie. Eva le miró.

—Yo no te pedí que me metieras aquí —dijo—. Yo no te pedí que te ocuparas de mí. Quiero que me dejes en paz. De una vez, en paz.

Erlendur se alejó de la sala sin despedirse.

—Dale recuerdos a la vieja —le gritó Eva Lind mientras se marchaba, y volvió a ocuparse de su pelo, tan tranquila como antes—. Dale recuerdos a la maldita vieja —repitió en voz queda.

Erlendur aparcó al lado del edificio donde vivía y entró en el portal. Cuando estaba en el corredor dirigiéndose a la escalera que llevaba a su apartamento, se dio cuenta de que al lado de la puerta había en cuclillas un hombre joven, flaco, con el pelo largo, fumando. La parte superior del cuerpo estaba en la penumbra y Erlendur no

podía verle la cara. Al principio pensó que se trataba de algún delincuente que había ido a decirle algo. A veces le llamaban por teléfono, borrachos, y lo amenazaban con todo lo imaginable porque se había entrometido de alguna manera en sus patéticas existencias. En alguna ocasión habían ido a su casa para discutir con él. Se esperaba algo así en el pasillo de las escaleras.

El joven se incorporó al ver a Erlendur entrar en el corredor.

—¿Me puedo quedar en tu casa? —preguntó.

Parecía no saber muy bien qué hacer con la colilla. Erlendur se dio cuenta de que ya había dos colillas en la moqueta.

—¿Quién eres...?

—Sindri —dijo el joven, que salió de la oscuridad—. Tu hijo. ¿Ya no me conoces?

—¿Sindri? —dijo Erlendur, extrañado.

—He vuelto a la ciudad —dijo Sindri—. Se me ocurrió venir a verte.

Sigurdur estaba ya acostado al lado de Bergthóra, dispuesto a dormirse, cuando empezó a sonar el teléfono de la mesilla de noche. Miró el número que aparecía en la pantalla. Sabía quién era y no tenía intención de responder. Al séptimo timbrazo, Bergthóra le pellizcó.

—Responde —le dijo—. Le va bien hablar contigo. Tiene la sensación de que le estás ayudando.

—No estoy dispuesto a que crea que puede llamarme a mi casa por la noche —se quejó Sigurdur Óli.

—Cariño, no seas así —dijo Bergthóra, que se estiró por encima de Sigurdur Óli y cogió el teléfono de la mesilla.

—Sí, está en casa —aseguró—. Espera un momento.

Le dio el auricular a Sigurdur Óli.

—Es para ti —dijo sonriente.

—¿Estabas dormido? —preguntó la voz del teléfono.

—Sí —mintió Sigurdur Óli—. Te he dicho mil veces que no me llames a casa. No quiero que lo hagas.

—Perdona —dijo la voz—. No puedo dormir. Tomo antidepresivos y tranquilizantes y somníferos pero no me sirven de nada.

—Pero no puedes llamarme cuanto te apetece, como si nada —repuso Sigurdur Óli.

—Perdona —respondió el hombre—. No me encuentro bien.

—Vale, vale —dijo Sigurdur Óli.

—Hace un año —afirmó el hombre—. Hoy.

—Sí —dijo Sigurdur Óli—. Lo sé.

—Maldito año de mierda —comentó el hombre.

—Intenta dejar de pensar en eso —dijo Sigurdur Óli—. Ya es hora de que dejes de atormentarte así. Eso no sirve de nada.

—Es muy fácil decirlo —repuso el hombre del teléfono.

—Ya lo sé —dijo Sigurdur Óli—. Pero inténtalo.

—¿Para qué coño se me ocurriría lo de las malditas fresas?

—Ya lo hemos hablado mil veces —repuso Sigurdur Óli, que miró a Bergthóra sacudiendo la cabeza—. No fue culpa tuya. Tienes que comprenderlo. Deja de atormentarte así.

—Claro que sí. Fue culpa mía. Todo fue por mi culpa.

Y colgó.

La mujer les miró a uno y luego al otro, sonrió débilmente y les invitó a entrar. Elínborg fue por delante y Erlendur cerró la puerta tras ellos. Habían llamado antes y la mujer tenía la mesa preparada con pastelitos y bizcochos. La cocina olía a café recién hecho. Era un adosado en el barrio de Breidholt. Elínborg había hablado con ella por teléfono. Se había vuelto a casar. Su hijo del primer matrimonio estaba estudiando medicina en Estados Unidos. Con su segundo marido había tenido dos hijos. Se llevó una tremenda sorpresa con la llamada de Elínborg y se tomó la tarde libre para reunirse con ella y Erlendur en su casa.

—¿Es él? —preguntó la mujer cuando les invitó a tomar asiento.

Se llamaba Kristín, pasaba de los sesenta y había engordado con la edad. Había visto las noticias sobre el esqueleto de Kleifarvatn.

—No lo sabemos —respondió Erlendur—. Sabemos que es un hombre, pero estamos a la espera de una determinación más precisa de su edad.

Habían pasado unos pocos días desde el hallazgo del esqueleto. Parte de los huesos había sido enviada para su determinación por el método del carbono 14, pero la forense utilizaba también otro procedimiento que pensaba que podría acelerar la obtención de resultados. Elínborg había estado en contacto con ella.

—¿Acelerar la obtención de resultados? —le había preguntado Erlendur.

—Utilizan la fundición de aluminio de Straumsvík —respondió Elínborg.

—¿La fundición de aluminio?

—Están estudiando los datos históricos de contaminación de la fundición. Se trata de dióxido de azufre y fluoruros y otras sustancias por el estilo. ¿No has oído nada?

—No.

—El fluoruro pasa al aire en cierta proporción y se deposita en el agua y en la tierra y se encuentra, por ejemplo, en los lagos próximos a la fundición, como es el caso del Kleifarvatn. Las cantidades han disminuido gracias a la mejora de las medidas antipolución. Me dijeron que lo había encontrado en los huesos en determinada cantidad, y en una estimación apresurada creen que el cuerpo habría sido arrojado al agua antes de 1970.

—¿Con qué margen de error?

—Cinco años más o menos —dijo Elínborg.

La investigación sobre el esqueleto del lago Kleifarvatn se centraba en aquellos momentos en varones desaparecidos entre 1960 y 1975. Eran ocho en todo el país. Cinco vivían en la región de la capital. El primer marido de Kristín era uno de ellos. Habían leído los informes. Había sido ella quien había denunciado su desaparición. Un día no regresó a casa después del trabajo. Lo estaba esperando con la comida preparada. Su hijo estaba jugando en el suelo. Pasó la tarde. Bañó al niño y lo durmió, y se fue a la cocina. Se sentó a esperar. Se habría puesto a ver la televisión de no haber sido jueves, pues en aquellos tiempos no había emisiones ese día.

Era otoño de 1969. Vivían en un pequeño apartamento que habían comprado hacía poco. Él era jefe de ventas en una inmobiliaria y había conseguido el piso en muy buenas condiciones. Ella acababa de terminar sus estudios en la Escuela de Comercio cuando se conocieron. Un año más tarde se casaron con gran pompa, y un año después de la boda nació su hijo, al que el marido adoraba.

—Por eso no consigo comprenderlo —dijo Kristín mirando a los dos policías alternativamente.

Erlendur tuvo la sensación de que aquella mujer seguía esperando al hombre que había desaparecido de su vida de forma tan repentina e incomprensible. La imaginó esperando ella sola en la oscuridad del otoño. La vio llamar a las personas que le conocían y a sus amigos, y a la familia, que se congregó pocos días después en el apartamento para darle ánimos y consolarla en su pena.

—Éramos felices —dijo—. El pequeño Benni era nuestro ojito derecho, yo acababa de conseguir un empleo en la Asociación de Comerciantes y, por lo que sé, a él le iba bien en su trabajo. Era una inmobiliaria bastante grande y él era un buen vendedor. No le había ido especialmente bien en el colegio, dejó el instituto al cabo de tres años, pero era muy trabajador y yo estaba convencida de que se sentía satisfecho con su vida. Nunca me dio a entender otra cosa. —Les llenó las tazas de café—. No noté nada extraño el día anterior —dijo, alargándoles un plato con pastelitos—. Se despidió de mí por la mañana, telefoneó a mediodía simplemente para oír mi voz, y luego otra vez para decirme que se retrasaría un poco. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

—Pero ¿no es posible que le fuera mal en el trabajo y no te contara nada? —preguntó Elínborg—. Leímos los informes y...

—Iban a despedir a alguien. Me lo había comentado hacía unos días, pero no sabía a quién. Luego le llamaron al despacho del jefe ese día y le dijeron que ya no le necesitaban. El dueño me lo contó después. Me dijo que mi marido no dijo ni una palabra cuando le despidieron, ni protestó ni pidió explicaciones, simplemente volvió a su despacho y se sentó a su mesa. Sin mostrar ninguna reacción.

—¿No te llamó para contártelo? —preguntó Elínborg.

—No —dijo la mujer, y Erlendur notó que la pena la envolvía—. Como os he dicho, llamó, pero no me dijo ni una sola palabra del despido.

—¿Por qué le despidieron? —preguntó Erlendur.

—Nunca conseguí una explicación satisfactoria. Creo que el dueño quiso ser piadoso al hablar conmigo. Dijo que habían tenido que reducir personal por el descenso en las ventas, pero luego oí decir que les daba la sensación de que Ragnar había perdido interés por el trabajo. Que perdió el interés por lo que hacía. A raíz de la reunión de sus antiguos compañeros de clase del instituto, empezó a decir que estaba pensando en retomar los estudios. Le habían invitado aunque había abandonado los estudios sin terminar y sus viejos compañeros estaban todos estudiando para médicos, abogados o ingenieros. Eso dijo. Como si se arrepintiera de

haber dejado el instituto.

—¿Relacionas eso de alguna forma con su desaparición? —preguntó Erlendur.

—No, creo que no —respondió Kristín—. Sí que la puedo relacionar con una pequeña pelea que tuvimos el día anterior. O a que nuestro hijo nos daba malas noches. O a que no tenía dinero para cambiar de coche. En realidad, no sé qué pensar.

—¿Estaba deprimido? —preguntó Elínborg, que se dio cuenta de que la mujer le hablaba como si aquello hubiera sucedido ayer mismo.

—Como lo estamos casi todos los islandeses. Desapareció en otoño, si eso significa algo.

—En su momento dijiste que estaba excluido que se tratara de un crimen —dijo Erlendur.

—Sí —respondió la mujer—. No puedo ni imaginármelo. No andaba en asuntos turbios. Habría tenido que ser pura casualidad que se encontrara a alguien que le matara. Nunca he pensado que haya sucedido nada por el estilo y la policía tampoco. Vosotros nunca visteis su desaparición como un caso de asesinato. Se quedó sentado después del trabajo, cuando todos los demás se habían marchado ya, y esa fue la última vez que le vieron.

—¿Nunca se investigó como caso de asesinato? —preguntó Elínborg.

—No —respondió Kristín.

—Dime otra cosa, ¿tu marido era radioaficionado? —preguntó Elínborg.

—¿Radioaficionado? ¿Qué es eso?

—En realidad, yo tampoco lo tengo muy claro —dijo Erlendur, y miró a Elínborg en busca de ayuda. Ella siguió sentada en silencio—. Son hombres que se mantienen en comunicación por radio con otras personas de todo el mundo —continuó Erlendur—. Hace falta, o la hacía, tener una emisora de radio suficientemente potente para llegar a todos los rincones del mundo. ¿Tenía él un aparato de esos?

—No —respondió la mujer—. ¿Radioaficionado?

—¿Le interesaban las telecomunicaciones? —preguntó Elínborg—. ¿Tenía una emisora, o...?

Kristín la miró.

—¿Qué es lo que habéis encontrado en Kleifarvatn? —preguntó con un gesto de extrañeza—. Nunca tuvo ninguna emisora de radio. ¿Qué clase de emisora?

—¿Iba a pescar al Kleifarvatn? —preguntó Elínborg, sin responder a su pregunta—. ¿O le gustaba ir al lago?

—No, nunca. No tenía ningún interés por la pesca. Mi hermano es un gran pescador de salmones e intentaba llevárselo consigo, pero él nunca quiso. En ese aspecto era igual que yo. Coincidíamos en eso. No queríamos matar a ningún animal sin necesidad ni por diversión. Nunca fuimos a Kleifarvatn.

La mirada de Erlendur se dirigió involuntariamente hacia una fotografía en un bonito marco que había en una estantería del salón. Era de Kristín con un niño que se imaginó que sería su hijo sin padre, y se puso a pensar en su propio hijo, Sindri. Al

principio no comprendía por qué había ido a visitarle. Sindri siempre le había evitado, a diferencia de Eva Lind, que quería pedirle responsabilidades por no haberse ocupado de ellos cuando eran unos niños. Erlendur se había divorciado de la madre de los pequeños tras un matrimonio bastante breve, y cuanto más tiempo pasaba, más se arrepentía de no haber tenido nunca relación alguna con sus hijos.

Se saludaron en el rellano con un apretón de manos, incómodos, como si fueran dos desconocidos. Después, Erlendur invitó a Sindri a pasar y le ofreció un café. Sindri le explicó que estaba buscando un apartamento o una habitación donde vivir. Erlendur le dijo que no tenía ni idea de dónde podía encontrar alguno, pero le prometió que le avisaría si se enteraba de algo.

—Entretanto, quizá podría quedarme aquí —dijo Sindri, que hasta ese momento había tenido los ojos clavados en la estantería del salón.

—¿Aquí? —preguntó Erlendur desde la puerta de la cocina.

Empezó a comprender a qué se debía la visita de Sindri.

—Eva dijo que tenías una habitación libre, que sólo la usabas para guardar unos cuantos trastos.

Erlendur miró a su hijo. Tenía una habitación de más en el apartamento. Los trastos de que hablaba Eva eran objetos que pertenecieron a sus padres y que él guardaba porque no era capaz ni de imaginar desprenderse de ellos. Eran objetos procedentes del hogar de su infancia. Una caja con cartas de sus padres y sus abuelos, una estantería tallada, montones de periódicos, libros, cañas de pescar, una vieja escopeta pesadísima, inservible, que había pertenecido a su abuelo.

—Y tu madre —dijo Erlendur—, ¿no puedes ir a su casa?

—Sí, claro —respondió Sindri—. Claro que puedo.

Callaron.

—No, en ese cuarto no hay apenas espacio —dijo Erlendur—. Así que... no sé...

—Eva ha dormido aquí —afirmó Sindri.

Sus palabras fueron seguidas por un espeso silencio.

—Dijo que habías cambiado —dijo Sindri, finalmente.

—¿Y tú? —preguntó Erlendur—. ¿Has cambiado, tú?

—Hace muchos meses que no lo pruebo —aseguró Sindri—. Si te refieres a eso.

Erlendur volvió en sí y tomó un sorbo de café. Apartó la mirada de la foto del estante y miró a Kristín. Le apetecía un cigarrillo.

—Entonces, el chico nunca conoció a su padre —dijo.

Vio de refilón que Elínborg clavaba sus ojos en él, pero fingió no darse cuenta. Sabía perfectamente que estaba inmiscuyéndose en un asunto privado de aquella mujer que había perdido a su marido de forma misteriosa hacía más de treinta años y

que nunca había obtenido una respuesta satisfactoria. La pregunta de Erlendur no tenía el menor interés para la investigación policial.

—Su padrastro siempre fue muy bueno con él, y hay una buena relación entre todos los hermanos —respondió la mujer—. No sé si eso tiene algo que ver con la desaparición de mi marido.

—No, perdona —se disculpó Erlendur.

—Pues eso era todo, me parece —dijo Elínborg.

—¿Pensáis que pueda tratarse de él? —preguntó Kristín, poniéndose en pie.

—Creo que no es muy probable —dijo Elínborg—. Pero tenemos que estudiar mejor el asunto.

Estuvieron un momento sin moverse, como si aún no se hubiera dicho todo. Como si en el aire estuviera flotando algo que necesitaba ser expresado en palabras antes de concluir la reunión.

—Un año después de su desaparición —dijo Kristín— apareció en la costa Snæfellsnes un cuerpo arrastrado por la corriente. Se creyó que podría ser él, pero luego resultó que no era así.

Juntó las manos.

—A veces, todavía hoy, creo que puede estar vivo. Que no ha muerto. A veces pienso que nos dejó y se fue a algún otro sitio, o que se marchó del país sin decirnos nada, y fundó otra familia. A veces incluso me parece verle aquí, en Reikiavik. Hará unos cinco años me pareció verle. Como una tonta, seguí a aquel hombre. Era en el centro comercial Kringla. Estuve espiándole hasta que vi que no era él, claro. —Miró a Erlendur—. Desapareció y, sin embargo... nunca desapareció —añadió, y una sonrisa llena de tristeza se dibujó en sus labios.

—Lo sé —dijo Erlendur—. Sé lo que quieres decir.

Cuando se sentaron en el coche, Elínborg le reprochó la falta de tacto al preguntarle por su hijo. Erlendur le pidió que no fuera tan tiquismiquis.

Sonó su teléfono móvil. Era Valgerdur. Erlendur estaba esperando que le llamara. Se habían conocido la Navidad anterior, cuando Erlendur investigaba un crimen en un hotel de Reikiavik. Era bióloga y desde entonces mantenían una relación llena de interrupciones. Valgerdur estaba casada. Su marido reconocía haberla engañado con otra mujer, pero no quería romper el matrimonio, se puso de lo más tierno, pidió perdón y prometió mejorar su comportamiento. Ella le dijo que le iba a dejar, pero aún no lo había hecho.

—¿Qué tal tu hija? —preguntó Valgerdur, y Erlendur le contó en breves palabras la visita a Eva Lind.

—¿Pero no crees que el tratamiento puede ayudarla? —preguntó Valgerdur.

—En eso confío, pero no sé muy bien qué es lo que puede ayudarla —dijo Erlendur—. Está prácticamente igual que antes de perder el niño.

—¿Intentamos vernos mañana? —preguntó Valgerdur.

—Sí, nos vemos mañana —respondió él, y se despidieron.

—¿Era ella? —preguntó Elínborg, que sabía que Erlendur mantenía una especie de relación con una mujer.

—Sí te refieres a Valgerdur, sí, era ella —respondió Erlendur.

—¿Está preocupada por Eva Lind?

—¿Qué te dijeron del aparato en la Científica? —preguntó Erlendur para cambiar de tema.

—No saben mucho —dijo Elínborg—. Pero creen que es ruso. Alguien borró la marca y el número de serie, pero dicen que por lo que se puede distinguir de las letras, son del alfabeto cirílico.

—¿Ruso?

—Sí, ruso.

En el extremo sur del lago Kleifarvatn había unas cuantas casas, y Erlendur y Sigurdur Óli recogieron información sobre sus propietarios. Les llamaron e hicieron preguntas de carácter general sobre desaparición de personas que pudieran tener relación con el lago. No hubo ningún resultado.

Sigurdur Óli mencionó a Elínborg, que estaba inmersa en los preparativos de la presentación de su libro de cocina.

—Creo que piensa que se hará famosa con el libro —dijo Sigurdur Óli.

—¿Quiere ser famosa? —preguntó Erlendur.

—¿No quiere todo el mundo ser famoso? —dijo Sigurdur Óli.

—Vanidad —espetó Erlendur.

6

Sigurdur Óli leyó la carta, las últimas palabras de un joven que se fue de su casa un día de 1970 y no volvió nunca más.

Los padres del joven tenían ambos la misma edad, setenta y ocho años, y los dos gozaban de buena salud. Tenían otros dos hijos, más jóvenes, que andaban por los cincuenta. Sabían que su hijo mayor se había suicidado. Creían lo que decía la carta. No sabían cómo lo había hecho, y tampoco sabían dónde estaban sus restos. Sigurdur Óli les había informado sobre el hallazgo en el lago Kleifarvatn, la emisora de radio y el agujero en el cráneo, pero ellos no comprendieron qué relación podía existir con aquello. Su hijo nunca se había peleado con nadie y no tenía enemigos, eso quedaba excluido.

—Es absurdo pensar que lo asesinaran —dijo la mujer mirando a su marido, aún horrorizado por el fatal destino de su hijo, desaparecido tantos años atrás.

—Lo puedes ver en la carta —dijo el hombre—. Está muy claro lo que pensaba hacer.

Sigurdur Óli volvió a leer la nota.

Queridos papá y mamá, perdonadme, pero no puedo hacer otra cosa, esto es insoportable y no puedo imaginarme seguir vivo, no puedo, no quiero y no puedo.

La carta estaba firmada «Jakob».

—Fue culpa de esa chica —aseguró la mujer.

—Eso no lo sabemos —repuso el hombre.

—Se marchó con un amigo de mi hijo —dijo la mujer—. Nuestro hijo no pudo soportarlo.

—¿Pensáis que pueda tratarse de él, de nuestro hijo? —preguntó el hombre.

Estaban sentados en el sofá delante de Sigurdur Óli, esperando respuestas a las preguntas que les acosaban desde la desaparición de su hijo. Sabían que no les podría responder a la más difícil, con la que habían bregado todos esos años y que indagaba sobre los actos y la responsabilidad de los padres, pero al menos podría decirles si lo habían encontrado. En las noticias sólo habían dicho que en Kleifarvatn había aparecido el esqueleto de un hombre. Nada sobre la emisora ni el cráneo perforado. No comprendían por qué les preguntaba sobre esos detalles. Ellos sólo querían saber si era él.

—Me temo que no hay demasiadas probabilidades de que se trate de él —respondió Sigurdur Óli.

Les miró. Una desaparición incomprensible y la muerte de una persona muy querida habían dejado huella en la vida de ambos. El caso nunca se había cerrado. Su hijo seguía sin volver a casa, no había regresado en todos esos años. No sabían dónde estaba ni qué había sido de él, y la incertidumbre les llenaba de desesperanza y

tristeza.

—Creemos que se tiró al mar —dijo la mujer—. Era buen nadador. Yo siempre he dicho que se fue nadando mar adentro hasta que supo que estaba ya demasiado lejos, o hasta que el frío pudo con él.

—La policía nos dijo entonces que, como el cuerpo no había aparecido en ningún sitio, lo más probable era que se hubiera arrojado al mar —explicó el marido.

—Por esa mujer —dijo la esposa.

—No le podemos echar la culpa a ella —repuso el marido.

Sigurdur Óli se dio cuenta de que habían reanudado una discusión ya antigua. Se puso en pie para despedirse.

—A veces me pongo tan furiosa con él... —dijo la mujer, y Sigurdur Óli no supo si se refería a su esposo o a su hijo.

Valgerdur estaba esperando a Erlendur en el restaurante. Llevaba la misma chaqueta larga de cuero que se había puesto en su primera cita. Se habían conocido por casualidad y, en un extraño ataque de locura, Erlendur la había invitado a cenar. No sabía si estaba casada y tenía familia, y resultó que sí lo estaba, tenía dos hijos que ya se habían emancipado, y el matrimonio había empezado a resquebrajarse.

En su siguiente cita, Valgerdur confesó a Erlendur que había tenido la intención de utilizarlo para vengarse de su esposo.

Llamó a Erlendur poco después y desde entonces quedaron varias veces. En una ocasión, Valgerdur fue a casa de Erlendur, que hizo todo lo posible por ponerla en orden, fregando, tirando periódicos, ordenando los libros en los estantes. Rara vez recibía visitas, y durante bastante tiempo no se mostró demasiado dispuesto a dejar que Valgerdur le visitara. Ella no quiso ceder, e insistió en que quería ver cómo vivía. Eva Lind decía que su apartamento era un agujero en el que se metía para esconderse.

—Qué montón de libros —dijo Valgerdur en cuanto entró en el salón de su casa—. ¿Los has leído todos?

—La mayoría —dijo Erlendur—. ¿Quieres un café? He comprado bollos.

Valgerdur fue hacia la estantería y pasó el dedo por los lomos, hojeó un par de ellos y sacó uno de la estantería.

—¿Todos estos libros tratan de personas desaparecidas en montes y páramos? —preguntó.

Se había dado cuenta muy pronto de que Erlendur tenía especial interés por las desapariciones de personas y que leía montones de libros sobre el tema, y sobre personas perdidas que fallecían víctimas de la dureza del clima islandés. Le contó lo que ya le había explicado a Eva Lind pero a nadie más, que su hermano había desaparecido a los ocho años de edad en los páramos de los fiordos del este a comienzos de un invierno, cuando Erlendur tenía diez años. Iban los dos con su padre. Erlendur y su padre consiguieron volver ilesos a la granja, pero su hermano

desapareció y su cuerpo nunca fue encontrado.

—Una vez me dijiste que había un relato sobre ti y tu hermano en uno de estos libros —dijo Valgerdur.

—Sí, es cierto —dijo Erlendur.

—¿Me lo enseñas?

—Sí, lo haré —respondió Erlendur, vacilante—. Más tarde. Ahora no. Te lo enseñaré en otro momento.

Valgerdur se levantó cuando él entró en el restaurante y, como siempre, se dieron la mano. Erlendur no sabía qué clase de relación era la suya, pero estaba contento con ella. No se habían acostado aunque llevaban ya casi seis meses viéndose con regularidad. Al menos, la relación no era una simple cuestión sexual. Se sentaban a hablar de cosas relacionadas con la vida de cada uno.

—¿Por qué no le has dejado? —preguntó Erlendur cuando acabaron de comer y tomar café y licor y charlar un rato de Eva Lind y Sindri y los hijos de Valgerdur y el trabajo de ambos.

Ella preguntó toda clase de cosas sobre el esqueleto de Kleifarvatn, pero él no le pudo contar mucho. Sólo que la policía estaba hablando con las personas que tenían algún ser querido que hubiera desaparecido en cierto período de años en torno a 1970.

Poco antes de las Navidades, Valgerdur se había enterado de que su marido llevaba dos años engañándola. Sabía que lo había hecho otra vez, pero el caso no había sido tan «serio», como gustaba de expresarlo él mismo. Le había dicho que pensaba dejarle. Pero él puso fin a su relación adúltera y a partir ese momento no hicieron nada.

—¿Valgerdur...? —empezó Erlendur.

—Fuiste a ver a Eva Lind a la clínica —se apresuró a decir ella, como sabiendo lo que vendría a continuación.

—Sí, fui a verla.

—¿Recordaba algo de la detención?

—No, no creo que recuerde la detención. No hablamos de eso.

—Pobre chica.

—¿Piensas seguir con él? —preguntó Erlendur.

Valgerdur tomó un sorbo de licor.

—Es tan difícil —dijo—. ¿De verdad?

—No estoy preparada para romper con él —afirmó, mirando a Erlendur a los ojos—. Pero tampoco quiero dejarte a ti.

Cuando Erlendur llegó a casa esa noche, Sindri Snær estaba acostado en el sofá, fumando y viendo la televisión. Saludó a su padre con un gesto de cabeza y siguió enfrascado en la tele. Erlendur tuvo la impresión de que estaba viendo dibujos animados. Le había dejado a su hijo la llave del apartamento y esperaba que

apareciese en cualquier momento, aunque no le había autorizado a quedarse a vivir con él.

—¿No piensas apagar eso? —dijo, al quitarse el abrigo.

Sindri se levantó y apagó el televisor.

—No encontré el mando a distancia —dijo—. ¿Tan viejísimo es este televisor?

—Qué va, sólo veinte años —dijo Erlendur—. No lo uso mucho.

—Eva me llamó hoy —dijo Sindri, apagando el cigarrillo—. ¿Fue algún amigo tuyo quien la detuvo?

—Sigurdur Óli. Eva le pegó con un martillo. Pretendía dejarle sin sentido con un golpe en la cabeza, pero le acertó en el hombro. El chico estuvo a punto de acusarla de agresión y de entorpecer el trabajo de la policía.

—Pero tú conseguiste que en vez de eso la mandaran a rehabilitación.

—Nunca quiso ir a tratamiento. Sigurdur Óli me hizo el favor de no denunciarla.

Un traficante de nombre Eddi había aparecido involucrado en un caso de tráfico de drogas, y Sigurdur Óli y otros dos detectives descubrieron que vivía en un cuchitril cerca de Hlemmur, no muy lejos de la comisaría de Hverfisgata. Alguien que conocía a Eddi había llamado a la policía. La única resistencia que encontraron fue la de Eva Lind. Estaba completamente colocada. Eddi estaba tumbado en el sofá, medio desnudo, y no se movió. Otra chica, más joven que Eva Lind, yacía desnuda a su lado. Eva se puso furiosa al ver a los policías. Conocía a Sigurdur Óli. Sabía que trabajaba con su padre. Agarró un martillo que había en el suelo e intentó golpearlo en la cabeza para quitarlo de en medio. No acertó pero le rompió la clavícula. El dolor fue tan terrible que Sigurdur cayó de rodillas. Eva se preparó para asestarle otro golpe, pero los policías se lanzaron sobre ella y la tiraron al suelo.

Sigurdur Óli no contó nada, pero Erlendur se enteró por los otros policías de que, al ver a Eva Lind arrojarse sobre él, había vacilado. Era la hija de Erlendur y no quiso hacerle daño. Por eso consiguió Eva golpearle.

—Pensé que se cuidaría después de perder al niño —dijo Erlendur—. Pero está aún más difícil que antes. Ahora es como si ya nada le importara.

—Me gustaría ir a verla —dijo Sindri—. Pero no permiten visitas.

—Hablaré con ellos.

Sonó el teléfono y Erlendur alargó el brazo para cogerlo.

—¿Erlendur? —dijo una débil voz al otro lado de la línea.

Erlendur reconoció la voz al momento.

—¿Marion?

—¿Qué habéis encontrado en Kleifarvatn? —preguntó Marion Briem.

—Huesos —contestó Erlendur—. Nada de lo que debas preocuparte.

—Bueno, bueno —dijo Marion, que se había jubilado pero no conseguía dejar de entrometerse en los interesantes casos que le tocaba investigar a Erlendur.

Se produjo un largo silencio en el teléfono.

—¿Llamabas por algo en especial? —preguntó Erlendur.

—Quizá deberías inspeccionar mejor el Kleifarvatn —respondió Marion—, pero no pretendo molestarte. Ni por asomo. No quiero andar molestando a un viejo colega que ya tiene suficiente con lo suyo.

—¿Qué pasa con Kleifarvatn? ¿Qué intentas decirme?

—Nada. Hasta luego —dijo Marion, y colgó.

A veces, al recordar tiempos pasados, sentía el olor del cuartel general de la calle Dittrichring, el asfixiante olor a moqueta, sudor y miedo. También recordaba la acre pestilencia de la nube de contaminación de carbón que flotaba sobre la ciudad, haciendo que a veces apenas se viera el sol.

Leipzig no era, en absoluto, como se la había imaginado. Antes de ponerse en camino había leído mucho y sabía que se encontraba en la confluencia de los ríos Elster, Parthe y Pleisse y que era un antiguo núcleo de la actividad editora y librería de Alemania. Allí estaba enterrado el compositor Bach, y allí se encontraba también el famoso Auerbachkeller, la taberna que utilizó Goethe para una escena de *Fausto*. El compositor islandés Jón Leifs estudió música allí y vivió unos años en la ciudad. Veía en su imaginación una antigua ciudad característica de la cultura alemana. Pero lo que encontró fue un lugar triste y opresivo de los años de posguerra. Los aliados habían ocupado Leipzig pero luego se la había cedido a los soviéticos, y aún podían verse agujeros de bala en los edificios y casas medio derruidas, y ruinas de la guerra.

El tren llegó a la ciudad en plena noche. Dejó su maleta en la consigna de la estación y paseó por las calles de la ciudad hasta que esta empezó a despertarse. Había restricciones de energía eléctrica y el centro estaba a oscuras, pero se sentía bien por haber llegado a Leipzig y para él era como una aventura encontrarse solo y tan lejos de las comodidades de su hogar. Fue a la iglesia de San Nicolás, y cuando llegó a la de Santo Tomás se sentó en un banco delante del templo y recordó que los poetas Halldór Laxness y Jóhann Jónsson habían recorrido la ciudad muchos años antes y habían escrito sobre sus paseos por ella. Había empezado a clarear y pudo imaginarles alzando los ojos hacia la iglesia de Santo Tomás y admiró lo mismo que ellos admiraron antes de proseguir su deambular.

Una joven florista pasó por delante de él y le ofreció flores, pero no le sobraba el dinero y se disculpó con una sonrisa.

Esperaba confiado todo lo que tenía por delante. Deseaba ser independiente y decidir por sí mismo. No tenía ni idea de lo que le esperaba, pero estaba dispuesto a recibirlo todo con la mente abierta. Sabía que no sentiría añoranza de su tierra porque iba a vivir una aventura que decidiría su futuro. Sabía perfectamente que la carrera entrañaría grandes dificultades, pero no le tenía miedo al esfuerzo. Sentía un gran interés por la ingeniería y sabía que conocería a otros compañeros y tendría nuevos amigos. Estaba impaciente por comenzar sus estudios.

Paseó entre las ruinas de las calles en medio de una suave llovizna, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al imaginarse a los dos amigos en aquella misma calle.

Al amanecer recogió su maleta en la estación y se dirigió a la universidad. No tuvo problemas para encontrar la oficina de matriculación. Le indicaron que debía ir a

una residencia de estudiantes a poca distancia del edificio principal. Tendría que compartir habitación con otros dos chicos. Uno era Emil, compañero de clase en el instituto. Le dijeron que el otro era de Checoslovaquia. Ninguno de los dos estaba en la habitación en aquel momento. El edificio, una antigua villa señorial, tenía tres pisos, y en el central estaban los baños comunes y una cocina. El viejo papel de las paredes estaba medio despegado, el suelo de madera estaba sucio y un olor a humedad invadía el edificio entero. En su habitación había tres camas viejas y una mesa, igual de vieja. Una bombilla desnuda colgaba de un techo que en otros tiempos había estado cubierto de escayola, pero casi toda se había desprendido y a través de los desconchones se veía el revestimiento de madera medio podrido. La habitación tenía dos ventanas, una de ellas tapada con tablones clavados, porque el cristal estaba roto.

Los estudiantes, adormilados, salían de sus habitaciones. Ya se había formado una cola en el lavabo. Algunos salían fuera a orinar. Alguien había puesto agua en un gran barreño en la cocina y la estaba calentando en un anticuado hornillo. Al lado de este había un viejo horno. Buscó con los ojos a su amigo pero no lo vio. Miró al grupo de la cocina y de pronto se dio cuenta de que allí se alojaban tanto hombres como mujeres.

Una de las jóvenes se le acercó y le habló en alemán. Aunque había estudiado alemán en el instituto, no comprendió lo que le decía. Le pidió, en un alemán más bien torpe, que le hablara más despacio.

—¿Estás buscando a alguien? —le preguntó la joven.

—Estoy buscando a Emil —respondió—. Es islandés.

—¿Tú también eres de Islandia?

—Sí. ¿Y tú? ¿De dónde eres?

—De Dresde —dijo la muchacha—. Me llamo Maria.

—Yo me llamo Tomas —dijo él, y se dieron la mano.

—¿Tomas? —repitió ella—. Hay varios islandeses en la universidad. Suelen reunirse en la habitación de Emil. A veces tenemos que echarles porque se dedican a cantar hasta las tantas de la noche. Tú no hablas mal el alemán.

—Gracias. Alemán de instituto. ¿Sabes dónde está Emil?

—Debe de tener turno de ratas —respondió la joven—. En el sótano. Esto está repleto de ratas. ¿Quieres té? Van a montar una cantina en el último piso, pero hasta entonces tenemos que ocuparnos de nosotros mismos.

—¿Turno de ratas?!

—Salen de noche. Entonces es el mejor momento de pillarlas.

—¿Hay muchas?

—Matamos diez, a veces incluso veinte. Pero es mejor ahora que durante la guerra.

Sin querer, Tomas miró al suelo a su alrededor, como si esperase verlas correr entre las piernas de la gente. Si había algo que le repelía eran las ratas.

Notó que le daban un golpecito en el hombro, y cuando se volvió vio a su amigo, sonriente, detrás de él. Llevaba dos ratas enormes cogidas por el rabo, y las levantó. En la otra mano lleva una gran pala.

—La mejor manera de matarlas es con una pala —dijo Emil.

Se acostumbró con asombrosa rapidez a las condiciones de vida, al olor a humedad, al hedor del baño del piso de en medio, que se extendía por todo el edificio, a los camastros podridos, a las sillas que crujían y a la primitiva cocina. Se limitó a no pensar demasiado en ello, consciente de que la reconstrucción después de la guerra exigiría mucho tiempo.

La universidad era magnífica, aunque las instalaciones no fueran demasiado buenas. Los profesores estaban bien preparados y los estudiantes mostraban interés, y Tomas tenía éxito en sus estudios. Conoció a los estudiantes de ingeniería, que eran de Leipzig pero también de otras ciudades alemanas o de los países vecinos, sobre todo de Europa Oriental. Algunos estaban becados por el gobierno de Alemania Oriental, al igual que él. Pero, al parecer, a la Universidad Karl Marx acudían estudiantes de todas partes del mundo. Enseguida conoció vietnamitas y chinos, que se mantenían aparte de los demás. También había chicos de Nigeria, y en la habitación contigua a la de él, en el viejo edificio, había un indio muy simpático llamado Deependra.

El pequeño grupo de islandeses de la ciudad vivían muy unidos. Karl, que había crecido en una aldea costera, estudiaba periodismo. Su facultad era conocida como el Claustro Rojo, y en ella sólo entraban los más duros de la línea del partido. Rut era de Akureyri, donde había cursado el bachillerato. Era presidenta del movimiento juvenil de la ciudad y estudiaba literatura; quería especializarse en literatura rusa. Hrafnhildur estudiaba lengua y literatura alemanas, y Emil era del oeste de Islandia y estudiaba económicas. Prácticamente todos habían sido seleccionados más o menos directamente por el partido de su país y tenían becas que les permitían estudiar en Alemania Oriental. Se reunían por las tardes a jugar a las cartas o a escuchar los discos de jazz del indio Deependra, o se iban a alguna taberna próxima y cantaban canciones islandesas. En la universidad había un club de cine muy activo, donde vieron *El acorazado Potemkin* y discutieron el papel de las películas como instrumento de propaganda. Hablaban de política con otros estudiantes. Era obligatorio asistir a las reuniones y conferencias de la asociación de estudiantes universitarios, la Freie Deutsche Jugend o FDJ, la única asociación permitida en la universidad. Todos querían construir un mundo nuevo y mejor.

Excepto uno. Hannes era el que llevaba más tiempo en Leipzig, y se mantenía apartado del grupo. Pasaron dos meses antes de que Tomas conociera a Hannes. Había oído hablar mucho de él últimamente en Reikiavik y sabía que en el partido se esperaba mucho de él. El presidente le había mencionado en una reunión de la

dirección, diciendo que era buen material para el futuro. Hannes había trabajado de periodista en el órgano de prensa del partido, al igual que Tomas, que también había oído hablar de él en la redacción. En Reikiavik había asistido a una reunión en la que Hannes había tomado la palabra; le hizo sentirse emocionado por su ardor y por lo que dijo sobre la democracia en Islandia, que se dejaba comprar por los cow-boys del Oeste, que habían engordado gracias a la guerra, y sobre cómo los políticos islandeses eran peleles en manos de la gran potencia norteamericana. «¡La democracia de este país no valdrá una mierda mientras los yanquis mancillen la tierra islandesa!», gritó, mientras sonaba una ovación estruendosa. Los primeros años que pasó Hannes en Alemania Oriental escribía en el periódico del partido una columna fija llamada «Cartas desde el Este». En ella describía las maravillas del estado comunista, pero, al cabo de un tiempo, la columna dejó de aparecer. Los otros islandeses de la ciudad no sabían muchas cosas de Hannes. Poco a poco se había ido alejando de ellos y se mantenía bastante aislado. Hablaban a veces del tema, pero terminaban encogiéndose de hombros como si no fuera con ellos.

Un día Tomas se encontró a Hannes por casualidad en la biblioteca de la universidad. Era tarde y apenas quedaba nadie. Hannes estaba enfrascado en sus libros de texto. Afuera hacía frío y soplaban el viento. En la biblioteca hacía tanto frío a veces que al hablar se formaban nubecillas de vapor. Hannes llevaba puesto el abrigo y una gorra con orejeras. La biblioteca había sufrido graves daños en los bombardeos, y sólo podía utilizarse una parte.

—Tú eres Hannes, ¿verdad? —preguntó Tomas, amistoso—. No nos conocemos. Hannes levantó la mirada de los libros.

—Me llamo Tomas.

Extendió la mano.

Hannes le miró, miró también la mano extendida, y volvió a sus libros.

—Déjame en paz —gruñó.

Tomas se llevó una tremenda sorpresa. No esperaba aquella recepción por parte de su compatriota, y desde luego no por parte de aquel hombre que era objeto de tantos honores y por el que él mismo se había sentido conmovido.

—Perdona —le dijo—. No pretendía interrumpirte. Claro, estás estudiando.

Hannes no le respondió, siguió tomando notas de un libro abierto que tenía delante de él en la mesa. Escribía deprisa con lápiz, y llevaba mitones para mantener las manos calientes.

—Sólo pensaba si podríamos tomarnos un café cualquier día de estos —dijo Tomas—. O una cerveza.

Hannes no respondió. Tomas siguió delante de él, esperando alguna reacción, pero al comprobar que no había ninguna, se apartó un poco de la mesa y se dio la vuelta. Iba a desaparecer detrás de una estantería cuando Hannes levantó los ojos de sus notas y respondió por fin.

—¿Tomas, dijiste?

—Sí, nunca hemos coincidido, pero he oído...

—Sé quién eres —dijo Hannes—. En tiempos, yo fui como tú. ¿Qué quieres de mí?

—Nada —respondió—. Solamente saludarte. Estaba sentado ahí, al otro lado, y te he visto. Sólo quería saludarte. Una vez asistí a una reunión en la que tú...

—¿Te gusta Leipzig? —le interrumpió Hannes.

—Un frío de cojones y la comida es pésima, pero la universidad es buena y lo primero que pienso hacer cuando vuelva a Islandia es luchar para que autoricen la venta de cerveza.

Hannes sonrió.

—Eso es cierto. La cerveza es lo mejor de la ciudad.

—Quizás un día podamos ir a tomarnos una jarra los dos juntos —dijo Tomas.

—Quizás —respondió Hannes, y volvió a su libro.

La conversación había terminado.

—¿Qué has querido decir con eso de que una vez fuiste como yo? —preguntó Tomas, titubeante—. ¿A qué te referías?

—A nada —dijo Hannes, que levantó los ojos y le miró. Se notaba en él cierta vacilación. Luego fue como si le diera igual que le hiciera caso o no—. Mejor haz como que yo no existo —le sugirió—. No ganarás nada si me haces demasiado caso.

Muy confuso, salió de la biblioteca y se enfrentó al áspero viento invernal. Se encontró a Emil y Rut camino de la residencia de estudiantes. Habían recogido un paquete que le habían enviado a Rut desde su casa. Era comida, y se les hacía la boca agua sólo de pensar en ella. Tomas no les contó su conversación con Hannes, porque no comprendía el significado de sus palabras.

—Lothar te estaba buscando —dijo Emil—. Le dije que estarías en la biblioteca.

—No le he visto —respondió Tomas—. ¿Sabes qué quería?

—Ni idea —respondió Emil.

Lothar era lo que se llamaba su mentor, su *betreuer*. Todos los estudiantes extranjeros en la universidad tenían un mentor al que podían acudir y que podía ayudarles en todo lo necesario. Lothar se había hecho amigo de los islandeses de la residencia. Se ofreció a llevarlos por la ciudad para enseñarles los lugares más importantes. Les ayudaba en la universidad y a veces pagaba la cuenta después de una visita al Auerbachkeller. Dijo que quería viajar a Islandia y estudiar lengua y cultura islandesas, aunque hablaba muy bien el islandés, incluso sabía cantar algunas canciones muy conocidas. Dijo que le interesaban las sagas islandesas y que había leído la *Saga de Njáll*. Quería traducirla.

—Este es el edificio —dijo Rut de pronto, y se detuvo—. Estas son las oficinas. Ahí dentro hay celdas de detención.

Pasearon la mirada por sus paredes. Era un sombrío edificio de piedra de cuatro plantas. Todas las ventanas de la planta baja estaban tapadas con placas de contrachapado. Vio el nombre de la calle, Dittrichring. Número 24.

—¿Celdas de detención? ¿Qué es este edificio? —preguntó.

—Ahí está la Policía Política —dijo Emil en voz baja, como si alguien pudiera oírle.

—La Stasi —dijo Rut.

Tomas volvió a mirar el edificio de arriba abajo. La débil iluminación de la calle arrojaba una luz apagada sobre las paredes de piedra y las ventanas, y un débil escalofrío le traspasó la columna vertebral. Tuvo la sensación de que preferiría no tener que entrar nunca en aquella casa, pero no podía saber que sus deseos servirían de poco.

Suspiró pesadamente y miró hacia el mar, por donde pasaban unas pequeñas barcas de vela.

Decenios después, cuando cayó el muro, volvió al cuartel general y al momento sintió aquel viejo olor que le produjo náuseas, igual que aquella vez que una rata se quedó atrapada en el tubo detrás del horno en la residencia de estudiantes, y la estuvieron asando una y otra vez sin saberlo hasta que el viejo edificio se volvió inhabitable por culpa de la pestilencia.

Erlendur miró a Marion, que descansaba en el salón con una mascarilla de plástico cubriéndole la nariz y la boca, respirando oxígeno. La última vez que había visto a su antaño superior en la Policía Criminal fue en las Navidades anteriores, y no sabía que había enfermado. Preguntó en el trabajo, y le dijeron que los pulmones no le funcionaban, por culpa de haber fumado sin parar durante decenios, y un trombo le había causado parálisis parcial en el costado derecho, una mano y parte del rostro. El apartamento estaba casi a oscuras pese al sol que brillaba en el exterior, y sobre las mesas había una espesa capa de polvo. Marion recibía la visita de una enfermera una vez al día. Erlendur se cruzó con ella al llegar.

Se sentó en el mullido sofá en frente de Marion y pensó en lo mal que había acabado su excolega. Ya casi no tenía carne sobre los huesos. La cabeza, grande, se inclinaba ligeramente sobre el cuerpo debilitado. Se le veían todos los huesos del rostro, y los ojos parecían hundidos. El cabello estaba macilento y enmarañado. Los ojos de Erlendur se detuvieron en los dedos manchados por el tabaco y en las uñas mordidas sobre los gastados brazos del sillón. Marion dormía.

La enfermera había hecho pasar a Erlendur, que ahora estaba sentado, en silencio, esperando a que Marion despertase. Sin querer, volvió a pensar en el día en que se incorporó a la Policía Criminal, muchísimos años atrás.

—¿Qué te ocurre? —fue lo primero que le dijo Marion—. ¿Nunca sonríes?

No supo qué responder. No supo qué podía esperar de ese fenómeno de escasa estatura que no soltaba su cigarrillo Camel y que estaba siempre envuelto en una densa nube de humo azulado.

—¿Por qué quieres trabajar en la Criminal? —continuó Marion al ver que Erlendur no respondía—. ¿Por qué no prefieres seguir dirigiendo el tráfico?

—Creo que puedo ser útil —dijo Erlendur.

El despacho era pequeño y estaba atiborrado de papeles y carpetas, y sobre la mesa había un gran cenicero lleno de colillas. La atmósfera estaba cargada de humo, pero a Erlendur no le molestaba. También él fumaba, y sacó un cigarrillo.

—¿Tienes algún interés por los delitos? —preguntó Marion.

—Por algunos —respondió Erlendur, sacando una caja de cerillas.

—¿Por algunos?

—Me interesan las desapariciones —dijo Erlendur.

—¿Las desapariciones? ¿Por qué?

—Siempre he tenido ese interés. Yo... —Erlendur vaciló.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir? —Marion fumaba un cigarrillo tras otro y encendió otro Camel con una colilla diminuta que aún estaba encendida al aterrizar en la montaña del cenicero—. Vaya fastidio, ¿es que no eres capaz de soltarlo? Si piensas seguir fastidiando así en el trabajo, no quiero saber nada de ti. ¡Suéltalo!

—Creo que están más relacionadas con los crímenes de lo que cree la gente —

dijo Erlendur—. No tengo pruebas que me apoyen. Es sólo intuición.

Erlendur volvió en sí. Miró a Marion respirando el oxígeno. Miró por la ventana del salón. Sólo una intuición, pensó.

Marion Briem abrió los ojos lentamente y vio a Erlendur en el sofá. Sus miradas se encontraron y Marion se quitó la mascarilla.

—¿Todo el mundo se ha olvidado de los malditos comunistas? —dijo Marion con voz chillona.

La boca estaba un poco torcida a causa de la trombosis sufrida, y sus palabras sonaban poco claras.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Erlendur.

Marion esbozó una fugaz sonrisa. O quizás era una mueca.

—Si llego a fin de año, será un milagro.

—¿Por qué no me contaste qué te sucedía?

—¿Para qué? ¿Puedes proporcionarme unos pulmones nuevos?

—¿Cáncer?

Marion asintió con la cabeza.

—Fumabas demasiado.

—Lo que daría yo ahora por un cigarrillo —dijo Marion.

Marion volvió a ponerse la mascarilla de oxígeno y miró a Erlendur como si él fuera a sacar los cigarrillos. Erlendur sacudió la cabeza. La televisión estaba encendida en un rincón, y los ojos de Marion se movieron hacia la pantalla. La mascarilla se le cayó.

—¿Qué tal con los huesos? ¿Todos se han olvidado ya de los comunistas?

—¿Qué dices de los comunistas?

—Tu jefe vino ayer a decirme hola, o quizás a decirme adiós. Nunca me ha gustado ese presuntuoso. No sé por qué no quieres ese trabajo de dirección. ¿Qué explicación tienes? ¿Puedes decírmelo? Hace mucho tiempo que tendrías que haber empezado a no hacer nada por el doble de sueldo.

—No hay ninguna explicación —respondió Erlendur.

—Se le escapó que el esqueleto estaba atado a una emisora de radio rusa.

—Sí. Creemos que es rusa y creemos que es una emisora de radio.

—¿No piensas darme un cigarrillo?

—No.

—No me queda mucho. ¿Crees que va a importar algo?

—A mí no me sacarás un cigarrillo. ¿Es para eso para lo que me llamaste? ¿Para acabar contigo definitivamente? ¿Por qué no me pides que te pegue un tiro en la cabeza, y ya está?

—¿Lo harías por mí?

Erlendur sonrió, y su sonrisa hizo que Marion se animara por un instante.

—Lo peor es lo del trombo. Hablo como si fuese idiota y me resulta difícil mover la mano.

—¿Qué tontería es esa de los comunistas? —preguntó Erlendur.

—Fue unos años antes de que empezaras a trabajar con nosotros. ¿Cuándo empezaste?

—En 1977 —respondió Erlendur.

—Dijiste que te interesaban las desapariciones, me acuerdo de eso —explicó Marion, y en el rostro se le formó una mueca de dolor.

Volvió a ponerse la mascarilla de oxígeno y cerró los ojos. Así transcurrió un largo rato. Erlendur miró a su alrededor. Aquel apartamento le recordaba desagradablemente el suyo.

—¿Quieres que llame a alguien? —preguntó—. ¿A un médico?

—No, no vas a llamar a nadie —dijo Marion, volviendo a ponerse bien la mascarilla—. Me ayudarás a preparar café para los dos, un poco más tarde. Sólo tengo que recuperarme un poco. Pero deberías recordarlo, de todos modos. Cuando encontramos los aparatos.

—¿Qué aparatos?

—En Kleifarvatn. ¿Es que ya nadie se acuerda?

Marion le miró y empezó a hablar con voz débil de los aparatos de Kleifarvatn, y de pronto, Erlendur se dio cuenta de qué estaba hablando Marion. Sólo lo recordaba vagamente, y no lo había relacionado en absoluto con el esqueleto del lago, aunque debería haber caído en ello enseguida.

—El diez de septiembre de 1973 sonó el teléfono de la policía de Hafnarfjörður. Dos hombres rana de Reikiavik, entonces no hablábamos de buceadores —dijo Marion con un sonrisa dolorida—, encontraron por casualidad un montón de aparatos en un lugar poco transitado del lago. Estaban a diez metros de profundidad. Enseguida se descubrió que la mayoría eran rusos, y que se habían esforzado mucho en borrar las letras cirílicas que había en ellos. Se pidió a los especialistas de Correos y Telecomunicaciones que estudiaran los aparatos en cuestión, y resultó que se trataba de equipos de comunicaciones y de escucha. Era un buen montón de aparatos —dijo Marion Briem—. Grabadoras de cinta, algunas emisoras, aparatos de radio.

—¿Llevaste tú el caso?

—Yo estaba en el lago cuando sacaron los aparatos, pero no fui yo quien dirigió la investigación. El caso despertó mucho interés. Por entonces, la guerra fría estaba en su apogeo y el espionaje de los rusos en Islandia estaba confirmado. Los yanquis también se dedicaban a espiar, seguramente, pero ellos eran amigos. Rusia era el enemigo.

—¿Emisoras?

—Sí. Y receptores. Se descubrió que algunos habían sido graduados para captar la frecuencia del ejército norteamericano en Keflavík.

—¿Y quieres relacionar el esqueleto del lago con esos aparatos?

—¿Tú qué crees? —preguntó Marion Briem, volviendo a entornar los ojos.

—Quizá no sea tan absurdo.

—No lo olvides —dijo Marion con una mueca de agotamiento.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Erlendur—. ¿Te puedo traer algo?

—A veces alquilaba westerns —respondió Marion tras un largo silencio, sin abrir los ojos.

Erlendur no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Westerns? —repitió—. ¿Te refieres a películas de indios y vaqueros?

—¿Puedes traerme una buena película?

—¿A qué llamas una buena película?

—John Wayne —dijo Marion, y la voz se hizo inaudible.

Erlendur siguió sentado un buen rato, por sí Marion volvía a despertarse. Era ya más de media mañana. Fue a la cocina, preparó café y llenó una taza. Recordó que Marion tomaba el café solo y sin azúcar, al igual que él. Puso la taza al lado del sillón de Marion. No sabía qué otra cosa podía hacer.

¡Películas del Oeste!, pensó al salir de la casa.

—Fantástico —se dijo a sí mismo, y se fue en su coche.

Ese día, por la tarde, Sigurdur Óli se sentó en el despacho de Erlendur. El hombre había llamado otra vez en plena noche y dijo que iba a quitarse la vida. Sigurdur envió un coche de policía a su casa, pero no había nadie. El hombre vivía solo en una casa unifamiliar. La policía entró en la casa reventando la cerradura, pero no encontraron a nadie.

—Volvió a llamarme esta mañana —dijo Sigurdur Óli tras acabar la historia—. Había vuelto a casa. No pasó nada, pero ya estoy un poco harto de este tipo.

—¿Es el que perdió a su mujer y su hijo?

—Sí. Se echa la culpa a sí mismo, por un motivo incomprensible, y se niega a escuchar cualquier otra cosa.

—Fue pura y simple coincidencia, ¿no?

—No, no es así como lo ve él.

Sigurdur Óli estuvo una temporada trabajando en la investigación de un accidente. Un todoterreno de grandes dimensiones chocó contra el lateral de un turismo en un cruce de Breidholtsbraut, perdieron la vida una madre y su hija de cinco años, que iba en el asiento trasero, con el cinturón abrochado. El conductor del todoterreno estaba borracho y se saltó un semáforo en rojo. El coche de las víctimas era el último de una larga fila que estaba atravesando la intersección en el momento en que el 4x4 se saltó el semáforo en rojo a gran velocidad. Si la madre hubiera esperado para cruzar hasta la siguiente luz verde, el todoterreno no habría causado ningún daño, habría atravesado la intersección y habría seguido su camino. Aunque el conductor borracho hubiera causado un accidente en algún otro lugar, no habría sido en aquella intersección.

—Pero así es la mayoría de los accidentes —le dijo Sigurdur Óli a Erlendur—. Desgraciadas coincidencias. Pero ese hombre no lo comprende.

—Los remordimientos le están matando —dijo Erlendur—. Deberías mostrarte comprensivo con él.

—¿Comprensivo?! Me llama a casa por la noche. ¿Se puede mostrar más comprensión que aguantar algo así?

La mujer había ido de compras con su hija al hipermercado Hagkaup de Smáralind. Estaba en la caja cuando él la llamó al móvil y le pidió por favor que le comprara una cesta de fresas. Así lo hizo, lo que hizo que se retrasara unos minutos. El hombre pensaba que si él no la hubiese llamado, ella no se habría detenido en aquel cruce en ese momento, y el todoterreno no habría chocado con ellas. De modo que se culpaba a sí mismo por lo sucedido. El accidente no habría ocurrido si él no la hubiese llamado.

El resultado fue espantoso. El coche de la mujer quedó destrozado. El todoterreno volcó en el arcén tras el choque. El conductor recibió un fuerte golpe en la cabeza y se fracturó varios huesos; estaba inconsciente cuando lo metieron en una ambulancia. La madre y la hija fallecieron allí mismo. Hubo que sacarlas del amasijo de metal del vehículo. La sangre corría calle abajo.

Sigurdur Óli fue a casa del marido acompañado de un cura. El coche estaba matriculado a su nombre. Había empezado a preocuparse por su mujer y su hija, y se llevó una enorme impresión al ver a Sigurdur y al sacerdote en la puerta de su casa. Cuando se enteró de lo sucedido se desmayó, y avisaron a un médico. Desde entonces llamaba una y otra vez a Sigurdur Óli, que se había convertido en una especie de amigo íntimo, totalmente en contra de su voluntad.

—No quiero estar comiéndome el tarro con él constantemente —suspiró Sigurdur—. Pero no me deja en paz. ¡Llama por la noche y dice que se va a matar! ¿Por qué no puede recurrir al cura? Él también estuvo allí.

—¿Comerte el tarro? —se extrañó Erlendur.

—Darle vueltas a todo lo que hace y todo lo que dice y explicármelo —explicó Sigurdur—. ¡Comerse el tarro! ¿Es que no entiendes la palabra?

—Dile que vaya a ver a un psiquiatra.

—Visita a uno con regularidad.

—Desde luego, no es fácil ponerse en su lugar —dijo Erlendur—. Debe de sentirse terriblemente mal.

—Sí —asintió Sigurdur.

—¿Y ahora tiene ideas suicidas?

—Eso dice. Sería capaz de cualquier estupidez. Pero yo me niego a seguir con eso. ¡Me niego!

—¿Qué dice Bergthóra?

—Cree que tal vez podría ayudarle un poco.

—¿Fresas?

—Ya lo sé. Se lo estoy diciendo siempre. Es absurdo.

Erlendur escuchaba el relato de una desaparición en los años setenta. Sigurdur Óli le acompañaba. En esta ocasión se trataba de un hombre de casi cuarenta años de edad.

La investigación preliminar del esqueleto indicaba que el hombre de Kleifarvatn tenía una edad comprendida entre los treinta y cinco y los cuarenta años. A juzgar por la antigüedad del transmisor ruso, llevaba en el agua desde algún momento no anterior a 1961. Se hicieron repetidos exámenes de la caja negra encontrada debajo del esqueleto. Se trataba de un radiorreceptor que en aquellos tiempos se denominaba receptor de microondas y que podía captar las frecuencias que utilizaba la OTAN en los años sesenta. Su fecha de fabricación era 1961, estaba muy desgastado, y las letras que aún podían distinguirse en el aparato eran rusas sin ningún género de duda.

Erlendur estudió en los periódicos la noticia del hallazgo de aparatos rusos en Kleifarvatn en el año 1973, y la mayor parte de lo que le había contado Marion Briem coincidía con lo que decían los artículos de prensa. Los aparatos habían sido encontrados a diez metros de profundidad a escasa distancia de Geithófdi, bastante lejos del lugar donde había aparecido el esqueleto. Habló de aquellos aparatos a Sigurdur Óli, y discutieron su posible relación con el hallazgo del lago. A Elínborg le parecía evidente. Si la policía hubiera extendido la búsqueda a más distancia del lugar donde aparecieron los aparatos, quizás hubieran dado con el cuerpo.

Según los informes de la policía de entonces, los buceadores dijeron que habían visto una limusina negra en la carretera de Kleifarvatn cuando estaban haciendo inmersión allí una semana antes. Enseguida pensaron que se trataba de algún vehículo diplomático. La embajada soviética no respondió a las preguntas sobre el caso, ni tampoco las embajadas en Reikiavik de otros países del este de Europa. Erlendur encontró un breve informe en el que se indicaba que los aparatos eran soviéticos. Se trataba, entre otras cosas, de aparatos de escucha con un alcance de ciento sesenta kilómetros y que seguramente se habrían utilizado para escuchar llamadas telefónicas en Reikiavik y los alrededores de Keflavík. Se señalaba que probablemente los aparatos eran de principios de los años sesenta, anticuados artefactos de válvulas, totalmente superados por los equipos más recientes de transistores. Los dispositivos funcionaban con batería y cabían en una maleta de viaje de tamaño estándar.

La mujer sentada delante de ellos rayaba los setenta, pero llevaba bien su edad. Ella y el hombre con el que vivía no habían tenido hijos, cuando él desapareció repentinamente. No estaban casados pero en su momento hablaron de ir al juez de paz. Desde entonces, la mujer no había vivido con nadie, les dijo tímidamente, con un toque de arrepentimiento en la voz.

—Era un cielo de hombre —dijo la mujer—, y siempre pensé que volvería. Era mejor creer eso que pensar que estuviera muerto. No podía ni imaginármelo. Y sigo sin poder hacerlo.

Habían encontrado un pisito y querían tener hijos. Ella trabajaba entonces en una

lechería. Era el año 1968.

—Quizá las recuerdes —le dijo a Erlendur—, y tú quizá también —continuó, mirando a Sigurdur Óli—. En esos años había unas tiendas especializadas en productos lácteos, que vendían exclusivamente leche, cuajada y cosas así. Sólo productos lácteos.

Erlendur asintió lentamente con la cabeza. Sigurdur Óli ya se había empezado a impacientar.

Su compañero tenía que ir a recogerla después del trabajo, como todos los días, y ella se quedó delante de la tienda, esperándole.

—Ya hace más de treinta años —dijo mirando a Erlendur—, y aún tengo la sensación de que estoy delante de la tienda, esperándole. Todos estos años. Siempre era puntual, y recuerdo que pensé que se retrasaba mucho, al transcurrir diez minutos, y después un cuarto de hora, y media hora. Recuerdo que fue una espera interminable. Era como si se hubiera olvidado de mí. —Suspiró—. Luego fue como si nunca hubiera existido.

Habían leído los informes. Ella denunció la desaparición de su compañero al día siguiente, a primera hora de la mañana. La policía fue a su casa. Se anunció la desaparición en los periódicos, la radio y la televisión. La policía le dijo que seguramente aparecería muy pronto. Preguntaron si bebía y si había desaparecido alguna vez antes de forma parecida. También si ella sabía de la existencia de alguna otra mujer en la vida de su compañero. Sus respuestas fueron todas negativas, pero las preguntas le hicieron pensar en él de modo muy distinto. ¿Había otra mujer? ¿Se había ido con otra? Era vendedor y viajaba mucho por todo el país. Vendía maquinaria agrícola, tractores, cosechadoras, excavadoras y buldóceres, y por eso tenía que viajar tanto. A veces, en los viajes más largos, estaba fuera varias semanas seguidas. Acababa de regresar de uno de esos viajes cuando desapareció.

—No sé qué podría haber ido a hacer allí, a Kleifarvatn —dijo, mirándoles a ambos—. Nunca íbamos por allí.

No le habían explicado nada del aparato soviético ni del agujero en el cráneo, sólo le dijeron que habían encontrado unos huesos en un lugar que solía estar cubierto de agua, y estaban comprobando las desapariciones que hubo en unas fechas determinadas.

—Vuestro coche apareció dos días después delante de la estación de autobuses —dijo Sigurdur Óli.

—Allí nadie reconoció a mi compañero por mi descripción —afirmó la mujer—. No tenía ninguna foto suya. Y él no tenía ninguna mía. No llevábamos mucho tiempo juntos y no teníamos cámara de fotos. Nunca viajábamos. ¿No es entonces cuando la gente utiliza la cámara de fotos?

—Y en Navidades —dijo Sigurdur Óli.

—En Navidades, sí —dijo ella.

—¿Y sus padres?

—Habían muerto hacía mucho tiempo. Él pasó muchos años en el extranjero. Primero trabajó en barcos de carga y luego vivió un tiempo en Inglaterra y Francia. Hablaba con un poquitín de acento, por todo el tiempo que había pasado fuera. Cuando encontraron el coche, desde la estación salían unos treinta autobuses en dirección a todas partes del país, pero ninguno de los conductores pudo decir que hubiera subido a ninguno de los autocares. Pensaban que no. La policía estaba segura de que le habrían visto si hubiera tomado algún autobús, pero sé que sólo intentaban consolarme. Creo que pensaban que andaría borracho por la ciudad y que ya aparecería. Dijeron que a veces había mujeres que llamaban a la policía cuando sus maridos andaban por ahí bebiendo y se preocupaban sin ningún motivo. —La mujer calló—. No creo que se esmerasen demasiado en la investigación —dijo al cabo de unos momentos—. No me pareció que pusieran mucho interés.

—¿Por qué crees que fue en el coche hasta la estación de autobuses? —preguntó Erlendur.

Vio que Sigurdur Óli anotaba la observación sobre el trabajo de la policía.

—No tengo ni idea.

—¿Crees que alguna otra persona pudo llevarlo hasta allí para despistarte a ti, o para despistar a la policía y que todo el mundo pensara que se había ido de la ciudad?

—No lo sé. Estuve mucho tiempo dándole vueltas a la posibilidad de que le hubieran matado, pero no sé quién habría querido hacer algo así, y menos aún por qué. No consigo comprenderlo.

—A menudo es una cuestión de pura casualidad —dijo Erlendur—. No siempre tiene que existir una explicación. En Islandia es rarísimo que haya un auténtico motivo en los homicidios que se producen. Suelen deberse a accidentes o a una decisión repentina, sin premeditación alguna y en la mayoría de los casos sin motivación real.

En los informes de la policía se indicaba que el hombre tenía que hacer un breve viaje de negocios el día anterior, después del cual tenía que volver a su casa. Un ganadero de vacuno, cerca de la capital, estaba interesado en la compra de un tractor, y el desaparecido tenía que hacerle una visita rápida para cerrar la venta. El ganadero dijo que el hombre no había aparecido por su granja. Lo había estado esperando todo el día, pero el tipo no apareció.

—Todo parecía ir la mar de bien y de pronto va y se larga —dijo Sigurdur Óli—. ¿Qué crees tú que pudo suceder?

—Él no se largó voluntariamente —afirmó la mujer—. ¿Por qué insinúas eso?

—No, perdona —se excusó Sigurdur Óli—. Claro que no. Y entonces desapareció. Perdona.

—No lo sé —dijo la mujer—. A veces podía estar un poco deprimido; callado y como indiferente. A lo mejor, si hubiéramos tenido hijos... A lo mejor todo hubiera sido distinto.

Callaron. Erlendur imaginó a la mujer esperando nerviosa delante de la lechería,

preocupada y decepcionada.

—¿Tenía alguna relación con las embajadas en Reikiavik? —preguntó Erlendur.

—¿Con las embajadas? —dijo la mujer.

—Sí, con las embajadas —repitió Erlendur—. ¿Tenía alguna relación con ellas, sobre todo con las de países de Europa Oriental?

—No, qué va —dijo la mujer—. No entiendo... ¿A qué te refieres?

—¿Conocía a alguien de las embajadas, o trabajaba para ellos, o algo así? —dijo Sigurdur Óli.

—No, o por lo menos no, que yo supiera. No sabía nada de eso.

—¿Qué coche teníais? —preguntó Erlendur.

No recordaba la marca que se indicaba en los informes.

La mujer reflexionó un momento. Estaba empezando a sentirse confusa con aquellas extrañas preguntas.

—Era un Ford —dijo—. Creo que un Falcon. Negro.

—Creo que en los informes de la policía de entonces se decía que en el coche no se había encontrado ninguna pista sobre la desaparición de tu compañero.

—No, no encontraron nada. Alguien había robado un tapacubos, pero era lo único.

—¿Delante mismo de la estación de autobuses? —preguntó Sigurdur Óli.

—Eso pensaron.

—¿Y le faltaba un tapacubos?

—Sí.

—¿Qué fue del coche?

—Lo vendí. Necesitaba dinero. Nunca he tenido mucho dinero.

Recordaba la matrícula del coche y se la dijo, con gesto absorto. Sigurdur Óli la apuntó. Erlendur le hizo una señal y los dos se levantaron y le dieron las gracias. La mujer siguió sentada en su sillón. Erlendur tuvo la sensación de que se sentía muy sola.

—¿De dónde eran las máquinas que vendía? —preguntó Erlendur, por decir algo.

—¿Las máquinas agrícolas? Eran de Rusia y Alemania Oriental. Decía que eran más flojas que las americanas, pero mucho más baratas.

Erlendur no acababa de entender qué quería de él Sindri Snær. Su hijo era completamente distinto a su hermana Eva, que estaba convencida de que Erlendur no se había esforzado lo suficiente para mantener el contacto con sus hijos. Ella y su hermano habrían ignorado la existencia de su padre si no hubiese sido porque su madre estaba siempre hablando mal de él. Cuando Eva se hizo mayor, buscó a su padre y le arrojó encima toda su rabia. Sindri Snær no parecía tener las mismas intenciones. No interrogó a Erlendur sobre la destrucción de la familia ni le recriminó su falta de interés por Eva y por él cuando los dos eran niños y pensaban que su padre

era un malvado porque les había abandonado.

Cuando Erlendur llegó a casa, Sindri estaba cocinando unos espaguetis. Había limpiado la cocina, lo que quería decir que había tirado a la basura algunas bolsas vacías de comida para microondas, había fregado unos cuantos tenedores y había limpiado la cafetera y la zona de alrededor de esta. Erlendur entró en el salón y se puso a ver las noticias en la tele. Los huesos de Kleifarvatn habían bajado ya al quinto lugar. La policía había tenido el máximo cuidado en no decir nada sobre el receptor ruso.

Se sentaron en silencio y empezaron a comer los espaguetis. Erlendur los cortaba con el cuchillo y los untaba de mantequilla, mientras Sindri ponía la boca en forma de morro y se los comía sorbiendo, acompañados de salsa de tomate. Erlendur le preguntó qué tal estaba su madre, pero Sindri respondió que no sabía nada de ella desde que llegó a la ciudad. Siguieron comiendo. El televisor estaba encendido en el salón. Empezó un programa de entrevistas. Una estrella del pop hablaba de sus éxitos en la vida.

—Eva me dijo el fin de año pasado que tuviste un hermano que murió —dijo Sindri de repente, limpiándose la boca con papel de cocina.

—Así es —dijo Erlendur tras una breve reflexión.

No se lo esperaba.

—Eva dijo que aquello te marcó mucho.

—Es cierto.

—¿Y eso explica que seas como eres?

—¿Cómo soy? —quiso saber Erlendur—. Yo no sé cómo soy. ¡Eva tampoco!

Siguieron sentados comiendo, Sindri frunciendo la boca y Erlendur intentando mantener los trozos de pasta en el tenedor. Pensó que la próxima vez que fuera a comprar cogería cereales para gachas, y carne en adobo.

—No es culpa mía —dijo Sindri.

—¿El qué?

—Que yo no sepa quién eres.

—No —aseguró Erlendur—. No es culpa tuya.

Comían en silencio. Sindri dejó el tenedor y se pasó otra vez el papel de cocina por los labios. Se levantó, buscó una taza de café, la llenó con agua del grifo y la volvió a poner en la mesa.

—Me dijo que nunca le encontraron.

—Sí, así es, nunca le encontraron —dijo Erlendur.

—¿De modo que sigue allá arriba?

Erlendur dejó de comer y puso el tenedor en la mesa.

—Supongo que sí —dijo mirando a su hijo a los ojos—. ¿Adónde pretendes llegar con esto?

—¿A veces le buscas? —preguntó Sindri.

—¿Que si le busco?

—¿Sigues buscándole?

—¿Qué quieres de mí, Sindri? —dijo Erlendur.

—Estuve trabajando por allí, en el este. En Eskifjörður. No sabían que tú y yo...

—Sindri vaciló hasta que encontró la palabra adecuada—... nos conocíamos, pero cuando Eva me contó lo de tu hermano me dediqué a preguntar a la gente de allí, a la gente mayor, los que trabajaban conmigo en la fábrica de pescado.

—¿Te dedicaste a hacer averiguaciones sobre mí?

—No, no exactamente. No sobre ti. Pregunté sobre los viejos tiempos, sobre la gente que vivía allí hace años, y sobre los campesinos de alrededor. Tu padre era granjero, ¿no? Mi abuelo.

Erlendur no respondió.

—Hay gente allí que lo recuerda bien —dijo Sindri.

—¿Que recuerda qué?

—Lo de los dos niños que fueron a la montaña con su padre y el más pequeño murió. Después, la familia se trasladó al sur.

Erlendur miró a su hijo.

—¿Con quién estuviste hablando?

—Con gente que vive allí, en el este.

—¿Y estuviste espiándome? —preguntó Erlendur con brusquedad.

—No te estuve espiando —respondió Sindri—. Eva Lind me habló del asunto y yo quise saber qué había ocurrido.

Erlendur apartó el plato.

—¿Y qué ocurrió?

—Que hacía un tiempo horrible. Tu padre volvió a casa y reunieron un grupo de rescate. A ti te encontraron enterrado en la nieve. Tu hermano no apareció nunca. Tu padre no participó en la búsqueda. La gente decía que se había quedado destrozado y que desde entonces se volvió raro.

—¿Raro? —repitió Erlendur en tono de enfado—. Palabrerías.

—Tu madre era mucho más fuerte —dijo Sindri—. Iba todos los días con el grupo de rescate a buscarle. Y siguió yendo mucho tiempo después. Hasta que os marchasteis, dos años más tarde. Subía constantemente a los páramos a buscar a su hijo. Era una obsesión.

—Quería enterrarlo —dijo Erlendur—. Esa era toda su obsesión.

—La gente también me habló de ti.

—No deberías prestar oído a los chismes.

—Decían que el hermano mayor, el que se salvó, iba por allí con regularidad y recorría las montañas y los páramos. Podían pasar años de una vez a la siguiente, y ahora llevaba varios años sin ir, pero siempre le estaban esperando. Va él solo y lleva una tienda, alquila caballos y sube a las montañas. Baja al cabo de una semana o diez días, o quizá dos semanas, y se marcha en su coche. Nunca habla con nadie, excepto al alquilar los caballos, y entonces no dice mucho.

—¿La gente sigue hablando de eso por allí?

—No creo —dijo Sindri—. No mucho. Es sólo que me picó la curiosidad y hablé con personas que se acordaban. Que se acordaban de ti. Hablé con el granjero que te alquila los caballos.

—¿Por qué te metes en esto? Nunca...

—Eva Lind dijo que te comprendía mejor desde que se lo contaste. Ella siempre está hablando de ti. Yo no tengo ningún interés en saber nada de ti. Para ella eres algo que no acabo de comprender. A mí no me importas lo más mínimo. Me parece estupendo. Me parece estupendo no tener nada que ver contigo. No haberte necesitado nunca. Eva te necesita. Siempre te ha necesitado.

—He intentado hacer por Eva todo lo que he podido —dijo Erlendur.

—Lo sé. Me lo ha contado. A veces piensa que metes las narices donde no debes, pero creo que sabe lo que eres y lo que intentas hacer por ella.

—Los restos humanos pueden encontrarse incluso una generación más tarde —dijo Erlendur—. Incluso cien años después. Por pura casualidad. Existen muchos relatos al respecto.

—Seguramente —dijo Sindri—. Eva me contó que te sentías responsable de lo que ocurrió. Porque no le sujetaste bien. ¿Es por eso por lo que vas al este a buscarle?

—Creo que...

Erlendur calló.

—¿Por remordimientos, quizás?

—No sé si son remordimientos —respondió con una débil sonrisa.

—Pero no le has podido encontrar nunca —dijo Sindri.

—No —contestó Erlendur.

—Por eso vuelves una y otra vez.

—Es bueno ir al este. Cambiar de ambiente. Estar solo.

—Vi la casa en la que vivíais. Hace mucho que está destrozada.

—Sí —dijo Erlendur—. Hace mucho. Casi ruinoso. Alguna vez he pensado en convertirla en residencia de verano, pero...

—En el quinto pino.

Erlendur miró a Sindri.

—Es agradable dormir allí —dijo Erlendur—. Con los fantasmas.

Cuando se acostó esa noche pensó en las palabras de su hijo. Sindri tenía razón. Había ido al este varias veces en verano en busca de su hermano. No sabía por qué, aparte del motivo evidente, quería encontrar sus restos mortales para poder acabar con aquella historia, aunque en lo más íntimo sabía que no había apenas esperanzas de encontrar nada. Siempre dormía la primera y la última noche en la vieja vivienda de la granja, que estaba medio en ruinas. Dormía en el suelo pensando en los tiempos pasados, cuando se sentaba en aquel salón con su familia y con parientes u otras

personas de la comarca. Miraba las puertas recién pintadas, y veía a su madre entrar con la cafetera y servir a los huéspedes bajo la débil luz de las lámparas. Su padre estaba en la puerta sonriendo por algo que había dicho alguien. Su hermano se le acercaba, tímido ante tantos huéspedes, y preguntaba si podía coger otra rosquilla. Él estaba junto a la ventana mirando a los caballos. La gente venía de dar un paseo a caballo por el campo, todos felices y ruidosos.

Esos eran sus fantasmas.

Marion Briem parecía haberse animado un poco cuando Erlendur se presentó en su casa a primera hora del día siguiente. Había logrado encontrar un western de John Wayne. Se llamaba *Centauros del desierto* y pareció alegrar a Marion, que le pidió que pusiera la cinta en el vídeo.

—¿Desde cuándo ves películas del Oeste? —preguntó Erlendur.

—Siempre me han gustado los westerns —dijo Marion. La mascarilla de oxígeno estaba sobre la mesa del salón, al lado de la butaca—. En las mejores se limitan a contar historias simples de personas simples. Yo pensaba que a ti, que eres un tipo sencillo del campo, te encantaban estas historias. Las historias del Oeste.

—Nunca me ha entusiasmado el cine —dijo Erlendur.

—¿Hay progresos en lo de Kleifarvatn? —preguntó Marion.

—¿Qué nos dice el que un esqueleto, probablemente de los años sesenta, apareciera atado a un aparato ruso de escucha? —cuestionó Erlendur.

—¿Solamente hay una posibilidad? —respondió Marion.

—¿Espías?

—Sí.

—¿Tú crees que el del lago puede ser un auténtico espía islandés?

—¿Quién dice que sea islandés?

—¿No es lo más lógico? —preguntó Erlendur, no muy seguro.

—No hay nada que diga que es islandés —continuó Marion, y de pronto le sobrevino un ataque de tos y empezó a respirar con más dificultad—. Alcánzame el oxígeno, me encuentro mejor con el oxígeno.

Erlendur cogió la mascarilla y se la puso en el rostro, y abrió la válvula de paso del oxígeno. Pensó si no sería conveniente llamar a una enfermera, incluso a un médico. Era como si Marion le leyese la mente.

—Déjalo. No necesito más ayuda. Luego vendrá la enfermera.

—No debería venir a cansarte más.

—No te vayas aún. Eres la única persona que viene a visitarme con quien me apetece charlar. Y el único que podría darme un cigarrillo.

—No te voy a dar ningún cigarrillo.

Se produjo un silencio hasta que Marion volvió a quitarse la mascarilla.

—¿Hubo espías islandeses durante la guerra fría? —preguntó Erlendur.

—No lo sé —respondió Marion—. Sé que intentaron que algunos se hicieran espías. Recuerdo a un hombre que vino a vernos y dijo que los rusos no le dejaban en paz. —Marion volvió a cerrar los ojos—. Una historia de espías de lo más ridícula, pero seguramente muy islandesa.

Unos rusos contactaron con ese hombre y le preguntaron si quería ayudarles. Necesitaban, entre otras cosas, información sobre el aeropuerto de Keflavík y sus edificios. Los rusos se lo tomaban muy en serio y se empeñaban en fijar citas con el

individuo en ciertos lugares fuera de la ciudad, y él tuvo la sensación de que le presionaban demasiado. No conseguía librarse de ellos. Dijo que no quería, pero no le hicieron caso y al final se rindió. Se puso en contacto con la policía y prepararon una trampa muy sencilla. Cuando el hombre fue a la reunión con los rusos en las cercanías de Hafravatn, fue acompañado por dos policías, escondidos debajo de una manta en el coche. Otros policías acudieron por sus propios medios a la zona. Los rusos no sospecharon nada hasta que los policías salieron del coche del individuo y los detuvieron.

—Los expulsaron del país —dijo Marion, y en su rostro se formó la mueca de una sonrisa al pensar en la forma de espiar de los rusos—. Siempre recordaré sus nombres: Kisilev y Dimitriev.

—Me gustaría saber si recuerdas algo sobre una desaparición aquí en Reikiavik en los años sesenta —dijo Erlendur—. Un hombre que vendía maquinaria agrícola y de construcción. No se presentó a la reunión que había concertado con un campesino que vivía cerca de la ciudad, y desde entonces no se ha sabido nada de él.

—Lo recuerdo bien. Níels se encargó del caso. Menudo vago.

—Sí, desde luego —contestó Erlendur, que conocía a Níels—. El hombre en cuestión tenía un Ford Falcon que apareció delante de la estación de autobuses. Le habían quitado un tapacubos.

—¿No querría simplemente librarse de la mujer? Recuerdo que esa fue la conclusión. Que se había suicidado.

—Es muy posible —dijo Erlendur.

Marion cerró los ojos. Erlendur estuvo un buen rato en silencio, sentado en el sofá, mirando el western mientras Marion dormía. En la cubierta de la cinta ponía que Wayne interpretaba a un antiguo militar de la Confederación que persigue a unos indios que mataron a su hermano y a su cuñada y raptaron a la hija de estos. El militar busca a la chica durante años y, finalmente, cuando la encuentra, resulta que ya ha olvidado su pasado y se ha convertido en india.

Al cabo de veinte minutos, Erlendur se puso en pie y se despidió de Marion, que seguía durmiendo, con la mascarilla cubriéndole la nariz y la boca.

Cuando volvió a la comisaría, se sentó en el despacho de Elínborg, que estaba escribiendo su intervención para la presentación del libro. También estaba Sigurdur Óli. Dijo que había rastreado las sucesivas ventas del Falcon hasta llegar al último dueño del vehículo.

—Vendió el coche a un desguace de Kópavogur antes de 1980 —dijo Sigurdur Óli—. El desguace aún existe. Pero nadie responde al teléfono. Quizá se hayan marchado de vacaciones.

—¿Ha averiguado la Científica algo más sobre el receptor? —preguntó Erlendur, que vio a Elínborg moviendo los labios con la mirada fija en la pantalla del ordenador, para comprobar cómo sonaba su discurso.

—¡Elínborg! —exclamó Erlendur, molesto.

La mujer policía levantó un dedo como para decirle que esperase un momento.

—... y espero que mi libro —leyó en voz alta lo que aparecía en la pantalla— os proporcione innumerables ratos placenteros en la cocina, y que os sirva para ampliar vuestros horizontes. He intentado mantenerlo en un tono popular, he intentado poner de relieve el espíritu doméstico, porque la cocina es el punto cent...

—Muy bonito —dijo Erlendur.

—Espera —lo interrumpió Elínborg—... el punto central de todo hogar, donde la familia se reúne a diario para pasar sus mejores ratos.

—Elínborg —dijo Sigurdur Óli.

—¿Es demasiado sentimental? —preguntó Elínborg con una mueca.

—Es vomitivo —dijo Sigurdur Óli.

Elínborg miró a Erlendur.

—¿Qué dice la Científica sobre el aparato? —preguntó otra vez.

—Están estudiándolo todavía —dijo Elínborg—. Están intentando contactar con especialistas de Telecom.

—Estuve pensando en todos los aparatos que aparecieron en Kleifarvatn hace años —dijo Sigurdur Óli—, y en el que estaba atado al esqueleto. ¿No deberíamos hablar con algún vejete del servicio diplomático?

—Sí, averigua con quién podemos hablar —pidió Erlendur—. Tiene que ser alguien que recuerde los años más duros de la guerra fría.

—¿Estamos hablando de espías en Islandia? —preguntó Elínborg.

—No lo sé —respondió Erlendur.

—¿No es un tanto ridículo? —espetó Elínborg.

—No más ridículo que eso de «la familia se reúne a diario para pasar sus mejores ratos» —la chinchó Sigurdur Óli.

—Venga, cállate —dijo Elínborg, borrando lo que había escrito en el ordenador.

El único hombre que trabajaba en el desguace de Kópavogur era precisamente el dueño, y sólo abría por las tardes. Las carcasas de automóviles estaban metidas en grandes jaulas, algunas apiladas hasta en seis capas unas sobre otras. Algunos vehículos se encontraban en un estado lamentable como consecuencia de algún choque violento, pero otros sólo estaban viejos y estropeados, como el propietario, un hombre de aspecto fatigado que rayaba los sesenta, vestido con un mono remendado y manchado de grasa, que en tiempos fue de color azul claro. El hombre estaba arrancando el parachoques de un vehículo japonés bastante nuevo al que habían dado un golpe por detrás haciendo que se plegara como un acordeón hasta los asientos traseros.

Erlendur estuvo observando los restos de los coches hasta que el hombre levantó la vista.

—Un camión le dio por detrás a este —explicó—. Suerte que no había nadie

sentado detrás.

—Un coche tan nuevecito —dijo Erlendur.

—¿Necesitas algo?

—Estoy buscando un Ford Falcon —respondió Erlendur—. Te lo vendieron o te lo regalaron antes de 1980.

—¿Un Ford Falcon?

—Naturalmente, es imposible, lo sé —afirmó Erlendur.

—Ya sería viejo cuando llegó aquí —dijo el hombre, que sacó un paño y se limpió las manos con él—. Dejaron de fabricar el Falcon en 1970 o incluso antes.

—Entonces no le sacaríais mucho beneficio, ¿verdad?

—La mayoría de los Falcon habían desaparecido de las calles mucho antes del ochenta. ¿Por qué lo buscas? ¿Necesitas repuestos? ¿Estás restaurando algún Ford Falcon?

Erlendur le explicó que era policía y que el coche estaba relacionado con una antigua desaparición. El hombre sintió un repentino interés. Dijo que había comprado el taller de desguaces a un individuo llamado Haukur, a mediados de los noventa, y que no recordaba que hubiera allí ningún Ford Falcon. Dijo que el anterior propietario, que había muerto hacía muchísimos años, llevaba el registro de todos los vehículos que compraba para desguace, e invitó a Erlendur a entrar en un cuartito en la oficina, que estaba repleto hasta el techo de carpetas y cajas de documentos.

—Esta es nuestra contabilidad —informó el hombre, con una sonrisa de disculpa—. Aquí no acostumbramos a tirar nada. Puedes mirar todo lo que quieras. Yo nunca me decidí a llevar un registro de los coches, no sirve para nada, pero el viejo Haukur lo llevaba muy concienzudamente.

Erlendur le dio las gracias y empezó a examinar las carpetas, que llevaban todas el año escrito en el lomo. Vio un montón de los años ochenta y empezó por ellas. No sabía por qué estaba buscando aquel coche. No tenía ni idea de en qué podía ayudarle, si aún existía. Sigurdur Óli le había preguntado por qué estaba tan interesado en aquella desaparición, y no en las otras que les habían contado los días anteriores. Erlendur no tuvo una respuesta plausible para su pregunta. Sigurdur Óli no habría comprendido nunca a qué se refería si le decía que no podía apartar de su memoria a aquella mujer solitaria que cree que por fin ha conseguido encontrar la felicidad, nerviosa delante de la lechería, mira su reloj de pulsera y espera al compañero al que ama.

Tres horas más tarde, cuando Erlendur estaba ya a punto de darse por vencido y el propietario le había preguntado varias veces si había encontrado algo, halló lo que buscaba, la factura de una transacción de aquel coche. El desguace había vendido un Ford Falcon negro el 21 de octubre de 1979, con motor inservible, aspecto interior aceptable, pintura en buen estado. Sin matrícula. Había una factura escrita a lápiz grapada en la hoja de la descripción. En ella decía: «Falcon, año de fabricación 1967. Precio: 35.000 coronas. Comprador: Hermann Albertsson».

El primer secretario de la embajada rusa en Reikiavik tenía más o menos la edad de Erlendur pero era más delgado y su aspecto era mucho más sano. Cuando les recibió, tuvieron la sensación de que se esforzaba por adoptar un aire informal. Llevaba pantalones de color caqui y jersey y, esbozando una gran sonrisa, les dijo que estaba a punto de salir hacia el campo de golf. Invitó a Erlendur y Elínborg a sentarse en su despacho, y él también se sentó detrás de una gran mesa, siempre con su amplia sonrisa. Conocía el motivo de su visita. La cita había sido acordada con mucha antelación, de modo que Erlendur se sorprendió por la excusa del golf. Era como si tuvieran que concluir la reunión lo más deprisa posible y marcharse. Hablaron en inglés y, aunque el secretario de la embajada conocía el asunto, Elínborg se lo resumió en pocas palabras para dejar claro por qué era necesario aquel encuentro. Había aparecido un receptor de radio ruso atado al esqueleto de un hombre, que, a juzgar por las apariencias, había sido asesinado y hundido en el lago Kleifarvatn, en algún momento posterior a 1961. Aún no había trascendido a los medios de comunicación el hallazgo del receptor ruso.

—Desde 1960 ha habido bastantes embajadores soviéticos y luego rusos en Islandia —dijo el secretario, sonriendo seguro de sí mismo, como si nada de lo que le estaban diciendo tuviera que ver con él—. Los que estuvieron aquí en los años sesenta y principios de los setenta murieron hace mucho. Dudo que ellos supieran nada sobre el aparato ruso de ese lago. Y yo tampoco.

Sonrió. Erlendur le devolvió la sonrisa.

—¿Pero ustedes espionaron en este país durante la guerra fría? ¿O lo intentaron, al menos?

—Fue antes de mi época —dijo el secretario—. No puedo decir nada al respecto.

—¿Se refiere a que ya no espían?

—¿Qué vamos a espionar? Nos basta con entrar en internet, como todo el mundo. Además, esa base militar no importa ya demasiado. Si es que importa algo. Las zonas de conflicto del mundo se han desplazado. Estados Unidos ya no necesitan un portaaviones como Islandia. Nadie entiende qué están haciendo aquí, con una base de ustedes tan tremendamente cara. Si esto fuera Turquía, podría comprenderlo.

—La base no es nuestra —dijo Elínborg.

—Sabemos que algunos empleados de la embajada fueron expulsados del país porque eran sospechosos de espionaje —dijo Erlendur—. En los años más crudos de la guerra fría.

—Entonces saben ustedes más que yo —aseguró el secretario—. Y claro que la base es suya —añadió, mirando a Elínborg—. No se engañe. —Volvió a mirar a Erlendur—: Si tuviéramos espías en esta embajada, seguramente serían menos que los agentes de la CIA en la embajada estadounidense. ¿Les han preguntado a ellos? Por lo que me han contado ustedes, tengo la sensación de que esos huesos son

resultado de, bueno, cómo definirlo, vaya, de un asesinato mañoso. Es casi como en las películas policíacas americanas.

—El receptor es ruso —dijo Erlendur—. El que estaba atado al cuerpo. El esqueleto...

—Eso no nos dice nada —le interrumpió el secretario—. Aquí había embajadas u oficinas diplomáticas de otros estados del Este que utilizaban aparatos de la antigua Unión Soviética. No tiene por qué existir relación alguna con nuestra embajada.

—Tenemos aquí una descripción más precisa del aparato y unas imágenes —dijo Elínborg, entregándole fotos y documentos—. ¿Puede decirnos algo sobre su uso? ¿Quiénes lo utilizaban?

—No conozco este artefacto —dijo el secretario, mirando las fotografías—. Lo siento. Haré algunas averiguaciones. Pero aunque lo conociéramos, no podríamos ayudarles demasiado.

—¿Podemos intentarlo? —preguntó Erlendur.

El secretario sonrió.

—Tendrá que creerme. El esqueleto del lago no tiene nada que ver con esta embajada ni con sus empleados. Ni ahora ni en el pasado.

—Creemos que es un receptor de radio —dijo Elínborg—. Capta la frecuencia del ejército norteamericano en Keflavík.

—No puedo decir nada al respecto —repuso el secretario, mirando su reloj—. El golf me espera.

—Si ustedes, en los viejos tiempos, hubieran espiado, cosa que no hacían —dijo Erlendur—, ¿qué les habría interesado?

El secretario dudó por un momento.

—Si hubiéramos hecho algo así, naturalmente habríamos querido saber cosas de la base, de los movimientos de material militar, de barcos de guerra, de aviones, de submarinos. Habríamos querido conocer la capacidad americana en cada momento. Ustedes mismos pueden responder a su pregunta. Habríamos querido conocer las actividades de la base y de otras instalaciones militares en Islandia. Las había por todas partes. No sólo en Keflavík. Había actividad en todo el país. También habríamos querido conocer las actividades de otras embajadas, la política interna, los partidos y demás.

—El año 1973 apareció en Kleifarvatn un gran número de equipos —informó Erlendur—. Emisoras, aparatos de microondas, grabadoras, incluso radios. Todo de los países de la Europa del Este. La mayoría, de la Unión Soviética.

—No sé nada de eso —dijo el secretario.

—No, claro que no —ratificó Erlendur—. Pero ¿qué circunstancias pudieron hacer que tiraran al lago todos esos aparatos? ¿Se utilizaba algún procedimiento especial para deshacerse del material obsoleto?

—Me temo que no puedo ayudarles en ese asunto —dijo el secretario, que ya no sonreía—. He intentado responderles lo mejor que he podido, pero algunas de las

cosas sencillamente las desconozco por completo. No puedo decirles nada más.

Erlendur y Elínborg se levantaron. Aquel hombre tenía un aire petulante que desagradaba a Erlendur. ¡Su base militar! ¿Qué sabía ese individuo de bases militares en Islandia?

—¿Esos aparatos obsoletos no podían enviarse de vuelta al país por valija diplomática? —preguntó—. ¿No era posible tirarlos a un vertedero como el resto de la basura? Esos equipos demuestran con claridad que se hacía espionaje en Islandia. Cuando el mundo era más simple y las líneas eran más nítidas.

—Puede decir lo que quiera —respondió el secretario, poniéndose en pie—. Lo siento, tengo una cita.

—El hombre de Kleifarvatn, ¿podría pertenecer a esta embajada?

—No.

—¿O a otras embajadas de los estados de la Europa del Este?

—Creo que eso queda excluido. Y ahora he de pedirles que...

—¿Les falta alguien de aquellos años?

—No.

—¿Lo sabe así, a bote pronto, sin consultarlo?

—Lo he consultado. No nos falta nadie.

—¿Nadie de su gente que desapareciera y del que no sepan qué le ocurrió?

—Que pasen un buen día —se despidió el secretario con una sonrisa.

Les abrió la puerta.

—¿Seguro que no desapareció nadie? —insistió Erlendur, saliendo al pasillo.

—Nadie —dijo el secretario, cerrándoles la puerta en las narices.

Sigurdur Óli vio rechazada su solicitud de una entrevista con el embajador norteamericano o alguno de sus subordinados. En vez de la cita para una reunión, le llegó de la embajada un mensaje con el sello de «confidencial», en el que se indicaba que no se había echado en falta a ningún ciudadano de Estados Unidos en el período en cuestión. Sigurdur Óli quiso insistir y exigir una reunión, pero su petición fue rechazada por los jefes de la Criminal. La policía había de tener algo tangible que relacionase los huesos del lago con la embajada norteamericana, la base o los ciudadanos norteamericanos en Islandia.

La teoría más plausible era que los huesos estaban relacionados con actividades de espionaje en Islandia, y que se trataba de un extranjero. Sigurdur Óli llamó a un amigo suyo, jefe de sección de la subsecretaría de Defensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, para preguntarle si sería posible conseguir una lista de antiguos empleados que estuvieran dispuestos a informar a la policía sobre los funcionarios de embajadas extranjeras durante los años cincuenta y sesenta. Intentó contarle lo menos posible sobre su investigación, pero lo suficiente para despertar el interés de su amigo, que le prometió llamarle más tarde.

Erlendur estaba como perdido, con una copa de vino blanco en la mano, mirando a la multitud que asistía a la presentación del libro de Elínborg. Había estado debatiéndose en la duda de si asistir o no, pero al final decidió acudir. Le molestaban las reuniones festivas, las poquísimas que se presentaban en su camino. Bebió un sorbo de vino blanco e hizo una mueca. Estaba ácido. Pensó con añoranza en la botella de Chartreuse que tenía en casa.

Sonrió a Elínborg, que estaba en medio de la gente y le saludaba con la mano. Estaba hablando con unos periodistas. Que una mujer, miembro de la Policía Criminal de Reikiavik, publicara un libro de recetas de cocina había suscitado una gran curiosidad en los medios de comunicación, y Erlendur se alegró al ver cómo disfrutaba Elínborg de la atención que le prodigaban. Una vez le había invitado, y también a Sigurdur Óli y a su mujer, Bergthóra, a comer a su casa, donde probó un nuevo plato indio de pollo cuya receta les dijo que incluiría en el libro. El plato era muy sabroso y picante, y no pararon de alabar a Elínborg hasta que se sonrojó.

Erlendur no conocía a casi nadie de los presentes, excepto a la gente de la policía, y se alegró al ver a Sigurdur Óli y Bergthóra dirigirse hacia él.

—Podrías intentar sonreír por una vez al vernos —dijo Bergthóra, dándole un beso en la mejilla.

Brindó por ellos con vino blanco y luego volvieron a brindar por Elínborg.

—¿Cuándo vamos a poder conocer a esa mujer con la que andas? —preguntó Bergthóra, y Erlendur vio que Sigurdur Óli se ponía tenso al lado de su mujer.

En la Criminal, corría en boca de todos que Erlendur había ligado con una mujer, pero eran pocos los que tenían la osadía de preguntar por ella.

—Un día de estos —respondió—. Cuando cumplas los ochenta.

—¿Y no estará ya muerta? —dijo Bergthóra.

Erlendur sonrió.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó Bergthóra, mirando a los asistentes.

—Sólo conozco a los maderos —dijo Sigurdur Óli—. Y creo que todos esos gordinflones son parientes de Elínborg.

—Ahí está Teddi —dijo Bergthóra, saludando con la mano al esposo de Elínborg.

Alguien golpeó un vaso con una cucharilla y el murmullo cesó. El hombre empezó a hablar en un rincón al otro extremo de la sala, de modo que no podían oír sus palabras, pero la gente rio. Vieron a Elínborg abrirse paso hacia él y sacar el discurso que llevaba escrito. Se acercaron lentamente para oírla y alcanzaron a oír la conclusión, en la que daba las gracias a su familia y a sus colegas de la policía por su paciencia y su apoyo. Luego sonaron aplausos.

—¿Pensáis quedaros mucho rato? —preguntó Erlendur, cuyas palabras sonaron como si se dispusiera a abandonar la celebración.

—No seas siempre tan estirado —dijo Bergthóra—. Relájate. Goza de la vida. Emborráchate.

Cogió una copa de vino de la bandeja más próxima.

—¡Acaba con esto!

Elínborg salió de en medio del grupo y les saludó con un beso, y preguntó si se aburrían. Miró a Erlendur, que estaba tomando un buen trago de vino blanco ácido. Bergthóra y ella se pusieron a hablar de una famosa presentadora de televisión que estaba allí y que tenía un lío con un empresario. Sigurdur Óli dio la mano a un hombre que Erlendur no conocía, así que se apartó un poco y se dispuso a marcharse cuando se dio de bruces con un viejo colega de la policía. Estaba a punto de jubilarse, lo que Erlendur sabía que no le hacía ninguna gracia.

—Te habrás enterado de lo de Marion —dijo el policía, bebiendo un sorbo de vino—. Tengo entendido que no le funcionan bien los pulmones. Está en su casa, sufriendo.

—Así es —dijo Erlendur—. Y ve películas del Oeste.

—¿Estuviste preguntando por el Falcon? —preguntó el hombre, que terminó su copa y cogió otra de una bandeja que pasaba ante ellos en ese momento.

—¿Por el Falcon?

—He oído que lo decían por allí. ¿Buscas información sobre desapariciones que puedan estar relacionadas con el hallazgo del esqueleto de Kleifarvatn?

—¿Recuerdas algo del Falcon? —preguntó Erlendur.

—No, no mucho. Lo encontramos delante de la estación de autobuses. Níels dirigía la investigación. Le he visto por aquí hace un momento. Es estupendo el libro de la niña —añadió el hombre—. Le estuve echando un vistazo antes. Estupendas fotos.

—Creo que a la niña no le falta demasiado para cumplir los cincuenta —dijo Erlendur—. Y sí, su libro es realmente estupendo.

Buscó con los ojos a Níels y lo encontró sentado en el ancho alféizar de la ventana. Erlendur se sentó a su lado y recordó cómo había envidiado algunas veces a aquel hombre. Níels tenía a sus espaldas una larga carrera en la policía, y una familia de la que cualquiera podría estar orgulloso. Su esposa era una famosa pintora, tenían cuatro hijos estupendos, todos licenciados ya, y un montón de nietos. Su mujer y él eran propietarios de una casa unifamiliar en Grafarvogur, maravillosamente decorada por la pintora, dos coches en el garaje y nada que pudiera arrojar sombras sobre su eterna felicidad. Erlendur pensaba a veces si alguien podía tener una vida más feliz y con más éxitos que Níels. No eran demasiado buenos amigos. Erlendur siempre había considerado a Níels un perezoso que carecía de las condiciones necesarias para el trabajo de investigador policial. Tampoco sus éxitos en la vida privada bastaban para amortiguar la antipatía que Erlendur sentía por él.

—Es muy serio lo de Marion, creo —dijo Níels cuando Erlendur se sentó a su lado.

—Seguramente aún tiene cuerda para rato —aseguró Erlendur, en contra de lo que él mismo pensaba—. Y a ti, ¿cómo te va?

Preguntó sólo por educación. Siempre sabía cómo le iba a Níels.

—Yo ya he renunciado a entender nada —dijo Níels—. Hemos cogido al mismo tipo cinco veces por allanamiento en un mismo fin de semana. Cada una de las veces confiesa y le sueltan porque el caso está ya aclarado. Vuelve a robar en otra casa, confiesa, le sueltan, roba en otra casa. ¿Qué imbecilidad es esa? ¿Por qué no se crea un programa que permita enviar a ese idiota directamente a la cárcel? Y cuando coleccionan veinte delitos o así, entonces los condenan al mínimo y los ponen en condicional y al momento volvemos a pillar exactamente a los mismos. ¿A qué viene ese círculo vicioso? ¿Por qué no les echan unas condenas decentes a esos tipos?

—No hay engendro más horrible que el sistema judicial islandés —dijo Erlendur.

—Esos criminales toman el pelo a los jueces —dijo Níels—. ¡Y luego están los pedófilos! ¡Y los violentos!

Callaron. Las conversaciones sobre la indulgencia de los jueces irritaban mucho a los policías, que detenían atracadores, violadores y pedófilos para enterarse al poco de que les habían puesto unas condenas irrisorias o incluso que les habían dado la libertad condicional.

—Hay otra cosa —dijo Erlendur—. ¿Recuerdas al hombre aquel que vendía maquinaria agrícola? Tenía un Ford Falcon negro. Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Te refieres al coche de la estación de autobuses?

—Sí.

—Tenía una compañera majísima, el buen hombre. ¿Qué habrá sido de ella?

—Sigue igual —dijo Erlendur—. Al coche le faltaba un tapacubos. ¿Te acuerdas?

—Supusimos que se lo habrían robado donde estaba aparcado, delante de la estación. El caso no tenía nada que pudiera indicar la existencia de un delito, quizá con la excepción del robo del tapacubos. Si es que lo robaron. También era posible que hubiera chocado contra el bordillo y se cayera con el golpe. En todo caso, no lo encontramos. Y tampoco al dueño.

—¿Por qué había de querer quitarse de en medio? —preguntó Erlendur—. Todo le iba fenomenalmente bien. Tenía una mujer hermosa. Un futuro brillante. Acababa de comprarse un Ford Falcon.

—Sabes que cuando alguien se suicida, nada de eso importa —dijo Níels.

—¿Crees que pudo largarse en autobús?

—Eso es lo que nos pareció más probable, si no recuerdo mal. Hablamos con los conductores, pero ninguno le recordaba. Claro que eso no significa que no hubiera cogido un autobús para salir de la ciudad.

—Tú crees que se mató.

—Sí —dijo Níels—. Pero...

Níels vaciló por un momento.

—¿Qué? —preguntó Erlendur.

—Ese hombre estaba jugando a algo —dijo Níels.

—¿Y eso?

—La mujer dijo que se llamaba Leopold, pero no encontramos a nadie con ese nombre y con la edad que ella nos dijo que tenía, no encontramos a nadie, ni en nuestros archivos, ni en el Registro Civil. Ni partida de nacimiento. Ni carné de conducir. No existía ningún Leopold que pudiera ser ese hombre.

—¿Qué quieres decir?

—O bien se perdieron todos los registros sobre él, o...

—¿O estaba engañando a la mujer?

—Al menos no podía llamarse Leopold —dijo Níels.

—¿Y qué contestó ella? ¿Qué dijo la mujer cuando la interrogasteis sobre ese punto?

—Tuvimos la sensación de que le había estado tomando el pelo —dijo Níels finalmente—. Nos dio pena. Ni siquiera tenía una foto de su compañero. ¿Qué nos dice eso? La pobre no sabía nada sobre su hombre.

—¿Y?

—No se lo dijimos.

—¿No le dijisteis qué?

—Que no teníamos ningún registro de su Leopold —dijo Níels—. Nos parecía claro y evidente. Había estado mintiendo a su chica y la dejó colgada.

Erlendur se quedó en silencio mientras intentaba hacerse una idea clara de lo que le decía Níels.

—Por consideración hacia ella —aseguró Níels.

—¿Y sigue sin saberlo?

—Supongo.

—¿Por qué no le dijiste nada?

—Probablemente, por simple delicadeza.

—Ella sigue esperándole —dijo Erlendur—. Iban a casarse.

—Eso es lo que le aseguró antes de largarse.

—¿Y si le asesinaron?

—Lo consideramos muy poco probable. Claro que no es nada frecuente, pero tampoco es algo inaudito. Los hombres mienten a las mujeres para conquistarlas, les sacan algo... cómo diría, algo bien agradable, y luego se largan. Creo que ella lo sabía en el fondo. No tuvimos que decirle nada.

—¿Y el coche?

—Estaba matriculado a nombre de la mujer. El préstamo estaba también a su nombre. Ella era la dueña del coche.

—Deberíais habérselo dicho.

—Quizá. Pero ¿se habría sentido mejor por eso? Habría descubierto que el hombre que amaba era un granuja que la había engañado. Él nunca le habló de su familia. La mujer no sabía nada de él. Tampoco tenía amigos, el buen hombre. Se pasaba largas temporadas por el país, en viajes de negocios. ¿Qué te dice todo eso?

—Ella sabía que le quería —dijo Erlendur.

—Y aquel fue el pago.

—¿Qué dijo el campesino con quien tenía una cita?

—Lo tienes todo en los informes —dijo Níels, asintiendo con la cabeza y sonriendo hacia el lugar donde estaba Elínborg en animada charla con su editor.

Alguna vez, Elínborg había comentado que se llamaba Anton.

—Sabes que en los informes nunca se pone todo.

—El hombre no fue nunca a ver al campesino —dijo Níels, y Erlendur vio que intentaba traer a la memoria los detalles del caso. Todos recordaban los grandes casos, asesinatos y desapariciones, hasta la última detención importante, hasta la última agresión seria y hasta la última violación.

—¿El Falcon pudo decirnos si había ido o no a ver al campesino?

—No encontramos nada en el coche que indicara que había llegado a aquella granja.

—¿Tomasteis muestras?

—Recuerdo que sí, pero entonces no éramos tan sofisticados como ahora. Lo investigamos lo mejor que pudimos.

—¿Tomasteis muestras del suelo debajo del asiento delantero? ¿Debajo de los pedales?

—Eso está en los informes.

—No lo vi. Habríais podido comprobar si visitó al campesino. Se habría llevado algo de la tierra de allí en los zapatos.

—Aquel caso no era complicado, Erlendur. Nadie quería hacerlo complicado. El hombre se largó. A lo mejor se suicidó. No siempre encontramos los cuerpos. Lo sabes. Aunque hubiéramos encontrado algo debajo de los pedales, habría podido ser de cualquier sitio. Viajaba mucho por todo el país. Vendía maquinaria agrícola.

—¿Qué dijeron en su empresa?

Níels reflexionó un momento.

—Hace mucho tiempo de todo esto, Erlendur.

—Intenta hacer memoria.

—No era empleado fijo, eso lo recuerdo, lo que era poco frecuente en esos días. Trabajaba a comisión, y le pagaban como autónomo.

—Lo que significa que se ocupaba él mismo de pagar sus impuestos.

—Ya te he dicho que en los archivos no figuraba nada a nombre de Leopold. Nada.

—¿Así que crees que utilizaba a esa mujer cuando estaba en Reikiavik como una especie de compañera ocasional, pero que, digamos, vivía en algún otro sitio del país?

—O que incluso tenía una familia —dijo Níels—. Existen individuos así.

Erlendur bebió un sorbo de vino y miró el perfecto nudo de la corbata bajo el blanco cuello de la camisa de Níels. No era un buen detective. En su mundo no había

casos complicados.

—Hubieses tenido que decirle la verdad.

—Es posible que tenga buenos recuerdos de aquel hombre. Pensamos que aquello no se podía considerar un caso criminal. La desaparición nunca se investigó como un asesinato, porque no aparecieron indicios que justificaran ese tipo de investigación.

Callaron. El murmullo de los asistentes era ya un ruido constante.

—Tú andas siempre detrás de las desapariciones —dijo Níels—. ¿Qué interés tienen para ti? ¿Qué estás buscando?

—No lo sé —dijo Erlendur.

—Era una desaparición normal y corriente —dijo Níels—. Hacía falta algo más para convertirla en una investigación por asesinato. No aparecieron indicios de ninguna clase que pudieran dar pie a ello.

—No, probablemente no.

—¿Nunca te cansas de este tema? —preguntó Níels.

—A veces.

—Y tu hija, ¿sigue metida en el mismo embrollo? —quiso saber Níels, orgulloso de sus cuatro hijos bien educados, que habían formado espléndidas familias y vivían vidas inmaculadas y plenas, al igual que él.

Erlendur sabía que todos sus colegas de la comisaría se habían enterado de la detención de Eva Lind después de agredir a Sigurdur Óli. A veces caía en manos de la policía y no mostraban con ella ninguna clemencia aunque fuera hija de Erlendur. Evidentemente, Níels se había enterado de lo de Eva. Erlendur le miró, sus ropas elegantes y las uñas bien cuidadas, y pensó si la felicidad en la vida convertía a los hombres en unos muermos inaguantables.

—Sí —dijo Erlendur—. Sigue en el mismo embrollo.

Cuando Erlendur volvió a su casa esa tarde, no había ningún Sindri para recibirle. No había aparecido cuando Erlendur se metió en la cama, a medianoche. No había dejado ningún mensaje ni número de teléfono al que poder llamar. Erlendur echaba de menos su compañía. Llamó a Información, pero el número de móvil de Sindri no figuraba en la guía telefónica.

Estaba medio dormido cuando sonó el teléfono. Era Eva Lind.

—Sabes que aquí dentro te drogan —dijo con lengua de trapo.

—Estaba durmiendo —mintió Erlendur.

—Aquí te dejan hecha polvo a base de pastillas —prosiguió Eva—. Nunca en mi vida he estado más drogada. ¿Qué estás haciendo?

—Intentando dormir —respondió Erlendur—. ¿Has montado algún número?

—Hoy ha venido Sindri —dijo Eva, sin contestar a su pregunta—. Dijo que habíais estado hablando.

—¿Sabes dónde está?

—¿No está en tu casa?

—Creo que se ha ido —contestó—. A lo mejor está en casa de vuestra madre. ¿Os dejan llamar cuando queréis desde la institución?

—Yo también me alegro de oírte —dijo Eva bruscamente—. Y no he montado ningún número.

Le colgó.

Erlendur siguió acostado, con los ojos clavados en el techo, en medio de la oscuridad. Pensaba en sus dos hijos, Eva Lind y Sindri Snær, y en la madre de los chicos, que le odiaba. Pensaba en su hermano, al que había buscado sin parar durante todos aquellos años, sin encontrarlo jamás. En alguna parte estaban sus huesos. Quizás en lo más hondo de un profundo barranco, quizás en lo más alto de las montañas, pero él no tenía ni la menor idea de dónde podía estar. Sin embargo, había subido a las montañas y había intentado calcular qué distancia podría recorrer un niño de ocho años en medio de la tormenta y la ventisca.

¿Nunca te cansas de este tema?

Cansado de esta búsqueda eterna.

Hermann Albertsson le recibió en la puerta poco antes de las doce del día siguiente. Era un hombre delgado, sesentón, de movimientos ágiles, que vestía unos vaqueros deshilachados y una camisa de algodón roja a cuadros, y exhibía a manos llenas una gran sonrisa. Desde la cocina llegaba el aroma de bacalao cocido. Vivía solo y siempre había vivido así, le dijo a Erlendur, sin esperar preguntas. Exhalaba cierto olor a lubricante.

—¿Quieres un poco de bacalao? —le preguntó cuando Erlendur le siguió al

interior de la casa.

Erlendur le agradeció la invitación pero la rechazó con firmeza, aunque Hermann no le hizo el menor caso y puso en la mesa un plato para él y, antes de darse cuenta, Erlendur estaba sentado a la mesa con un hombre al que no conocía de nada, comiendo bacalao hervido tan tierno que parecía puré y patatas con mantequilla. Los dos se comieron la piel del pescado y la cáscara de las patatas, y Erlendur no pudo evitar pensar por un momento en Elínborg y su libro de recetas. Cuando estaba trabajando en él le dio a probar un rape fresquísimo acompañado de salsa de lima, amarilla gracias al cuarto de kilo de mantequilla que había utilizado para prepararla. Elínborg necesitó veinticuatro horas para hacer hervir el caldo de pescado hasta que sólo quedaron cuatro cucharadas en el fondo de la olla, la esencia misma del rape; se pasó la noche en vela para ir quitando la espuma del caldo. La salsa lo es todo, era el eslogan de Elínborg. Erlendur sonrió. El bacalao de Hermann le parecía exquisito.

—Restauré el Falcon —dijo Hermann mientras se metía en la boca un gran trozo de patata.

Era mecánico y en sus horas libres restauraba coches antiguos e intentaba venderlos. Le dijo a Erlendur que cada vez era más difícil. Que nadie tenía ya ningún interés por los coches antiguos, sólo les interesaban los todoterreno nuevos, que nunca tenían que soportar nada peor que un atasco de tráfico en el cruce de Miklubraut para entrar al centro de Reikiavik.

—¿Todavía lo tienes? —preguntó Erlendur.

—Lo vendí en 1987 —dijo Hermann—. Ahora tengo un Chrysler fabricado en 1979, casi una limusina. Llevo trabajando en él, cuánto, seis años.

—¿Sacarás algo de todo ese trabajo?

—Nada en absoluto —dijo Hermann, que le ofreció un café—. Porque no me apetece venderlo.

—¿Matriculaste el Falcon a tu nombre mientras lo tenías?

—No —respondió Hermann—. Nunca lo tuve matriculado a mi nombre. Anduve enredado con él unos años y me lo pasé muy bien. Lo conducía por aquí, por el barrio, y si quería viajar con él hasta Thingvellir o así, cogía las placas de mi coche y se las ponía. Me parecía inútil pagar el seguro.

—No lo encontramos matriculado en ningún sitio —dijo Erlendur—, de modo que el nuevo propietario tampoco le ha puesto placas.

—No es necesariamente así. A lo mejor se hartó de él y lo tiró.

—Dime otra cosa. Los tapacubos del Falcon, ¿eran especialmente bonitos, o muy codiciados?

Erlendur había pedido a Elínborg que entrara en internet, y en la página ford.com encontraron una serie de fotos de los antiguos Ford Falcon. Uno de ellos era negro, y cuando Elínborg imprimió la foto para Erlendur, destacaban mucho los tapacubos.

—Eran muy decorativos —dijo Hermann pensativo—, como siempre lo son los tapacubos de los coches americanos.

—Faltaba un tapacubos —afirmó Erlendur—. En aquellos tiempos.

—¿Y?

—¿Compraste uno para ponérselo, cuando adquiriste el coche?

—No, alguno de sus propietarios debió de comprar uno nuevo. Cuando yo lo compré no llevaba los tapacubos originales.

—¿Era un coche interesante, el Falcon ese?

—Lo que tenía de interesante es que no era muy grande —dijo Hermann—. No era como los «haigas» americanos, como llamaban entonces a esos cochazos enormes. Como mi Chevrolet. El Falcon era pequeño y bonito y se dejaba conducir muy bien. No era un coche de lujo, en absoluto. Todo menos eso.

El Falcon pertenecía en la actualidad a una viuda, algo mayor que Erlendur. Vivía en Kópavogur. Su marido, fabricante de muebles, aficionado a los coches, había muerto de un ataque al corazón hacía unos cuantos años.

—Estaba en perfecto estado —dijo, y abrió el garaje para que entrara Erlendur, quien no sabía si la mujer estaba hablando del coche o de su marido.

El Falcon estaba cubierto por una lona gruesa, y Erlendur preguntó si podía retirarla un momento. La mujer asintió.

—Mi marido estaba entusiasmado con este coche —comentó con voz apagada—. Se pasaba el rato aquí. Le compró unos repuestos carísimos. Removía Roma con Santiago para encontrarlos.

—¿Usaba el coche? —preguntó Erlendur, peleando con un nudo para aflojarlo.

—Sólo por aquí, alrededor de la casa —dijo la mujer—. El coche tiene buena pinta pero mis hijos no tienen el menor interés en él y no han conseguido venderlo. Parece que ya nadie se interesa por estos automóviles viejos. Mi marido había decidido matricularlo cuando murió. Estaba solo en su taller. Trabajando. Al ver que no venía a cenar ni respondía el teléfono, envié a mi hijo a buscarle, y se lo encontró tirado en el suelo.

—Debe de haber sido difícil —dijo Erlendur.

—Toda su familia tiene problemas de corazón —informó la mujer—. Su madre también falleció de un infarto, y un primo suyo, igual.

Observaba a Erlendur pelear con la lona. No daba la sensación de echar demasiado de menos a su marido. Quizá ya había superado el duelo y había intentado empezar de nuevo.

—¿Qué le pasa a este coche? —preguntó la mujer.

Había hecho la misma pregunta cuando Erlendur habló con ella por teléfono; no encontró la manera de decirle por qué estaba interesado en el coche sin desvelar de qué iba el caso. Quería evitar tener que entrar en detalles. Quería guardárselos para él de momento. Tampoco sabía él mismo demasiado bien por qué le intrigaba tanto aquel vehículo, ni si podría serle de alguna utilidad.

—Apareció una vez en un caso de la policía —dijo Erlendur sin muchas ganas de explicarse—. Sólo quería saber si aún estaba entero.

—¿Fue algún caso famoso? —preguntó la mujer.

—No, en absoluto. Nada famoso —respondió Erlendur.

—¿Y quieres comprarlo, o...? —preguntó la mujer.

—No —dijo Erlendur—. No quiero comprarlo. No estoy tan interesado por los coches antiguos.

—Como te digo, está en perfecto estado. Valdi, mi marido, decía que la única pieza estropeada era la parte de abajo del chasis. Estaba oxidada y tuvo que repararla. Por lo demás, estaba perfectamente. Valdi desmontó el coche de arriba abajo y volvió a montar hasta la última pieza, y compró algunas que faltaban. —Calló—. Era capaz de gastar mucho dinero en este coche —dijo a continuación—. A mí nunca me compraba nada. Pero así son los hombres.

Erlendur dio un tirón de la lona, que se desplazó por encima del coche y cayó al suelo. Se detuvo un instante a observar el Ford Falcon de bellísimas líneas que había sido propiedad del hombre desaparecido en la estación de autobuses. Se puso en cuclillas al lado de una de las ruedas delanteras. Imaginó el tapacubos que le faltaba cuando lo encontraron, y pensó adónde podría haber ido a parar.

Sonó el móvil que llevaba en el bolsillo. Era la Policía Científica, que le llamaba para decirle que habían elaborado un informe sobre el equipo ruso de Kleifarvatn. El jefe de la brigada le dijo sin más preámbulos que pensaban que, cuando tiraron el receptor al agua, ya no estaba utilizable.

—¿Y? —preguntó Erlendur.

—Ya ves —dijo el jefe—. El aparato era claramente inservible antes de caer al agua. La arena del fondo del lago es porosa y las partes internas del receptor están dañadas de una forma que no puede explicarse sólo por haber estado sumergido en el lago.

—Y eso ¿qué nos dice? —preguntó Erlendur.

—No tengo ni idea —respondió el jefe de la Científica.

La pareja paseaba por la acera, el hombre un poco delante y la mujer detrás. Era una bonita tarde de primavera. Los rayos del sol se extendían sobre la superficie del mar, y a lo lejos retumbaba un chubasco. La pareja no parecía darse cuenta de la belleza de la tarde en esa ocasión. Avanzaban dando zancadas y el hombre parecía muy abatido. Hablaba sin cesar. La mujer le seguía en silencio, intentando no quedarse atrás.

Él les observaba por la ventana, miraba el sol del atardecer y pensaba en cuando era joven y el mundo comenzó a hacerse tan complicado y difícil de manejar.

Fue cuando empezó la tragedia.

Terminó el primer invierno en la universidad con magníficas calificaciones y volvió a Islandia a pasar el verano. Trabajó en el periódico del partido durante los meses de verano, escribiendo artículos sobre la reconstrucción de Leipzig. En las reuniones hablaba de la vida de los estudiantes y discutía los lazos históricos y culturales de Islandia y la ciudad alemana. Se reunía con los líderes del partido. Le tenían reservadas importantes misiones. Estaba deseoso de volver a ponerse en camino. Estaba convencido de que tenía una gran misión que cumplir, quizá mayor que la de otros. Decían que tenía un espléndido futuro por delante.

En otoño volvió a embarcar hacia Alemania, y sus segundas Navidades en la residencia de estudiantes se acercaron. Los islandeses estaban expectantes porque varios de ellos recibirían paquetes de comida de sus casas, típicos alimentos navideños islandeses como carne ahumada, pescado salado y seco, además de dulces e incluso libros. Karl ya había recibido su paquete, y el olor a carne ahumada se extendió por toda la residencia cuando se puso a cocer una pierna de cordero de Húnavatn, donde tenía una granja su tío materno. En la caja había también una botella de aguardiente islandés, de la que se apropió Emil.

Sólo Rut tenía suficiente dinero para irse a Islandia durante las fiestas. También era la única que desde la vuelta de las vacaciones veraniegas había sufrido de auténtica añoranza, y los demás pensaban que tal vez no volvería. La vieja mansión estaba medio vacía, porque casi todos los estudiantes alemanes que se alojaban allí se habían marchado a sus casas, al igual que algunos de los procedentes de los países vecinos que tenían permiso de viaje y podían disfrutar de descuentos en el precio de los trenes.

De modo que no era muy numeroso el grupo que se congregó en la cocina alrededor de la pierna de cordero ahumada, con la botella de aguardiente que Emil había puesto en el centro de la mesa, en el puesto de honor, como dijo él. Dos suecos de la residencia habían traído patatas, y otros col lombarda, y, de alguna manera, Karl había logrado preparar una bechamel bastante decente para acompañar la carne. El mentor, Lothar Weiser, que se había hecho muy amigo de los islandeses, asomó por

allí y le invitaron al festín. Se llevaban estupendamente con él. Lothar era parlanchín y estaba muy interesado en la política, y de vez en cuando intentaba sonsacarles sus opiniones sobre la universidad, Leipzig, la República Democrática Alemania, el secretario general Walter Ulbricht y la economía planificada. Quería saber si pensaban que Ulbricht mostraba excesivo seguidismo con la Unión Soviética, y con frecuencia les preguntaba por los sucesos de Hungría, cuyos lazos de amistad con la Unión Soviética intentaba romper el imperialismo norteamericano con emisiones de radio y toda clase de agitación anticomunista. Estaba convencido de que los jóvenes eran demasiado influenciados por la propaganda y que estaban dispuestos a cerrar los ojos ante las auténticas intenciones del imperialismo occidental.

—¿Y no podemos dejar eso y pasarlo bien? —preguntó Karl cuando Lothar empezó a hablar de Ulbricht.

Bebió un buen trago de la botella. Hizo unos aspavientos horribles y se quejó de que nunca le había gustado el aguardiente.

—*Ja, ja, natürlich* —dijo Lothar, y se echó a reír—. Basta de política.

Hablaba islandés. Dijo que lo había aprendido en Alemania, y los chicos pensaban que debía de ser un genio para los idiomas, porque sin haber estado nunca en Islandia su islandés era casi tan bueno como el de ellos. Le preguntaron cómo había llegado a dominar tan bien la lengua, y respondió que había escuchado grabaciones, entre otras cosas en la radio. Les resultaba especialmente divertido cuando se ponía a entonar canciones infantiles.

«Se avecinan precipitaciones» era una frase, aprendida en las predicciones meteorológicas, que repetía una y otra vez.

En el paquete de Karl había dos cartas con noticias de lo más importante que había sucedido en Islandia durante el otoño, así como recortes de prensa. Estuvieron charlando sobre las noticias de casa y todos recordaron que, como ya era habitual, Hannes no había ido a la fiesta.

—Ah, sí, Hannes —dijo Lothar con una sonrisita.

—Le hablé de esta reunión —comentó Emil, tomando un sorbo de aguardiente.

—¿Por qué es tan misterioso? —preguntó Hrafnhildur.

—Sí, es cierto, es un tipo lleno de secretos —dijo Lothar.

—Me resulta raro —explicó Emil—. No asiste a las reuniones de la FDJ ni a las conferencias que organizan. Nunca le he visto en las brigadillas de trabajo voluntario. ¿Es demasiado fino para trabajar en las ruinas? ¿O es que somos demasiada poca cosa para él? ¿Se cree mejor que nosotros? Tomas, tú has hablado con él.

—Creo que lo que quiere Hannes es acabar la carrera cuanto antes —respondió, encogiéndose de hombros—. Sólo le queda este año.

—Siempre se decía que era una especie de estrella del partido —dijo Karl—. Siempre oí decir de Hannes que tenía auténtica madera de líder. Aquí no lo demuestra. Creo que este año no le he visto más de dos veces, y no me hizo ni caso.

—Es cierto, se le ve poco —corroboró Lothar—. Es un poco depresivo —añadió,

sacudiendo la cabeza.

Tomó un sorbo de aguardiente e hizo una mueca.

Oyeron que se abría la puerta de la calle, en el piso de abajo, sonido que fue seguido por unos pasos en la escalera, y dos chicos y una chica aparecieron en la penumbra de un extremo del pasillo. Eran unos estudiantes a los que Karl apenas conocía.

—Nos enteramos de que teníais cena islandesa de Navidad —dijo la chica cuando llegaron a la puerta de la cocina y observaron la mesa del festín.

Quedaba bastante cordero y los que estaban más cerca de la puerta se apartaron un poco para dejarles sitio en la mesa. Uno de los chicos sacó dos botellas de vodka con gran alborozo. Se presentaron, los dos hombres eran de Checoslovaquia, y la mujer, de Hungría.

La joven se sentó a su lado, y él sintió como si de pronto se quedara sin fuerzas. Había intentado no mirarla demasiado desde que surgió de la penumbra del pasillo, pero al verla por primera vez se agitaron en su interior sentimientos cuya existencia ignoraba y que le resultaba difícil comprender. Sucedió algo extraño y asombroso, y de repente tuvo una extraña sensación de alegría y bienestar, aunque también de timidez. Nunca, ninguna mujer había producido en él un efecto como aquel.

—¿Tú también eres de Islandia? —le preguntó en un estupendo alemán, volviéndose hacia él.

—Sí, soy de Islandia —balbuceó él en un alemán que ya sabía hablar con gran corrección.

Dejó de mirarla en cuanto se dio cuenta de que tenía los ojos clavados en ella desde que se sentó a su lado.

—¿Qué cosa horrible es esa? —preguntó ella, señalando una cabeza de cordero que aún seguía entera sobre la mesa.

—Una cabeza de cordero, cortada por la mitad y chamuscada al fuego —dijo y la vio hacer una mueca.

—Pero ¿quién es capaz de comer eso? —preguntó la joven.

—Los islandeses —fue la respuesta—. En realidad está muy bueno —añadió, aunque más bien vacilante—. La lengua y las mejillas...

Calló al darse cuenta de que no sonaba demasiado apetitoso.

—Y oye, ¿os coméis también los ojos y el morro? —preguntó la muchacha, con evidente asco.

—¿El morro? Sí, también. Y los ojos.

—No debéis de tener mucha variedad para comer, si os zampáis esto —dijo la joven.

—Éramos un pueblo muy pobre —respondió él, asintiendo además con la cabeza.

—Me llamo Ilona —dijo la joven, extendiendo la mano.

Se saludaron, y él le dijo que se llamaba Tomas.

Uno de los que llegaron con ella la llamó. Tenía un plato lleno a rebosar de carne

ahumada y patatas, al igual que su compañero, y la animó a imitarles, estaba muy bueno. Ilona se levantó, cogió un plato y cortó una loncha de carne.

—Nunca comemos suficiente carne —dijo sentándose otra vez a su lado.

—Efectivamente —respondió él, por decir algo.

—Humm, está muy bueno esto —alabó ella con la boca llena de carne ahumada.

—Mejor que los ojos de cordero —dijo él.

Estuvieron de cháchara hasta la madrugada. Otros estudiantes se enteraron de que allí había una fiesta y la casa se llenó de gente. Sacaron de algún sitio un viejo gramófono y alguien trajo discos de Sinatra. Avanzada ya la noche, representantes de las distintas naciones cantaron por turnos melodías de su tierra. Todo empezó cuando Karl y Emil cantaron un poema muy triste de Jónas Hallgrímsson, los dos muy afectados por todo lo que habían recibido de sus respectivas casas. Luego empezaron los húngaros, los checos, los suecos y, finalmente, los alemanes y un estudiante de Senegal que lloraba al recordar las cálidas noches de África. Hrafnhildur quiso saber cuáles eran las palabras más bonitas de la lengua de cada uno y hubo cierto tira y afloja hasta que se pusieron de acuerdo en que una persona de cada país de los allí presentes recitaría lo más bonito que se hubiera compuesto en su lengua. Entre los islandeses no había disputa. Hrafnhildur se puso en pie y empezó con las palabras más bellas nunca compuestas en lengua islandesa, unos versos de Jónas Hallgrímsson:

La estrella del amor
sobre campos de lava,
oculta por las nubes de la noche;
rio desde el cielo,
por las tristes ansias
de un joven del hondo valle.

El recitado estuvo transido de emoción y, aunque la mayor parte de los asistentes no comprendía el islandés, se produjo un silencio en todo el grupo hasta que explotaron en un estruendoso aplauso y Hrafnhildur hizo una gran reverencia.

Ilona y él seguían sentados juntos a la mesa de la cocina, y ella le miró con ojos interrogantes. Él le habló del joven del poema, que recordaba un largo viaje por las regiones desiertas de Islandia, con una muchacha joven a la que deseaba. Sabía que jamás podrían consumir su amor, y con esos melancólicos pensamientos volvía triste y solo a su valle natal. Sobre él titilaba la estrella del amor que le había mostrado el camino y que ahora había desaparecido tras las nubes, y pensaba que aunque no pudieran amarse, su amor sería eterno.

Ella le miraba mientras hablaba, y fuera por la historia del triste muchacho o por cómo se la dijo, o simplemente por el aguardiente islandés, la chica le besó de pronto en los labios con tanta dulzura que él se sintió de nuevo como un niño.

Rut no volvió después de las vacaciones de Navidad. Envió cartas a todos y cada unos de sus amigos en Leipzig, y en la dirigida a él mencionaba las condiciones de vida y esto y aquello, y él pudo comprender que se había hartado. O quizá la añoranza era demasiado fuerte. Lo comentaron en la cocina de la residencia. Karl dijo que la echaba de menos, y Emil asintió. Hrafnhildur dijo que era demasiado blanda.

La siguiente vez que vio a Hannes le preguntó por qué no había querido ir a la residencia a pasar la noche con ellos. Fue después de una clase de cálculo de estructuras, a la que Hannes asistía también, y que fue todo menos normal. Unos veinte minutos después de empezar se abrió la puerta y entraron tres estudiantes que dijeron ser responsables de la FDJ y pidieron permiso para decir unas palabras. Iban acompañados por otro estudiante al que Tomas había visto algunas veces en la biblioteca y que pensaba que estudiaba literatura alemana. Llevaba la cabeza gacha. El que parecía estar al frente del grupo dijo que era secretario de la FDJ y empezó a hablar de la unidad de los estudiantes. Les recordó los cuatro objetivos de la actividad universitaria: enseñar el marxismo a los estudiantes, hacerlos socialmente activos, hacerles llevar a cabo trabajos sociales comunitarios decididos por los jóvenes comunistas, y crear una clase de intelectuales que más tarde se habrían de convertir en profesionales, cada uno en su campo.

Se volvió hacia el estudiante y explicó que este había confesado que escuchaba emisoras de radio occidentales y que había prometido no volver a hacerlo. El chico levantó la cabeza y dio un paso al frente, reconoció su delito y dijo que no volvería a escuchar emisoras de radio occidentales. Afirmó que estaban corrompidas por el imperialismo y el ansia de beneficios de la economía capitalista, y exhortó a todos los de la clase a escuchar única y exclusivamente emisiones de la Europa del Este.

El secretario le dio las gracias y pidió a la clase que siguieran su ejemplo y juraran que ninguno de los allí presentes escucharía emisiones de radio occidentales. La clase satisfizo su exigencia, y el secretario se volvió hacia el profesor, pidió disculpas por la interrupción, y el grupito volvió a salir del aula.

Hannes, que estaba sentado dos filas delante de él, se volvió y le miró, con un gesto de ira y profunda tristeza.

Cuando terminó la clase, Hannes salió primero. Tomas echó a correr y lo agarró del brazo para detenerlo. En un tono un poco brusco, le preguntó si ocurría algo.

—¿Que si ocurre algo? —repitió Hannes—. ¿Te parece bien lo que ha pasado hace un rato? ¿Viste al pobre chico?

—Hace un rato —dijo—, no, yo... pero, claro, hay que... tenemos que...

—Déjame en paz —le interrumpió Hannes—. Déjame en paz de una vez, por favor.

—¿Por qué no viniste a la cena de Navidad? Los demás piensan que te crees superior a todos nosotros —dijo.

—Eso no son más que chismes —espetó Hannes, que aceleró el paso para librarse de él.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Por qué te comportas así? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué te hemos hecho?

Hannes se detuvo en el pasillo.

—Nada, vosotros no me habéis hecho nada —respondió—. Lo único que quiero es que me dejéis en paz. En primavera acabaré los estudios, y se acabó. Nada más. Y me iré a casa, y ya está. Esta farsa. ¿No lo has visto? ¡¿No has visto lo que le han hecho a ese chico?! ¡¿Es eso lo que quieres en Islandia?!

Y se marchó a grandes zancadas.

—Tomas.

Oyó una voz que le llamaba a su espalda. Se dio la vuelta y vio a Ilona que le hacía señas. Le sonrió. Habían quedado en verse después de clase. El día siguiente al banquete de la carne ahumada, había ido a la residencia y había preguntado por él. Desde entonces, se veían con regularidad. Aquel día fueron a dar un largo paseo por la ciudad y se sentaron al lado de la iglesia de Santo Tomás. Le contó la historia de los dos amigos y escritores islandeses que vivieron en la ciudad y se sentaron justo donde estaban sentados ellos en aquel momento. Uno murió de tuberculosis. El otro se convirtió en el escritor más importante del país.

—Siempre te pones muy triste cuando hablas de tus islandeses —dijo ella con una sonrisa.

—Pero me parece una historia grandiosa. Que pasearan por las mismas calles que yo en esta ciudad. Dos poetas islandeses.

Allí, al lado de la iglesia, se dio cuenta de que Ilona estaba intranquila, y como alerta. Miraba a su alrededor como si estuviera buscando algo.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—Hay un hombre...

Calló.

—¿Qué hombre?

—Ese de allí —dijo Ilona—. No mires, no vuelvas la cabeza. Le vi también ayer. Aunque no recuerdo dónde.

—¿Quién es ese? ¿Le conoces?

—Nunca le había visto antes, y ahora lo he visto dos veces en dos días.

—¿Es de la universidad?

—No, no creo. Es muy mayor.

—¿Qué quieres decir?

—Seguramente no es nada.

—¿Crees que te está siguiendo?

—No, no es nada. Ven.

Ilona no vivía en el campus, sino que tenía una habitación alquilada en la ciudad, y se dirigieron hacia allí. Él intentó comprobar si el hombre de Santo Tomás les

seguía, pero no lo vio por ningún lado.

La habitación pertenecía a la pequeña vivienda de una viuda que trabajaba en una imprenta. Ilona dijo que era de lo más amable y que le daba total libertad en su cuarto. La mujer había perdido a su marido y a dos hijos en la guerra. Tomas vio sus fotos en las paredes. Los hijos llevaban el uniforme del ejército alemán.

En la habitación de Ilona había estanterías con libros, periódicos y revistas alemanes y húngaros, una gastada máquina de escribir y una cama. Ilona entró en la cocina y, mientras tanto, él se puso a hojear los libros y pulsó algunas teclas de la máquina de escribir. En la pared, encima de la cama, había fotos de gente que imaginó que serían parientes suyos.

Ilona volvió con dos tazas de té y golpeó la puerta con el talón para cerrarla. Puso las tazas con mucho cuidado sobre la mesa, al lado de la máquina de escribir. Evidentemente, estaban muy calientes.

—Estarán para tomar cuando hayamos terminado —dijo Ilona, que fue hacia él y le besó largo rato.

Él estaba un poco extrañado, pero la abrazó y la besó con gula hasta que los dos cayeron sobre la cama y ella empezó a quitarle el jersey y a desabrocharle el cinturón. Él era totalmente inexperto. Ya se había acostado con chicas, la primera vez al terminar el bachillerato, y también al celebrar la fiesta anual del órgano de prensa, pero habían sido unos encuentros bastante torpes. Él no era demasiado hábil pero tuvo la sensación de que ella sí lo era, de modo que, encantado, dejó que fuera ella la que lo dirigiera todo.

Ilona tenía razón. Cuando él se dejó caer a su lado y ella dejó escapar un largo suspiro, el té estaba ya a la temperatura adecuada.

Dos días más tarde, en el Auerbachkeller, ella no quería hablar nada más que de política, y al principio discutieron por primera y única vez. Se puso a hablar de la revolución rusa, y de cómo dio lugar a una dictadura, y que las dictaduras siempre eran peligrosas.

Él no quería discutir con ella, aunque sabía perfectamente que estaba equivocada.

—Fue gracias a la industrialización impulsada por Stalin por lo que se venció al nazismo alemán —dijo él.

—También hizo un pacto con Hitler —repuso ella—. Las dictaduras producen terror y esclavitud. Lo estamos comprobando ahora en Hungría. No somos un pueblo libre. Crearon sistemáticamente un estado comunista vigilado por la Unión Soviética. Nadie nos preguntó a nosotros, el pueblo, qué era lo que queríamos. Nosotros queremos ser dueños de nosotros mismos pero no nos dejan. A los jóvenes los meten en la cárcel. Algunos desaparecen. Dicen que a esa gente la envían a la Unión Soviética. Vosotros tenéis un ejército extranjero en vuestro país. ¿Te gustaría que fuera ese ejército el que mandara en tu país por la fuerza de las armas?

Él sacudió la cabeza.

—Mira las elecciones de aquí —siguió Ilona—. Dicen que son libres, pero sólo

hay un partido donde elegir. ¿Qué tiene eso de libertad? Si tienes una opinión diferente te meten en la cárcel. ¿Eso, qué es? ¿Eso es socialismo? ¿Qué más puede decidir el pueblo en esas elecciones libres? ¿Quién no recuerda el levantamiento que se produjo aquí hace dos años, aplastado por la Unión Soviética? ¡Llegaron a disparar contra el pueblo en las calles, contra el pueblo que pedía cambios!

—Ilona.

—Y la vigilancia mutua —dijo Ilona, ya auténticamente furiosa—. Dicen que es para ayudarnos. Tenemos que espiar a nuestros amigos y a nuestros familiares y denunciar cualquier opinión antisocialista. Si sabes que alguien de tu clase oye emisoras de radio occidentales, tienes que informarles, y lo envían de una clase a otra a confesar su delito. Se anima a los niños a denunciar a sus padres.

—El partido necesita tiempo para adaptarse —dijo él.

Cuando se acabó la mayor parte de la novedad de vivir en Leipzig y la realidad se puso de manifiesto, los islandeses empezaron a discutir la situación. Él había llegado a una conclusión sobre la sociedad vigilada, lo que se conocía como «vigilancia mutua», que consistía en que cada ciudadano vigilaba a los demás y denunciaba las ideas o las conductas contrarias al socialismo. También la tiranía del Partido Comunista, la prohibición de expresar las propias ideas y la censura en la prensa, la obligatoriedad de la asistencia a reuniones y marchas. Pensaba que el partido no debería mantener en secreto aquellas formas de actuación, que haría mejor en reconocer que provisionalmente eran necesarios ciertos métodos para alcanzar los objetivos deseados y así crear el estado socialista. Estarían justificados si fueran solamente temporales. Más adelante no sería necesario seguir utilizándolos. La gente vería que el socialismo era el mejor sistema.

—La gente tiene miedo —dijo Ilona.

Él sacudió la cabeza y discutieron. Tomas todavía no estaba muy enterado de lo que sucedía en Hungría, y ella se ofendió porque ponía en duda sus palabras. Intento usar con ella los razonamientos de las reuniones en Reikiavik, lo que decía la dirección del partido y el movimiento juvenil, y lo que leía en los escritos de Marx y Engels, pero no sirvió de nada. Ilona se limitó a mirarle y repitió las mismas palabras:

—No puedes cerrar los ojos a todo esto.

—Dejáis que la propaganda de los estados imperialistas de Occidente os enfrenten a la Unión Soviética —dijo Tomas—. Quieren destruir la solidaridad de los estados comunistas porque les tienen miedo.

—Eso no es cierto —dijo ella.

Callaron. Sus vasos de cerveza estaban vacíos. Tomas estaba enfadado con ella. No había oído a nadie decir semejantes barbaridades sobre la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, excepto en la prensa islandesa de derechas. Conocía la poderosa máquina propagandística de los estados occidentales, que era muy activa en Islandia, y reconocía que, entre otras cosas, por su culpa era necesario limitar la libertad de prensa y de expresión en los países de la Europa del Este, algo que le

parecía comprensible durante la construcción de un estado socialista tras la Segunda Guerra Mundial. No lo veía como una represión ideológica.

—No debemos discutir —dijo ella.

—No —contestó él, dejando una moneda sobre la mesa—. Vámonos.

Al salir de la taberna, Ilona le miró, y él le devolvió la mirada. La joven intentaba decirle algo con gestos, y luego inclinó disimuladamente la cabeza hacia la barra.

—Ahí está —dijo.

Él miró en la dirección que ella le indicaba y vio al hombre que Ilona le había dicho que creía que la estaba siguiendo. Llevaba puesto el abrigo y bebía una cerveza como si nada. Era el mismo hombre que habían visto delante de la iglesia de Santo Tomás.

—Voy a hablar con él —dijo Tomas.

—No —repuso Ilona—. No. Vámonos.

Unos días después, Tomas vio a Hannes sentado a una mesa de la biblioteca y tomó asiento a su lado. Hannes no levantó la mirada, sino que siguió escribiendo con lápiz en un cuaderno.

—¿No te estará enredando? —preguntó Hannes, mientras escribía.

—¿Quién?

—Ilona.

—¿Conoces a Ilona?

—Sé quién es —dijo Hannes, levantando la vista.

Llevaba una gruesa bufanda y mitones.

—¿Sabes lo nuestro? —preguntó.

—Todo se sabe —dijo Hannes—. Ilona es húngara, de modo que no es tan pardilla como nosotros.

—¿Pardilla como nosotros?

—Olvídalo —respondió Hannes, que volvió a enfrascarse en su cuaderno.

Tomas alargó el brazo por encima de la mesa y cogió el cuaderno de Hannes. Este lo miró extrañado e intentó recuperarlo, pero no llegó.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué haces eso?

Hannes miró el cuaderno que Tomas sostenía en la mano levantada, y luego le miró a él.

—No quiero ni enterarme de lo que pasa aquí, sólo quiero irme a casa y olvidarme de todo esto —dijo—. Es una pura farsa. No llevaba aquí ni el tiempo que llevas tú cuando ya estaba harto.

—Pero sigues aquí.

—Es una buena universidad. Y necesité tiempo para comprender toda esta mentira y enfadarme.

—¿Qué es lo que yo no veo? —preguntó Tomas, temiendo anticipadamente la respuesta—. ¿Qué es lo que tú has conseguido ver? ¿Qué es lo que se me escapa de todo esto?

Hannes le miró a los ojos, pasó la vista a su alrededor por la biblioteca, miró luego el cuaderno que Tomas seguía manteniendo sobre su cabeza, y le miró de nuevo a los ojos.

—Sigue —dijo—. Mantén tus convicciones. No te desvíes del camino. Créeme, no ganarás nada si lo haces. Si te sientes bien con esto, no habrá ningún problema. No busques más. No sabes lo que podrías encontrar... —Hannes estiró la mano para recuperar el cuaderno—. Créeme —dijo—. Olvídalo todo.

Le entregó el cuaderno.

—¿E Ilona? —dijo.

—Olvídala a ella también —contestó Hannes.

—¿Qué quieres decir?

—Nada

—¿Por qué dices eso?

—Déjame en paz —dijo Hannes—. Déjame en paz, por favor.

Tres días más tarde estaba en un bosque en las afueras de la ciudad. Emil y él se habían inscrito en la Gesellschaft für Sport und Technik. Se suponía que era una gran sociedad deportiva que ofrecía hípica y competiciones de coches, junto a otras muchas cosas. Se animaba a los estudiantes a participar en trabajos sociales, exactamente igual que en los trabajos voluntarios organizados por la FDJ. Consistían en faenas de recolección en otoño durante una semana, limpieza de restos de la guerra una vez al semestre o en las vacaciones, trabajo en fábricas, o en el carbón, o cualquier otra cosa. Todos eran libres de no acudir, pero quienes no aceptaban el trabajo voluntario podían hacerse merecedores de un castigo.

Pensaba en esa manera de organizar las cosas mientras estaba en el bosque con Emil y otros compañeros, una semana de acampada por delante, que resultó estar destinada específicamente al entrenamiento militar.

Así era la vida en Leipzig. Casi nada era exactamente lo que parecía. Los estudiantes extranjeros eran vigilados, de modo que tenían mucho cuidado en no decir nada en público que pudiera molestar a sus anfitriones. Les instruían en los valores socialistas en reuniones obligatorias y el trabajo voluntario era voluntario sólo de nombre.

A todo esto se fueron acostumbrando con el tiempo, y lo llamaban «la farsa». Él creía que se trataba de una situación temporal. Algunos de sus compañeros no eran tan optimistas. Se rio él solo al darse cuenta de que la sociedad tecnicodeportiva no era más que una unidad militar disimulada. Emil no se lo tomaba tan bien como él. No lo veía nada divertido, y a diferencia de otros, él no hablaba de farsa. Nada le parecía divertido en Leipzig. Estaban acostados en su tienda de campaña la primera noche, con sus compañeros. Emil se había pasado toda la tarde hablando con auténtica pasión de un estado socialista en Islandia.

—Todas esas diferencias en un país tan pequeño, donde todos pueden ser iguales sin problema ninguno —dijo—. Quiero cambiar eso.

—¿Querrías un estado socialista como este de aquí?

—¿Por qué no?

—¿Con todo lo que conlleva? ¿La vigilancia? ¿La paranoia? ¿Los límites a la libertad de expresión? ¿El teatro?

—¿Ya te ha empezado a convencer?

—¿Quién?

—Ilona.

—¿Qué quieres decir con eso de que me ha empezado a convencer?

—Nada —dijo Emil.

—Tú también andas detrás de las chicas. Hrafnhildur me ha hablado de alguien del Claustro Rojo.

—Eso no es nada —dijo Emil.

—No, claro.

—Tarde o temprano tendrías que hablarme de Ilona —dijo Emil.

—No es tan ortodoxa como nosotros. Ve algunos problemas en el sistema y quiere solucionarlos. Es exactamente igual aquí y en Hungría, sólo que los jóvenes de allí quieren meter baza en el tema. Luchar contra la farsa.

—Luchar contra la farsa —exclamó Emil, furioso—. ¡Palabras! Mira cómo vive la gente en Islandia. Apiñados y muertos de frío en los barracones que trajo el ejército americano. Los niños pasan hambre. La gente casi ni puede vestirse decentemente. Y, entretanto, los peces gordos de la élite son cada vez más ricos. ¿Eso no es una farsa? ¿Qué tiene de malo que haya que vigilar a la gente y limitar la libertad de prensa temporalmente? Se trata de eliminar la injusticia. Eso puede exigir sacrificios. ¿Y qué tiene eso de malo?

Callaron. El silencio reinaba en el campamento y la oscuridad era absoluta.

—Yo haría lo que fuera por la revolución en Islandia —dijo Emil—. Lo que fuera necesario, con tal de eliminar la injusticia.

Estaba junto a la ventana mirando los rayos de sol y un lejano arcoíris, y sonrió al pensar en la sociedad deportiva. Vio a Ilona reír a carcajadas el día de la carne ahumada y pensó en el dulce beso que aún sentía en los labios, la estrella del amor y el joven triste del valle.

Los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores se mostraron plenamente dispuestos a colaborar con la policía. Sigurdur Óli y Elínborg habían acudido a una entrevista con el director general, un hombre agradable, de la edad de Sigurdur Óli. Se conocían de sus años de estudiantes en Estados Unidos y mencionaron sus recuerdos comunes de aquella época. El director general dijo que el mensaje de la policía le había sorprendido mucho y que quería que para empezar le explicaran por qué querían información sobre antiguos funcionarios de las embajadas extranjeras en Reikiavik. No le contaron nada.

—No es más que una simple comprobación de rutina, como tantas —respondió Elínborg con una sonrisa.

—Y no estamos hablando de todas las embajadas extranjeras —añadió Sigurdur Óli, también con una sonrisa—. Sólo las de los antiguos países del Este.

El director general les miró.

—¿Estáis hablando de los antiguos países comunistas? —preguntó. Saltaba a la vista que su curiosidad no estaba satisfecha—. ¿Por qué esos? ¿Qué pasa con ellos?

—Una comprobación de rutina, como tantas otras —repitió Elínborg.

Estaba pletórica. La presentación del libro había sido un rotundo éxito y aún se sentía en el séptimo cielo por la reseña aparecida en el principal periódico del país, en la que no se ahorraban comentarios elogiosos sobre el libro, las recetas y las fotos, terminando con la observación de que esperaban que no fuera lo último que publicaba Elínborg, la investigadora policial a la vez que gourmet.

—Los países comunistas —dijo el director general, pensativo—. ¿Qué habéis encontrado en el lago?

—No tenemos ni idea de si existe alguna relación con las embajadas —dijo Sigurdur Óli.

—Creo que lo mejor será que vengáis conmigo —dijo el director general, poniéndose de pie—. Vamos a hablar con el subsecretario, si es que está.

El subsecretario del ministerio les invitó a pasar a su despacho y escuchó lo que pedían. Intentó sonsacarles para qué necesitaban esa información en particular, pero ellos no soltaron prenda.

—¿Tenemos alguna lista de esos funcionarios? —preguntó el subsecretario, un hombre delgado y extraordinariamente alto, con gesto de preocupación y grandes bolsas bajo unos ojos cansados.

—Sí, la verdad es que sí —contestó el director general—. Hará falta algo de tiempo para recopilar todos esos informes, pero no es ningún problema.

—Pues entonces, así lo haremos —dijo el subsecretario.

—¿Se practicaba el espionaje en Islandia durante la guerra fría? —preguntó Sigurdur Óli.

—¿Pensáis que tal vez era un espía el que estaba en el lago? —preguntó el

subsecretario.

—No podemos entrar en los detalles de la investigación, pero pensamos que los huesos están en el lago desde antes de 1970 —dijo Elínborg.

—Sería muy inocente pensar que aquí no se practicaba el espionaje —dijo el subsecretario—. Se hacía en todos los países de nuestro entorno, y por entonces Islandia era una base militar muy importante, mucho más que hoy día. Aquí había un montón de embajadas, tanto de los países del Este como, naturalmente, de los países nórdicos, el Reino Unido, Estados Unidos y Alemania Occidental.

—Cuando hablamos de espionaje —dijo Sigurdur Óli—, ¿de qué estamos hablando, exactamente?

—En su mayor parte, creo que se trataba de vigilar lo que hacían los otros —dijo el subsecretario del ministerio—. En algunos casos se intentaba buscar contactos. Se intentaba que alguien del otro lado trabajara para el de uno, o algo así. Luego estaba, naturalmente, la base de Keflavík y sus operaciones. Yo creo que, en realidad, todo esto no afectaba especialmente a los islandeses. Sin embargo, hay historias de intentos para hacerlos colaborar. —El subsecretario se quedó pensativo—. ¿Estáis buscando espías islandeses? —preguntó.

—No —dijo Sigurdur Óli, aunque no tenía ni la menor idea de lo que realmente estaban buscando—. ¿Existieron espías islandeses? ¿No resulta total y absolutamente absurdo?

—Quizá deberían hablar con Omar —dijo el director general.

—¿Omar? —preguntó Elínborg.

—Fue subsecretario del ministerio durante la mayor parte de la guerra fría —explicó el director general—. Un hombre ya muy anciano pero aún muy fuerte —añadió, dándose un golpe con el índice en la cabeza—. No se pierde ni una fiesta y es un individuo simpatiquísimo. Él conocía a todos los tipos de las embajadas. Quizá podría ayudaros.

Sigurdur Óli anotó el nombre.

—Pero tal vez sea un poco confuso hablar de auténticas embajadas —dijo el subsecretario—. Algunos de esos países no tenían por entonces nada más que un encargado de negocios, delegaciones comerciales u oficinas comerciales, como queráis llamarlo.

Los tres se reunieron en el despacho de Erlendur a mediodía. Erlendur había utilizado la mañana para localizar al campesino que estuvo esperando al hombre del Falcon y que le había dicho a la policía que el tipo en cuestión no había acudido a la cita. Su nombre figuraba en los informes policiales. Erlendur descubrió que las tierras de la granja habían pasado a ser, en parte, terreno edificable del municipio de Mosfellsbær. El campesino había abandonado la granja en 1980. Ahora vivía en una residencia de ancianos de Reikiavik.

Erlendur contó con la ayuda de un técnico que fue con sus aparatos al garaje donde estaba el Falcon y aspiró hasta la última mota de polvo que podía haber en el suelo del coche; también buscó manchas de sangre.

—No haces más que dar palos de ciego —dijo Sigurdur Óli, dando un gran mordisco a una baguette. Masticó deprisa, evidentemente no había terminado de hablar. No había acabado de masticar cuando se lo tragó—. ¿Qué intentas encontrar? —preguntó—. ¿Qué piensas hacer con este caso? ¿Pretendes investigarlo otra vez? ¿Crees que no tenemos nada mejor que hacer que fisgar en viejos casos de desaparición? Podríamos estar haciendo un millón de cosas en vez de eso.

Erlendur miró a Sigurdur Óli.

—Una mujer joven —dijo— está delante de la lechería en la que trabaja, esperando a su compañero. No llega. Tienen intención de casarse. Se encuentran en buena situación. Como suele decirse, su futuro parece brillante. Todo parece indicar que vivirán felices hasta el fin de sus días.

Sigurdur Óli y Elínborg estaban en silencio.

—Nada en la vida de ninguno de los dos indicaba que hubiera nada fuera de lugar —continuó Erlendur—. Nada indica que él se encuentre mal. Va a ir a buscarla después del trabajo. Es lo que hace siempre que está en la ciudad. Y no aparece. Sale del trabajo para ir a una entrevista pero no acude a la cita y desaparece para siempre. Algo apunta a que puede haberse ido a otra parte del país en autobús. Algo apunta a que se ha quitado la vida. Ese sería el motivo más obvio de la desaparición. Muchos islandeses padecen de depresión aguda aunque la mayoría consigue ocultarla. Y también existe la posibilidad de que alguien le haya matado.

—¿No puede ser un simple suicidio? —dijo Elínborg.

—En los registros oficiales no tenemos nada sobre un hombre llamado Leopold, desaparecido entonces —dijo Erlendur—. Es como si le hubiera mentido a la mujer. Níels, que llevaba la investigación, no hizo mucho caso de la desaparición. Incluso pensó que la mujer de la ciudad no era más que su amante y que él vivía en otra parte del país. Si no se trataba de un simple suicidio.

—¿De modo que tenía una familia en otra parte del país, y una mujer en Reikiavik que no era más que su amante? —dijo Elínborg—. ¿No es deducir demasiado del simple hecho de que su coche apareciera en la estación de autobuses?

—¿Quieres decir que a lo mejor se fue al este del país, a Vopnafjörður, por ejemplo, que es donde vivía, y dejó de venir a follar a Reikiavik? —preguntó Sigurdur Óli.

—¡Venir a follar a Reikiavik! —exclamó Elínborg—. ¿Cómo puede aguantarte la pobre Bergthóra?

—Eso no tiene por qué ser más absurdo que cualquiera de las otras posibilidades —dijo Erlendur.

—¿Es posible vivir en Islandia siendo bígamo? —preguntó Sigurdur Óli.

—No —respondió Elínborg, decidida—. Somos demasiado pocos.

—En Estados Unidos ponen anuncios para encontrar a esos individuos —dijo Sigurdur Óli—. Hay artículos especiales sobre ese tipo de desapariciones, precisamente, de delincuentes y bígamos. Algunos incluso asesinan por las buenas a su familia, desaparecen y crean una nueva.

—Naturalmente, es más fácil ocultarse en América —dijo Elínborg.

—Es posible —intervino Erlendur—. Pero ¿no es sencillo vivir una doble vida durante un tiempo, a pesar de la escasa población? Ese hombre pasaba mucho tiempo fuera de la ciudad, incluso semanas seguidas. Conoce a una mujer en Reikiavik y quizá se enamora de ella, o quizá no es más que un entretenimiento temporal. Cuando la relación llega a un punto serio, decide ponerle fin.

—Una dulce historia de amor urbano —dijo Sigurdur Óli.

—¿Pensaría la mujer de la lechería en esta posibilidad? —se preguntó Erlendur, pensativo.

—¿No pusieron anuncios para encontrar al tal Leopold? —preguntó Sigurdur Óli.

Erlendur ya lo había pensado y descubrió una breve nota en los diarios, en la que se hablaba de la desaparición del hombre y se rogaba, a quien pudiera haberle visto, que se pusiera en contacto con la policía. Se describía su vestimenta, su estatura y el color del pelo.

—No sacaron nada en claro —dijo Erlendur—. No había ninguna foto suya. Níels me dijo que no le dijeron a su compañera que no aparecía en los registros públicos.

—¿No se lo contaron? —se extrañó Elínborg.

—Claro, no era más que su amante —comentó Sigurdur Óli.

—Ya sabes cómo es Níels —repuso Erlendur—. Si encuentra alguna dificultad, se echa para atrás al momento. Estaba seguro de que a la buena mujer le había estado tomando el pelo aquel individuo y que debió de pensar que ya había padecido suficiente. No lo sé. Níels no es especialmente...

Erlendur no concluyó la frase.

—A lo mejor, el tipejo ese tenía otra mujer —afirmó Elínborg, pensativa—, y no se atrevió a decírselo. No hay nadie tan cobarde como un hombre infiel.

—Bueno, bueno —dijo Sigurdur Óli.

—¿No viajaba por todo el país vendiendo, qué era, maquinaria agrícola? —preguntó Elínborg—. ¿No andaba siempre de acá para allá por las aldeas y los pueblos? Quizá no sea tan absurdo imaginar que conoció a alguien y empezó una nueva vida. No se atrevió a decírselo a su novia de Reikiavik.

—¿Y ha seguido oculto desde entonces? —la interrumpió Sigurdur Óli.

—Claro que las condiciones eran muy diferentes aquí en torno a 1970 —dijo Erlendur—. Hacía falta un día entero para llegar a Akureyri en coche, la carretera de circunvalación no existía aún. Las comunicaciones eran mucho peores y las aldeas estaban mucho más aisladas.

—¿Quieres decir que en esos años había toda clase de lugarejos perdidos a los que no iba nunca nadie? —preguntó Sigurdur Óli.

—En algún sitio oí la historia de una mujer —dijo Elínborg— que tenía un novio estupendo y todo iba maravillosamente bien, hasta que un día él la llama por teléfono y le dice que han terminado, y después de intentar andarse con rodeos confiesa que está a punto de casarse con otra mujer. Su novia no tenía ni la más remota sospecha. Yo digo: no existen límites para lo miserables que pueden ser los hombres.

—¿Pero por qué vivía ese tal Leopold en Reikiavik con nombre falso? —preguntó Erlendur—. Si no se atrevía a decirle a su compañera que había conocido a alguien en otro sitio y había empezado una nueva vida. ¿Por qué tanto disimulo?

—¿Qué podemos saber de esa clase de individuos? —dijo Elínborg, resignada. Callaron.

—¿Y qué hay del cadáver del lago? —preguntó Erlendur.

—Yo creo que estamos buscando a un extranjero —dijo Elínborg—. Me parece totalmente absurdo que sea un islandés el hombre que ha aparecido atado a un receptor de radio ruso. No consigo imaginarme que esas cosas pudieran pasar aquí.

—La guerra fría —dijo Sigurdur Óli—. Una época extraña.

—Sí, una época extraña —dijo Erlendur.

—La guerra fría era puro miedo al fin del mundo —dijo Elínborg—. Así fue en toda mi infancia. No había forma alguna de librarse. El fin del mundo estaba siempre cerniéndose sobre nosotros. Esa es la única guerra fría que conozco yo.

—Una simple avería en un aparato y ¡patapum! —dijo Sigurdur Óli.

—Por algún sitio tenía que rezumar ese miedo —comentó Erlendur—. En lo que hacemos. En nuestra forma de ser.

—¿Quieres decir en suicidios, como el del hombre del Falcon? —dijo Elínborg.

—A menos que esté felizmente perdido en Hvammstangi o en cualquier otro lugar en el extremo opuesto del país —repuso Sigurdur Óli, que arrugó el papel del bocadillo y lo tiró al suelo, justo al lado de la papelera.

Sigurdur Óli y Elínborg ya se habían ido cuando sonó el teléfono de Erlendur. Escuchó la voz de un hombre que no conocía.

—¿Eres Erlendur? —preguntó la voz, grave y airada.

—Sí, ¿con quién hablo? —dijo Erlendur.

—Te pido que dejes en paz a mi mujer —ordenó la voz.

—¿A tu mujer?

Aquellas palabras le sorprendieron. Ni tan siquiera se le ocurrió que el hombre del teléfono pudiera estar hablando de Valgerdur.

—¿Está claro? —dijo la voz—. Sé lo que estás haciendo y quiero que pares de una vez.

—Ella es perfectamente capaz de decidir lo que quiere hacer —dijo Erlendur, cuando comprendió que era el marido de Valgerdur.

Recordó lo que esta le había contado sobre las infidelidades de su esposo, y que

su intención inicial había sido utilizar a Erlendur a modo de venganza contra él.
—La vas a dejar en paz —ordenó la voz, ahora en un tono más amenazante.
—Cállate, idiota —exclamó Erlendur, y colgó.

Omar, el antiguo subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, era un octogenario grande y de noble porte, totalmente calvo, de movimientos ágiles y visiblemente encantado de recibir visitas, con rostro ancho, boca grande y mentón prominente. Se quejó amargamente ante Erlendur y Elínborg de que se había visto obligado a jubilarse al cumplir los setenta, cuando estaba aún en la plenitud de su vigor y sin haber perdido un ápice de ganas de trabajar. Vivía en un piso bastante grande de Kringlumyri, que dijo había cambiado por su chalet unifamiliar tras la muerte de su esposa.

Habían pasado varias semanas desde que la hidróloga de la Compañía de Distribución de la Energía descubriera el esqueleto. Ya estaban en pleno junio, más cálido y soleado de lo habitual. La ciudad tenía una atmósfera más ligera tras la opresión del invierno, la gente llevaba ropa más veraniega y de algún modo parecía más feliz. Los cafés habían empezado a instalar sillas y mesas en las aceras, como en los países extranjeros, y la gente se sentaba al sol y pasaba el tiempo bebiendo cerveza. Sigurdur Óli había cogido las vacaciones de verano y organizaba una barbacoa en su casa a la menor oportunidad. Invitó a Erlendur y Elínborg a una de ellas. Erlendur se mostraba un tanto reacio. No sabía nada de Eva Lind, aunque pensaba que había dejado ya el tratamiento. Por lo que él sabía, lo había completado. Sindri Snær no había vuelto a ponerse en contacto con él.

Omar no paraba de hablar, sobre todo acerca de sí mismo, y Erlendur intentó limitar aquel derroche de palabras.

—Como te dije por teléfono... —comenzó Erlendur.

—Sí, sí, eso mismo, lo vi todo en las noticias, el esqueleto de Kleifarvatn. Pensáis que se trata de un crimen y...

—Sí —le interrumpió Erlendur—, pero lo que no ha aparecido en las noticias y que no sabe nadie, y que tú tendrás que mantener en secreto, es que el esqueleto estaba atado a un radiorreceptor ruso de los años sesenta. Habían manipulado el aparato para ocultar su origen, pero no cabe duda de que procedía de la Unión Soviética.

Omar les miró, y ambos pudieron darse cuenta de cómo crecía su interés según digería la información. Era como si se fuera haciendo más precavido, y adoptó gestos de alto funcionario.

—¿Cómo puedo ayudaros en este asunto? —preguntó.

—Las preguntas que nos planteamos se refieren, principalmente, a si en Islandia se practicó el espionaje de algún modo durante esos años, y cuál es la probabilidad de que se trate de un islandés o de algún funcionario de una embajada extranjera.

—¿Habéis estudiado las desapariciones que hubieron en aquella época? —preguntó Omar.

—Sí —respondió Elínborg—. Ninguna de ellas parece guardar relación con

aparatos de escucha rusos.

—Yo no creo que hubiera islandeses dedicados seriamente al espionaje —dijo Omar tras una larga reflexión, y los dos policías tuvieron la sensación de que estaba eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Sabemos de algunos casos en que se intentó hacer trabajar a algunos como espías, tanto por los países del Este como por los de la OTAN, y sabemos que en algunos de los países de nuestro entorno se practicaba el espionaje de una u otra forma.

—¿En los otros países nórdicos, por ejemplo? —preguntó Erlendur.

—Sí —dijo Omar—. Pero, naturalmente, hay una pega en todo esto. Si hubo islandeses que trabajaron como espías en uno u otro lado, no tenemos ni idea de quiénes fueron, en caso de que hubieran tenido éxito. Nunca se ha descubierto ningún auténtico espía islandés.

—¿Existe alguna otra explicación imaginable para la presencia del aparato ruso atado al esqueleto? —preguntó Elínborg.

—Naturalmente —respondió Omar—. No tiene por qué estar necesariamente relacionado con el espionaje. Ahora bien, probablemente vuestra intuición es razonable. No es nada improbable que un hallazgo tan anómalo de restos humanos guarde cierta relación, al menos, con los antiguos países del Pacto de Varsovia.

—¿Un espía podría proceder, digamos, del Ministerio de Asuntos Exteriores? —preguntó Erlendur.

—Que yo sepa, no ha desaparecido nunca ningún empleado del ministerio —dijo Omar esbozando una sonrisa.

—Lo que quiero decir es, ¿dónde preferirían los rusos, por ejemplo, conseguir un espía a su favor?

—Probablemente, en cualquier lugar de la Administración —dijo Omar—. Nuestro funcionariado es muy pequeño, y todos se conocen y resulta difícil guardar un secreto dentro del grupo. Las relaciones con las fuerzas norteamericanas de defensa se encauzaban principalmente a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, de modo que habría resultado ventajoso tener a alguien allí. Pero lo cierto es que imagino que a esos espías extranjeros les bastaría con leer los periódicos islandeses, cosa que hacían, naturalmente. Todo estaba allí. En una democracia como la nuestra siempre hay muchas discusiones y es difícil esconder algo.

—Y luego estaban las recepciones —dijo Erlendur.

—Sí, no hay que olvidar los cócteles. Las embajadas se esmeraban en la elaboración de las listas de asistentes. Aquí había poca gente y todos conocían a todos y estaban emparentados unos con otros, y también se aprovechaban de esa circunstancia.

—¿Nunca tuvisteis la sensación de que hubiera filtraciones de información? —preguntó Erlendur.

—Nunca, que yo sepa —respondió Omar—. Y si hubieran espiado aquí en cualquier medida, probablemente ya se habría descubierto cuando se hundió el

sistema soviético y se revocaron las normas de seguridad que habían estado en vigor en los países del Pacto de Varsovia. Los antiguos espías de esos países han estado muy ocupados publicando sus memorias, y en ningún sitio se menciona a Islandia. Los archivos de esos países se abrieron, casi en su totalidad, y la gente pudo recuperar todos los documentos relacionados con ellos. En los antiguos países comunistas se practicaba un agobiante sistema de espionaje personal, y los informes se destruyeron antes de la caída del muro. Los pasaron por la trituradora de papel.

—Después de la caída del muro se descubrieron algunos espías en los países occidentales —dijo Elínborg.

—Ciertamente —ratificó Omar—. Me imagino que todo el sistema de espionaje está ahora patas arriba.

—Pero no se abrieron todos los archivos —dijo Erlendur—. No todo está a la vista de cualquiera.

—No, claro que no, aún existen secretos de Estado en esos países, exactamente igual que en Islandia. Pero yo no soy especialista en espionaje, ni en el extranjero ni aquí. En realidad sé muy poco más de lo que podáis saber vosotros, me temo. Siempre me ha parecido ridículo hablar de espías en Islandia. Se trata de algo muy alejado de nuestra forma de ser.

—¿Recuerdas cuando, hace años, unos buceadores encontraron varios aparatos sumergidos en Kleifarvatn? —preguntó Erlendur—. Era bastante lejos del lugar donde hemos encontrado el esqueleto, pero, en ambos casos, los artefactos parecen tener una conexión evidente.

—Recuerdo bien aquel hallazgo —dijo Omar—. Los rusos, como es lógico, lo negaron todo, y lo mismo hicieron otras embajadas del Pacto de Varsovia en Reikiavik. Fingieron no saber nada sobre aquellos hallazgos, pero imaginamos que no fue más que una forma de deshacerse de aparatos de escucha y transmisión, y de radios, que habían quedado anticuados, si no recuerdo mal. Supongo que no valía la pena el gasto de enviarlos de vuelta a sus respectivos países a través de la valija diplomática, y tampoco se podían tirar a un vertedero, de modo que...

—Intentaron esconderlos en el lago.

—Más o menos es eso lo que imagino que sucedió, pero, como digo, no soy especialista. Esos aparatos demostraron que aquí se practicaba el espionaje. De eso no cabe ninguna duda. Y no fue una sorpresa para nadie.

Callaron. Erlendur miró a su alrededor. El salón estaba repleto de recuerdos de todas partes del mundo, resultado de una larga vida de trabajo en el ministerio. Su mujer y él habían viajado mucho, y a los puntos más remotos del planeta. Había estatuillas de Buda y fotos de Omar junto a la Gran Muralla China, y en cabo Cañaveral con un cohete espacial al fondo. Erlendur vio también fotos de él con los distintos ministros a lo largo de los años.

Omar carraspeó. Era como si se estuviese planteando si ayudarlos más o dejar que siguieran su propio camino. Desde la mención de los aparatos rusos en el lago, le

notaron más comedido con sus explicaciones, y tuvieron la sensación de que tenía especial cuidado con cada palabra que pronunciaba.

—No sería, bueno, no sé, quizá no sería ninguna tontería que hablaseis con Bob —dijo, por fin, vacilante.

—¿Bob? —repitió Elínborg.

—Robert Christie. Bob. Fue jefe de seguridad de la embajada norteamericana en los años sesenta y setenta, todo un caballero. Nos conocíamos muy bien y mantenemos el contacto, y siempre que voy por allí paso a visitarle. Vive en Washington, hace mucho que está jubilado, al igual que yo, pero tiene una memoria de elefante y es muy simpático.

—¿Y en qué puede ayudarnos? —preguntó Erlendur.

—Las embajadas se espían unas a otras —dijo Omar—. Me lo contó él mismo. Pero en qué medida lo hacían, eso no lo sé, ni creo que los islandeses participasen en el espionaje, pero las embajadas, tanto las de países de la OTAN como las del Pacto de Varsovia, tenían espías entre sus funcionarios. Me lo confirmó cuando terminó la guerra fría, y la historia también nos lo dice, claro. Una de las tareas de las embajadas era comprobar los movimientos de los funcionarios diplomáticos de los países enemigos. Sabían exactamente quiénes llegaban al país y quiénes se marchaban, en qué trabajaban, de dónde venían y adónde iban, sabían cómo se llamaban, conocían su vida privada, su situación familiar. Casi todos los esfuerzos se dedicaban a reunir ese tipo de información.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Elínborg.

—Algunos de esos funcionarios eran espías importantes —dijo Omar—. Venían aquí, se quedaban una breve temporada y volvían a marcharse. Ocupaban diferentes niveles de la jerarquía, de modo que si al país llegaba una persona determinada, de cierta graduación, uno podía imaginarse que se estaba cocinando algo. Recordaréis las noticias de los viejos tiempos, cuando siempre se estaba expulsando de algún país a funcionarios diplomáticos. También se hizo aquí, y era bastante habitual en los países de nuestro entorno. Los estadounidenses echaban a unos cuantos rusos por espionaje. Los rusos negaban todas las acusaciones y respondían al momento expulsando de su país a unos cuantos americanos. Lo mismo sucedía en todo el mundo. Todos conocían las reglas del juego. Todos lo sabían todo sobre todos los demás. Unos vigilaban los movimientos de otros. Llevaban una contabilidad muy precisa de quiénes entraban en la embajada y quiénes volvían a salir.

Omar calló.

—Una de las prioridades, a las que se prestaba especial atención, era reclutar a gente —continuó—. Reclutar a nuevos espías.

—¿Te refieres a instruir a los diplomáticos para que trabajaran como espías? —señaló Erlendur.

—No, a reclutar espías entre el enemigo —dijo Omar con una sonrisa—. Entre los funcionarios de las otras embajadas, para que espíaran a su favor. Naturalmente,

intentaban reclutar a gente de arriba y de abajo, de cualquier nivel, para espiar y proporcionar información, pero los funcionarios diplomáticos eran los más cotizados.

—¿Y? —dijo Erlendur.

—Bob podría ayudaros en eso.

—¿Y qué es «eso»? —preguntó Elínborg.

—Los funcionarios de las embajadas —respondió Omar.

—No entiendo qué... —dijo Elínborg.

—¿Quieres decir que él puede saber si sucedió algo poco habitual o poco normal? —quiso saber Erlendur.

—Seguramente no os podrá dar detalles de lo que sucedía. No se los cuenta a nadie. Ni a mí ni, desde luego, a vosotros. Le he preguntado bastantes veces al respecto, pero se limita a reírse. Pero podría deciros alguna cosa inocente que pudo despertar entonces cierto interés superficial y que a lo mejor fue difícil de explicar, algo anómalo.

Erlendur y Elínborg miraron a Omar sin entender nada de lo que les decía.

—Como, por ejemplo, si hubo alguien que vino al país y no volvió a irse —prosiguió Omar—. Eso os lo podría contar él.

—¿Estás pensando en el aparato ruso de escucha? —preguntó Erlendur.

Omar asintió.

—¿Y vosotros? Vosotros también comprobabais quiénes trabajaban en las embajadas y qué clase de personas eran, ¿no?

—Lo hacíamos. Siempre nos informaban sobre cambios en el personal, nuevos funcionarios y cosas de esas. Pero nosotros no teníamos ocasión, ni ganas, de supervisar lo que ya hacían las embajadas.

—De modo que si, por ejemplo, hubiera venido alguien a la embajada en Reikiavik de uno de los estados comunistas —dijo Erlendur— y hubiera estado trabajando en ella durante cierto tiempo, y en la embajada norteamericana no tuvieran constancia de que hubiera vuelto a salir del país, ¿eso lo sabría Bob?

—Exactamente —dijo Omar—. Creo que Bob podría ayudaros en cuestiones de este estilo.

Marion Briem arrastró la botella de oxígeno hasta el salón, después de invitar a Erlendur a entrar. Este miró a su alrededor pensando si aquel sería también su destino cuando fuera viejo, languidecer solo en su casa, destrozado y apartado de todos, teniendo que llevar a rastras una bombona de oxígeno. Por lo que sabía, Marion no debía de tener hermanos, y tampoco abundaban los amigos. Sólo sabía que aquel vejstorio de la bombona nunca se había arrepentido de no haber fundado una familia.

—¿Para qué? —le había dicho Marion en una ocasión, muchos años atrás—. Las familias no son más que un fastidio y una molestia.

Y entonces salió a relucir la familia de Erlendur, cosa que no sucedía con frecuencia porque a él no le gustaba hablar de sí mismo. Marion le preguntó por sus hijos y quiso saber si mantenía el contacto con ellos. Aquello había sucedido hacía muchos años.

—Son dos, ¿verdad? —preguntó Marion.

Erlendur estaba sentado en el despacho escribiendo un informe sobre un caso de fraude que estaba investigando, cuando de pronto apareció Marion y se puso a hacerle preguntas sobre su familia. El caso de fraude trataba de dos hermanas que le habían quitado todo el dinero a su madre y la habían dejado completamente arruinada. Por eso Marion decía que las familias no eran más que un fastidio y una molestia.

—Sí, son dos —respondió Erlendur—. ¿Podemos hablar del caso que tengo entre manos? Creo que...

—¿Y cuándo les viste por última vez? —preguntó Marion.

—Creo que eso a ti no te...

—No, a mí no me interesa, pero a ti sí, ¿o no es así? ¿No te importa lo más mínimo tener dos hijos?

Los recuerdos abandonaron a Erlendur cuando se sentó en el sofá delante de Marion, que se hundió en el viejo sillón. Era por eso que Erlendur no soportaba a quien había sido su superior en la policía. Suponía que era el mismo motivo por el que el antiguo jefe de la policía recibía tan pocas visitas. Marion no coleccionaba amigos. Todo lo contrario. Ni siquiera Erlendur, que iba a su casa de vez en cuando, podía considerarse un amigo de verdad.

Marion miró a Erlendur y se puso la mascarilla de oxígeno. Así pasó un buen rato sin que ninguno de los dos dijera nada. Por fin, Marion volvió a quitarse la mascarilla. Erlendur carraspeó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—No me quito el cansancio de encima —dijo Marion—. Me paso el día durmiendo. A lo mejor es por el oxígeno.

—Probablemente es demasiado sano para ti —se burló Erlendur.

—¿Por qué andas siempre rondando por aquí? —preguntó Marion con voz débil.

—No lo sé —preguntó Erlendur—. ¿Qué tal el western?

—Deberías verlo —dijo Marion—. Es sobre la obstinación. ¿Cómo va el caso de Kleifarvatn?

—Sigue su curso —contestó Erlendur.

—¿Y al hombre del Falcon? ¿Ya lo has encontrado?

Erlendur sacudió la cabeza pero dijo que había encontrado el coche. Su propietaria actual era una viuda que no sabía mucho sobre el Ford Falcon y que quería venderlo. Le contó a Marion que el individuo en cuestión, Leopold, tenía una identidad oculta. Ni siquiera su novia sabía nada de él. No existía ninguna foto suya y no aparecía en los registros oficiales. Era como si no hubiera existido nunca, como si

hubiera sido producto de la imaginación de aquella mujer que trabajaba en la lechería.

—¿Por qué buscas a ese hombre? —preguntó Marion.

—No lo sé —dijo Erlendur—. Me lo han preguntado unas cuantas veces. No tengo ni idea. Por la mujer que trabajó hace años en una lechería. Por el tapacubos que le faltaba al coche. Por un coche bastante nuevo que acabó en una estación de autobuses. En todo esto hay algo que no encaja.

Marion volvió a entornar los ojos y se hundió aun más en el sillón.

—Tenemos el mismo nombre —comentó Marion, tan bajo que Erlendur no estaba seguro de haberle oído bien.

—¿Qué? —dijo, inclinándose sobre el sillón—. ¿Qué dices?

—John Wayne y yo —dijo Marion—. El mismo nombre.

—¿Qué tontería es esa? —dijo Erlendur.

—No es ninguna tontería. ¿No te parece raro? John Wayne.

Erlendur iba a responderle cuando vio que Marion dormía. Cogió la funda del vídeo y leyó la descripción de la película. *Centauros del desierto*. Una película sobre la obstinación, pensó.

Miró a Marion y de nuevo a la funda, en la que se veía a John Wayne montado a caballo y armado con un rifle. Miró el televisor, en su nicho del salón, metió la cinta en el reproductor, encendió la tele, volvió a sentarse en el sofá y se puso a ver *Centauros del desierto* mientras Marion dormía apaciblemente.

Sigurdur Óli salía por la puerta del despacho cuando sonó el teléfono. Vaciló. Estuvo a punto de cerrar de un portazo, pero suspiró y descolgó el aparato.

—¿Te interrumpo? —preguntó el hombre del teléfono.

—Pues sí —respondió Sigurdur Óli—. Me iba a mi casa. Así que...

—Perdona —dijo el hombre.

—Deja de pedir disculpas por todo, y deja también de llamarme. Yo no puedo hacer nada por ti.

—No tengo mucha gente con quien hablar —aseguró el hombre.

—Y yo no soy uno de ellos. No soy más que un policía que acudió al lugar de un accidente. Nada más. Y no soy un director espiritual. Llama a tu párroco.

—¿Crees que es culpa mía? —preguntó el hombre—. Si no hubiera telefoneado...

En conversaciones anteriores le habían dado vueltas y más vueltas a lo mismo. Ninguno de los dos creía en un dios que decidiese los sucesos incomprensibles y que exigiera sacrificios como el de la esposa y la hija de aquel hombre. Ninguno de los dos creía en la predestinación. Ninguno de los dos creía que todas las cosas estuvieran decididas de antemano y que nadie podía ejercer influencia alguna sobre ellas. Ambos creían en las simples coincidencias. Ambos eran realistas, y lo que veían claro era que si aquel hombre no hubiera llamado, retrasando así a su mujer, esta no se habría encontrado en el cruce en el mismo instante en que el conductor borracho del todoterreno se saltó el semáforo en rojo. Pero Sigurdur Óli no culpaba al hombre de lo sucedido y pensaba que sus argumentos eran absurdos.

—Tú no tuviste la culpa del accidente —dijo Sigurdur Óli—. Lo sabes, deja de atormentarte con eso. No eres tú quien va a acabar en la cárcel por homicidio imprudente, sino el loco del todoterreno.

—Eso no importa —afirmó el hombre con un suspiro.

—¿Qué dice la psiquiatra?

—No habla más que de pastillas y de efectos secundarios. Si tomo esta medicina engordaré. Si tomo esta otro perderé el apetito. Si tomo esa tercera me pasaré el día vomitando.

—¿Te puedo explicar una historia? —dijo Sigurdur—. Un grupo de amigos llevan veinticinco años yendo de acampada a Thórsmork una vez al año. La idea la tuvo inicialmente uno del grupo. Un año se produce un accidente mortal. Uno de los amigos pierde la vida durante el viaje. ¿Crees que es culpa de quien tuvo inicialmente la idea? Naturalmente que no; pensar semejante cosa sería absurdo. ¿Adónde llevan tus autoacusaciones? Una casualidad es una casualidad. Nadie la decide.

El hombre no le respondió.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó Sigurdur.

—Sé lo que quieres decir, pero eso no me sirve de ayuda.

—Ya, bueno, tengo que marcharme —dijo Sigurdur Óli.

—Muchas gracias —contestó el hombre, y colgó.

Erlendur estaba sentado en su sillón, leyendo. Recibía la luz de una pequeña linterna junto a un grupo de viajeros en la falda del monte Óshlíd, a principios del siglo xx. El grupo estaba formado por siete hombres; procedían de Ísafjörður y habían pasado ya el barranco de Steinófæra. A un lado estaban las laderas del monte, cargadas de nieve, y al otro, el frío mar. Iban muy juntos para aprovechar la única linterna que llevaban. Habían asistido a una representación teatral en Ísafjörður esa misma tarde, *Lénhard, el gobernador*. Era pleno invierno y al pasar por Steinófæra alguien señaló que en la nieve de más arriba se apreciaba un entrante, como si se hubiera desprendido alguna roca. Comentaron que eso podría indicar que se estuviera moviendo la nieve en lo alto de la montaña. Se detuvieron y en ese mismo instante cayó sobre ellos una avalancha que los empujó hacia el mar. Sólo uno de ellos salió con vida, aunque gravemente herido. No se encontró ni huella de los demás, excepto un fardo que alguien llevaba y la linterna que les alumbraba el camino.

Empezó a sonar el teléfono y Erlendur levantó los ojos del libro. Pensó que lo dejaría sonar sin descolgarlo. Pero podía ser Valgerdur, incluso Eva Lind, aunque no confiaba en absoluto en que pudiera ser ella.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó Sigurdur Óli, cuando finalmente Erlendur respondió.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Erlendur.

—¿Vas a venir a la barbacoa de mañana con esa mujer? Bergthóra quiere saberlo. Necesita saberlo para organizarlo todo.

—¿De qué mujer me estás hablando? —preguntó Erlendur.

—De la que conociste en Navidad —dijo Sigurdur Óli—. ¿No seguís viéndoos?

—¿Y eso a ti qué te importa? —respondió Erlendur—. ¿Y de qué barbacoa me estás hablando? ¿Cuándo he dicho yo que tuviera intención de ir a tu casa a una barbacoa?

Llamaron a la puerta, y la atención de Erlendur se dirigió hacia ella. Sigurdur Óli había empezado a explayarse, diciendo que Erlendur había asegurado que iría a la barbacoa que montaban Bergthóra y él, y en la que Elínborg se encargaría de la comida, cuando Erlendur colgó el teléfono y fue hacia la puerta. Valgerdur sonrió brevemente al abrirse la puerta, y preguntó si podía entrar. Él vaciló por un momento, pero enseguida dijo que claro, y ella entró en el salón y se sentó en el sofá deshilachado. Erlendur le ofreció un café, pero ella lo rechazó.

—Le he dejado —dijo.

Erlendur se sentó en una silla delante de ella y recordó la conversación telefónica con el marido, que le exigió que la dejara en paz. Valgerdur le miró y vio un gesto de preocupación en su rostro.

—Habría tenido que abandonarle hace tiempo —dijo—. Tenías razón. Tendría que haber dado el paso hace tiempo.

—¿Por qué ahora? —preguntó él.

—Me dijo que te había telefonado —respondió Valgerdur—. No quiero que te veas involucrado en nuestra relación. No quiero que se dedique a llamarte. Es algo entre él y yo. No tiene que ver contigo.

Erlendur sonrió. Recordó el verdoso Chartreuse del armario, se levantó y sacó la botella y dos vasos. Los llenó y le dio uno a Valgerdur.

—Hombre, no es eso, ya sabes a lo que me refiero —dijo, tomando un sorbo de licor—. Lo único que hemos hecho tú y yo ha sido charlar. Es mucho más de lo que puede decir mi marido.

—Pero hasta ahora no habías querido dejarle —dijo Erlendur.

—Es difícil, después de tantos años. Después de tanto tiempo. Los hijos... sí, es difícil.

Erlendur calló.

—Esta tarde me di cuenta de que entre nosotros todo ha muerto ya —continuó Valgerdur—. Y comprendí de pronto que deseo que siga así, muerto. Hablé con mis hijos. Necesitan saber exactamente lo que pasa. Por qué dejo a su padre. Iré a verlos mañana. Hasta ahora he intentado mantenerlos al margen. Adoran a su padre.

—Le colgué el teléfono al momento —dijo Erlendur.

—Lo sé, me lo dijo él mismo. De pronto lo comprendí todo. Él ya no puede decidir lo que hago y lo que quiero hacer. Nada. No sé quién se cree que es.

Valgerdur nunca había querido hablar mucho de su marido, excepto que la había estado engañando durante dos años con una enfermera del hospital, y que antes había tenido ya otras relaciones. Era médico del Hospital Nacional, donde trabajaba ella también, y Erlendur había pensado alguna vez cómo se sentiría Valgerdur trabajando en el hospital donde, naturalmente, todo el mundo excepto ella sabía que su marido andaba detrás de otras mujeres.

—¿Y qué hay del trabajo? —preguntó Erlendur.

—Me las arreglaré —contestó ella.

—¿Quieres dormir aquí esta noche?

—No —respondió Valgerdur—, ya he hablado con mi hermana y de momento me quedaré en su casa. Ella me ha apoyado en todo esto.

—¿Cuándo le dijiste que esto no tiene que ver conmigo...?

—Si le abandono no es por ti, sino por mí misma —dijo Valgerdur—. Lo que quiero es que deje de ser él quien decida lo que hago y lo que pienso y lo que quiero. Y tenéis toda la razón tanto tú como mi hermana, tendría que haberle dejado hace tiempo. En cuanto supe que me estaba engañando. —Calló y miró a Erlendur—. Sostiene que fui yo quien le empujó a hacerlo —afirmó Valgerdur—. Porque yo no era lo bastante... lo bastante... pensaba que nuestra relación sexual no era buena, que a mí no me gustaba suficientemente el sexo.

—Eso es lo que dicen todos —dijo Erlendur—. Es lo primero que dicen. No deberías prestar oídos a semejante tontería.

—Se dio toda la prisa del mundo en echarme a mí la culpa —dijo Valgerdur.

—¿Qué otra cosa va a decir? Intenta justificarse a sí mismo.

Callaron y terminaron el licor.

—Eres... —dijo Valgerdur, pero se detuvo a mitad de la frase—. No sé lo que eres —dijo entonces—. O quién eres. No tengo ni idea.

—Yo tampoco —dijo Erlendur.

Valgerdur sonrió.

—¿Quieres acompañarme mañana a una barbacoa? —preguntó Erlendur de repente—. Unos cuantos amigos míos se van a reunir. Elínborg ha publicado un libro de cocina, a lo mejor te has enterado. Es ella quien va a preparar la barbacoa. Cocina muy bien —añadió Erlendur y miró su mesa de escritorio, sobre la cual había una bolsa llena de paquetes de albóndigas para microondas.

—No quiero apresurar las cosas —dijo ella.

—Yo tampoco —aseguró él.

Un ruido de platos surgía del comedor de la residencia de ancianos mientras Erlendur recorría el pasillo hacia la habitación del viejo granjero. Los empleados recogían el desayuno y limpiaban los dormitorios, que estaban casi todos abiertos, con el sol entrando por las ventanas. La puerta del anciano granjero, sin embargo, estaba cerrada, y Erlendur llamó antes de entrar.

—Dejadme en paz —oyó exclamar a una voz fuerte y áspera al otro lado de la puerta—. ¡No hay modo de estar tranquilo un momento!

Erlendur cogió el pomo de la puerta, esta se abrió, y entró en el umbral. No sabía mucho del hombre que se alojaba allí. Sólo que se llamaba Haraldur y que había dejado sus tierras hacía veinte años. Fue entonces cuando abandonó la agricultura. Estuvo viviendo en un bloque de apartamentos del barrio de Hlíðar, en Reikiavik, antes de trasladarse a la residencia. Erlendur consiguió información sobre él de un empleado, quien le dijo que Haraldur tenía muy mal genio y que no hacía más que crear problemas. Hacía poco que le había pegado con un bastón a otro de los residentes, y era bastante desagradable con el personal. Pocos le tenían simpatía.

—¿Quién eres tú? —preguntó Haraldur al ver a Erlendur en el umbral de la puerta.

Tenía ochenta y cuatro años, el pelo canoso y sus manos estaban encallecidas por el trabajo. Estaba sentado en el borde de la cama, con unos gruesos calcetines de lana, la espalda encorvada y la cabeza hundida entre los omóplatos. Una barba rala ocultaba medio rostro. La habitación olía mal y Erlendur pensó si Haraldur tomaría rapé.

Se presentó y dijo que era de la policía. Aquello pareció despertar cierto interés

en Haraldur, porque se incorporó y miró a Erlendur.

—¿Qué quiere la policía de mí? —preguntó—. ¿Es por zurrarle a Thórdur en el comedor?

—¿Por qué le pegaste a Thórdur? —preguntó Erlendur.

Sentía curiosidad.

—Thórdur es un idiota —dijo Haraldur—. No tengo por qué decirte nada. Lárgate y cierra al salir. Esa gente no hace más que mirarte como tontos, todo el día. Se meten en lo que no les interesa.

—No he venido a hablar de Thórdur —dijo Erlendur, que entró en la habitación y cerró la puerta.

—Escucha —dijo Haraldur—, no estoy dispuesto a que te metas aquí, así como así. ¿Qué significa esto? Lárgate. ¡Lárgate y déjame en paz!

El anciano se incorporó, levantó la cabeza todo lo que pudo, y miró furioso a Erlendur, que hizo como si no pasara nada y se sentó en la otra cama, enfrente de él. Estaba sin deshacer, y Erlendur se imaginó que no tenía mucho sentido intentar que alguien compartiese habitación con el pendenciero de Haraldur. En el dormitorio había pocos objetos personales. Sobre la mesilla de noche había dos libros de poesía de Einar Benediktsson, destrozados, mil veces leídos.

—¿No estás bien bien, aquí? —preguntó Erlendur.

—¿Yo? ¿Qué coño te importa? ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? ¿Por qué no te largas?

—Tú apareces en la historia de una antigua desaparición —dijo Erlendur, y empezó a hablarle del hombre que vendía maquinaria agrícola y que tenía un Ford Falcon negro.

Haraldur escuchaba lo que le estaba diciendo, sin entender de qué iba. Erlendur no podía estar seguro de si recordaba lo que le había contado. Se acordó de que la policía había preguntado a Haraldur si había visto al hombre en su granja, y él había respondido que no, y todo el tiempo mantuvo que no le había visto.

—¿Te acuerdas de eso? —preguntó Erlendur.

Haraldur no respondió. Erlendur repitió la pregunta.

—Eeh —se oyó decir a Haraldur—. Nunca apareció ese maldito individuo. Eso fue hace más de treinta años. Ya no recuerdo nada.

—¿Pero sí te acuerdas de que no apareció?

—Sí, pero a qué viene eso, te lo acabo de decir. ¡Venga, ahueca el ala de una vez! No me gusta tener gente en mi cuarto.

—¿Tenías ovejas? —preguntó Erlendur.

—¿Ovejas? ¿Cuando tenía la granja? Sí, tenía unas cuantas ovejas, y caballos y hasta tenía diez vacas. ¿Te sientes mejor ahora al oírlo?

—Conseguirías un buen precio por las tierras —continuó Erlendur—. Tan cerca de la ciudad.

—¿Eres de Hacienda? —le espetó Haraldur.

Bajó la cabeza. Le resultaba difícil mantenerla erguida, encorvado como estaba por el trabajo y la vejez.

—No, soy de la policía —dijo Erlendur.

—Sacarán más ahora por ella —dijo Haraldur—. Esos gánsteres. Ahora que la ciudad llega hasta allí mismo, prácticamente. Fueron unos especuladores de mierda los que me arrebataron las tierras. ¡Unos especuladores de mierda, y tú lárgate ya de una vez! —añadió furioso, alzando la voz—. ¡Tendrías que hablar con esos especuladores de mierda!

—¿Qué especuladores? —preguntó Erlendur.

—Esos especuladores —dijo Haraldur—. Me quitaron la tierra por cuatro cuartos.

—¿Qué pensabas comprarle al vendedor del coche negro?

—¿Comprar? ¿Al hombre aquel? Pensaba comprarle un tractor. Necesitaba un buen tractor. Bajé a Reikiavik y eché un vistazo a los tractores que tenían y me gustaron. Allí conocí a ese hombre. Se apuntó mi número de teléfono y no hacía más que incordiarle. Son todos iguales, esos vendedores. En cuanto notan el más mínimo interés no te dejan en paz. Le dije que claro que hablaría con él, pero sólo si iba a verme. Dijo que llevaría unos folletos. Luego estuve esperándole como un idiota pero no apareció. Lo siguiente que supe fue que uno de la bofia, como tú, me llamó para preguntarme si había visto al tipo aquel. Le dije lo mismo que te estoy diciendo ahora. No sé nada más, así que ya puedes ahuecar el ala.

—Tenía un Ford Falcon nuevo —dijo Erlendur—. El hombre que te iba a vender el tractor.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo curioso es que ese coche sigue existiendo, e incluso está en venta, si alguien quiere comprarlo —dijo Erlendur—. En aquella época, cuando apareció el coche, le faltaba un tapacubos. ¿Sabes lo que le pudo pasar al tapacubos? ¿Puedes imaginarte algo?

—¿Qué rollo es ese, tío? —preguntó Haraldur, que sacudió la cabeza y miró a Erlendur a los ojos—. No sé nada de ese hombre. ¿Y qué lío me estás contando de ese coche? ¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Es que confío en que puedas ayudarnos —dijo Erlendur—. Esos coches pueden conservar pruebas durante muchísimo tiempo. De modo que si, por ejemplo, ese hombre fue a tu granja y caminó por el patio y entró en la casa, podría haberse llevado en los zapatos algo que ahora estaría en el coche. Después de todos estos años. No tiene por qué tratarse de nada especial. Un grano de arena es suficiente si se trata del mismo tipo de arena que había en el patio de tu granja. ¿Entiendes lo que digo?

El anciano bajó la cabeza y no le respondió.

—¿Sigue la granja en pie? —preguntó Erlendur.

—Cállate —dijo Haraldur.

Erlendur paseó la mirada por la habitación. Prácticamente no sabía nada de aquel

hombre que estaba sentado en el borde de la cama, delante de él, excepto que era cargante y mal hablado, y que su habitación olía mal. Leía a Einar Benediktsson, pero Erlendur pensó que a lo largo de su vida no «cambió en luz la oscuridad», a diferencia de la frase del poeta.

—¿Vivías solo en la granja?

—¡Te digo que te largues!

—¿Tenías ama de llaves?

—Éramos dos hermanos. Jói está muerto. Y ahora déjame en paz.

—¿Jói? —Erlendur no recordaba que nadie hubiera mencionado a nadie aparte de Haraldur en los informes de la policía—. ¿Quién era? —preguntó.

—Mi hermano —dijo Haraldur—. Murió hace veinte años. Y ahora lárgate. Por Dios te pido que te largues y me dejes en paz.

Abrió la caja de las cartas y las fue sacando una a una; leía el sobre de algunas y las dejaba a un lado, y otras las abría y las leía enteras, despacio. No había mirado aquellas cartas en muchos años. Eran cartas recibidas desde Islandia, de sus padres y su hermana, y de los camaradas del movimiento juvenil del partido, que querían saber cómo era la vida en Leipzig. Recordaba las cartas que les había escrito él, describiendo la ciudad y la reconstrucción y el espíritu de la gente, y que todo lo había presentado siempre en tonos positivos. Escribía sobre el espíritu colectivo de la nación y sobre la solidaridad socialista, toda esa retórica muerta y repleta de clichés. Nunca escribió sobre Hannes.

Rebuscó en el fondo del montón de cartas. Allí estaba la carta de Rut y debajo de ella el mensaje de Hannes.

Y allí, al final del montón, estaban las cartas de los padres de Ilona.

Apenas pensaba en nada que no fuera Ilona durante aquellas primeras semanas y meses que llevaban juntos. Él no tenía demasiados recursos y vivía de una manera bastante espartana, pero quería hacerla feliz y de vez en cuando compraba alguna fruslería para regalársela. Un día, al acercarse la fecha de su cumpleaños, le llegó de casa un paquete que incluía, entre otras cosas, un librito en formato de bolsillo con poemas de Jónas Hallgrímsson. Le regaló el librito a Ilona y le contó que eran poemas del poeta a quien pertenecían las palabras más bellas de la lengua islandesa. Ella dijo que estaba deseando que le enseñara islandés para poder leer aquellos poemas. Dijo que ella no tenía nada para él. Él sonrió y sacudió la cabeza. No le había dicho que era su cumpleaños.

—Tengo bastante contigo —aseguró él.

—Vaya, vaya —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—Ven, acércate.

Dejó el libro, le tumbó de un empujón sobre la cama en la que estaba sentado y se montó a caballo encima de él. Le besó larga y profundamente. Al final resultó que nunca había tenido un cumpleaños tan agradable en toda su vida.

Durante aquel invierno, Emil y él se hicieron amigos íntimos. Pasaban mucho tiempo juntos. Simpatizaba mucho con él. Sin embargo, el socialismo de Emil era cada vez más radical cuanto más tiempo vivía en Leipzig y cuanto mejor conocía el sistema social. Emil no se desalentaba lo más mínimo pese a los razonamientos contrarios que oía en el grupo de islandeses sobre el espionaje y la vigilancia personales, la falta de bienes de primera necesidad, las charlas obligatorias de la FDJ y otras cosas por el estilo. Emil se burlaba de todo eso. Él tenía puesta la vista en el objetivo a largo plazo y, a la luz de este, las molestias temporales eran insignificantes.

Emil y él se llevaban muy bien y se apoyaban uno a otro.

—Pero ¿por qué no producen más productos que la gente necesita? —dijo Karl en cierta ocasión, en que el grupo de amigos estaban sentados en la nueva cantina hablando del gobierno de Ulbricht—. La gente tiene un punto de comparación clarísimo con Alemania Occidental, donde hay todos los productos básicos y todo lo que uno pueda desear. ¿Por qué iban a poner un énfasis tan enorme los alemanes orientales en la reconstrucción de la industria si faltan productos alimenticios? Lo único que tienen de sobra es lignito, que ni siquiera es un carbón decente.

—La economía planificada aún tiene que asentarse —dijo Emil—. La reconstrucción no ha hecho más que empezar y aquí no hay el flujo de dólares procedente de Estados Unidos. Esto necesitará su tiempo. Lo que importa es que el Partido Socialista Unificado está en el buen camino.

En Leipzig hubo más parejas de enamorados, además de Ilona y él. Karl y Hrafnhildur conocieron a unos cuantos alemanes encantadores, que encajaron bien en el grupo. A Karl se le empezó a ver cada vez más con una estudiante de Leipzig llamada Ulrika, bajita y de ojos castaños. La madre de Ulrika era una auténtica bruja, a quien no le gustaba nada el noviazgo, y se retorcían de risa oyendo a Karl describirles sus relaciones con ella, que eran de lo más complicadas. Dijo que habían estado hablando de la posibilidad de vivir juntos, incluso de casarse. Se llevaban muy bien, los dos eran alegres y despreocupados, y ella decía que le gustaría ir a Islandia, incluso para quedarse allí a vivir. Hrafnhildur empezó a salir con un estudiante de química muy tímido y bastante poca cosa, procedente de un pueblecito cercano a Leipzig, que a veces les proporcionaba aguardiente.

Estaban en febrero. Ilona y él se veían todos los días. Ya no hablaban tanto de política, y en todo lo demás no había problema alguno; tenían suficientes temas de que hablar. Él le habló de las cabezas de cordero asadas y ella de su familia. Su padre y su madre eran médicos. Ella estudiaba literatura y alemán. Uno de sus poetas favoritos era Friedrich Hölderlin. Leía mucho y le preguntaba sobre literatura islandesa. Los libros eran uno de sus intereses comunes.

Lothar trataba cada vez más a los islandeses. A estos les resultaba divertido, con su islandés mecánico y formal y sus constantes preguntas sobre todo lo relacionado con Islandia. Lothar y Tomas se llevaban muy bien. Ambos eran comunistas muy ortodoxos y podían charlar de política sin pelearse. Lothar practicaba su islandés con él, que le respondía en alemán. Lothar era de Berlín, según él, una ciudad maravillosa. Un día explicó que había perdido a su padre en la guerra, y que su madre seguía viviendo en Berlín. Lothar le animaba a ir allá alguna vez con él, no era un viaje demasiado largo en tren. Por lo demás, el alemán no hablaba mucho de sí mismo, y Tomas pensaba que sería por las dificultades que había debido de padecer durante la guerra, cuando era un chiquillo. Él prefería preguntarles toda clase de cosas sobre Islandia, por la que parecía tener un interés inagotable. Preguntaba sobre la universidad, la política, los conflictos, los principales líderes políticos y

económicos, la vida de la gente, la base americana de Keflavík. Tomas explicó a Lothar que los islandeses se habían beneficiado muchísimo de la guerra, Reikiavik se había extendido por los campos próximos y el país había dejado de ser una sociedad campesina pobre para transformarse en una nación burguesa contemporánea, prácticamente de un día para otro.

A veces hablaba con Hannes en la universidad. Por lo general era en la biblioteca o en la cafetería del edificio principal. Se habían convertido en excelentes amigos pese a todo, pese al pesimismo de Hannes. Él intentaba convencerlo, pero sin éxito alguno. Sus intereses se habían limitado. Sólo pensaba en sí mismo, en terminar los estudios y en volver a su casa.

Un día se sentó al lado de Hannes en la cafetería. Estaba nevando. Llevaba un abrigo muy grueso que le había regalado su madre por Navidad. Hannes le preguntó de dónde había sacado ese abrigo, en un tono que parecía rezumar envidia.

No lo sabía, pero aquella iba a ser la última vez que charlaban en Leipzig.

—¿Qué cuenta Ilona? —preguntó Hannes.

—¿Conoces mucho a Ilona? —quiso saber él.

—En absoluto —dijo Hannes, pasando la mirada por la cafetería, como para cerciorarse de que nadie les oía—. Sólo sé que es húngara. Y que es tu novia. ¿No es así? ¿Estáis juntos?

Bebió un sorbo de café aguado. Él no respondió. El tono de Hannes le sonó extraño. Más duro e intransigente de lo habitual.

—¿Te habla alguna vez de lo que está sucediendo en Hungría? —preguntó Hannes.

—A veces. Procuramos no hablar mucho de...

—¿Sabes lo que está pasando allí? —le interrumpió Hannes—. Los soviéticos acabarán recurriendo a la violencia. Me extraña que no lo hayan hecho aún. No podrán dejarlo pasar. Si permiten que continúe lo que está sucediendo en Hungría, otros países de Europa Oriental la seguirán y eso producirá un levantamiento general contra la Unión Soviética. ¿Nunca te habla de eso?

—Charlamos de Hungría —respondió—. Aunque no estamos de acuerdo.

—No, claro, tú sabes mucho más qué ocurre allí que ella misma, que es húngara.

—No es eso lo que te estoy diciendo.

—¿No? ¿Y qué me estás diciendo? —preguntó Hannes—. ¿Has reflexionado sobre el tema mínimamente en serio? Bueno, después del sofocón.

—¿Qué te ha pasado, Hannes? ¿Por qué estás tan enfadado? ¿Qué te ocurrió cuando viniste a Leipzig? Tú precisamente, que en Islandia eras la gran esperanza.

—La gran esperanza —farfulló Hannes—. Probablemente ya no lo soy —dijo.

Callaron.

—Me limité a ver lo que hay tras la palabrería —explicó Hannes en voz queda—. Todo es una maldita mentira. Nos han alimentado con el paraíso de los proletarios, la igualdad y la fraternidad, hasta que uno acaba cantando *La Internacional* como una

caja de música cuando le das cuerda. Todo es como un coro seráfico sin la menor disidencia. En Islandia íbamos a las reuniones del partido. Aquí sólo hay eslóganes. ¿Dónde encuentras debate? ¡Viva el partido y nada más! ¿Has hablado con la gente que vive aquí? ¿Tienes idea de lo que piensan? ¿Has hablado con alguno de los honrados ciudadanos de esta ciudad? ¿Querían a Walter Ulbricht y el Partido Comunista? ¿Querían un partido único y una economía planificada? ¿Querían prohibir la libertad de expresión y de prensa y los partidos políticos? ¿Querían dejar que les mataran a tiros por las calles en la sublevación de 1953? En Islandia podemos discutir con nuestros adversarios y publicar artículos en los periódicos. Eso está prohibido aquí. Existe una única línea, y ya está. ¡Y luego llaman elecciones a esas reuniones de la gente para elegir el único partido permitido en el país! Los ciudadanos ven todo eso como una broma de mal gusto. ¡Saben que esto no es una democracia! —Hannes calló. Ardía de ira—. La gente no se atreve a decir lo que piensa, porque aquí todos están vigilados. Toda esta nación de mierda. Todo lo que dices y todo lo que haces se puede volver en tu contra, y entonces te convocan, te detienen, te expulsan de la universidad. Habla con la gente. Los teléfonos están pinchados. ¡Espían a la población!

Callaron.

Sabía que Hannes e Ilona tenían parte de razón. En su opinión, lo mejor sería que el partido expusiera claramente la situación y explicara que, en aquel momento, no había espacio para elecciones libres ni discusiones. Todo eso vendría después, cuando se hubiera alcanzado el objetivo, la economía socialista. A veces se habían reído de que los alemanes siempre se mostraban de acuerdo con todo lo que se decía en las reuniones, mientras que en las conversaciones privadas aparecían opiniones completamente opuestas a lo acordado en ellas. La gente no se atrevía a hablar directamente y con claridad, apenas se atrevían a manifestar sus ideas por miedo a que las interpretaran como opuestas a la línea del partido y les castigaran.

—Son gente peligrosa, Tomas —dijo Hannes tras un largo silencio—. No están jugando.

—¿Por qué estáis siempre hablando de libertad de opinión? —preguntó enfadado—. Ilona y tú. Mira las persecuciones de comunistas en Estados Unidos. Fíjate cómo echan a la gente del país y de su trabajo. ¿Y qué hay de la sociedad vigilada que hay allí? ¿Leíste el artículo que hablaba sobre los canallas que denunciaron a sus colegas ante el Comité de Actividades Antiamericanas? Allí está prohibido el Partido Comunista. También allí se permite una única forma de pensar, que es la de los ricos, la de los imperialistas, la de los militares. Rechazan todo lo demás. Todo.

Se puso en pie.

—Tú estás aquí como huésped del pueblo, de la nación de este país —dijo enfadado—. Es ella la que te paga la carrera, y deberías avergonzarte de hablar así. ¡Eso es lo que deberías hacer! ¡Y deberías marcharte ahora mismo a Islandia!

Salió de la cafetería como una tromba.

—Tomas —le llamó Hannes; pero no contestó.

Abandonó la cafetería y salió dando zancadas al pasillo y se topó con Lothar, que le preguntó por qué estaba tan excitado. Miró hacia atrás, en dirección a la cafetería. No es nada, dijo. Salieron juntos. Lothar se ofreció a invitarle a una cerveza y al final él se dejó convencer. Se sentaron en el café Baum, junto a la iglesia de Santo Tomás, y le contó a Lothar que Hannes y él habían estado discutiendo airadamente, y que, por alguna razón, Hannes se había vuelto totalmente opuesto al socialismo y no decía nada bueno de este. Le contó a Lothar que no aguantaba la hipocresía de Hannes. Hablaba contra el sistema socialista pero estaba dispuesto a aprovecharse de él para terminar sus estudios.

—No lo comprendo —le dijo a Lothar—. No comprendo cómo puede aprovecharse de su situación de semejante manera. Yo nunca podría hacer algo así —aseguró—. Nunca.

Esa tarde quedó con Ilona y le habló de la discusión. Le dijo que a veces Hannes hablaba como si la conociera, pero ella sacudió la cabeza. Nunca había oído mencionarle por su nombre y nunca había hablado con él.

—¿Estás de acuerdo con él? —preguntó, vacilante.

—Sí —respondió ella tras un largo silencio—. Estoy de acuerdo con él. Y no sólo yo. Hay muchos, muchos más. Gente de mi edad en Budapest. Y también jóvenes de aquí, de Leipzig.

—¿Y por qué no se hacen oír?

—Estamos en eso en Budapest —contestó ella—. Pero la oposición es terrible. Poderosísima. Y el miedo. En todas partes hay miedo a lo que podría suceder.

—¿El ejército?

—Hungria es botín de guerra de la Unión Soviética. No lo soltarán sin pelear. Si conseguimos romper las cadenas que nos atan a ellos, es imposible saber lo que sucederá en los demás países de Europa Oriental. Esa es la gran pregunta. La reacción en cadena.

Dos días más tarde, Hannes fue expulsado de la universidad sin previo aviso, y se le obligó a abandonar el país.

Oyó contar que pusieron un guardia uniformado delante de la puerta de la habitación de Hannes y que dos hombres de la Policía Política le llevaron al aeropuerto. Supo que ninguna otra universidad reconocería nada de lo que había estudiado allí. Era como si Hannes no hubiera estado nunca en la universidad. Lo habían borrado de los archivos.

No podía dar crédito a sus propios oídos cuando Emil entró a todo correr y le contó lo que había sucedido. Emil no sabía gran cosa. Se había encontrado por casualidad a Karl y Hrafnildur, que le hablaron del guardia y de que todo el mundo decía que se habían llevado a Hannes al aeropuerto. Emil tuvo que repetírselo tres veces. Habían tratado a su compatriota como si hubiera hecho algo terrible. Como si fuera un vulgar delincuente. Esa noche no se hablaba de otra cosa en la residencia de

estudiantes. Nadie sabía a ciencia cierta lo que había sucedido.

Al día siguiente, tres días después de su discusión en la cafetería, le llegó un mensaje de Hannes. Se lo trajo el compañero de habitación. Estaba en un sobre cerrado en el que solamente aparecía su nombre. Tomas abrió el sobre y se sentó con la carta en la cama de su habitación. La leyó de un tirón.

Me preguntaste lo que había sucedido en Leipzig. Lo que me había sucedido a mí. Es fácil. Me ordenaron muchas veces que espiera a mis amigos, que les contara todo lo que dijeran del socialismo, de la RDA, de Ulbricht, las emisoras de radio que oíais. No sólo vosotros, sino todos con los que hablara. Me negué a ser su chivato. Dije que no tenía intención de espiar a mis amigos. Pensaban que podrían convencerme. Dijeron que si no lo hacía, me expulsarían de la universidad. Me negué y me dejaron en paz. Hasta ahora. ¿Por qué no me dejaste en paz tú?

Hannes

Leyó el mensaje una y otra vez sin poder creer lo que estaba leyendo. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda, y se sintió mareado por un instante.

«¿Por qué no me dejaste en paz tú?».

Hannes le echaba a él la culpa de su expulsión de la universidad. Hannes creía que él había ido a las autoridades de la universidad a contarles lo que pensaba, su oposición al comunismo. Si le hubiera dejado en paz, no habría sucedido nada. Se quedó mirando la carta. Era un malentendido. ¿A qué se refería Hannes? Él no había hablado con las autoridades de la universidad, sólo con Ilona y luego con Lothar, y esa noche había estado mostrando su asombro por las ideas de Hannes ante Emil, Karl y Hrafnhildur, en la cocina. Eso no era nada nuevo. Ellos estaban de acuerdo con él. En el mejor de los casos, pensaban que aquel cambio de rumbo de Hannes había ido demasiado lejos, y en el peor de los casos, que era innoble.

Tenía que ser una simple coincidencia que Hannes fuera expulsado después de su discusión, y un malentendido por parte de Hannes relacionarlo a él con lo sucedido. No podía pensar seriamente que fuera por su culpa por lo que le obligaban a abandonar los estudios. Él no había hecho nada. No le había dicho nada a nadie, sólo a sus amigos. Aquello no era más que simple paranoia. ¿Cómo podía nadie pensar algo así en serio?

Emil estaba con él en la habitación, y Tomas le enseñó la carta. Emil bufó. Sentía una profunda antipatía por Hannes y todo lo que representaba, y no se reprimía a la hora de expresar su opinión.

—Está loco —dijo Emil—. No hagas ni caso.

—Pero ¿por qué dice eso?

—Tomas —dijo Emil—. Olvídalo. Está intentando culpar a los demás de sus propios errores. Hace mucho que habría tenido que marcharse de aquí.

Tomas se levantó de un salto, cogió el abrigo y se lo puso mientras salía corriendo al pasillo, y no paró de correr hasta que llegó a casa de Ilona y llamó a la puerta. Le abrió la dueña de la casa y le señaló la habitación de Ilona. Se estaba poniendo el

gorro, y ya tenía puestos el abrigo y los zapatos. Se alarmó visiblemente al verle y darse cuenta de lo nervioso que estaba.

—¿Qué pasa? —preguntó, yendo hacia él.

Tomas cerró la puerta.

—Hannes cree que yo tengo la culpa de su expulsión de la universidad y del país. ¡Como si yo hubiera contado algo a alguien!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Me echa a mí la culpa de que le expulsaran!

—¿Con quiénes hablaste después de discutir con Hannes? —preguntó Ilona.

—Bueno, sólo contigo y con los chicos. Ilona, ¿a qué te referías el otro día cuando mencionaste a los jóvenes de Leipzig, que ellos estaban de acuerdo con Hannes? ¿Qué gente es esa? ¿Cómo sabes tú eso?

—¿No hablaste con nadie más? ¿Estás seguro?

—No, con nadie, sólo con Lothar. ¿Qué sabes tú de los jóvenes de Leipzig, Ilona?

—¿Le hablaste a Lothar de las ideas de Hannes?

—Sí. ¿A qué viene eso? Él lo sabe todo acerca de Hannes.

Ilona se quedó mirándole, pensativa.

—¿Quieres decirme qué estoy haciendo yo aquí? —le rogó él.

—No sabemos exactamente quién es Lothar —dijo Ilona—. ¿Crees que alguien te ha podido seguir hasta aquí?

—¿Que si alguien me ha seguido? ¿Qué quieres decir? ¿Quiénes no saben quién es Lothar?

Ilona le miró fijamente, él jamás la había visto con un gesto tan preocupado, casi asustado. No tenía la menor idea de lo que pasaba. Lo único que sabía era que sentía unos horribles remordimientos por Hannes. Porque Hannes creía que él tenía la culpa de lo sucedido. Pero él no había hecho nada. Absolutamente nada.

—Conoces el sistema. Es arriesgado hablar demasiado.

—¡Demasiado! No soy un niño, sé que existe la vigilancia.

—Ya lo sé. Naturalmente.

—No le dije nada a nadie, sólo a mis amigos. Nadie lo prohíbe. Son amigos míos. ¿Qué es lo que pasa, Ilona?

—¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie?

—No me ha seguido nadie —dijo él—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué iba a seguirme nadie? ¿De qué estás hablando? —Reflexionó un momento—. En realidad, no sé si me ha seguido alguien. No me fijé. ¿Por qué iban a seguirme? ¿Quién va a querer seguirme?

—No lo sé —respondió ella—. Ven, saldremos por la puerta de atrás.

—¿Adónde? —preguntó él.

—Ven —insistió ella.

Ilona le cogió de la mano y le condujo a través de la pequeña cocina, donde la anciana estaba sentada haciendo calceta. Levantó los ojos y sonrió, ellos le

devolvieron la sonrisa y se despidieron apresuradamente. Llegaron a un oscuro patio trasero, treparon por la valla y fueron a parar a un angosto callejón. Tomas no comprendía lo que estaba sucediendo. ¿Por qué iba corriendo detrás de Ilona en la oscuridad de la noche, mirando por encima del hombro para comprobar que nadie les siguiera?

Ella guio el camino dando varios rodeos, y de vez en cuando se detenía y se quedaba alerta por si oía pasos. Luego continuaba, y él la seguía. Tras un largo recorrido llegaron a un nuevo barrio residencial que estaban acabando de construir en un lugar poco transitado, a buena distancia del centro de la ciudad. Algunos de los edificios no tenían aún puertas ni ventanas, pero ya había gente viviendo en otros. Entraron en uno de los bloques a medio ocupar, y bajaron corriendo al sótano. Ilona llamó a la puerta. Al otro lado pudo oír voces, que callaron en cuanto sonaron los golpes. La puerta se abrió. Dentro de un pequeño apartamento había una decena de personas, que les miraron mientras estaban aún en el umbral. A él le miraron con gesto inquisitivo. Ilona entró, saludó y le presentó.

—Es amigo de Hannes —dijo ella, y los otros le miraron y asintieron con la cabeza.

«Amigo de Hannes», pensó, atónito. ¿Cómo es que conocían a Hannes? No tenía ni idea de qué era todo aquello. Una mujer salió del grupo, extendió la mano y le saludó.

—¿Sabes lo que pasó? —preguntó—. ¿Sabes por qué le expulsaron?

Él sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea —respondió. Pasó la vista por el grupo—. ¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Cómo es que conocíais a Hannes?

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó la mujer a Ilona.

—No —dijo Ilona—. Tomas no sabe qué es lo que pasa y yo prefiero que se lo digáis vosotros.

—Sabemos que andaban detrás de Hannes —explicó la mujer—. Desde que se negó a trabajar para ellos. Estaban esperando la primera oportunidad. Estaban esperando la oportunidad adecuada para expulsarle de la universidad.

—¿Qué querían que hiciera?

—Lo llaman «servicio al Partido Comunista y al proletariado».

Un hombre salió del grupo y le se acercó.

—Siempre tenía el máximo cuidado —dijo el hombre—. Siempre tenía el máximo cuidado de no decir nada que pudiera causarle problemas.

—Habladle de Lothar —dijo Ilona. La tensión se había relajado un poco. Algunos volvieron a ocupar sus asientos—. Lothar es el mentor de Tomas —añadió.

—¿Os ha seguido alguien? —repitió el hombre del grupo, mirando a Ilona con gesto de preocupación.

—Nadie —respondió ella—. Ya os lo he dicho. He tenido cuidado de cerciorarme.

—¿Qué pasa con Lothar? —preguntó él.

No le resultaba fácil creer lo que estaba viendo y oyendo. Miró a su alrededor, el pequeño apartamento, las personas que le observaban con temor y curiosidad. Se percató de que estaba en una reunión de célula, pero en sentido contrario. No era como las reuniones de los jóvenes socialistas en Islandia. Esta no era una reunión de partido en pro del socialismo, sino una reunión secreta de disidentes del socialismo. Si no se equivocaba, aquella gente se reunía en secreto porque temían ser castigados por actividades antisocialistas.

Le hablaron de Lothar. No había nacido en Berlín. Era de Bonn y había estudiado en Moscú, donde aprendió islandés, entre otras cosas. Su tarea era conseguir que los jóvenes de la universidad se afiliaran al Partido Comunista. Se relacionaba sobre todo con chicos extranjeros que iban a estudiar a ciudades como Leipzig y que después volvían a sus países, y que probablemente podrían seguir siendo útiles desde allí. Fue Lothar quien intentó que Hannes trabajara para él. Seguramente había sido Lothar el responsable de que acabaran por expulsarle.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Hannes? —preguntó a Ilona, extrañado.

—No hablamos de esto —dijo Ilona—. Con nadie. Hannes tampoco te lo mencionó, ¿verdad? En otro caso podrías habérselo soltado todo a Lothar.

—¿A Lothar? —dijo él.

—Le hablaste de Hannes —dijo Ilona.

—Yo no sabía...

—Hemos de tener cuidado con lo que decimos, siempre. Seguramente no ayudaste mucho a Hannes hablando con Lothar.

—No sabía esas cosas de Lothar, Ilona.

—No es necesario que sea Lothar —dijo Ilona—. Puede ser cualquiera. Nunca se sabe. Nunca se sabe quién puede ser. Así es el sistema. Así es como se llevan siempre el gato al agua.

Clavó los ojos en Ilona, sabía que ella tenía razón. Lothar lo había utilizado, se había aprovechado de su irritación. Lo que decía Hannes en el mensaje era verdad. Le había dicho algo a alguien a quien no debía decirle nada. Nadie le había advertido. Nadie le había contado el secreto. Pero en lo más profundo reconocía que nadie tenía por qué decírselo. Se sintió mal. El remordimiento lo tenía atenazado. Sabía perfectamente cómo funcionaba el sistema. Había intentado actuar como si no existiese. Su inocencia les había ayudado a deshacerse de Hannes.

—Hannes había dejado de tratarse con nosotros, los islandeses —dijo él.

—Sí —dijo Ilona.

—Porque él... —no concluyó la frase.

Ilona asintió.

—¿Qué estoy haciendo yo aquí? —preguntó—. ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí realmente, Ilona?

Ella pasó los ojos por el grupo, como esperando sus reacciones. El hombre que

había hablado antes le dijo que sí con la cabeza y ella le explicó que se había puesto en contacto con el grupo por iniciativa propia. Una mujer del grupo —Ilona señaló a la mujer que había dado la mano a Tomas— estudiaba alemán con ella en la universidad y quería saber todo lo que estaba sucediendo en Hungría, la oposición al Partido Comunista de aquel país y el miedo a la Unión Soviética. Al principio, la mujer iba con mucha precaución, para asegurarse de cuál era su postura y cuáles eran sus ideas, y cuando se cercioró de que Ilona estaba a favor del levantamiento húngaro, le pidió que la acompañara a conocer a sus camaradas. El grupo se reunía en secreto. La vigilancia por parte del partido había aumentado considerablemente y había empezado a animar a otras personas a que denunciaran a la Policía Política cualquier cosa que pudieran descubrir que tuviera que ver con conductas u opiniones antisocialistas. Aquello tenía relación con el levantamiento de 1953 y en cierta medida con la situación en Hungría. Ilona conoció a Hannes en la primera reunión que mantuvo con los jóvenes de Leipzig. Estos querían saber lo que estaba sucediendo en Hungría y si sería posible organizar un movimiento opositor parecido en Alemania Oriental.

—¿Por qué estaba Hannes en este grupo? —preguntó Tomas—. ¿Qué tenía él que ver con esto?

—Hannes tenía el cerebro completamente lavado, al igual que tú —dijo Ilona—. Debéis de tener unos líderes muy poderosos en Islandia. —Miró hacia el hombre que había hablado un poco antes—. Martin y Hannes eran compañeros en la Facultad de Ingeniería —continuó—. Martin necesitó bastante tiempo para hacer comprender a Hannes lo que decíamos. Pero confiamos en él. Nunca tuvimos motivos para no hacerlo.

—Pero si sabíais lo de Lothar, ¿por qué no hicisteis algo? —preguntó él.

—Lo único que podemos hacer es evitarle, lo que resulta difícil porque está preparado para hacerse amigo de todo el mundo —dijo el hombre del grupo—. Lo que podemos hacer cuando él se pone muy insistente es despistarlo. La gente no se fía de él. Dice lo que queremos oír y se muestra de acuerdo con nuestra forma de ver las cosas. Pero es traicionero. Y es peligroso.

—Pero, espera —dijo él, mirando a Ilona—. Si vosotros sabéis lo de Lothar, ¿Hannes no lo sabía?

—Sí, claro que lo sabía —dijo Ilona.

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué no me advirtió contra él? ¿Por qué no dijo nada de nada?

Ilona se le acercó.

—No se fiaba de ti —dijo—. No sabía por dónde andabas.

—Dijo que quería que le dejaran en paz.

—Quería que le dejaran en paz. No quería espiarnos ni a nosotros ni a sus compatriotas.

—Me llamó cuando me marché después de discutir con él. Iba a decirme algo

más pero... yo estaba furioso, salí a todo correr. Directamente a los brazos de Lothar.
—Miró a Ilona—. ¿Entonces no ha sido una simple coincidencia?

—Lo dudo —dijo Ilona—. Pero lo mismo habría sucedido tarde o temprano, sin duda. Vigilaban muy estrechamente a Hannes.

—¿Hay más gente como Lothar en la universidad? —preguntó él.

—Sí —dijo Ilona—. No sabemos quiénes son. Sólo conocemos a algunos.

—Lothar es tu mentor —dijo un hombre que estaba sentado en una silla y que hasta entonces había escuchado en silencio el diálogo.

—Sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ilona al hombre.

—Los mentores tienen que vigilar a los extranjeros —dijo el hombre, poniéndose en pie—. Tiene que informar a fondo de todo lo relativo a los extranjeros. Sabemos que Lothar también tiene que conseguir que colaboren con él.

—Dile directamente lo que pretendes decir —dijo Ilona, dando un paso hacia el hombre.

—¿Cómo sabemos que podemos confiar en este amigo tuyo?

—Yo confío en él —dijo Ilona—. Eso es suficiente.

—¿Cómo sabéis que Lothar es peligroso? —preguntó él—. ¿Quién os lo dijo?

—Eso es asunto nuestro —respondió el hombre.

—Tienes razón —dijo él, mirando al hombre que había expresado sus dudas acerca de su sinceridad—. ¿Por qué ibais a fiaros de mí?

—Nos fiamos de Ilona —fue la respuesta.

Ilona sonrió incómoda.

—Hannes aseguraba que un día te unirías a nosotros —dijo.

Miró el papel amarillento y leyó el viejo mensaje de Hannes. Pronto anochecería y la pareja pasaría por delante de su ventana. Pensó en aquella noche, en el apartamento de un sótano de Leipzig, y cómo había cambiado su vida desde entonces. Pensó en Ilona y en Hannes y en Lothar. Y pensó en aquellas personas atemorizadas del sótano.

Fueron los hijos de aquellas personas quienes se atrincheraron en la iglesia de San Nicolás y salieron en tromba a las calles de Leipzig, al final de todo, decenios más tarde.

Valgerdur no acompañó a Erlendur a la barbacoa en casa de Sigurdur Óli, y nadie mencionó su nombre. Elínborg asó unos filetes de cordero para chuparse los dedos; los había marinado en una salsa muy especiada con ralladura de corteza de limón, pero primero comieron un plato de gambas preparado por Bergthóra y que Elínborg devoró con grandes alabanzas. De postre hubo una mousse preparada por Elínborg, que Erlendur no consiguió adivinar de qué estaba hecha, pero que tenía un sabor exquisito. Nunca iba a barbacoas, pero esta vez se había dejado convencer tras mucha insistencia por parte de Sigurdur Óli y Bergthóra. Sin embargo, estuvo mejor que la presentación del libro de Elínborg. Bergthóra estaba tan contenta de que hubiera ido, que hasta le permitió fumar en el salón. Sigurdur Óli se quedó boquiabierto al ver a su mujer trayéndole un cenicero. Erlendur le miró sonriente, con la sensación de haber ganado la lotería.

No hablaron del trabajo excepto una vez, cuando Sigurdur Óli se preguntó por qué habrían inutilizado el receptor de radio ruso antes de echarlo al agua con el cadáver. Erlendur les había comentado el informe de la Policía Científica. Los tres estaban en la pequeña terraza, Elínborg preparaba la barbacoa.

—¿Eso nos dice algo? —preguntó.

—No lo sé —dijo Erlendur—. No sé si tiene importancia que estuviera o no utilizable. Yo no veo la diferencia. Un aparato de escucha es un aparato de escucha. Los rusos son los rusos.

—Sí, supongo —dijo Sigurdur Óli—. A lo mejor fue destruido en una pelea. Cayó al suelo y se hizo añicos.

—Es posible —comentó Erlendur.

Levantó los ojos hacia el sol. No sabía realmente lo que estaba haciendo en aquella terraza. Nunca había estado en casa de Bergthóra y Sigurdur Óli, aunque llevaban mucho tiempo trabajando juntos. No se llevó ninguna sorpresa al comprobar que todo estaba en perfecto orden, todo era del mejor gusto, con muebles de diseño, objetos artísticos y moquetas a juego. No había ni una mota de polvo. Tampoco libros.

Erlendur se animó al enterarse de que Teddi, el marido de Elínborg, sabía mucho sobre Ford Falcon. Teddi era mecánico, bastante rollizo y confesaba estar enamorado de la cocina de Elínborg, como todos los que la probaban. Su padre tuvo un Falcon, por el que sentía auténtica adoración. Teddi contó a Erlendur que el coche era de conducción muy ágil, con un sillón corrido en la parte delante, cambio automático y volante color marfil. Era un turismo de tamaño reducido en comparación con los otros automóviles norteamericanos de los años sesenta, que en general eran enormes.

—No aguantaba bien la red de carreteras de Islandia —dijo Teddi, robándole un cigarrillo a Erlendur—. Tal vez tenía una estructura demasiado ligera para las condiciones islandesas. Tuvimos serios problemas cuando se le rompió el eje al

nuestro en un viaje por el campo. Mi padre tuvo que hacerlo transportar a la ciudad en un camión. No eran unos coches demasiado fuertes, pero eran estupendos para familias pequeñas.

—¿Tenían algo especial los tapacubos? —preguntó Erlendur, encendiéndole el cigarrillo a Teddi.

—Los tapacubos de los coches americanos siempre son llamativos, y ese era también el caso del Falcon. Aunque no destacaban de un modo especial. En cambio, el Chevrolet...

«Para familias pequeñas», pensó Erlendur, y la voz de Teddi se apagó en sus oídos. El vendedor desaparecido había adquirido un coche para la pequeña familia que iba a formar con la mujer de la lechería. Era el futuro. Cuando desapareció, al coche le faltaba un tapacubos. Erlendur había estado charlando con Elínborg y Sigurdur Óli sobre las causas que pueden hacer que se pierda un tapacubos. A lo mejor había tomado una curva demasiado cerrada o había chocado contra el bordillo. O quizá, simplemente, alguien había robado el embellecedor delante de la estación de autobuses.

—... pero entonces llegó la crisis del petróleo de los años setenta y hubo que fabricar vehículos más austeros —continuó Teddi como si tal cosa, tomando sorbos de un vaso de cerveza.

Erlendur asintió, pensando en otra cosa, y apagó el cigarrillo. Vio que Sigurdur Óli abría las ventanas para que saliera el humo. Erlendur estaba intentando reducir el número de cigarrillos, pero siempre fumaba más de lo que deseaba. Estaba pensando en dejar de preocuparse por ello. Hasta entonces no le había servido de nada. Pensaba en Eva Lind, que no había vuelto a dar señales de vida desde que terminó el tratamiento. Ella nunca había tenido la menor preocupación por su salud. Miró la terracita del adosado de Sigurdur Óli y Bergthóra, y volvió su mirada hacia Elínborg, que preparaba la barbacoa, y tuvo la sensación de que estaba canturreando ella sola. Miró la cocina, donde Sigurdur Óli besaba a Bergthóra en la nuca al pasar por detrás. Miró de reojo a Teddi, que disfrutaba bebiendo su cerveza. A lo mejor, aquello era la felicidad. A lo mejor era así de simple, cuando el sol brillaba en un templado día de verano.

Al atardecer, en vez de volver a su casa, atravesó la ciudad, dejó atrás Grafarholt y siguió hacia Mosfellsbær. Tomó una desviación hacia una alquería bastante grande y, al llegar allí, torció en dirección al mar, hasta que llegó a las tierras de Haraldur y su hermano Jóhann. Haraldur le había proporcionado unas indicaciones bastante imprecisas, era evidente que intentaba ayudar lo menos posible. Se negó a decirle si los viejos edificios de la granja seguían aún en pie, dijo que no tenía la menor idea. Le contó también que su hermano Jóhann había muerto de repente, como consecuencia de un infarto. «No todo el mundo es tan afortunado como mi hermano

Jói», añadió.

Los edificios seguían allí. Repartidas por todo el terreno había pequeñas casas de verano. A juzgar por los árboles que rodeaban algunas de ellas, debían de llevar allí un tiempo considerable. Otras eran más recientes. Erlendur pudo ver un campo de golf a lo lejos. Aunque ya era tarde, vio algunas personas golpeando las pelotas y caminando tranquilamente detrás de ellas, disfrutando del templado día de verano.

Los edificios no eran más que ruinas. Una pequeña vivienda y varios almacenes. La casa estaba recubierta de chapa ondulada. En tiempos, el metal estuvo pintado de amarillo, pero la pintura había desaparecido casi por completo. Algunas planchas oxidadas colgaban de la pared. Otras habían sido arrancadas por el viento y las tormentas, y estaban desperdigadas por el suelo. Erlendur imaginó que la mayoría de las placas del techo habrían acabado en el mar. Todas las ventanas estaban rotas y la puerta principal había desaparecido. A escasa distancia se encontraban los restos de un cobertizo para herramientas, adosado a un establo y un granero.

Estaba en silencio ante aquella desolación. Era casi igual a la casa de su infancia.

Entró y llegó a un pequeño vestíbulo y un estrecho pasillo. A la derecha había una cocina y un lavadero, y una pequeña despensa a la izquierda. En la cocina había una vieja cocinilla Rafha de tres fuegos y un pequeño horno, oxidado y negruzco. El pasillo se abría a dos habitaciones y un salón. Las tablas del suelo crujían en el silencio del atardecer. No sabía qué estaba buscando. No sabía por qué había ido hasta allí.

Fue a los edificios anejos. Miró la fila de pesebres del establo y asomó la cabeza al almacén, cuyo suelo era de tierra. Dio la vuelta a la esquina y vio que aún quedaban restos de un montón de estiércol detrás del establo. En el cobertizo de las herramientas había una puerta medio colgando, y en cuanto la tocó, se soltó de los goznes, cayó al suelo y se rompió con un ruido parecido al de un profundo suspiro. En el interior del cobertizo había estanterías con pequeños compartimentos para tornillos y tuercas, y en las paredes, clavos para colocar herramientas. Estas no se veían por ningún sitio. Sin duda, los dos hermanos se llevaron todo lo que podía serles útil en Reikiavik. Una mesa de trabajo, rota y coja, estaba apoyada contra la pared. En el suelo había una correa de tractor encima de un montón de irreconocibles objetos de metal. En un rincón había la llanta de una rueda trasera de tractor.

Erlendur dio algunos pasos por el cobertizo de herramientas. ¿Vino aquí el hombre del Falcon?, pensó. ¿O se marchó en autobús a cualquier otro sitio del país? Si vino aquí, ¿qué pensaba? Ya era tarde cuando salió de Reikiavik. Sabía que no tenía mucho tiempo. Ella le estaría aguardando delante de la lechería, y él no quería hacerla esperar. Pero no debía mostrar prisa ninguna al hablar con los dos hermanos. Estaban interesados en comprar un tractor. No faltaba mucho para cerrar el trato. Sin embargo, no quería parecer demasiado insistente. Si daba la impresión de estar ansioso por vender, el trato podía irse al garete. Y, sin embargo, tenía que darse prisa. Quería concluir la venta lo antes posible.

Si vino aquí, ¿por qué no lo dijeron los hermanos? ¿Por qué iban a mentir? No tenían intereses especiales que defender. No conocían a aquel hombre. ¿Y por qué le faltaba un tapacubos al coche? ¿Se le cayó? ¿Lo robaron delante de la estación de autobuses? ¿Lo robaron allí?

Si ese tipo era el hombre del lago con el cráneo partido, ¿cómo acabó allí? ¿De dónde procedía el aparato que le ataron al cuerpo? ¿Significaba algo que vendiera tractores y maquinaria de los antiguos países del Este? ¿Existía alguna relación?

Sonó el móvil en el bolsillo del abrigo de Erlendur.

—Sí —dijo con un tono brusco al responder.

—Déjame en paz —dijo una voz que conocía bien.

La conocía bien sobre todo cuando estaba en aquel estado.

—Eso es lo que pienso hacer —aseguró.

—Hazlo —dijo la voz—. Me vas a dejar en paz a partir de ahora. Deja ya de inmiscuirte en mi...

Apagó el móvil. Era más difícil apagar la voz. Resonaba como un eco en su cabeza, drogada, furiosa y repulsiva. Sabía que tenía que estar en algún sitio, en algún cuchitril con alguno que a lo mejor se llamaba Eddi y que era mucho mayor que ella. Intentó no pensar demasiado en la vida que podía llevar. Tantas veces había hecho todo lo que había podido para ayudarla. No sabía qué más podía hacer. Se sentía perdido ante aquella yonqui que era su hija. En otros tiempos habría intentado localizarla. Habría echado a correr hasta encontrarla. En otros tiempos había creído que cuando ella le decía «déjame en paz», lo que quería decir realmente era «ven y ayúdame». Ya no. Ya no quería seguir así. Quería decirle: esto se ha acabado. Búscate la vida.

Se había ido a vivir a su casa la Navidad pasada. Empezó a drogarse otra vez después de una breve pausa cuando tuvo el aborto, y pasó un tiempo en el hospital. Enseguida, en fin de año, notó en ella una extraña inquietud, y Eva desapareció por un tiempo más o menos largo. Iba tras ella y se la llevaba a casa, pero a la mañana siguiente volvía a desaparecer. Así siguieron las cosas hasta que dejó de perseguirla, dejó de actuar como si lo que él pudiera hacer tuviera la menor importancia. Era su vida. Si su hija decidía vivir así, era asunto suyo. Él no podía hacer nada más. Llevaba dos meses sin saber nada de ella cuando Sigurdur Óli recibió el martillazo en el hombro.

Estaba delante del almacén mirando las ruinas de una vida que existió mucho tiempo atrás. Pensó en el hombre del Falcon. En la mujer que seguía esperándole. Pensó en sus hijos. Miró el sol poniente y pensó en su hermano desaparecido. ¿Qué habría pensado en medio de la ventisca?

¿En el frío que hacía?

¿En cómo le gustaría volver a casa, al calor?

A la mañana siguiente, Erlendur volvió a casa de la mujer que echaba de menos al hombre del Falcon. Era sábado y no tenía que ir a trabajar. La avisó con antelación de su visita, y, cuando llegó, ella ya le tenía preparado café, aunque él insistió en que no se molestara. Se sentaron en el salón de la casa como la vez anterior. Se llamaba Ásta.

—Naturalmente, vosotros trabajáis todos los fines de semana —dijo la mujer, que le explicó que trabajaba en la cocina del Hospital Nacional, en Fossvogur.

—Sí, hay mucho que hacer —dijo él, procurando no darle una respuesta demasiado precisa.

Ese fin de semana habría podido tomárselo libre. Pero el asunto del Falcon le había despertado el interés y experimentaba una necesidad extrañamente acuciante de llegar hasta el fondo. No sabía por qué. Quizá por la mujer que estaba sentada delante de él y que había trabajado durante toda su vida por un escaso salario, y que seguía viviendo sola, y que en su gesto cansado venía a decir que la vida había pasado de largo sin detenerse en su casa. Seguramente aún pensaba que el hombre al que amó volvería con ella, como por un milagro, y le daría un beso y hablaría de su día en el trabajo y le preguntaría cómo estaba.

—El otro día que vinimos, dijiste que creías que no había ninguna otra mujer —comenzó con prudencia.

Había estado dudando antes de ir a su casa. No quería dañar los recuerdos que tuviera de aquel hombre. No quería destruir nada de lo que tenía. Había visto demasiadas veces ya esa destrucción. Cuando llegaban a la casa de un delincuente y la mujer se quedaba mirándoles sin poder dar crédito a sus propios ojos. Los niños detrás de ella. Todo desmoronándose a su alrededor. ¡Mi marido! ¡¿Vendedor de droga?! ¡¡Tenéis que estar locos!!

—¿Por qué lo preguntas? —dijo la mujer, sentada en el sillón—. ¿Sabéis más que yo, a lo mejor? ¿Habéis descubierto algo? ¿Habéis descubierto algo nuevo?

—No, nada —respondió Erlendur, haciendo una mueca al percibir la ansiedad en la voz de la mujer.

Le habló de su visita a Haraldur, y que había encontrado el Falcon, que aún existía y que estaba en un garaje en Kópavogur. También le dijo que había ido a la granja abandonada, cerca de Mosfellsbær. Pero la desaparición de su novio seguía siendo un misterio tan grande como antes.

—Dijiste que no tenías fotos de él ni de vosotros dos juntos —dijo Erlendur.

—Así es —corroboró Ásta—. Hacía poco que nos conocíamos.

—¿Nunca apareció ninguna foto suya en la televisión o en los periódicos cuando anunciasteis su desaparición?

—No, pero la descripción era muy exacta. Pensaban usar la foto del carné de conducir que había en los archivos. Dijeron que siempre guardaban una foto de los permisos, pero no la encontraron. Como si no la hubiera entregado o como si se les

hubiera perdido.

—¿Viste alguna vez su carné de conducir?

—¿El carné de conducir? No, no que yo recuerde. Pero ¿por qué preguntaste por otra mujer?

La pregunta se pronunció con un tono más duro, más insistente. Erlendur volvió a dudar antes de abrir la puerta a lo que para ella sería seguramente un auténtico infierno. Quizás había ido demasiado deprisa. Había toda una serie de cosas que merecían un escrutinio más detallado. Quizá debía esperar.

—Pues, por ejemplo, hay hombres que han abandonado a sus mujeres sin despedirse y han comenzado una nueva vida —dijo.

—¿Una nueva vida? —repitió ella como si aquella idea le resultara total y absolutamente incomprensible.

—Sí —dijo Erlendur—. Incluso aquí, en Islandia. La gente se imagina que todos conocen a todos, pero las cosas distan mucho de ser así. Hay muchas aldeas y pueblos a los que va muy poca gente, excepto quizás en verano, e incluso ni siquiera entonces. En los viejos tiempos estaban aún más aislados que ahora, algunos de ellos estaban casi totalmente incomunicados. Las comunicaciones eran muy malas entonces. No existía la carretera de circunvalación de la isla.

—No te comprendo —dijo ella—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Sólo quería saber si habías llegado a plantearte esa posibilidad.

—¿Qué posibilidad?

—Que se montara en un autobús y se fuera a su casa.

La miró mientras la mujer intentaba comprender lo incomprensible.

—¿De qué estás hablando? —suspiró—. ¿A casa? ¿A qué casa? ¿Qué quieres decir?

Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Que pese a todos los años que habían transcurrido desde que aquel hombre desapareció de su vida, la herida aún no estaba cerrada, estaba aún fresca y abierta. Pensó que ojalá no hubiera ido tan lejos. No hubiese tenido que ir a verla tan pronto. Sin disponer de nada más que sus propias especulaciones y un coche vacío delante de la estación de autobuses.

—No es más que una de tantas conjeturas —dijo para intentar suavizar lo antes posible sus palabras—. Seguramente, Islandia es demasiado pequeña y vive demasiada poca gente para algo semejante —prosiguió, hablando atropelladamente—. No es más que una idea carente de cualquier base.

Erlendur le había dado muchas vueltas a qué habría podido suceder si el hombre no se hubiera suicidado. No pudo conciliar el sueño desde el momento en que la idea de otra mujer comenzó a echar raíces en su cerebro. Inicialmente, la conjetura era de lo más simple: durante sus viajes por el país, el vendedor conocía gente de todo origen y condición: campesinos, empleados de hotel, aldeanos, pescadores, mujeres. Era posible que se hubiera echado una novia en cualquier lugar en uno de esos viajes y que con el tiempo hubiese llegado a preferirla a la mujer de Reikiavik, pero no tuvo

coraje para decírselo.

Cuantas más vueltas le daba, más se iba inclinando a pensar que el hombre tuvo que tener algún motivo más fuerte para desaparecer, si no era cosa de otra mujer, y empezó a pensar en una idea que se le ocurrió mientras observaba la desolada granja de Mossfell, que le había recordado su propia casa al este del país.

Su casa.

Habían discutido sobre el tema en el despacho. ¿Y si lo miraban al revés? ¿Y si la mujer que estaba sentada delante de él había sido la novia de Leopold en la capital, y él tenía una familia en otra parte del país? ¿Y si había decidido poner fin al lío en que se había metido y optó por marcharse a su casa?

Explicó someramente aquellas ideas a la mujer y vio cómo poco a poco se le iba ensombreciendo el semblante.

—No se había metido en ningún lío —dijo ella—. Eso que dices es una estupidez. ¿Pero cómo se te puede ocurrir una cosa así? Hablar así de mi compañero.

—Su nombre no es muy habitual —dijo Erlendur—. En todo el país hay poquísimos hombres con ese nombre. Leopold. Tú no tenías su número de identidad, lo que en tiempos se llamaba número personal. Tenías poquísimos objetos personales suyos.

Erlendur calló. Recordó que Níels no le había dicho a Ásta que existían datos que apuntaban a que Leopold no era su verdadero nombre. Que la había engañado y que dijo ser quien no era. Níels no le había hablado de sus sospechas, porque la mujer le daba lástima. Ahora comprendía Erlendur a qué se refería.

—Quizá no utilizaba su nombre auténtico —dijo—. ¿Lo has pensado alguna vez? No estaba en ninguno de los registros públicos con ese nombre. No apareció en ningún documento.

—Alguien de la policía me llamó —explicó la mujer, enfadada—. Más tarde. Mucho más tarde. Se llamaba Briem o algo por el estilo. Me habló de esas ocurrencias vuestras, de que a lo mejor Leopold no era quien decía ser. Añadió que yo tenía que haberlo sabido enseguida, pero que la cosa se había ido posponiendo. Conozco esas ocurrencias vuestras y son absurdas. Leopold nunca utilizaría un nombre falso. Nunca.

Erlendur calló.

—¿Intentas decirme que existe una posibilidad de que tuviera una familia lejos de aquí y que volvió con ella? ¿Que yo no era más que su amiguita en la ciudad? ¿Qué clase de memez es esa?

—¿Qué sabes de ese hombre? —preguntó Erlendur—. ¿Qué sabes realmente de él? ¿Mucho?

—No hables así —dijo Ásta—. ¡Te ruego que no me vengas con semejante imbecilidad! Te puedes guardar esas ideas para ti solo. Yo no tengo el menor interés en oírlas.

Ásta calló y clavó los ojos en él.

—Yo no... —comenzó Erlendur, pero ella le interrumpió.

—¿Dices que sigue vivo? ¿Eso es lo que intentas decirme? ¿Que sigue vivo? ¿Que tiene una casa en algún sitio?

—No —dijo Erlendur—. No digo eso. Sólo quiero contemplar contigo esa posibilidad. Todo lo que he dicho son meras conjeturas. No tiene por qué contener ni una pizca de verdad. Sólo quería saber si algo en su forma de comportarse contigo podía dar motivo para pensar que pueda haber algo de cierto en eso. Es lo único. No estoy afirmando nada, porque no sé nada.

—Eso no son más que estupideces —dijo ella—. Como si sólo hubiera estado jugando conmigo. ¡Tener que oír estas cosas!

Mientras Erlendur intentaba convencerla, un extraño pensamiento se le pasó por la cabeza. Hasta entonces, después de lo que había dicho y que ya no podía retirar, la mujer se sentía mucho más reconfortada sabiendo que su compañero estaba muerto. Encontrarlo con vida seguramente le produciría un dolor infinito. Miró a la mujer y fue como si ella hubiera tenido casi la misma idea.

—Leopold está muerto —dijo—. No intentes decirme otra cosa. No intentes pensar otra cosa. Para mí, está muerto. Hace muchos años. Hace una vida entera.

Callaron.

—Pero ¿qué sabes de ese hombre? —repitió Erlendur tras una pausa—. ¿Qué sabes realmente?

Ella le miró como si quisiera decirle que lo dejara de una vez y se fuera.

—¿Estás diciendo en serio que tenía otro nombre y que no utilizaba el suyo verdadero? —preguntó Ásta.

—Nada de lo que digo tiene por qué haber sucedido así —repitió Erlendur—. Desgraciadamente, lo más probable es que se suicidara, por un motivo u otro.

—¿Qué sabe nadie sobre la gente? —dijo ella de repente—. Él era callado y no hablaba mucho de sí mismo. Algunos no hacen más que hablar de sí mismos. No sé si eso es mucho mejor. Me decía cosas hermosas que nadie me había dicho nunca. Yo no crecí en una familia de esas. De esas en las que se dicen cosas bonitas.

—¿Nunca has querido empezar de nuevo? Encontrar otro hombre. Casarte. Tener una familia.

—Había cumplido los treinta cuando nos conocimos. Estaba segura de que me iba a quedar para vestir santos. Que se me acababa el tiempo. Nunca fue esa mi intención, pero las cosas sucedieron así, por el motivo que fuese. Y entonces apareció un hombre de cierta edad. Yo estaba sola, en un apartamento vacío. Él llegó... y lo cambió todo. Y aunque fuera hombre de pocas palabras y pasara mucho tiempo alejado de mí, eso no quitaba que siguiera siendo mi compañero.

Miró a Erlendur.

—Estuvimos juntos y después de su desaparición esperé varios años y seguramente le sigo esperando. ¿Cuándo se deja de esperar? ¿Hay alguna norma que lo establezca?

—No —contestó Erlendur—. No hay ninguna norma.

—No creo —dijo Ásta.

Y Erlendur se sintió dolorosamente compadecido de ella al ver que se iba a echar a llorar.

Un día llegó un mensaje de la embajada estadounidense en Reikiavik al despacho de Sigurdur Óli. Decía que la embajada disponía de información que podría resultar de utilidad a la policía en el caso del esqueleto hallado en Kleifarvatn. Sigurdur Óli recibió el mensaje literalmente sobre su mesa cuando un chófer oficial lo depositó allí con su mano enguantada y dijo que tenía que esperar contestación. Por mediación de Omar, el antiguo subsecretario del ministerio, se había puesto en contacto con Robert Christie, en Washington, quien prometió prestarle su ayuda en cuanto supo de qué se trataba. El tal Robert, o Bob, se mostró interesado en el caso, tal como había dicho Omar, y le anunció que muy pronto recibirían noticias de la embajada.

Sigurdur Óli miró al chófer de los negros guantes de cuero. Llevaba traje de chaqueta negro y una gorra con galones dorados; con aquel atuendo parecía un espantajo. Sigurdur leyó el mensaje y asintió con la cabeza. Dijo al conductor que acudiría a la embajada a las dos, acompañado de una mujer policía llamada Elínborg. El chófer sonrió y Sigurdur Óli pensó que iba a llevarse la mano a la gorra y saludar al estilo militar, pero no sucedió así.

Elínborg se topó con el chófer en la puerta del despacho de Sigurdur, y casi chocó con él. El conductor pidió disculpas y ella se lo quedó mirando mientras se alejaba por el pasillo.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—La embajada americana —dijo Sigurdur Óli.

Se presentaron en la embajada a las dos en punto. Delante del edificio había dos vigilantes de seguridad islandeses. Les explicaron por qué estaban allí. Las puertas se abrieron y les invitaron a pasar. Otros dos vigilantes de seguridad, norteamericanos ahora, les recibieron nada más entrar. Elínborg pensó que les cachearían en busca de armas, cuando un hombre apareció en el vestíbulo y les dio los buenos días. Les estrechó la mano, dijo llamarse Christopher Melville y les invitó a seguirle. Les felicitó por llegar *right on time*. Hablaron en inglés.

Sigurdur Óli y Elínborg le siguieron hasta el segundo piso, entraron por un pasillo y se detuvieron ante una puerta, que Melville abrió. En la puerta había una placa: «Jefe de seguridad». En la estancia les esperaba un hombre de unos sesenta años, con el pelo rapado a estilo militar aunque vestía de civil. Se presentó como jefe de seguridad y dijo llamarse Patrick Quinn. Melville desapareció y los dos policías se sentaron con Quinn en un pequeño tresillo que había en su espacioso despacho. Dijo que había hablado con la Dirección General de Defensa, y que naturalmente ayudarían a la policía islandesa si estaba dentro de sus posibilidades. Intercambiaron unas cuantas palabras sobre el tiempo y si el verano era bueno o malo en Reikiavik.

Quinn dijo que llevaba en la embajada desde la visita de Richard Nixon a Islandia en 1973, cuando el presidente norteamericano se reunió con el mandatario francés, Georges Pompidou en el Museo Kjarvalsstadir. Dijo que se encontraba muy a gusto

en Islandia, pese a la oscuridad y el frío del invierno. En esa estación del año procuraba irse de vacaciones a Florida, dijo con una sonrisa... «Claro que soy de Dakota del Norte y estoy habituado a inviernos como estos. Pero echo de menos veranos un poco más cálidos.» Sigurdur Óli le sonrió. Pensó que ya bastaba de charla insustancial, aunque le hubiera encantado contarle a Quinn que había estudiado tres años en Estados Unidos, criminalística, y que le encantaban el país y su gente.

—Usted estudió en Estados Unidos, ¿verdad? —dijo Quinn, mirándole y sonriendo—. Criminalística. ¿No estuvo allí tres años?

El rostro de Sigurdur Óli se iluminó con una amplia sonrisa.

—Tengo entendido que le gusta mucho el país —añadió Quinn—. No nos sobran amigos en estos últimos tiempos tan complicados.

—¿Tienen... tienen un fichero sobre mí aquí? —preguntó Sigurdur Óli, con incredulidad y curiosidad.

—¿Un fichero? —repitió Quinn, riendo—. Llamé a Bára, de la Fundación Fullbright.

—Ah, Bára, ya, comprendo —dijo Sigurdur Óli, que conocía muy bien a la gerente de la fundación.

—Fue con una beca, ¿no?

—Exacto —dijo Sigurdur Óli con cierta incomodidad—. Por un momento pensé que...

Sacudió la cabeza por la tontería que se le había ocurrido.

—No, pero aquí tengo también el fichero de la CIA sobre usted —dijo Quinn, cogiendo una carpeta de la mesa.

La sonrisa se congeló en el rostro de Sigurdur Óli. Quinn agitó una carpeta vacía y se echó a reír.

—Vaya, qué tenso se ha puesto —le dijo a Elínborg, que estaba sentada, sonriente, al lado de Sigurdur, y preguntó:

—¿Quién es Bob?

—Robert Christie ocupó el puesto que ostento yo ahora en la embajada —dijo Quinn—. Pero nuestro trabajo es completamente distinto. Él fue jefe de seguridad de la embajada durante la guerra fría. Yo me ocupo de las cuestiones de seguridad en un mundo completamente transformado, en el que el terrorismo es el principal temor de Estados Unidos y, en realidad, como se ha demostrado, del mundo entero.

Miró a Sigurdur Óli, que aún estaba calmándose después de la broma.

—Perdone —le dijo—. No pretendía asustarle demasiado.

—No, de ningún modo —dijo Sigurdur Óli—. Una simple broma. No hace daño a nadie.

—Bob y yo somos estupendos amigos —continuó Quinn—. Él me pidió que les ayudara con ese esqueleto que han encontrado en, ¿cómo lo llaman, Klífarvan?

—Kléi-var-vajtn —corrigió Elínborg.

—Eso es —dijo Quinn—. No tienen ninguna desaparición que pueda explicar la

aparición de esos huesos. ¿Me equivoco?

—Nada parece coincidir con el hombre hallado en Kleifarvatn.

—Solamente dos de las cuarenta y cuatro desapariciones de los últimos cincuenta años se han investigado como casos criminales —dijo Sigurdur Óli—. Esta posee algunas características que nos obligan a investigarla más exhaustivamente.

—Sí —dijo Quinn—, tengo entendido también que apareció atado a un aparato receptor de fabricación rusa. Estaríamos encantados de investigar ese aparato para ustedes. Si tienen algún problema sobre la marca y la fecha y la posible utilización, no lo duden, recurran a nosotros.

—Creo que la Policía Científica está colaborando con Telecom —dijo Sigurdur Óli con una sonrisa—. Quizás ellos se pongan en contacto con ustedes.

—Pero, como queda dicho, es una desaparición, y no tiene por qué tratarse de un islandés —dijo Quinn poniéndose unas gafas de lectura. Cogió de la mesa una carpeta negra y hojeó los papeles—. Como quizá sepan, en los viejos tiempos se realizaba una estrecha vigilancia del personal de las embajadas. Los comunistas nos vigilaban a nosotros, nosotros vigilábamos a los comunistas. Así eran las cosas, y a nadie le parecían raras ni anómalas.

—Quizá sigan haciéndolo ustedes ahora —dijo Sigurdur Óli.

—Eso no es cuestión que les interese a ustedes —dijo Quinn, que dejó de sonreír—. Revisamos los archivos que tenemos en la embajada. Bob se acordaba. En su momento a todos les pareció algo misterioso, pero nunca se llegó a saber lo que había pasado. Lo que sucedió, según nuestros informes, y he hablado bastante con Bob al respecto, es que un agregado de la embajada alemana Oriental vino a este país en cierto momento pero nunca pudimos comprobar que hubiera vuelto a marcharse.

Los dos le miraron sin acabar de comprender.

—Quizá quieran que se lo repita —dijo Quinn—. Un funcionario de la embajada de Alemania Oriental entró en el país pero no volvió a salir. De acuerdo con nuestros datos, que son bastante precisos, o bien sigue en este país, trabajando en algo sin relación alguna con una embajada, o le mataron, ocultaron el cadáver o lo enviaron a algún sitio.

—¿De modo que ustedes le perdieron la pista en este país? —dijo Elínborg.

—Es el único caso de estas características del que tenemos noticia —dijo Quinn—. Bueno, aquí en Islandia —añadió—. El hombre en cuestión era un espía de Alemania Oriental. Sabíamos que lo era. Ninguna de nuestras embajadas en otras partes del mundo informó de su presencia después de que llegara a Islandia. Se envió un aviso especial para localizarlo. No apareció por ningún lado. Pusimos especial énfasis en averiguar si había vuelto a Alemania Oriental. Fue como si la tierra se lo hubiera tragado. La tierra islandesa.

Elínborg y Sigurdur Óli reflexionaron sobre lo que acababan de oír.

—¿No pudo haberse pasado al enemigo, es decir, a ustedes, a los ingleses o a los franceses? —preguntó Sigurdur Óli, intentando traer a la memoria los libros y las

películas de espías que había visto y leído—. ¿Y que eso le hizo pasar a la clandestinidad? —añadió, no muy seguro de lo que estaba diciendo.

No era demasiado aficionado a las historias de espionaje.

—Imposible —dijo Quinn—. Lo habríamos sabido.

—¿Y si utilizó un nombre falso para salir del país? —preguntó Elínborg, que se movía tan a oscuras como Sigurdur Óli.

—Los conocemos a casi todos —dijo Quinn—. Y llevábamos a cabo una buena vigilancia de las embajadas en lo referente a estos temas. Estamos seguros de que ese hombre no salió del país.

—¿Y si lo hizo por algún medio que no tuvieran ustedes en cuenta? —preguntó Sigurdur Óli—. En barco, por ejemplo.

—Es una posibilidad que consideramos también —dijo Quinn—. Y sin entrar en demasiados detalles sobre nuestra forma de trabajar entonces y ahora, puedo asegurarles que ese individuo nunca regresó a ningún lugar de Alemania Oriental, ni tampoco a la Unión Soviética ni a ningún otro país de Europa Oriental ni Occidental. Simplemente desapareció.

—¿Qué creen que pudo pasar? ¿O qué creyeron entonces?

—Que lo mataron y lo enterraron en el jardín de la embajada —dijo Quinn sin parpadear—. Que asesinaron a su propio espía. O, como se ha visto ahora, que lo hundieron en Kleifarvatn atado a uno de sus aparatos de escucha. No sé por qué. Está absolutamente claro que no trabajaba para nosotros, para ninguno de los países de la OTAN. No era un agente doble. Y si lo fue, era tan secreto que no lo sabía nadie, casi ni él mismo.

Quinn hojeó los documentos y les dijo que el hombre en cuestión había llegado por primera vez al país a principios de los años sesenta y que había trabajado varios meses en la embajada. Luego se marchó en el otoño de 1962 pero regresó por un tiempo muy breve dos años después. A continuación vivió en Noruega, en Alemania Oriental, pasó un invierno en Moscú y, finalmente, estuvo trabajando en la embajada de la RDA en Argentina, con carácter de agregado comercial, «como casi todos», dijo Quinn con una sonrisa. «También nuestros hombres». Pasó un breve tiempo en la embajada de Reikiavik en 1967 y luego volvió a Alemania, y de allí a Moscú. Volvió a Islandia el año 1968, en primavera. En otoño había desaparecido.

—¿El otoño de 1968? —dijo Elínborg.

—Es entonces cuando comprobamos que ya no seguía en la embajada. Investigamos por ciertas vías y resultó que no se le encontraba por ningún sitio. Desde luego, los alemanes orientales no tenían en Reikiavik una embajada propiamente dicha, sino lo que se llama una delegación comercial, pero ese es un detalle menor.

—¿Qué saben ustedes de ese hombre? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Tenía amigos en Islandia? ¿O enemigos en su país? ¿Cometió algún error que ustedes conozcan?

—No; como ya les he dicho, desconocemos ese tipo de detalles. Y naturalmente

no lo sabemos todo. Tenemos ciertas sospechas de que algo le sucedió en Islandia en 1968. No sabemos de qué se trata. También pudo haber dejado el servicio diplomático y haber desaparecido voluntariamente. Sabía perfectamente cómo hacerlo, cómo desaparecer entre la multitud. Pueden ustedes interpretar estos datos como les parezca. Esto es todo lo que sabemos. —Vaciló un instante—. A lo mejor se nos escapó —dijo—. A lo mejor, todo tiene una explicación de lo más natural. Esto es lo que tenemos. Ahora tendrán que decirme ustedes una cosa. Lo preguntó Bob. ¿Cómo le mataron? Al hombre del lago, me refiero.

Elínborg y Sigurdur Óli se miraron.

—Le golpearon en la cabeza y le produjeron un agujero en el cráneo, justo en la sien —dijo Sigurdur Óli.

—¿Le golpearon en la cabeza? —preguntó Quinn.

—También habría podido caerse, pero tendría que haber sido desde mucha altura —explicó Elínborg.

—¿De modo que no fue una simple ejecución, un disparo en la nuca?

—¿Una ejecución? —dijo Elínborg—. Esto es Islandia. La última ejecución que se hizo en este país fue con hacha.

—Sí, naturalmente —dijo Quinn—. No estoy diciendo que fuera un islandés quien lo matara.

—¿Les dice algo a ustedes que muriera de esa forma? —preguntó Sigurdur Óli—. Si el hombre encontrado en Kleifarvatn es el espía en cuestión.

—No, nada —dijo Quinn—. El hombre era espía y ese trabajo suele acarrear ciertos riesgos.

Se puso en pie. Elínborg y Sigurdur Óli se dieron cuenta de que la conversación había terminado.

Quinn dejó la carpeta sobre la mesa y se quedó en silencio. Sigurdur Óli miró a Elínborg.

—Le quedamos muy agradecidos —dijo Sigurdur—. Sólo esperamos no haberle causado demasiadas molestias. Ha sido un encuentro muy agradable.

Intentó pensar en alguna expresión de agradecimiento, pero no supo qué más decir.

—¿No tendrán algún fichero sobre mí en la embajada? —dijo Elínborg, alegremente, cuando se pusieron en pie.

—Lo siento, ni de él ni de usted —dijo Quinn, mirando de reojo a Sigurdur Óli y sonriendo.

Dieron las gracias otra vez y salieron al pasillo. Christopher Melville apareció por la escalera y se acercó a ellos. Iba a acompañarles.

—Sólo una cosa más —dijo Quinn.

—¿Qué? —preguntó Sigurdur Óli.

—Es uno de esos pequeños detalles que se olvidan a veces.

—Lo más importante son los pequeños detalles —dijo Sigurdur Óli con gran

empaque, pues para algo había estudiado en Estados Unidos.

—No, sólo es que pensé que quizá les gustaría saber cómo se llamaba el espía desaparecido —dijo Quinn con tranquilidad.

—¿Cómo se llamaba? —dijo Sigurdur Óli—. Pensaba que ya nos lo había dicho.

—Sí, bueno, no, creo que aún no se lo había dicho.

Quinn esbozó una brevísima sonrisa.

—¿Y cómo se llamaba?

—Se llamaba Lothar —dijo Quinn.

—Lothar —repitió Elínborg.

—Sí —continuó Quinn, echando un vistazo a los papeles que tenían en la mano—. Se llamaba Lothar Weiser y había nacido en Bonn. Y lo mejor de todo es que hablaba islandés como un nativo, al parecer.

Más tarde, ese mismo día, solicitaron una reunión en la embajada alemana. Les informaron de qué se trataba, a fin de que los funcionarios tuvieran tiempo suficiente para recopilar la información sobre Lothar Weiser. La reunión se fijó para la semana siguiente. Los dos policías explicaron a Erlendur lo que les había contado Patrick Quinn, y discutieron la posibilidad de que el hombre del lago fuera un espía de Alemania Oriental. Compartían la idea de que había una serie de datos que podían apuntar en esa dirección, sobre todo la radio rusa y el lugar. Estaban de acuerdo igualmente en que aquel crimen tenía algo que sonaba a extranjero. En aquel caso había algo que no habían visto nunca, o casi nunca, con anterioridad. Era horrible, ciertamente, aunque todos los asesinatos eran horribles. Pero lo decisivo era que parecía estar planificado y realizado con profesionalidad, como también el hecho de que se hubiera podido mantener oculto durante tantos años. Los crímenes islandeses no solían realizarse de ese modo. Eran más bien producto de la casualidad, más torpes, más chapuceros, y los culpables dejaban, casi sin excepción, montones de pruebas.

—A menos que simplemente se cayera de cabeza el pobre hombre —dijo Elínborg.

—Nadie se cae de cabeza atado a un equipo de espionaje y se hunde en Kleifarvatn —dijo Erlendur.

—¿Avanzan tus pesquisas sobre el Falcon? —preguntó Elínborg.

—En absoluto —dijo Erlendur—; me he dedicado a fastidiar a la mujer del tal Leopold, que no entiende nada de lo que le digo.

Erlendur les había hablado de los hermanos de Mosfell y de su teoría a medio hilvanar de que el hombre del Falcon podría incluso seguir con vida, o viviendo en cualquier otro lugar del país. Ya habían discutido el asunto, y habían pensado que esa posibilidad era tan poco probable como creía la compañera del individuo, no tenían muchos datos que apoyaran semejante posibilidad. Era una idea demasiado rebuscada para Islandia, según dijo Sigurdur Óli. Elínborg se mostró de acuerdo con él. Quizás en una ciudad con millones de habitantes.

—Pero resulta extraño que el buen hombre no aparezca en ningún registro —dijo Sigurdur Óli.

—Esa es la cuestión —dijo Erlendur—. Leopold, porque sabemos que se llamaba así, es un hombre bastante misterioso. Níels, que estuvo a cargo del caso en su momento, nunca investigó a fondo los antecedentes, no encontró datos. El caso no se investigó como un homicidio.

—Como sucede con la inmensa mayoría de las desapariciones en este país —le interrumpió Elínborg.

—Hay poquísimos hombres con ese nombre, ahora o en esa época, y es posible rastrearlos a todos. Su mujer dijo que había vivido mucho en el extranjero. Incluso

puede ser que hubiera nacido fuera de Islandia. No se sabe.

—¿Y por qué crees que se llamaba realmente Leopold? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿No es un nombre un tanto raro para un islandés?

—Al menos ese era el nombre que utilizaba —dijo Erlendur—. Es perfectamente posible que utilizara otro nombre en algún otro sitio. En realidad, es más que probable. No sabemos nada de él, excepto que aparece de repente como vendedor de maquinaria agrícola y de construcción, y como novio de una mujer que de una u otra forma acaba convirtiéndose en la principal víctima de todo el asunto. Ella sabe poquísimo sobre él, pero le sigue llorando. No tenemos historial. No hay inscripción de nacimiento del hombre en cuestión. Nada sobre su escolarización. Sólo sabemos que viajaba mucho, que vivió en el extranjero y que quizá nació en el extranjero. Pasó tanto tiempo en el extranjero que hablaba con un levísimo acento.

—Si no se quitó la vida —dijo Elínborg—, me parece que esa teoría tuya sobre la otra vida de Leopold no se basa en otra cosa que en tu propia fantasía.

—Lo sé —admitió Erlendur—. Todos los indicios apuntan a que se suicidó y que no hay más misterio.

—Me parece cruel por tu parte que vayas a ver a la pobre mujer con esas tonterías —dijo Elínborg—. Ahora pensará que sigue vivo.

—Es lo que ha pensado ella durante todo este tiempo —aseguró Erlendur—. En su fuero interno. Que simplemente la abandonó.

Callaron. El día llegaba a su fin. Elínborg miró el reloj. Estaba probando una nueva salsa para marinar pechugas de pollo. Sigurdur Óli había prometido llevar a Bergthóra a Thingvellir. Pensaban pasar una noche de verano allí, alojándose en el hotel. El tiempo era de lo mejor que se podía esperar en junio: templado, soleado y lleno de aromas vegetales.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Sigurdur Óli a Erlendur.

—Nada —fue la respuesta.

—A lo mejor te apetece venirte a Thingvellir con Bergthóra y conmigo —le propuso Sigurdur Óli, aunque no había duda de la respuesta que esperaba.

Erlendur sonrió. Su preocupación por él conseguía ponerle nervioso. A veces, como ahora, no era más que una deferencia cortés.

—Espero una visita —respondió.

—¿Qué tal anda Eva Lind? —preguntó Sigurdur Óli, frotándose el hombro.

—No he sabido mucho de ella —dijo Erlendur—. Sólo sé que terminó el tratamiento, pero desde entonces no he sabido mucho más.

—¿Qué decías de Leopold? —les interrumpió Elínborg—. ¿Que hablaba con acento? ¿Eso es lo que dijiste?

—Sí —respondió Erlendur—. La novia me dijo que hablaba con un poco de acento extranjero. ¿Qué estás pensando?

—Lothar hablaba seguramente con acento —dijo Sigurdur Óli.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Erlendur.

—No, nada, el tipo de la embajada americana dijo que el alemán aquel, Lothar, hablaba islandés con total fluidez. Pero algo de acento debía de tener.

—Naturalmente, ese es un detalle que no debemos olvidar —dijo Erlendur.

—¿Que Leopold y Lothar fueran la misma persona? —preguntó Elínborg.

—Sí —dijo Erlendur—. Pienso que no es imposible tomarlo como punto de partida. Al menos, ambos desaparecieron en el mismo año, 1968.

—¿Que Lothar se hizo llamar Leopold? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Para qué?

—No lo sé —dijo Erlendur—. No tengo idea de qué podía ser. Ni la menor idea. Callaron.

—Pero también está la radio rusa —apostilló Erlendur.

—¿Y? —dijo Elínborg.

—El último encargo de Leopold fue en la granja de Haraldur. ¿De dónde habría podido sacar Haraldur un aparato ruso de escucha para hundirlo en Kleifarvatn? Se podría entender, quizá, si Lothar hubiese estado metido en todo este embrollo, si hubiese sido un espía y hubiese sucedido algo que hizo que acabaran tirándole al lago. Pero la de Haraldur y Leopold es otra historia.

—Haraldur niega terminantemente que el vendedor fuera a la granja —informó Sigurdur Óli—. Se llamara Leopold o Lothar.

—Esa es precisamente la cuestión —dijo Erlendur.

—¿Cuál? —preguntó Elínborg.

—Creo que miente.

Erlendur fue a tres videoclubs hasta que encontró el western y se fue con él a visitar a Marion Briem. En cierta ocasión, oyó a Marion decir que aquella película era una de sus favoritas, porque trataba de un hombre que estaba solo frente a un peligro inminente, cuando la sociedad en la que vivía le volvió la espalda, incluyendo a sus mejores amigos.

Llamó a la puerta pero nadie respondió. Marion le esperaba, porque Erlendur la había llamado con antelación, de modo que empujó la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entró. No tenía intención de quedarse mucho rato, sólo el suficiente para dejar la cinta. Esperaba que Valgerdur fuera a su casa esa noche. Se había ido a vivir con su hermana.

—¿Ya estás aquí? —dijo Marion, que se había adormilado en el sofá—. Te oí llamar. No me quito el cansancio de encima. En realidad me he pasado el día durmiendo. ¿Te importa acercarme un poco la bombona?

Erlendur puso la bombona de oxígeno al lado del sofá y de repente, al ver a Marion mover la mano para coger el oxígeno, le vino a la memoria el viejo recuerdo de un fallecimiento solitario y absurdo.

Habían llamado a la policía desde un inmueble en el barrio de Thingholt. Erlendur fue con Marion. Sólo llevaba unos pocos meses en la Policía Criminal.

Alguien había muerto en su casa y la muerte se consideraba accidental. Una mujer gruesa, anciana, estaba sentada en una butaca delante del televisor. Llevaba dos semanas muerta. El hedor que llenaba la vivienda era tal que Erlendur casi vomitó. Un vecino había detectado el olor. Hacía tiempo que no veía a la mujer, y los últimos días había notado que el débil sonido del televisor llegaba hasta él, al otro lado de la pared, durante las veinticuatro horas del día. La mujer había muerto asfixiada. En la mesa, al lado de la anciana, había un plato con cecina y nabos cocidos. El cuchillo y el tenedor estaban en el suelo, al lado de la silla. Se le había atascado un gran trozo de carne en la garganta. No había podido levantarse del hondo sillón. Su cara tenía un color azul oscuro. Resultó que no tenía parientes que se ocuparan de ella. Nadie iba nunca a verla. Nadie la echó de menos.

—Todos tenemos que morir —dijo Marion, mirando el cadáver—, pero yo no quiero morir así.

—Pobre mujer —comentó Erlendur, tapándose la nariz y la boca.

—Sí, pobre mujer —dijo Marion—. ¿Es por esto por lo que entraste en la policía? ¿Para ver cosas como esta?

—No —respondió Erlendur.

—¿Y por qué, entonces? —preguntó Marion—. ¿Por qué te metiste en esto?

—Siéntate —oyó a través de sus pensamientos que le decía Marion—. No te quedes ahí de pie como un pasmarote.

Erlendur volvió en sí y se sentó enfrente de Marion.

—No hace falta que vengas a verme, Erlendur.

—Ya lo sé —dijo este—. Te he traído otra película. Esta es de Gary Cooper.

—¿La has visto tú? —preguntó Marion.

—Sí —respondió Erlendur—. Hace mucho tiempo.

—¿Por qué estás tan abatido, qué estabas pensando? —preguntó Marion.

—«Todos tenemos que morir, pero yo no quiero morir así» —dijo Erlendur.

—Sí —afirmó Marion tras un breve silencio—. La recuerdo. La vieja del sillón. Y ahora me miras a mí y piensas lo mismo.

Erlendur se encogió de hombros.

—Nunca me respondiste —dijo Marion—. Y sigues sin responderme.

—No sé por qué entré en la policía —respondió Erlendur—. Era un trabajo. Un apacible trabajo de oficina.

—No, había algo más —dijo Marion—. Alguna otra cosa, además de un apacible trabajo de oficina.

—¿No tienes a nadie? —preguntó Erlendur, intentando cambiar de tema. No sabía cómo expresarlo—. ¿A nadie que pueda ocuparse de ti cuando... cuando esto acabe?

—No —dijo Marion.

—¿Qué quieres que se haga? —preguntó Erlendur—. ¿No tendríamos que hablar de eso? De esas cosas prácticas. Seguramente ya lo habrás dispuesto todo, si te

conozco bien.

—¿Que estás impaciente porque llegue la hora? —dijo Marion.

—Nunca me apetece que llegue ninguna hora —aseguró Erlendur.

—He hablado con un abogado, uno joven, que se ocupará de mis asuntos; gracias por mencionarlo. Quizá tú puedas ocuparte de las cosas prácticas. De la incineración.

—¿Incineración?

—No quiero pudrirme en una caja bajo tierra —dijo Marion—. Que me quemen. Sin ceremonia. Sin complicaciones.

—¿Y las cenizas?

—Sabrás de lo que trata en realidad la película esa de Gary Cooper —dijo Marion, que obviamente quería evitar darle una respuesta—. Va de la caza de brujas en Estados Unidos durante los años cincuenta. Llegan a la ciudad unos hombres para atacar a Cooper, y sus amigos le vuelven la espalda, y al final se queda solo y sin defensa. *Solo ante el peligro*. Los mejores westerns son mucho más que simples westerns.

—Sí, una vez me lo dijiste.

Era ya tarde, aunque aún no había empezado a oscurecer. Erlendur miró por la ventana. No quería oscurecer. Siempre la echaba de menos en verano. Echaba de menos la oscuridad. A pesar de la fría oscuridad de las noches de pleno invierno.

—¿A qué se debe esta afición tuya a las películas del Oeste? —preguntó Erlendur.

No podía dejar de hacerle aquella pregunta. Nunca había tenido la menor idea de aquel interés suyo por los westerns. En realidad, no sabía mucho de Marion, y cuando se puso a pensar en ello, allí sentado en el salón, recordó que sólo en rarísimas ocasiones había hablado con Marion de temas personales.

—El paisaje —dijo Marion—. Los caballos. Los espacios abiertos.

El silencio se extendió sobre el salón. Erlendur tuvo la sensación de que Marion daba cabezadas.

—La última vez que estuve aquí mencioné a Leopold, el dueño del Ford Falcon, que desapareció en la estación de autobuses —dijo Erlendur—. No me dijiste que habías llamado a su compañera para decirle que en los registros no había nadie con ese nombre.

—¿Tiene alguna importancia para el caso? Si lo recuerdo bien, el tonto de Níels no quiso decírselo. Yo nunca había oído una gilipollez semejante.

—¿Qué dijo cuando se enteró?

Marion dejó que su mente volara hacia atrás en el tiempo. Erlendur sabía que su memoria estaba intacta a pesar de su avanzada edad y de las diversas enfermedades que la afectaban.

—Naturalmente, no saltó de alegría. Níels llevaba el caso y no quería que yo husmeara demasiado.

—¿Le diste esperanzas de que su compañero podía estar vivo?

—No —contestó Marion—. Eso habría sido absurdo. Totalmente absurdo. Espero

que no andes con ocurrencias de ese estilo.

—No —dijo Erlendur—. En absoluto.

—¡Y no se las digas a ella!

—No —respondió Erlendur—. Eso sería absurdo.

Nada más llegar a casa, Erlendur recibió una llamada de Eva Lind. Había pasado un momento por el despacho y luego había comprado algo para comer. Acababa de poner un plato preparado en el micro-ondas. Empezó a pitar justo cuando sonó el teléfono. Esta vez, Eva parecía mucho más tranquila. No quiso decirle dónde estaba, pero le contó que en la clínica había conocido a un hombre y que de momento vivía en su casa. Le dijo que no tenía por qué preocuparse. Había visto a Sindri en un café del centro. Estaba buscando trabajo.

—¿Piensa quedarse a vivir en Reikiavik? —preguntó Erlendur.

—Sí, quiere volver a la capital. ¿Te molesta?

—¿Que se venga a vivir aquí?

—Que lo veas más a partir de ahora.

—Cómo quieres que me moleste. Me parece bien que piense volver a la capital. No siempre debes pensar lo peor de mí, Eva. ¿Qué clase de hombre es ese con el que vives?

—Nadie —dijo Eva Lind—. Y no siempre pienso lo peor de ti.

—¿Os drogáis juntos?

—¿Que si nos drogamos?

—Ya me entiendes, Eva. Es tu manera de hablar. No te estoy reprochando nada. Ya no me apetece seguir haciéndolo. Puedes hacer lo que quieras, pero no me mientas. No quiero que mientas.

—Yo no... ¿Qué sabes tú de mi forma de hablar? Siempre tienes que...

Le colgó.

Valgerdur no apareció, pese a que así lo habían acordado. Llamó justo cuando Erlendur estaba colgando el auricular, y dijo que se había retrasado en el trabajo y que se iba a casa de su hermana.

—¿Algo va mal? —preguntó él.

—Sí —respondió ella—. Ya hablaremos.

Entró en la cocina y sacó la comida del microondas, albóndigas con salsa de carne y puré de patata. Pensó sin querer en Eva y Valgerdur, y también en Elínborg. Tiró el plato a la basura sin ni siquiera abrirlo, y encendió un cigarrillo.

El teléfono sonó por tercera vez esa noche. Lo observó un rato esperando que el timbre dejara de sonar y pudiera seguir tranquilo, pero al ver que no sucedía tal cosa, respondió. Era un funcionario de la Policía Científica.

—Sobre el Falcon —dijo el técnico.

—Ah, ¿qué pasa con el Falcon? ¿Encontraste algo?

—Sólo polvo, arena y un poco de tierra —informó el funcionario—. Lo analizamos todo y encontramos sustancias que podían proceder de excrementos de vaca o algo por el estilo, de un establo o una vaqueriza. No había sangre por ningún sitio.

—¿Excrementos de vaca?

—Sí; naturalmente, hay toda una variedad de arena y tierra, como en todos los coches, pero también excrementos de vaca. ¿No vivía en Reikiavik ese hombre?

—Sí —dijo Erlendur—, pero viajaba mucho por el país.

—No se puede sacar más, ya lo sabes —dijo el técnico—. Han pasado por él muchos años y muchos dueños.

—Gracias —dijo Erlendur.

Se despidieron, y una idea se encendió en la mente de Erlendur. Miró el reloj. Ya eran casi las once. Nadie está durmiendo a esta hora, pensó, aunque con bastantes dudas. En verano, nadie. Pero siguió dudando. Finalmente se decidió.

—Diga —respondió Ásta, la que fue compañera de Leopold.

Erlendur carraspeó. Notó al momento que la mujer no estaba acostumbrada a recibir llamadas telefónicas a aquellas horas de la noche. Aunque fuera verano. Se presentó y ella preguntó extrañada qué quería a esas horas, por qué no podía esperar al día siguiente.

—Claro que puede esperar —dijo Erlendur—, pero acabo de enterarme de que había excrementos de vaca en el suelo del coche. Hice tomar muestras. ¿Cuando desapareció tu compañero, cuánto tiempo hacía que habías comprado el coche?

—No mucho, apenas unas semanas. Creía que te lo había dicho.

—¿Fue con él alguna vez al campo?

—¿Al campo?

La mujer pensó un momento.

—No —respondió entonces—, no creo. Hacía muy poco tiempo que lo tenía. También recuerdo que no le apetecía nada meterlo en la carretera, en esa época eran malísimas. De momento sólo pensaba usarlo dentro de la ciudad.

—Otra cosa más —dijo Erlendur—, y perdona que te moleste tan tarde, es sólo que el caso... sé que el coche estaba a tu nombre. ¿Recuerdas cómo lo pagasteis? ¿Pidió Leopold un préstamo? ¿O lo pagaste tú? ¿Él tenía dinero? ¿Recuerdas algo de eso?

Se produjo otro silencio en el teléfono mientras la mujer volvía a desaparecer en el pasado e intentaba recordar algo que casi nadie grababa en su memoria.

—Yo no lo pagué —respondió por fin—. De eso me acuerdo. Creo que él tenía casi todo lo que costaba. Había estado ahorrando mientras estuvo embarcado. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Por qué llamas a estas horas, tan tarde? ¿Ha pasado algo?

—¿Sabes por qué quiso poner el coche a tu nombre?

—No.

—¿No te pareció extraño?

—¿Extraño?

—Que no matriculase el coche a su nombre. Es lo que solía hacerse. Los hombres se encargaban de comprar los coches y los matriculaban a su nombre. Creo que las excepciones debieron de ser muy escasas.

—No tengo ni idea —aseguró Ásta.

—Habría podido hacerlo para ocultar sus huellas —dijo Erlendur—. Si hubiera matriculado el coche a su nombre, habría tenido que mostrar una serie de documentos personales y quizá no quería descubrirse.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—No se estaba escondiendo —dijo la mujer.

—No, quizá no —comentó Erlendur—. Pero a lo mejor tenía otro nombre, además de Leopold. ¿No quieres saber quién era? ¿Quién era realmente?

—Sé perfectamente quién era —afirmó la mujer, y Erlendur oyó que se había echado a llorar.

—Naturalmente —dijo Erlendur—. Perdona la molestia. No me fijé en la hora que era. Te informaré si averiguo algo.

—Sé perfectamente quién era —repitió la mujer.

—Naturalmente —dijo Erlendur—. Claro que lo sabes.

El excremento de vaca no dio mucho de sí. El coche había tenido varios propietarios antes de venderlo al desguace, y cualquiera de ellos pudo haber pisado una boñiga de vaca y haber dejado restos dentro del coche. Treinta años atrás, Reikiavik todavía era un pueblo, no era necesario atravesar los límites de la ciudad para encontrar vacas. Erlendur recordaba bien las ovejas que escapaban de los rediles y llegaban casi hasta el mismo centro antes de que nadie se diera cuenta. Por entonces era un novato de la policía de tráfico y uno de los que se dedicaban a recogerlas.

De todos modos podía ser que Haraldur, que seguía igual de cabreado en la residencia, quejándose de todo y de todos, finalmente acabara por soltar alguna cosa. Su humor no había mejorado lo más mínimo desde la última vez que Erlendur había estado en su cuarto. Cuando Erlendur llegó, Haraldur estaba devorando el almuerzo, unas gachas claras y una blanda salchicha de hígado, mientras la dentadura postiza seguía guardada en la mesita de noche. Erlendur intentó no desviar la mirada hacia el lugar donde estaban los dientes. Ya era bastante ingrato para él tener que oír cómo sorbía las gachas y cómo caían por un lado de la boca. Haraldur masticaba sin dientes las gachas y la salchicha que se comía con ellas.

—Sabemos que el hombre del Falcon fue a vuestra granja —dijo Erlendur cuando Haraldur dejó de sorber y se limpió la boca.

Al igual que la primera vez, torció el gesto nada más ver a Erlendur y le dijo que se largara, pero Erlendur se limitó a sonreír, entró y se sentó.

—¿Es que no puedes dejarme en paz? —se había quejado Haraldur, mirando las gachas con gula.

No quería empezar a comer con Erlendur allí delante.

—Cómete tus gachas —había dicho Erlendur—. Ya me espero.

Haraldur le miró con cara de pocos amigos, pero enseguida cedió. Erlendur apartó los ojos cuando se sacó la dentadura.

—¿Qué pruebas tenéis de eso? —preguntó Haraldur—. No podéis tener ninguna prueba, porque aquel hombre no vino jamás a nuestra casa. ¿No existe ninguna ley contra este acoso permanente? ¿Es que tenéis permiso para molestar a la gente a cualquier hora?

—Ahora sabemos que fue a veros —dijo Erlendur.

—Bah. Una gilipollez como un castillo. ¿Cómo crees que podéis saberlo?

—Hemos examinado su coche más a fondo —aseguró Erlendur. En realidad, no tenía nada, pero le pareció que podría sacar algún provecho si acosaba un poco al anciano haciéndole creer lo contrario—. En su momento no se practicó un examen suficientemente minucioso del vehículo. Pero desde entonces la investigación con medios científicos ha experimentado una auténtica revolución.

Intentaba utilizar palabras que dieran impresión de poder. Al igual que la otra vez, Haraldur inclinó la cabeza y se quedó mirando al suelo.

—De este modo hemos obtenido nuevas pistas —continuó Erlendur—. En su momento, la desaparición no se investigó como un caso criminal. Las desapariciones no suelen investigarse como casos criminales porque en este país que desaparezcan personas no se considera algo demasiado excepcional. Tal vez sea por el clima. Tal vez por la apatía islandesa. Tal vez porque no nos importa tener un índice de suicidios tan tremendamente alto.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo —repuso Haraldur.

—Se llamaba Leopold. ¿Recuerdas eso? Era vendedor y habías quedado con él para la compra de un tractor, lo único que quedaba por hacer era que él se pasara por tu casa ese mismo día. Y creo que lo hizo.

—Uno ha de tener algún derecho —protestó Haraldur—. No puedes colarte donde te apetece, así, sin más.

—Creo que Leopold fue a vuestra casa —repitió Erlendur, sin responder a las palabras de Haraldur.

—Memeces.

—Fue a veros a ti y a tu hermano y pasó algo. No sé lo que fue. Vio algo que no debía ver. Empezasteis a discutir con él por algo que dijo. Quizás era demasiado insistente. Quería concluir la venta ese mismo día.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —repitió Haraldur—. Nunca vino a nuestra casa. Dijo que vendría pero luego no apareció.

—¿Cuánto tiempo de vida crees que te puede quedar? —preguntó Erlendur.

—El demonio lo sabrá. Y si tú tuvieras alguna prueba, ya me lo habrías dicho. Pero no tienes ninguna. Y no tienes ninguna porque ese tío nunca vino a nuestra casa.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó? —insistió Erlendur—. No te puede quedar mucho tiempo. Te sentirás mejor si lo haces. Aunque hubiera ido a vuestra granja, eso no quiere decir necesariamente que lo matarais vosotros. No es eso lo que te estoy diciendo. Puede haberse marchado otra vez, y desaparecer después.

Haraldur levantó la cabeza y se le quedó mirando fijamente desde debajo de sus espesas cejas.

—¡Lárgate de aquí! —exclamó—. No quiero volver a verte nunca más.

—Tu hermano y tú teníais vacas, ¿no?

—¡Lárgate!

—Fui a echar un vistazo por allí y vi el establo y el montón de estiércol que había detrás. Me dijiste que tenía diez vacas.

—¿Y eso qué? —dijo Haraldur—. Éramos campesinos. ¿Piensas meterme en chirona por eso?

Erlendur se puso en pie. Dejó que Haraldur se pusiera todo lo nervioso que quisiera, aunque era consciente de que no debía hacerlo. Habría tenido que salir de allí y continuar la investigación, en vez de ponerlo tan nervioso y excitado. Haraldur no era más que un anciano gruñón y antipático. Pero Erlendur no se dejó dominar por esas ideas.

—Encontramos mierda de vaca en el coche —dijo—. Por eso me acordé de tus vacas. *Skjalda y Huppa*, o como las llamaras. No creo que la mierda la dejaran en el coche los zapatos de Leopold. Aunque naturalmente existe la posibilidad de que alguna otra persona metiera los excrementos allí. Alguien que viviera en la granja a la que fue. Alguien que se peleó con él. Alguien que le atacó y luego se metió en el coche con las botas llenas de mierda y, después, llevó el coche hasta la estación de autobuses.

—Déjame en paz. No sé nada de boñigas de vaca.

—¿Estás seguro?

—Sí, ahora lárgate. Déjame en paz.

Erlendur miró a Haraldur.

—Mi teoría sólo tiene un fallo —continuó.

—Bah —refunfuñó Haraldur.

—La estación de autobuses.

—¿Y qué pasa con ella?

—Hay dos cosas que no encajan.

—No tengo ningún interés en tus pesquisas. Sal ya de mi habitación.

—Es un plan demasiado inteligente.

—Bah.

—Y tú eres demasiado estúpido.

La empresa en la que trabajaba Leopold cuando desapareció todavía existía, aunque ya no era sino uno de los tres departamentos de que constaba una gran empresa de importación de automóviles. El antiguo propietario se había jubilado varios años atrás. Su hijo dijo a Erlendur que había estado bregando para mantener a flote la empresa pero que no había forma de salvarla y acabó vendiéndola cuando estaba a punto de quebrar. Su hijo seguía dedicado a las ventas, y llevaba el departamento de maquinaria agrícola de la empresa. Los cambios se habían producido hacía más de una década. Unos pocos de los antiguos empleados se habían quedado con él un tiempo, pero ninguno seguía ya en la empresa. Erlendur anotó el nombre del antiguo propietario y el del vendedor que había trabajado durante más tiempo en la vieja empresa, y que había coincidido en el tiempo con Leopold.

Cuando llegó a su despacho, Erlendur consultó la guía telefónica y llamó al vendedor. No hubo respuesta. Llamó al antiguo propietario. Tampoco.

Erlendur volvió a levantar el auricular. Miró por la ventana y contempló el verano en las calles de Reikiavik. No sabía por qué insistía tanto en investigar la historia del hombre del Falcon. Indudablemente, se había suicidado. No había prácticamente nada que apuntara a otra posibilidad, y, sin embargo, estaba dispuesto a llegar hasta el final. Tenía el teléfono en la mano, dispuesto a solicitar autorización para buscar su cuerpo en los terrenos de los dos hermanos, con ayuda de una cincuentena de policías

y bomberos, y con todas las consecuencias previsibles en los medios de comunicación.

Y quizás el vendedor era Lothar, el mismo tipo que posiblemente había ido a parar al fondo del lago Kleifarvatn. A lo mejor, los dos eran la misma persona.

Dejó el teléfono despacio. ¿Tan ansioso estaba por aclarar una desaparición que era incapaz de comprender? En el fondo sabía que lo más sensato que podía hacer era archivar el caso de Leopold, guardarlo en un cajón y dejarlo allí para que se pudriera como tantas otras desapariciones a las que no se había podido hallar una explicación sencilla.

Sonó el teléfono de la mesa de Erlendur, mientras él estaba enfrascado en sus cavilaciones. Era Patrick Quinn, de la embajada de Estados Unidos. Intercambiaron las habituales expresiones de cortesía hasta que el diplomático entró en materia.

—Proporcionamos a sus hombres la información que estábamos seguros de poder dar en ese momento —afirmó Quinn—. Ahora nos han autorizado a entrar en algunos detalles más.

—No son mis hombres, en realidad —dijo Erlendur pensando en Sigurdur Óli y Elínborg.

—*Yes, whatever* —dijo Quinn—. Tengo entendido que es usted quien está a cargo de la investigación del esqueleto de Kleifarvatn. Sus hombres no parecieron quedar muy convencidos de lo que les explicamos sobre la desaparición de Lothar Weiser. Teníamos informes de que había entrado en el país, pero no había vuelto a salir, pero tal como se los presentamos, los datos quizá resultaban, cómo diría yo, un tanto endebles. Me puse en contacto con el ministerio en Washington y me autorizaron a contarles algunas cosas más. Tenemos el nombre de un individuo, checo, que es posible que pueda confirmar lo referente a la desaparición de Weiser. Se llama Miroslav. Voy a ver lo que puedo hacer.

—Dígame otra cosa —pidió Erlendur—. ¿Tienen ustedes alguna fotografía de Lothar Weiser que pudieran prestarnos?

—No lo sé —respondió Quinn—. Daré orden de que lo comprueben. Podría tardar algún tiempo.

—Muchas gracias.

—Pero no se haga demasiadas ilusiones —dijo Quinn, y se despidieron.

Erlendur volvió a llamar al viejo vendedor y estaba ya a punto de colgar cuando este contestó. El hombre era duro de oído y pensó que Erlendur trabajaba en los servicios sociales y se quejó amargamente de la comida que le llevaban a casa todos los días. Dijo que siempre estaba fría.

—Y eso no es todo —continuó.

Erlendur se dio cuenta de que iba a soltarle una larga historia sobre el triste sino de los ancianos de Reikiavik.

—Soy de la policía —dijo Erlendur en voz alta y clara—. Quería preguntarte por un vendedor que trabajó contigo hace tiempo en la empresa de maquinaria agrícola.

Un día desapareció y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él.

—¿Te refieres a Leopold? —dijo el hombre—. ¿Y por qué preguntas ahora por él? ¿Le habéis encontrado?

—No —negó Erlendur—. Sigue sin aparecer. ¿Le recuerdas?

—Más o menos —dijo el hombre—. Seguramente mejor que a los demás, precisamente por lo que pasó. Porque desapareció. ¿No dejó en algún sitio un coche nuevécito?

—Delante de la estación de autobuses —respondió Erlendur—. ¿Qué clase de persona era?

—¿Cómo?

Erlendur se había puesto en pie. Repitió la pregunta, casi gritando al teléfono.

—Pues resulta un poco difícil de definir. Era un tipo bastante reservado y no hablaba mucho de sí mismo. Había estado navegando, aunque lo mismo nació en el extranjero. Por lo menos, hablaba con un poco de acento. Y además era de tez oscura, bueno, no era negro, pero tampoco era tan blanco como los islandeses. Un hombre de lo más simpático. Una pena, lo que ocurrió.

—Recorría el país en sus viajes de negocios —dijo Erlendur.

—Sí, sí, viajaba muchísimo, era lo que hacíamos todos. Íbamos a las granjas con nuestros folletos e intentábamos vender algo a los granjeros. Él era posiblemente el más hábil de todos. Llevaba aguardiente, entiendes, para romper el hielo. Es lo que hacíamos casi todos. Venía muy bien para los contratos.

—¿Teníais zonas específicas del país para cada uno, quiero decir, os repartíais el país entre vosotros?

—No, en realidad, no. Naturalmente, los granjeros más ricos están en las regiones del sur y del norte, e intentábamos repartírnoslas. Pero la maldita cooperativa de los demonios los tenía a todos bien sujetos.

—¿Iba Leopold a alguna región concreta con preferencia sobre otras? ¿Había alguna zona a la que viajara con especial frecuencia?

Se produjo un silencio en el teléfono y Erlendur imaginó que el viejo vendedor estaría intentando recuperar en su memoria unos detalles sobre Leopold que tenía olvidados desde hacía muchos años.

—Pues, ahora que lo dices —respondió, finalmente—, Leopold iba bastante por los fiordos del este, por la parte sur de los fiordos del este. Se puede decir que esa era su región favorita. También al oeste, por toda la región del oeste, incluyendo los fiordos del noroeste. Y también al suroeste, a Reykjanes. En realidad iba a todos lados.

—¿Vendía mucho?

—No, en realidad no. A veces estaba de viaje semanas enteras, incluso un mes, sin sacar nada en limpio. Pero tendrías que hablar con el viejo Benedikt. El dueño. Quizás él sepa algo más. Leopold no estuvo mucho tiempo con nosotros, y recuerdo que hubo cierto lío en el momento de admitirlo.

—¿Cierto lío en el momento de admitirlo?

—Me parece que hubo que echar a alguien. Benedikt se empeñó en meterlo en la empresa, aunque no estaba nada contento con él. Nunca llegué a comprenderlo. Será mejor que hables con él. Habla con Benedikt.

Sigurdur Óli apagó la televisión. Estaba en casa, y había estado viendo los resúmenes de la liga islandesa de fútbol, que retransmitían por la noche. Bergthóra había ido a su reunión de amigas. Al coger el teléfono, pensó que sería ella quien llamaba. Pero no era ella.

—Perdona que esté siempre llamándote —dijo la voz al teléfono.

Sigurdur Óli vaciló un instante antes de colgar. El teléfono empezó a sonar otra vez, inmediatamente. Sigurdur clavó los ojos en él.

—Maldita sea —masculló, cogiendo el auricular.

—No me cuelgues —dijo el hombre—. Sólo quería hablar contigo un momento. Creo que contigo puedo hablar. Desde que viniste a mi casa aquel día con la noticia.

—Yo... en serio, no soy tu psicólogo. Estás yendo demasiado lejos. Quiero que lo olvides de una vez. No hay nada que yo pueda hacer por ti. Fue una horrible coincidencia, nada más. Tienes que hacerte a la idea. Intenta comprenderlo. Y adiós.

—Sé que fue una coincidencia —dijo el hombre—. Pero fui yo quien dio pie a que se produjera.

—Nadie da pie a que se produzcan las coincidencias —comentó Sigurdur Óli—. Por eso son coincidencias. Empiezan en cuanto nacemos.

—Si yo no la hubiera hecho retrasarse, habrían vuelto vivas a casa.

—Eso es completamente absurdo. Y lo sabes. No puedes culparte a ti mismo. No puedes hacer eso. No es posible culparse por algo así.

—¿Por qué no? Las coincidencias no brotan de la nada. Son consecuencia de las condiciones que creamos nosotros mismos. Como yo ese día.

—Eso es tan absurdo que me niego a discutirlo siquiera.

—¿Por qué?

—Porque si dejamos que las coincidencias guíen nuestra vida, ¿cómo vamos a poder responsabilizarnos de nada? Tú mujer fue a la tienda a esa hora, tú no tienes la menos responsabilidad en ello. ¿Fue acaso un suicidio? ¡No! Fue un imbécil borracho, en un todoterreno. Nada más.

—Yo preparé la coincidencia al telefonarla.

—Podemos seguir hablando hasta el infinito si sigues por ahí —protestó Sigurdur Óli—. ¿Hacemos una excursión fuera de la ciudad? ¿Vamos al cine? ¿Nos vemos en un café? ¿Quién se atrevería a proponer esas cosas, por si acaso sucede algo? Es absurdo.

—Esa es la cuestión.

—¿Cuál?

—¿Qué podemos hacer?

Sigurdur Óli oyó a Bergthóra entrar por la puerta.

—Tengo que terminar con esto de una vez —dijo—. Es una estupidez.

—Sí, yo también —afirmó el hombre—. Tengo que terminar con esto.

Y colgó.

Seguía con atención los informativos sobre el hallazgo del esqueleto en la radio, la televisión y los diarios, e iba comprobando cómo las noticias eran menos importantes cuanto más tiempo pasaba, hasta que llegó un momento en que el asunto ya casi no se mencionaba. De vez en cuando se emitía un breve comunicado en el que se indicaba que no había novedades en la investigación, y se señalaba como fuente a un tal Sigurdur Óli, de la Policía Criminal. Él sabía que no significaba nada que no hubiera noticias sobre el esqueleto. La investigación debía de seguir en marcha y contaba con que en algún momento llamaría alguien a su puerta. A lo mejor era ese tal Sigurdur Óli. A lo mejor nunca descubrirían lo que había sucedido. Sonrió. No estaba ya seguro de si era eso lo que deseaba. Llevaba demasiado tiempo cargando con ello. En ocasiones tenía la sensación de carecer de existencia, de carecer de cualquier vida que no fuera la que vivía en el miedo al pasado.

Ya había sentido algunas veces una necesidad apremiante, una necesidad casi irresistible, de contar lo que sucedió, dar un paso adelante y decir la verdad. Siempre conseguía refrenarse. Volvía a calmarse y con el tiempo desaparecía aquella necesidad, sustituida por una especie de insensibilidad hacia lo sucedido. No se arrepentía de nada. No hubiera querido que las cosas hubieran seguido un camino diferente.

Siempre que pensaba en el pasado veía claramente el rostro de Ilona la primera vez que la vio. Cuando se sentó a su lado en la cocina y él le explicó el poema de Jónas Hallgrímsson y ella le besó. Cuando estaba solo con sus propios pensamientos y desaparecía en el mundo de todo lo que había amado, casi podía sentir de nuevo aquel dulce beso en sus labios.

Se sentó en la silla al lado de la ventana y recordó el día en que su mundo se vino abajo.

El verano siguiente no regresó a Islandia, sino que estuvo trabajando un tiempo en una mina de carbón y luego viajando por Alemania Oriental en compañía de Ilona. Habían hecho planes para viajar a Hungría, pero él no consiguió un permiso de viaje. Tenía claro que cada vez sería más difícil conseguir permiso para quien no fuera ciudadano del país al que pretendía ir. Oyó también decir que se estaban limitando mucho los viajes a Alemania Occidental.

Viajaron en tren y en autocar, pero sobre todo fueron a pie, disfrutando de estar los dos solos de viaje. A veces dormían al aire libre. Otras veces en pequeños hostales, escuelas o estaciones de ferrocarril o de autobús. Ocasionalmente podían pasar varios días en granjas que se encontraban en el camino. Donde más tiempo se quedaron fue en la granja de un ganadero de ovejas que se quedó maravillado de que un islandés llamara a su puerta, e hizo pregunta tras pregunta sobre el lejano país

boreal y especialmente sobre el Snæfellsjökull; resultó que había leído la novela de Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*. Estuvieron dos semanas en su casa y se lo pasaron estupendamente trabajando en la granja. Aprendieron bastantes cosas sobre ganadería y se despidieron de él y su familia con la mochila repleta de comida y buenos deseos.

Ilona le habló de su casa en Budapest y de sus padres, médicos los dos. Les había hablado de él en las cartas que les escribía. ¿Qué planes tenéis?, le había preguntado su madre en una carta. Era hija única, Ilona le pidió que no se preocupara, pero no sirvió de mucho. ¿Pensáis casaros? ¿Qué pasará con los estudios? ¿Qué pasará con el futuro?

Eran preguntas que ellos mismos se habían hecho ya, juntos o por separado, pero que no les parecían apremiantes. Lo único que importaba eran ellos dos en el presente. El futuro era un terreno inexplorado, lleno de misterios, y lo único que sabían con certeza era que se dirigían juntos hacia él.

A veces, por las noches, ella le hablaba de sus amigos, y le aseguraba que le recibirían con los brazos abiertos, y que se pasaban larguísima ratos en cafés y tabernas hablando de los cambios imprescindibles, que ya se vislumbraban en el horizonte. Él la miraba y la veía encenderse de pasión cuando hablaba de una Hungría libre. Hablaba, como si fuera una especie de visión onírica, inalcanzable y lejana, de una libertad que él conocía y de la que había gozado toda su vida. Ilona y sus amigos solamente esperaban lo que él había tenido siempre, y que le resultaba tan natural que nunca le había prestado especial atención. Le hablaba de sus amigos que habían sido detenidos y que habían pasado temporadas más o menos largas en prisión, y de personas que había oído que desaparecieron sin que nadie volviera a saber nada más de ellas. Él percibía el miedo en la voz de Ilona, pero también el entusiasmo de quien tiene una profunda convicción y lucha por ella sin pensar en el coste. Notaba en ella la tensión y la expectación que se crean cuando se vislumbran grandes acontecimientos.

Ese verano, durante las semanas que pasaron juntos viajando, Tomas pensó mucho y acabó por convencerse de que el socialismo tal como lo había conocido en Leipzig estaba construido sobre una mentira. Empezó a comprender mejor los sentimientos de Hannes. Al igual que Hannes, él había adquirido la conciencia de que la verdad no era única, simple y socialista, y que no existía una única verdad simple. Aquello complicaba enormemente su imagen del mundo, porque tuvo que enfrentarse a preguntas nuevas y exigentes. La primera y más importante era la relativa a cuál debía ser su forma de reaccionar. Había llegado a la misma situación que Hannes. ¿Debía continuar sus estudios en Leipzig? ¿Debía marcharse a Islandia sin tardanza? Las premisas que justificaban su estancia allí para estudiar habían cambiado. ¿Qué podría decirle a su familia? Desde su país le llegaron noticias de que Hannes, quien en tiempos había sido líder del movimiento juvenil, escribía en la prensa, asistía a reuniones y hablaba de su estancia en Alemania Oriental criticando a los comunistas.

Aquello produjo una considerable indignación y cólera en las filas de los socialistas islandeses y debilitó mucho su posición, sobre todo a la vista de lo que estaba sucediendo justo entonces en Hungría.

Sabía que seguía siguiendo socialista y que eso no cambiaría, pero el socialismo que había conocido en Leipzig no era lo que él quería.

¿E Ilona? Él no quería hacer nada sin ella. Todo lo que tuviera que hacer lo harían juntos.

Hablaron de todo eso durante los últimos días del viaje y llegaron a un acuerdo. Ella continuaría con sus estudios y su trabajo en Leipzig, asistiría a las reuniones clandestinas, pasaría información y seguiría el desarrollo del movimiento húngaro. Él continuaría con sus estudios como si no hubiera pasado nada. Recordaba el sermón que le soltó a Hannes, echándole en cara que estuviera abusando de la hospitalidad del Partido Comunista de la República Democrática Alemana. Ahora él iba a hacer exactamente lo mismo, y le resultaba difícil justificar su actitud.

Se sentía incómodo. Nunca se había encontrado en una tesitura semejante, su vida siempre había sido mucho más simple y mucho más segura. Pensó en sus amigos de Islandia. ¿Qué iba a decirles? Había perdido el norte en la vida. Todo aquello en lo que creía con tanta convicción le resultaba ahora nuevo y extraño. Sabía que siempre viviría de acuerdo con su ideario socialista de igualdad y reparto justo de la riqueza, pero el socialismo que había visto en la práctica en Alemania Oriental ya no era algo por lo que valiese la pena luchar o en lo que mereciese la pena creer. El cambio en su manera de pensar se había iniciado. Haría falta todavía cierto tiempo para comprenderlo del todo y definir el mundo de una forma nueva, y entretanto se abstendría de tomar cualquier decisión definitiva.

Cuando volvieron a Leipzig, Tomas dejó la vieja mansión y se mudó a la habitación de Ilona. Dormían juntos en su cama individual. En un primer momento, la anciana que alquilaba la habitación tuvo sus dudas. Hacía todo lo posible por guardar las apariencias de moralidad, pues era católica estricta, pero pronto cedió. Le contó que había perdido a su esposo y sus dos hijos en la batalla de Stalingrado. Le enseñó fotos de los tres. Se hicieron amigos. Él hacía cosillas en la casa, arreglaba los desperfectos, compraba utensilios de cocina y cosas de comer, y cocinaba. Sus amigos de la residencia de estudiantes pasaban a veces a visitarle, pero notó que poco a poco se iba alejando de ellos; también ellos le encontraban más distante y menos locuaz que antaño.

Emil, que era quien tenía más intimidad con él, se lo mencionó en una ocasión en que se sentó a su lado en la biblioteca.

—¿Algo va mal? —preguntó Emil, sorbiéndose los mocos.

Estaba resfriado. El otoño era duro y lluvioso, y hacía frío en la residencia de estudiantes.

—¿Mal? —respondió él—. No, todo va bien.

—No, es porque... —dijo Emil—, o sea... tenemos la sensación de que nos

rehúyes. ¿O son sólo imaginaciones?

Miró a Emil.

—Claro que son sólo imaginaciones —dijo él—. Lo único que pasa es que han cambiado muchas cosas en mi vida. Ilona y, bueno, ya sabes, muchas cosas ahora son distintas.

—Ya, lo sé —dijo Emil, preocupado—. Claro. Ilona y todo eso. ¿Sabes algo de esa chica?

—Lo sé todo de ella —respondió él, riendo—. No pasa nada malo, Emil. No te preocupes tanto.

—Lothar estuvo contando cosas de ella.

—¿Lothar? ¿Ha vuelto?

No les había contado a sus amigos lo que dijeron los camaradas de Ilona sobre Lothar Weiser y su papel en la expulsión de Hannes de la universidad. Lothar no estaba cuando él se reintegró ese otoño, y no le había visto ni había sabido nada de él hasta entonces. Había tomado la determinación de evitar a Lothar, de evitar todo lo que guardara relación con él, de evitar cualquier conversación con él o sobre él.

—Estuvo en la cocina con nosotros anteanoche —dijo Emil—. Trajo unas enormes chuletas de cerdo. Siempre tiene un montón de comida.

—¿Qué dijo de Ilona? ¿Por qué habló de Ilona?

Intentó disimular su excitación pero apenas lo consiguió. Miró nervioso a Emil.

—Nada, sólo que era húngara y que los húngaros eran un tanto falsos —dijo Emil—. Algo por el estilo. Todos hablan de lo que está pasando en Hungría pero nadie parece saber exactamente qué ocurre. ¿Te ha explicado algo Ilona? ¿De lo que está pasando en Hungría?

—No sé mucho —dijo él—. Lo único que sé es que la gente habla de cambios. ¿Qué dijo exactamente Lothar sobre Ilona? ¿Por qué lo dijo? ¿A qué se refería?

Emil se dio cuenta de su excitación e intentó recordar lo que había dicho Lothar.

—Dijo que no tenía ni idea de cómo catalogarla —dijo Emil, por fin, con cierta vacilación—. Tenía dudas de que fuera una auténtica socialista, y dijo que ejercía una influencia negativa sobre la gente a la que trataba. Que hablaba de la gente a sus espaldas. También de nosotros, que la conocíamos a ella y a ti. Dijo que hablaba mal de nosotros. Que él mismo la había oído.

—¿Y cómo puede decir semejante cosa? ¿Qué sabe él de Ilona? No se conocen de nada. Ella jamás ha hablado con él.

—No sé —dijo Emil—. Son sólo chismes. ¿O no?

Él calló, enfrascado en sus pensamientos.

—¿Tomas? —preguntó Emil—. ¿No son más que chismes?

—Claro que son meras habladurías —respondió él—. No conoce a Ilona en absoluto. Ella nunca ha hablado mal de vosotros. Eso es una mentira asquerosa. Lothar es...

Había estado a punto de contarle a Emil lo que había sabido de Lothar, cuando al

instante se dio cuenta de que no podía hacerlo. Se dio cuenta de que no podía confiar en Emil. En su amigo. No tenía ningún motivo para desconfiar de él, pero de repente su vida empezó a girar en torno a la duda de en quiénes podía confiar y en quiénes no. A quiénes podía abrir su corazón y con quiénes no podía hablar. No porque se tratara de gente de poco fiar, traicionera, dispuesta a revelar sus secretos, sino porque alguien podía hablar en algún momento con alguien, sin mayor preocupación, al igual que habló él sin preocupación alguna sobre Hannes. Eso valía para Emil, Hrafnhildur y Karl, sus amigos de la residencia de estudiantes. En su momento les había contado con todo detalle lo que sucedió en el sótano con los amigos de Ilona, y cómo se conocieron Ilona y Hannes, y todo resultaba de lo más emocionante e incluso arriesgado. Ya no podía seguir hablando así.

Debía tener especial cuidado con Lothar. Intentó comprender por qué habló Lothar de Ilona en aquellos términos delante de sus amigos. Intentó recordar si el alemán había hablado de Hannes alguna vez en esos mismos términos. No recordó nada. Quizá se trataba de un mensaje para Ilona y su gente. Sabían poquísimo de Lothar. No sabían para quién trabajaba exactamente. Ilona pensaba, porque así lo decían sus amigos, que trabajaba para la Policía Política. A lo mejor, esos eran sus métodos. Calumniar a alguien en un pequeño grupo y crear así animosidad contra esa persona.

—¿Tomas? —Emil intentaba llamar su atención—. ¿Qué pasa con Lothar?

—Perdona —dijo él—, estaba pensando.

—Ibas a decir algo sobre Lothar —afirmó Emil.

—No —repuso—, no era nada.

—¿Qué hay de Ilona y tú? —preguntó Emil.

—¿Qué pasa con nosotros? —dijo él.

—¿Pensáis seguir juntos? —preguntó Emil, indeciso.

—¿Qué quieres decir? Pues claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Ándate con cuidado —dijo Emil.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, desde que echaron a Hannes, no se sabe nunca lo que puede ocurrir.

Le contó a Ilona su conversación con Emil, intentando minimizarla al máximo. Al momento, ella puso cara de preocupación y le interrogó exhaustivamente sobre lo que había dicho Emil. Intentaron imaginar cuáles podían ser las intenciones de Lothar. No cabía duda de que estaba calumniándola ante los otros estudiantes, especialmente los que tenían más trato con ella, que eran los amigos de Tomas. ¿Era aquello el principio de algo más serio? ¿Era posible que Lothar la tuviera sometida a una vigilancia especial? ¿Era posible que estuviera informado de las reuniones? Decidieron no hacer nada durante las próximas semanas.

—Nos mandarán a casa, ya lo verás —dijo ella, intentando sonreír—. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Nos pasará lo mismo que a Hannes. Nunca llegarán las cosas más lejos.

—No —él confirmó su idea—, nunca llegarán las cosas más lejos.

—De todos modos, a mí podrían detenerme por actividades subversivas —dijo ella—. Por sedición anticomunista. Conspiración contra el Partido Socialista Unificado. Tienen palabras para esas cosas.

—¿No podrías parar? ¿Parar por un tiempo? ¿Ver cómo evolucionan las cosas? Ella le miró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. No voy a permitir que un idiota como Lothar me diga lo que tengo que hacer.

—¡Ilona!

—Digo lo que pienso —continuó ella—. Siempre. Se lo digo a todos los que quieren saber lo que está pasando en Hungría, y los cambios que quiere el pueblo. Siempre he hablado así. Tú lo sabes. No pienso dejar de hacerlo.

Ambos callaron, preocupados.

—¿Qué es lo peor que pueden hacer?

—A ti, mandarte a casa.

—Me mandarán a casa.

Se miraron.

—Tenemos que andarnos con cuidado —dijo él—. Tienes que andarte con cuidado. Prométemelo.

Pasaron semanas y meses. Ilona continuó como acostumbraba, aunque con más cautela que nunca. Él asistía a las clases, siempre preocupado por Ilona, y una y otra vez le rogaba que fuera más precavida. Y un día se encontró a Lothar. No le había visto en mucho tiempo y, cuando pensaba en lo que había sucedido después, se daba cuenta de que aquella vez no fue pura casualidad. En aquel momento salía de clase. Había quedado con Ilona a la entrada de la iglesia de Santo Tomás, cuando Lothar apareció por una esquina y se dirigió directamente hacia él. Lothar sonrió y le saludó con cariño. Él no se dio por aludido e intentó seguir su camino, pero Lothar le cogió por el brazo.

—¿Ya no saludas? —le espetó.

Él se soltó y siguió adelante, y estaba ya en la escalera cuando sintió que le agarraban de nuevo por el brazo.

—Tenemos que hablar —dijo Lothar cuando él se dio la vuelta.

—No tenemos nada de qué hablar —repuso él.

Lothar volvió a sonreír, pero su sonrisa era falsa.

—Todo lo contrario —aseguró Lothar—. Tenemos que hablar de muchísimas cosas.

—Déjame en paz —dijo él, y siguió bajando por la escalera hasta la planta de la cafetería. No miró hacia atrás, esperando que Lothar le dejara tranquilo, pero su deseo no se vio satisfecho. Lothar le detuvo otra vez, observando a su alrededor. No quería llamar la atención.

—Pero qué pasa, tío —le dijo enfadado a Lothar—. No tengo nada que hablar

contigo. ¿Es que no me entiendes? ¡Déjame en paz!

Intentó librarse de él, pero Lothar le barró el camino.

—¿Qué pasa? —preguntó Lothar.

Él calló y le miró fijamente a los ojos.

—¿Eh? —dijo Lothar.

—Nada —contestó él—. Déjame en paz.

—Dime. ¿Por qué no quieres hablar conmigo? Creía que éramos amigos.

—No, no somos amigos —dijo él—. Hannes sí que era amigo mío.

—¿Hannes?

—Sí, Hannes.

—¿Y esto es por Hannes? —preguntó Lothar—. ¿Es por él por lo que te comportas así?

—Déjame en paz —exclamó él.

—¿Y qué tengo que ver yo con Hannes?

—Tú...

Calló nada más empezar. ¿Qué tenía que ver Lothar con Hannes? No había vuelto a ver a Lothar desde que expulsaron a Hannes. Después de aquello, Lothar desapareció de la faz de la tierra. Entretanto, oyó a Ilona y a sus amigos decir que Lothar era un sicario de la Stasi, un traidor y un chivato, un individuo que intentaba sonsacar a la gente para que le hablase de sus amigos, de lo que pensaban y decían. Lothar no podía tener ni la menor idea de si él sospechaba algo. Había estado casi a punto de contárselo todo, de contarle lo que había dicho Ilona de él. De pronto se le hizo como un nudo en la garganta, se dio cuenta de que si había algo que nunca podía hacer era poner a Lothar sobre aviso, darle a entender que sabía algo sobre él.

Se percataba de que aún tenía mucho que aprender para poder jugar al juego en que acababa de iniciarse, no sólo ante Lothar, sino también ante sus compatriotas y, en realidad, ante todos los que pudiera conocer, con excepción de Ilona.

—¿Yo qué? —preguntó Lothar con obstinación.

—Nada —dijo él.

—Hannes no tenía por qué seguir aquí —respondió Lothar—. No tenía ya nada que hacer aquí. Tú mismo lo dijiste. Me lo dijiste a mí. Viniste a verme y los dos hablamos sobre ello. Nos fuimos a una taberna y me contaste el desprecio que sentías por Hannes. Hannes y tú no erais amigos.

—No, es cierto —reconoció él, con mal sabor de boca—. No éramos amigos.

Sintió que tenía que decirlo. En realidad, no acababa de entender a quién protegía. Ya no sabía exactamente qué debía hacer. Por qué no decía lo que pensaba, sin rodeos, como había hecho siempre. Estaba jugando a ciegas a un juego del que prácticamente no comprendía nada en absoluto, e intentaba seguir adelante de una u otra forma, sumido en una ceguera total. Quizá no daba para más. Quizás era un cobarde. Pensó en Ilona. Ella sí que habría sabido responder a Lothar.

—Yo nunca dije que hubiera que expulsarle de la universidad —aseguró, sacando

fuerzas de flaqueza.

—Pues yo recuerdo que dijiste eso precisamente —dijo Lothar.

—No es cierto —repuso él, levantando la voz—. Eso es mentira.

Lothar sonrió.

—Tranquilo —dijo.

—Déjame en paz.

Iba a marcharse, pero Lothar no se lo permitió. Se puso más agresivo, le cogió más fuerte por el brazo, tiró de él hacia sí y le dijo en voz baja:

—Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar —repuso él, intentando soltarse, pero Lothar no le dejó ir.

—Tenemos que hablar un par de cosas sobre tu Ilona —dijo Lothar.

Notó cómo se le inflamaba el rostro. Se le relajaron los músculos y Lothar se dio cuenta. Notó cómo su mano se había quedado sin fuerzas por un instante.

—¿Pero qué dices? —exclamó él, fingiendo no estar afectado.

—Creo que no es buena compañía para ti —respondió Lothar—; y ahora te estoy hablando como tu mentor y camarada. Y perdona que me meta en este asunto.

—¿Pero qué dices? —repitió él—. ¿Que no es buena compañía? Creo que no es asunto tuyo si...

—No creo que ni tú ni yo seamos el tipo de persona con la que ella suele tratar —le interrumpió Lothar—. Me da miedo que te arrastre con ella y os hundáis los dos.

Él clavó los ojos en Lothar sin decir una palabra.

—¿Pero qué dices? —repitió por tercera vez, porque no sabía qué otra cosa decir.

No se le ocurría nada. Lo único en lo que era capaz de pensar era en Ilona.

—Sabemos que organiza reuniones —dijo Lothar—. Sabemos quiénes asisten a esas reuniones. Sabemos que tú has participado en ellas. Sabemos que se dedica a repartir panfletos.

Tomas no podía creer lo que estaba oyendo.

—Deja que te ayudemos —le pidió Lothar.

Tenía los ojos clavados en Lothar, que le miraba con gesto muy serio. Lothar había dejado de disimular. Su falsa sonrisa había desaparecido. Él no veía en su gesto más que una inflexible severidad.

—¿Quién? —dijo—. ¿Quiénes son esos «nosotros» de que hablas? ¿Qué estás diciendo?

—Ven conmigo —le ordenó Lothar—. Te voy a enseñar una cosa.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —respondió él—. ¡No tengo por qué ir contigo a ningún sitio!

—No lo lamentarás —dijo Lothar, sin cambiar el semblante—. Estoy intentando ayudarte. Intenta comprenderlo. Déjame que te enseñe algo. Así comprenderás mejor lo que te estoy diciendo.

—¿Y qué me vas a enseñar? —preguntó él.

—Ven —dijo Lothar, casi empujándole para que caminara delante de él—. Estoy intentando ayudarte. Confía en mí.

Pensó en resistirse, pero el miedo y la curiosidad le empujaron y se sometió. Si Lothar tenía que enseñarle algo, era mejor verlo en vez de darle la espalda. Salieron de la universidad en dirección al centro, atravesaron la plaza Karl Marx y siguieron por Barfussgässchen. Enseguida se dio cuenta de que se dirigían al edificio de la esquina de Dittrichring 24, donde sabía que tenía su sede la central de la Stasi en Leipzig. Refrenó el paso y se detuvo cuando vio que Lothar pretendía subir por la escalera de acceso al edificio.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó.

—Ven —dijo Lothar—. Tenemos que hablar contigo. No pongas las cosas más difíciles para ti.

—¿Más difíciles? ¡Yo no entro ahí!

—O entras ahora o irán a por ti —dijo Lothar—. Es mejor hacerlo ahora.

Él no se movió de donde estaba. Sentía un deseo casi irrefrenable de echar a correr. ¿Qué quería de él la Policía Política? No había hecho nada. Miró a su alrededor las calles que hacían esquina. ¿Alguien podría verle entrar?

—¿Qué quieres decir? —preguntó en voz baja.

En aquellos momentos sentía pánico.

—Ven —dijo Lothar mientras abría la puerta.

Subió vacilante los escalones y entró en el edificio con Lothar. Llegaron a un pequeño vestíbulo en el que había una escalera de piedra gris y macizas paredes de mármol rojizo. En lo alto de la escalera había, a mano izquierda, unas puertas que llevaban a las salas de recepción. Al momento notó el hedor a linóleo sucio, a paredes llenas de inmundicia, a tabaco, sudor y miedo. Lothar hizo una seña con la cabeza al hombre de la recepción y abrió una puerta que daba a un largo pasillo, en el que había a ambos lados puertas pintadas de verde. Hacia la mitad del pasillo había un hueco que daba a un pequeño despacho, y a su lado, una estrecha puerta metálica. Lothar entró en el despacho, donde había un hombre de mediana edad y aspecto cansino sentado a una mesa. Levantó la cabeza y la movió saludando a Lothar.

—¡Caramba, ya era hora! —exclamó el hombre a Lothar, sin prestarle a él ninguna atención.

El hombre fumaba unos cigarrillos gruesos y apestosos. Sus dedos estaban amarillentos y el cenicero rebosaba diminutas colillas.

Tenía un espeso bigote. El pelo que le caía sobre los labios estaba quemado por los cigarrillos. Su tez era oscura y las patillas habían empezado a encanecer. Abrió un cajón de su mesa, sacó una carpeta y la abrió. Contenía unas cuantas hojas mecanografiadas y varias fotografías en blanco y negro. El hombre cogió las fotos, las miró y luego las echó sobre la mesa.

—¿No eres tú este? —preguntó.

Tomas cogió las fotos. Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que había en

ellas. Estaban tomadas de noche y desde cierta distancia, y se veía a varias personas saliendo de un bloque de viviendas. Miró las fotos con más atención y de pronto vio a Ilona y a un hombre que había asistido a la reunión del sótano, a otra mujer que estuvo también allí, y a él mismo. Pasó las fotos. Algunas eran ampliaciones del rostro de las personas, del rostro de Ilona y del suyo propio.

El hombre del espeso bigote encendió otro cigarrillo y se arrellanó en su asiento. Lothar permanecía sentado en otra silla, en un rincón del despacho. En una de las paredes había un plano de Leipzig y una fotografía de Ulbricht. En otra había tres voluminosos archivadores metálicos.

Se volvió hacia Lothar, intentando reprimir el temblor de sus manos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eres tú quien tendría que contárnoslo —respondió Lothar.

—¿Quién sacó estas fotos?

—¿Crees que eso tiene la menor importancia? —dijo Lothar.

—¿Me estáis espiando?

Lothar y el hombre del bigote chamuscado se miraron, y Lothar se echó a reír.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó a Lothar—. ¿Por qué habéis sacado estas fotos?

—¿Sabes quiénes son esas personas? —preguntó Lothar.

—No les conozco —dijo, y no mentía—. Menos a Ilona, claro. ¿Por qué sacáis estas fotos?

—No, claro que no les conoces —aseguró Lothar—. Menos a la preciosa, preciosísima Ilona. A ella sí la conoces. La conoces mejor que nadie. La conoces incluso mejor que tu amigo Hannes.

No sabía adónde pretendía llegar Lothar. Miró al hombre del espeso bigote. Miró hacia el pasillo, pero sólo vio la puerta metálica. Había en ella un pequeño agujero con una tapa. Pensó si habría alguien allí dentro. Si tenían allí a alguien detenido. Sintió un violento deseo de escapar de allí a toda costa. Se sentía como un animal enjaulado que buscaba desesperadamente alguna vía de escape, fuera la que fuese.

—¿Queréis que deje de asistir a esas reuniones? —preguntó vacilante—. No hay problema. No he asistido a tantas.

Siguió con los ojos fijos en la puerta metálica. En ese mismo instante se sintió abrumado por el miedo. Ya había empezado a ceder terreno, ya había empezado a mostrarse dispuesto a corregirse, aunque no sabía exactamente qué era lo que había hecho, qué era lo que podía hacer para agradecerles. Haría lo que fuese para poder salir de aquel despacho.

—¿Dejar de asistir? —repitió el hombre del bigote—. Ni mucho menos. Nadie te pide que dejes de asistir. Todo lo contrario. Estaríamos encantados de que asistieses a más reuniones. Tienen que ser de lo más interesantes. ¿Cuál es su objetivo principal?

—Ninguno —respondió, notando lo difícil que le resultaba mostrar serenidad. Tenía que conseguir que le creyeran—. No hay ningún objetivo. Hablamos de cosas

de la universidad. De música. De libros. Cosas de esas.

El hombre del bigote sonrió. Seguramente percibía su miedo. Percibía su miedo con total claridad. Físicamente. Él nunca había sido un buen mentiroso.

—¿Qué es lo que dijiste de Hannes? —preguntó, indeciso, mirando a Lothar—. Eso de que yo conocía a Ilona mejor que Hannes. ¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabías? —dijo Lothar, fingiendo asombro—. Los dos fueron pareja, al igual que Ilona y tú ahora. Antes de que aparecieses tú. ¿Ella no te lo ha contado?

Él calló y clavó la mirada en Lothar.

—¿Por qué no te lo habrá dicho? —continuó Lothar, con el mismo tono artificial de asombro en la voz—. Le van un montón los islandeses. ¿Sabes lo que creo? Creo que es sólo porque Hannes no pudo ayudarla.

—¿Ayudarla?

—Ella quería casarse con alguno de vosotros para irse a vivir a Islandia —dijo Lothar—. Con Hannes no pudo ser. Quizá tú sí que podrías ayudarla. Hace tiempo que quiere marcharse de Hungría. ¿No te lo ha contado? Está loca por irse.

—Siéntate —ordenó el hombre de la barba, encendiendo un nuevo cigarrillo.

—No puedo seguir más tiempo aquí —dijo él, intentando sacar fuerzas de donde no las había—. Tengo que irme. Muchas gracias por contarme todas esas cosas. Lothar, hablaremos más despacio en otro momento.

Fue hacia la puerta, sin mucha decisión. El hombre del bigote miró a Lothar, que se encogió de hombros.

—¡Siéntate, cabrón de mierda! —gritó el hombre al tiempo que saltaba de su silla.

Él se detuvo en la puerta como si hubiera recibido un puñetazo, y se dio la vuelta.

—¡No estamos dispuestos a tolerar actividades subversivas! —le gritó al rostro el hombre del bigote—. Sobre todo de unos extranjeros hijos de puta que vienen a estudiar aquí con justificaciones falsas, como tú. ¡Siéntate, cabrón de los cojones! ¡Cierra la puerta y siéntate!

Cerró, volvió a entrar en el despacho y se sentó en una silla delante de la mesa.

—Ya has conseguido enfadarle —dijo Lothar, sacudiendo la cabeza.

Tomas no deseaba más que regresar a Islandia y olvidarse de todo aquello. Envidiaba a Hannes por haber podido escapar de aquel suplicio. Fue lo primero en lo que pensó cuando por fin le autorizaron a abandonar el edificio. Le prohibieron salir del país. Tenía que entregarles su pasaporte ese mismo día. Luego pensó en Ilona. Sabía que nunca sería capaz de abandonarla, y, una vez lo peor del miedo hubo pasado, tampoco quería hacerlo. La utilizaban para amenazarle a él. Si no hacía lo que querían, algo le podría suceder a ella. No lo expresaron directamente así, pero la amenaza era evidente. Si le hablaba a Ilona de aquella reunión, algo podría sucederle. No dijeron qué. Dejaron la amenaza planeando sobre él para que pudiese imaginar lo más

horrible.

Era como si le tuvieran en el punto de mira desde hacía mucho tiempo. Sabían exactamente lo que iban a hacer y lo que querían que él hiciese por ellos. No era una decisión tomada a la ligera. Veía que tenían la intención de convertirle en su hombre de confianza en el mundo universitario. Tenía que proporcionarles información, vigilar las actitudes antisocialistas, delatar a sus camaradas. Sabía que le estarían vigilando, porque se lo dijeron. Lo que más les interesaba eran las actividades de Ilona y sus camaradas en Leipzig y otros lugares de Alemania. Cuáles eran las ideas principales. Cuáles eran las conexiones con Hungría y otros países de la Europa Oriental. Hasta dónde llegaba la disensión. Lo que se decía sobre Ulbricht y el Partido Comunista. Le dijeron más cosas, pero él llevaba ya un buen rato sin escuchar. Solamente oía un zumbido en los oídos.

—¿Y si me niego? —preguntó en islandés.

—¡Hablad en alemán! —ordenó furioso el hombre del bigote.

—No te negarás —dijo Lothar.

El hombre le dijo lo que pasaría si se negaba. No le expulsarían del país. No se escaparía tan fácilmente como Hannes. Para ellos, él no valía nada. Era como una mierda de la calle. Si no hacía lo que les decía, perdería a Ilona.

—Pero si os digo todo lo que queréis, también la perderé.

—No como lo hemos planificado —dijo el hombre, que apagó de pronto el cigarrillo.

No como lo hemos planificado.

Esa era la frase que no le abandonaba y que le acompañó como una canción pegadiza hasta llegar a casa.

No como lo hemos planificado.

Clavó los ojos en Lothar. Tenían planificado algo respecto a Ilona. Lo único que faltaba era ponerlo en práctica. Si él no hacía lo que le ordenaban.

—¿Qué eres tú realmente? —le dijo a Lothar, levantándose vacilante de la silla.

—¡Siéntate! —gritó el hombre del bigote espeso, poniéndose también en pie.

Lothar le miró y una débil sonrisa jugueteó en sus labios.

—¿Cómo puede nadie ser así?

Lothar no le respondió.

—¿Y si le cuento todo esto a Ilona?

—No deberías hacerlo —dijo Lothar—. Pero dime una cosa, ¿cómo consiguió convertirte? Por los informes que tenemos, tú eras el más duro de todos. ¿Qué pasó? ¿Cómo consiguió hacerte cambiar?

Él se acercó a Lothar. Reunió todas sus fuerzas para poder decir lo que quería decirle. El hombre del bigote salió de detrás de la mesa y se puso detrás de él.

—No fue ella la que me hizo cambiar —dijo él en islandés—. Fuiste tú. Lo que me hizo cambiar fue lo que tú representas. El desprecio al ser humano. El odio. El ansia de poder. Fue todo lo que eres tú lo que me hizo cambiar.

—Es muy sencillo —dijo Lothar—. O eres socialista o no.

—No —repuso él—. No lo comprendes, Lothar. O eres un ser humano o no lo eres.

Volvió a casa caminando deprisa y sin dejar de pensar en Ilona. Tenía que decirle lo que había ocurrido, por mucho que le hubieran ordenado no hacerlo, y por muchas cosas que tuvieran planificadas.

Ilona tenía que abandonar la ciudad, Quizá podían irse juntos a Islandia. Se dio cuenta de lo horriblemente lejos que estaba Islandia. Quizá pudiera escapar a su casa, a Hungría. Quizás incluso a Alemania Occidental. A Berlín Occidental. La vigilancia no era tan estricta. Él podía contarles todo lo que querían oír para mantenerlos lejos de Ilona, y entretanto ella prepararía la huida. Tenía que abandonar el país.

¿Qué era eso de Hannes? ¿Qué dijo Lothar sobre Hannes e Ilona? ¿Fueron pareja? Ilona no se lo había mencionado jamás. Sólo le había dicho que eran amigos y que se habían conocido en aquellas reuniones. ¿Era posible que Lothar estuviera intentando confundirle con esa historia? ¿O acaso Ilona le estaba utilizando para poder escapar?

Había echado a correr. La gente pasaba a toda velocidad por su lado sin que él le prestara la menor atención. Fue por una calle y luego por otra, en forma totalmente inconsciente, su mente atiborrada de pensamientos sobre Ilona y sobre él mismo y sobre Lothar y la Policía Política y la puerta metálica con la mirilla y el hombre del espeso bigote. No tendrían la menor compasión con él. Lo sabía. Fuera islandés o no. A esos hombres no les importaba en absoluto. Un islandés, ¿no podía desaparecer como cualquier otra persona? Querían que espíase para ellos. Que les proporcionara información de lo que pasaba en las reuniones de Ilona. Que les proporcionara información de lo que oyeran en los pasillos de la universidad, de labios de los islandeses de la residencia de estudiantes, y de labios de otros estudiantes extranjeros. Sabían que le tenían bien sujeto. Si se negaba, no escaparía tan fácilmente como Hannes.

Tenían a Ilona.

Estaba casi llorando cuando llegó por fin a la casa y abrazó con fuerza a Ilona, sin decir nada. Ella estaba muy preocupada. Dijo que le había estado esperando un buen rato ante la iglesia de Santo Tomás, pero, al ver que no aparecía, regresó a su casa. Él le contó todo lo que había sucedido, aunque habían insistido mucho en que no debía decirle nada. Ilona le escuchó en silencio y luego empezó a preguntarle los detalles. Él respondía con tanta exactitud como podía. Lo primero que preguntó era si en las fotos se podía reconocer a sus amigos de Leipzig que habían asistido a la reunión. Él respondió que creía que la policía tenía información de todos y cada uno de ellos.

—Dios mío —suspiró Ilona—. Tenemos que avisarles. ¿Cómo se enteraron? Deben de habernos seguido. Alguien debe de haberles delatado. Alguien que supiera de esas reuniones. ¿Quién? ¿Quién ha hablado? Tomábamos tantas precauciones. Nadie conocía esas reuniones.

—No lo sé —respondió él.

—Tengo que ponerme en contacto con ellos —dijo Ilona, dando vueltas por la pequeña habitación como un león enjaulado. Se detuvo junto a la ventana que daba a la calle, y se asomó—. ¿Nos están siguiendo? —preguntó—. ¿Ahora mismo?

—No lo sé —dijo él.

—Dios mío —suspiró Ilona de nuevo.

—Dijeron que Hannes y tú habíais estado juntos —le explicó él—. Fue Lothar quien lo dijo.

—Eso es mentira —respondió ella—. Todo lo que dicen es mentira. Tienes que saberlo. Están jugando contigo, están jugando con nosotros. Es necesario que tomemos una decisión sobre lo que vamos a hacer. Tengo que avisar a la gente.

—Dijeron que estabas con nosotros para poder escapar, irte a Islandia.

—Claro que lo dicen, Tomas. ¿Qué otra cosa iban a decir? Deja ya esa tontería.

—No debía decirte nada, de modo que hemos de ir con cuidado —dijo él, consciente de que Ilona tenía razón. Todo lo que decían era mentira. Todo—. Corres un grave peligro —continuó—. Me avisaron. No podemos hacer ninguna tontería.

Se miraron agobiados por la desesperación.

—¿En qué nos hemos metido? —suspiró él.

—No lo sé —dijo ella, y le abrazó para calmarle—. No quieren otra Hungría. En eso nos hemos metido.

Tres días más tarde, Ilona desapareció.

Karl estaba con ella cuando fueron a detenerla. Fue corriendo a la universidad a buscar a Tomas, y le contó la aterradora noticia. Karl había ido a casa de Ilona a recoger un libro que iba a prestarle. De repente aparecieron unos policías en la puerta. A él lo empujaron contra una pared. Destrozaron la habitación. Se llevaron a Ilona.

Karl estaba aún hablando cuando él echó a correr. Habían actuado con tanta prudencia. Ilona había hecho llegar el mensaje a sus camaradas y ellos habían tomado medidas para desaparecer de Leipzig. Ella quería irse a Hungría para estar con los suyos, y él iría a Islandia y luego se volverían a ver en Budapest. Los estudios ya no importaban. Solamente importaba Ilona.

Sus pulmones estaban a punto de estallar cuando llegó a la casa. La puerta estaba abierta y entró corriendo en la habitación. Todo estaba en absoluto desorden, libros, papeles y también la ropa de cama, todo por los suelos, la mesa volcada, la cama sobre un costado. No habían respetado nada. Algunas cosas estaban rotas. Pisó la máquina de escribir, también en el suelo.

Echó a correr otra vez, ahora directamente hacia la central de la Policía Política. Al llegar allí, se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba el hombre del bigote, y en la recepción no conseguían entender lo que quería. Pidió que le dejaran pasar al corredor a buscar él mismo a aquel hombre, pero el de la recepción se limitó a sacudir la cabeza. Empujó la puerta que daba al corredor, pero estaba cerrada con llave. Llamó a Lothar a gritos. El hombre de la recepción había salido de detrás del mostrador y había pedido refuerzos. Aparecieron tres hombres que lo apartaron a

rastras de la puerta. En ese momento, esta se abrió y el hombre del bigote entró en el vestíbulo.

—¿Qué habéis hecho con ella?! —le gritó al hombre—. ¡Dejadme verla! —gritó hacia el pasillo—: ¡Ilona! ¡Ilona!

El hombre del bigote cerró con un violento portazo y gritó unas órdenes a los hombres, que le agarraron y le sacaron. Él golpeó la puerta exterior llamando a gritos a Ilona, pero no sirvió de nada. Estaba fuera de sí. Habían detenido a Ilona, y él estaba convencido de que la tenían dentro del edificio. Tenía que buscar la forma de verla, tenía que encontrar la manera de ayudarla, de hacer que la soltaran. Haría todo lo necesario para conseguirlo. Su desesperación era total y absoluta.

Recordó que había visto a Lothar esa misma mañana en la universidad. Salió corriendo. Vio un tranvía que pasaba por delante de la universidad, y subió de un salto. Se apeó en marcha delante del edificio y se lanzó en busca de Lothar hasta que lo encontró sentado, solo, a una mesa de la cafetería. Casi no había nadie. Se sentó en frente de Lothar, cansado y jadeante, el rostro encendido por la carrera, la preocupación y el dolor.

—¿Algún problema? —preguntó Lothar.

—Haré cualquier cosa por ti, por vosotros, si la soltáis —dijo, sin más preámbulo.

Lothar se quedó mirándole un buen rato, estudiando casi filosóficamente su sufrimiento.

—¿A ella? ¿A quién? —preguntó entonces.

—A Ilona, sabes perfectamente de quién estoy hablando. Haré lo que sea para que la soltéis.

—No sé de qué me estás hablando —dijo Lothar.

—Hoy habéis detenido a Ilona.

—¿Nosotros? —se extrañó Lothar—. ¿Quiénes son «nosotros»?

—La Stasi —dijo—. Han detenido a Ilona esta mañana. Karl estaba en su casa cuando llegaron. ¿Hablarás con ellos? ¿Les dirás que haré lo que sea si la sueltan?

—Me parece que tú ya no importas nada —dijo Lothar.

—¿Puedes ayudarme? —le pidió él—. ¿Puedes hablar con ellos?

—Si la han detenido, no hay nada que yo pueda hacer. Ya es demasiado tarde. Lo siento.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó él, casi llorando—. Dime qué puedo hacer.

Lothar le estuvo mirando largo rato.

—Vuelve a Poechstrasse —dijo entonces—. Vete a tu casa y confía en que no pase nada.

—¿Qué clase de persona eres tú? —exclamó él, notando cómo le dominaba la ira—. ¿Qué clase de engendro eres? ¿Qué te hace comportarte así, como... como un monstruo? ¿Qué es? ¿De dónde sale ese odio a la gente y esa ansia de dominarla? ¡Esa perversidad!

Lothar pasó los ojos por la cafetería, observó a las escasas personas que estaban

allí sentadas. Y sonrió.

—Quien juega con fuego puede quemarse, pero siempre se lleva una enorme sorpresa cuando sucede. No eres más que un alma inocente que se queda de piedra cuando se quema.

Lothar se levantó y se inclinó hacia él.

—Vete a casa —dijo—. Confía en que no pase nada. Hablaré con ellos, pero no puedo prometerte nada.

Y Lothar se alejó de él, despacio, pensativo, como si nada de todo aquello tuviera la más mínima relación con él. Tomas se quedó sentado en la cafetería, con el rostro, pálido, entre las manos. Pensó en Ilona e intentó desesperadamente buscar alguna explicación que le sirviera de consuelo, imaginó que probablemente sólo se la habrían llevado para interrogarla y que la soltarían enseguida. Quizá le estuvieran dando un susto como el que le dieron a él unos días antes. Se aprovechaban del miedo de la gente. Se aprovechaban al máximo. Quizá ya habría vuelto a casa. Se levantó y salió de la cafetería.

Al salir de la universidad le pareció extraño comprobar que nada de lo que veía a su alrededor había cambiado. La gente se comportaba como si no hubiera sucedido nada. Iban deprisa por las aceras o se detenían a charlar. El mundo se le había hundido a sus pies pero todo parecía igual que siempre. Como si todo estuviera perfectamente. Se dirigió hacia la casa para esperarla en la habitación. Quizá ya estuviera allí. Quizá volviera un poco después. Tenía que volver. ¿Por qué iban a retenerla? ¿Por reunirse con otras personas y hablar con ellas?

Estaba loco de dolor, totalmente perdido, mientras se dirigía a buen paso a su casa. Unos días antes, estaban en la cama acostados, apretados el uno contra el otro, muy juntos, y ella le contó que se había confirmado lo que llevaba sospechando desde hacía tiempo. Se lo dijo al oído, en un leve susurro. Probablemente había sucedido a finales de verano.

Él se quedó como paralizado, sin despegar los ojos del techo, sin saber cómo tomar la noticia. Luego la abrazó con fuerza y le dijo que quería pasar toda la vida a su lado.

—A nuestro lado —musitó ella.

—Sí, a vuestro lado —dijo él, y puso la cabeza sobre el vientre de Ilona.

Volvió en sí cuando empezaron a dolerle las manos. Muchas veces, cuando traía a la memoria los sucesos de Alemania Oriental, sin darse cuenta cerraba los puños y los apretaba hasta que las manos empezaban a dolerle. Relajó de nuevo los músculos y se sentó en el sillón y, como siempre, pensó si habría podido impedir que sucediera lo que sucedió. Si habría podido hacer alguna otra cosa. Algo que cambiara el curso de los acontecimientos. Nunca lograba llegar a ninguna conclusión.

Se levantó con torpeza del sillón y se dirigió hacia la puerta del sótano. La abrió,

encendió la luz de la escalera y descendió con mucho cuidado por los escalones de piedra. Estaban desgastados por tantos decenios de uso y podían estar resbaladizos. Entró en el espacioso sótano y encendió las luces. En el sótano habían ido acumulándose, con el transcurso de los años, trastos de lo más diverso. Prefería no tirar nunca nada. Y aunque todo daba sensación de desorden, todo estaba en realidad perfectamente ordenado, cada cosa en su sitio, y llevaba la cuenta exacta de todo lo que guardaba y de todo lo que utilizaba.

Pegada a una de las paredes había una mesa de trabajo. A veces se dedicaba a tallar. Tallaba pequeños objetos de madera y los pintaba. Era su única afición. Cogía un cubo de madera, de bordes cuadrados, y extraía de él algo vivo y hermoso. Algunos animales los tenía arriba, en la casa. Los que más le agradaban. Cuanto más pequeños eran, tanto más meritorio le parecía trabajarlos. Por ejemplo, había conseguido hacer un perro de raza islandesa con el rabo ensortijado y las orejas estiradas, que no era mucho mayor que la uña de un dedo.

Se inclinó para coger algo de debajo de la mesa y abrió la caja que tenía allí guardada. Sintió la empuñadura y sacó el revólver del lugar donde lo guardaba. El metal era frío al tacto, como siempre. A veces, los recuerdos le hacían bajar al sótano para sostener el arma en la mano, o simplemente para asegurarse de que seguía en su sitio.

No se arrepentía de lo que había sucedido hacía muchos años. Mucho después de regresar de Alemania Oriental.

Mucho después de la desaparición de Ilona.

Nunca se arrepentiría.

La embajadora alemana en Reikiavik, la doctora Elsa Müller, les recibió personalmente en su despacho a mediodía. Era una mujer de muy buena presencia, que ya había cumplido los sesenta, y que desde el principio miró encantada a Sigurdur Óli. Erlendur le llamó menos la atención, con su chaleco marrón de punto debajo de la desgastada chaqueta. Dijo que había estudiado historia, de ahí su doctorado. Tenía preparadas pastas alemanas y café. Se acomodaron en un tresillo, y Sigurdur Óli aceptó una taza de café. No quería mostrarse descortés. Erlendur prefirió no tomar nada. Lo que le apetecía era fumar, pero no se atrevió a pedir permiso para hacerlo.

Intercambiaron las habituales expresiones de cortesía, ellos sobre los esfuerzos realizados por la embajada alemana, y ella asegurando que nada más lógico que mostrarse dispuestos a ayudar a las autoridades islandesas.

Las preguntas de la Policía Criminal de Reikiavik acerca de Lothar Weiser habían recorrido el camino habitual a través del sistema, les dijo Elsa, aunque en realidad se lo dijo más bien a Sigurdur Óli, pues en todo el rato no paró de mirarle. Hablaban en inglés. Confirmó que un alemán con ese nombre había trabajado de agregado comercial en la delegación comercial de Alemania Oriental durante los años sesenta. Había sido extraordinariamente difícil recoger información sobre él, porque resultó que durante ese período había trabajado para el servicio secreto de la Alemania del Este en relación directa con los servicios secretos de Moscú. Les contó que una gran parte de los informes de la Stasi había sido destruida tras la caída del muro de Berlín, y que los pocos informes de que disponían procedían en su mayoría del servicio secreto alemán occidental.

—Desapareció en Islandia sin dejar rastro en 1968 —dijo la doctora Müller—. Nadie sabía qué pudo ser de él. En su momento, se pensó que lo más probable era que hubiese cometido algún error y...

Frau Müller calló y se encogió de hombros.

—Le quitaron de en medio —Erlendur concluyó la frase.

—Quizá sea una de las posibilidades, pero aún carecemos de toda confirmación. También es posible que se suicidara y lo enviaran para allá a través de la valija diplomática.

Sonrió a Sigurdur Óli, como queriendo decir que era una simple broma.

—Sé que les parecerá cómico y hasta absurdo —dijo—, pero en términos diplomáticos, Islandia es uno de los lugares menos deseables del mundo. El clima es espantoso. El viento silbando sin parar, la oscuridad y el frío. Uno de los castigos más severos es enviar a alguien a trabajar aquí.

—¿De modo que al enviarle aquí le estaban castigando por algo? —dijo Sigurdur Óli.

—Por lo que hemos conseguido averiguar, trabajaba en Leipzig para la Stasi.

Cuando era más joven. —Repasó unas hojas de papel que tenía en la mesa—. En los años 1953 a 1957 o 58, su principal misión era captar estudiantes extranjeros en la Universidad de Leipzig, quienes en su mayoría, si no en su totalidad, eran comunistas becados por el Estado, para que trabajaran para él como informadores. No eran espías en sentido estricto. Se trataba más bien de saber lo que se dedicaban a hacer los estudiantes.

—¿Informadores? —preguntó Sigurdur Óli.

—Sí, no sé cómo preferirá usted llamarlos —dijo Frau Müller—. Espiaban a los demás. Lothar Weiser gozaba de muy buena consideración por su capacidad de captar jóvenes que trabajaran para él. Podía ofrecerles dinero e incluso garantizarles buenas calificaciones. En esa época había mucho nerviosismo, por lo de Hungría y demás. Los jóvenes seguían de cerca lo que ocurría allí. La Stasi seguía de cerca a los jóvenes. Weiser se infiltró entre ellos. Y mucho más que eso. Había mucha gente como Lothar Weiser en todas las universidades de Alemania Oriental, y de todos los países comunistas, en general. Querían seguir de cerca a su gente, saber lo que pensaban. La influencia de los estudiantes extranjeros podía ser peligrosa, aunque la mayoría se afanaba por estudiar su carrera y también el socialismo.

Erlendur recordó que les habían mencionado los conocimientos de islandés de Lothar.

—¿Había estudiantes islandeses en Leipzig en esos años?

—Pues no lo sé —dijo Frau Müller—. Tendrán que averiguarlo ustedes mismos.

—¿Y qué fue de Lothar tras sus años en Leipzig? —preguntó Sigurdur Óli.

—Me imagino que les resultará curioso —dijo Frau Müller—. Servicio secreto y espionaje. Aquí en el norte, en medio del océano, sólo conocerán eso de oídas, ¿no?

—Probablemente —contestó Erlendur con una sonrisa—. No recuerdo que nosotros hayamos tenido ningún espía de verdad.

—Weiser se convirtió en espía para el servicio secreto de Alemania Oriental. Dejó de servir en la Stasi. Viajó mucho y trabajó en embajadas repartidas por el mundo. Y entre otros sitios le enviaron también aquí, a Islandia. Tenía un interés muy especial por este país, lo que se comprueba por el hecho de que aprendió islandés cuando era aún bastante joven. Sin duda, era un genio para las lenguas. Aquí se dedicó a la misma actividad que en los demás sitios, esto es, captar gente del país que trabajara para él, o sea básicamente lo mismo que hacía en la Universidad de Leipzig. Podía ofrecer dinero si los ideales no eran suficientemente firmes.

—¿Tenía islandeses a su cargo? —preguntó Sigurdur Óli.

—No necesariamente hizo muchos progresos aquí —respondió la doctora Müller.

—¿Y qué hay de los funcionarios de la embajada que trabajaban con él en Reikiavik? —dijo Erlendur—. ¿Sigue alguno de ellos con vida?

—Tenemos una relación de los funcionarios de esa época, pero no hemos conseguido encontrar a ninguno que siga vivo y que hubiera podido conocer a Weiser y saber lo que le sucedió. Lo único que hemos confirmado por el momento es que su

historia parece terminar en Islandia. El cómo, lo desconocemos. Es como si se hubiera desvanecido en el aire. Naturalmente, los viejos informes del servicio secreto no son demasiado de fiar. Faltan muchos datos, al igual que en los archivos de la Stasi. Cuando se hicieron públicos a raíz de la unificación de los dos estados alemanes, sobre todo los archivos sobre personas, una buena parte ya se había perdido. La Policía Política de Alemania Oriental se había disuelto, naturalmente. A decir verdad, no hemos conseguido suficiente información sobre la desaparición de Lothar Weiser, pero continuaremos buscando.

Se produjo un silencio. Sigurdur Óli probó una galletita. Erlendur seguía con ganas de un cigarrillo. No vio ningún cenicero por ningún sitio, así que probablemente la posibilidad de encenderse un pitillo era más bien nula.

—En realidad, hay un punto interesante en todo esto —dijo Frau Müller—, ya que hablamos de Leipzig. La gente de Leipzig está muy orgullosa de haber sido ella quien, en realidad, comenzó el levantamiento que llevó a la destitución de Honecker y la caída del muro. En Leipzig había mucha oposición al gobierno comunista. El centro del levantamiento fue la iglesia de San Nicolás, cerca del centro. Allí se congregó la gente para rezar y manifestarse, y una tarde los manifestantes salieron de la iglesia y entraron en tromba en el cuartel general de la Stasi, que estaba cerca de allí. Al menos en Leipzig, piensan que ellos comenzaron el movimiento que condujo a la caída del muro.

—Vaya —exclamó Erlendur.

—Es curioso que un espía alemán desapareciera en este país —dijo Sigurdur Óli—. En cierto modo resulta...

—¿Ridículo? —dijo Frau Müller con una sonrisa—. En cierto sentido fue muy conveniente para quien le mató, si alguien le mató, claro, que Weiser fuera miembro del servicio secreto. Se puede comprobar por la reacción de la representación comercial de Alemania Oriental en este país, dado que embajada propiamente dicha no tenían. No hicieron nada. Es una reacción típica para cubrir algún escándalo diplomático. Nadie dice nada. Es como si Weiser jamás hubiera existido. No tenemos constancia de que se hubiera puesto en marcha investigación alguna por su desaparición.

Les miró alternativamente a los dos.

—Su desaparición no se denunció a la policía islandesa —dijo Erlendur—. Lo hemos comprobado.

—¿No apuntaría eso a que se trataba de un asunto interno? —preguntó Sigurdur Óli—. Que le mató alguno de los funcionarios, digamos.

—Podría tratarse de eso —dijo la doctora Müller—. Pero aún sabemos muy poco sobre Weiser y lo que fue de él.

—Quizá su asesino esté ya muerto —dijo Sigurdur Óli—. Ha pasado mucho tiempo. Si Lothar Weiser fue asesinado.

—¿Creen que pueda tratarse del hombre del lago? —preguntó Frau Müller.

—No tenemos ni idea —dijo Sigurdur Óli.

No habían proporcionado a la embajada datos precisos del esqueleto encontrado. Miró a Erlendur, que asintió con la cabeza.

—El esqueleto que encontramos —continuó Sigurdur Óli— estaba atado a un equipo de escucha de fabricación rusa, de los años sesenta.

—Comprendo —dijo Frau Müller, pensativa—. ¿Un equipo ruso? ¿Y? ¿Qué significado ven ustedes en ese hecho?

—Existen varias posibilidades —dijo Sigurdur Óli.

—¿Ese equipo podría proceder de la embajada de Alemania Oriental, o de la representación comercial, o como quieran llamarla? —preguntó Erlendur.

—Naturalmente, es posible —dijo Frau Müller—. Los países del Pacto de Varsovia trabajaban en estrecha colaboración, también en el terreno del espionaje.

—Cuando se reunificaron ustedes —dijo Erlendur— y las dos embajadas en Reikiavik se unificaron también, ¿aparecieron equipos de esos en la parte alemana oriental?

—No nos unimos —precisó Frau Müller—, la embajada alemana oriental se disolvió sin que nos enterásemos. Pero comprobaré lo de ese equipo.

—¿Qué interpretación da al hecho de que apareciese un aparato ruso de escucha con el esqueleto? —preguntó Sigurdur Óli.

—No puedo decirle nada —respondió Frau Müller—. No es cosa mía entrar en especulaciones.

—No, claro —dijo Sigurdur Óli—. Pero lo único que tenemos son especulaciones, en realidad, así que...

Ni Erlendur ni Frau Müller mostraron interés alguno por sus palabras, y se produjo una pausa en la conversación. Erlendur metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y cogió el paquete de cigarrillos. No se atrevió a sacarlo.

—¿Qué error cometió usted? —preguntó.

—¿Que qué error cometí? —dijo Frau Müller.

—¿Por qué la enviaron a usted a este país tan horrible, en el extremo del mundo civilizado?

Frau Müller sonrió y Erlendur percibió algo ambiguo en su sonrisa.

—¿Le parece adecuada semejante pregunta? —preguntó ella—. Soy la embajadora de Alemania en Islandia.

Erlendur se encogió de hombros.

—Perdone —dijo Erlendur—, pero antes comentó que el cargo de embajador en este país es una especie de castigo. Naturalmente, no es asunto mío.

Un silencio incómodo se extendió por el despacho hasta que Sigurdur Óli reunió fuerzas, carraspeó y dio las gracias por la ayuda prestada. La doctora Müller dijo con frialdad que se pondría en contacto con ellos si se enteraban de algo más sobre Lothar Weiser que pudiera serles de utilidad. El tono de su voz les hizo darse perfecta cuenta de que no pensaba echar a correr hacia el teléfono.

Cuando salieron de la embajada, hablaron de la posibilidad de que hubiera estudiantes universitarios islandeses que pudieran conocer a Lothar Weiser. Sigurdur Óli dijo que lo comprobaría.

—¿No fuiste un tanto grosero con ella? —preguntó.

—Bah, me pone de los nervios eso del culo del mundo —dijo Erlendur, y encendió el cigarrillo largamente apetecido.

Cuando Erlendur regresó de su despacho a casa por la tarde, Sindri Snær le estaba esperando en el apartamento. Estaba durmiendo tumbado en el sofá, pero se despertó al entrar Erlendur, y se levantó.

—¿Por dónde andabas? —preguntó Erlendur.

—Por ahí —dijo Sindri Snær.

—¿Has comido algo?

—No, pero no te preocupes.

Erlendur sacó pan de centeno, mantequilla y paté de cordero y se sirvió un café. Sindri dijo que no tenía hambre, pero Erlendur se dio cuenta de cómo devoraba el pan con paté. Puso queso sobre la mesa, que también desapareció engullido por Sindri.

—¿Sabes algo de Eva Lind? —preguntó Erlendur mientras tomaban café, cuando lo peor del hambre parecía haber pasado.

—Sí —respondió—, hablé con ella.

—¿Está bien? —preguntó Erlendur.

—Regular —dijo Sindri, y cogió una cajetilla. Erlendur hizo lo mismo. Sindri encendió el cigarrillo de su padre con un mechero barato—. Creo que hace mucho que Eva no está bien —añadió.

Se sentaron a fumar en silencio mientras tomaban el café solo.

—¿Por qué está esto tan oscuro aquí dentro? —preguntó Sindri mirando hacia el salón, donde las gruesas cortinas mantenían alejado el sol de la tarde.

—Hay demasiada claridad. Por las tardes y por la noche —añadió al cabo de unos instantes.

Pero optó por no seguir con el tema. No le dijo a Sindri que prefería de largo los breves días del invierno y las noches negras como la pez, antes que el eterno sol vespertino y la luz que brotaba de él las veinticuatro horas de un día de verano. Ni él mismo sabía a ciencia cierta a qué se debía aquella preferencia. Ni él mismo sabía por qué en el oscuro invierno se sentía mejor que en el luminoso verano.

—¿Dónde la viste? —preguntó—. ¿Dónde encontraste a Eva?

—Me mandó un mensaje al móvil. La llamé. Siempre hemos mantenido el contacto, incluso cuando yo andaba en el otro extremo del país. Siempre nos hemos llevado bien. —Calló y miró a su padre—. Eva es una chica estupenda —añadió.

—Sí —dijo Erlendur.

—En serio —insistió Sindri—. Si la hubieras conocido cuando estaba...

—No hace falta que me lo cuentes —dijo Erlendur, sin darse cuenta de lo brusco que estaba siendo—. Lo sé perfectamente.

Sindri siguió sentado en silencio, mirando a su padre. Luego apagó el cigarrillo. Erlendur hizo lo mismo. Sindri se levantó.

—Gracias por el café —dijo.

—¿Ya te vas? —preguntó Erlendur, que se puso en pie y salió con Sindri de la

cocina—. ¿Adónde vas?

Sindri no le respondió. Cogió una chaqueta vaquera astrosa que había dejado en una silla y se la puso. Erlendur le estuvo mirando mientras lo hacía. No quería que Sindri se fuera cabreado.

—No pretendía... —comenzó—. Es sólo que... Eva es... Sé que os queréis mucho.

—¿Qué te crees que sabes tú de Eva? —dijo Sindri—. ¿Por qué te crees que sabes algo de Eva?

—No vayas a convertirla en un angelito —espetó Erlendur—. No se lo merece. Y tampoco a ella le gustaría.

—No pretendo nada de eso —dijo Sindri—, pero tú no puedes creerte que conoces a Eva. Ni pensarlo. ¿Y qué sabes tú lo que ella se merece y lo que no?

—Sé que es una yonqui de mierda —espetó Erlendur—. ¿Hace falta saber algo más? No hace nada por resolver su problema. Sabes que perdió el niño. Los médicos dijeron que era un mal menor teniendo en cuenta la cantidad de droga que estuvo tomando durante el embarazo. No empieces ahora a pontificar sobre tu hermana. La muy imbécil ha vuelto a meterse hasta el cuello otra vez, y no estoy dispuesto a seguir aguantando estas estupideces.

Sindri ya había abierto la puerta y tenía un pie en el descansillo de la escalera. Titubeó y volvió la cabeza hacia Erlendur. Luego se dio media vuelta, volvió a entrar en el apartamento y cerró la puerta. Fue hacia él.

—¿Así que pontifico sobre mi hermana? —dijo.

—Tienes que ser realista —observó Erlendur—. Es lo único que estoy diciendo. Mientras ella no haga nada en absoluto por ayudarse a sí misma, los demás no podemos hacer ni una puta mierda.

—Yo me acuerdo bien de cuando Eva no se drogaba —dijo Sindri—. ¿Te acuerdas tú también?

Estaba casi encima de su padre, y Erlendur vio la furia en sus movimientos, en el rostro, en los ojos.

—¿Te acuerdas tú de cuando Eva no se drogaba? —repitió Sindri.

—No —dijo Erlendur—. No me acuerdo. Lo sabes perfectamente.

—Sí, lo sé perfectamente —aseguró Sindri.

—No empieces con el rollo de siempre —dijo Erlendur—. Ella ya lo ha hecho bastante.

—¿Rollo? —repitió Sindri—. ¿Nosotros no somos más que un rollo?

—Dios mío —suspiró Erlendur—. Vale ya. No quiero discutir contigo. No quiero discutir con ella y no tengo el más mínimo deseo de discutir por ella.

—No sabes nada, ¿verdad? —dijo Sindri—. He visto a Eva. Anteayer. Está con un hombre que se llama Eddi y que es diez o quince años mayor que ella. Está completamente colocado. Intentó atacarme con un cuchillo porque pensó que iba a reclamarle dinero. Pensaba que era un matón de los traficantes. Eva y él trapichean,

pero también consumen, y cuando no les cuadran las cuentas les echan encima a los matones. Hay unos cuantos que van detrás de ellos. Como tú eres poli debes de conocer al tal Eddi. Eva no quería decirme dónde vivía, porque está cagada de miedo. Viven en algún cuartucho cerca del centro. Eddi le proporciona la droga y ella le quiere. Nunca he visto un amor tan auténtico. ¿Lo entiendes? Él es su camello. Ella va muy sucia..., no, va asquerosa. ¿Y sabes qué me preguntó?

Erlendur sacudió la cabeza.

—Me preguntó si te había visto —dijo Sindri—. ¿No te parece raro? Lo único que quería saber era si yo te había visto. ¿Por qué crees que será? ¿Por qué crees que le puede preocupar algo así, en medio de la miseria y la podredumbre en que vive? ¿Por qué crees que será?

—No lo sé —respondió Erlendur—. Hace mucho que he renunciado a comprender a Eva.

Habría podido decirle que Eva y él habían pasado juntos muchas cosas buenas y malas. Que, aunque su relación era difícil e intermitente, y un tanto conflictiva, era una relación a fin de cuentas. A veces incluso era buena. Pensó en las Navidades pasadas, cuando ella pasó una temporada tan deprimida por el aborto, que él pensó que iba a hacer alguna tontería. Pasó las fiestas y el año nuevo en su casa, y hablaron de la niña y del sentimiento de culpa que la atormentaba, pues se culpaba de lo que pasó. Y luego, una mañana de principios de año, desapareció.

Sindri le miraba fijamente.

—Le preocupaba cómo estarías. ¡Cómo estarías tú, precisamente tú!

Erlendur calló.

—Si la hubieras conocido como era antes —dijo Sindri—. Antes de meterse en la droga, si la hubieras conocido como yo, te daría un infarto. Yo hacía tiempo que no la veía, y al verla, la pinta que tenía, es que... me dieron ganas de...

—Creo que he hecho todo lo que he podido por ayudarla —dijo Erlendur—. Lo que se puede hacer es muy limitado. Y cuando uno se da cuenta de que no existe auténtica voluntad de hacer nada para enfrentarse a...

Sus palabras se apagaron.

—Era pelirroja —dijo Sindri—. Cuando éramos pequeños. Con un pelo largo y rojo que mamá decía que seguramente lo había heredado de tu familia.

—Recuerdo ese color rojo —rememoró Erlendur.

—Cuando cumplió los doce se lo rapó y se lo tiñó de negro —dijo Sindri—. Desde entonces lo lleva negro.

—¿Por qué lo hizo?

—Su relación con mamá era difícil —explicó Sindri—. Mamá nunca me trató a mí como trataba a Eva. Quizá porque Eva era la mayor y le recordaba mucho a ti. Quizá porque Eva siempre estaba metida en algo. Era realmente hiperactiva. Pelirroja e hiperactiva. Siempre estaba de malas con sus profesores. Mamá la cambió de colegio, pero eso no sirvió más que para empeorar las cosas aún más. Se metían con

ella porque era nueva y hacía toda clase de barbaridades para llamar la atención. Y se dedicó a acosar a otros porque pensaba que así la aceptarían mejor. Mamá fue a un millón de reuniones en el colegio por su culpa.

Sindri se encendió un cigarrillo.

—Nunca creyó lo que decía mamá de ti. O decía que no lo creía. Se llevaban como perro y gato, y Eva sabía perfectamente cómo poner furiosa a mamá. Decía que era de lo más lógico que la hubieras abandonado. Nadie era capaz de vivir con ella. Te defendía.

Sindri miró a su alrededor con el cigarrillo en la mano. Erlendur señaló un cenicero sobre la mesa del salón. Sindri tomó una calada y se sentó junto a la mesa. Se tranquilizó y la tensión entre ambos se relajó un poco. Le dijo a Erlendur que cuando era lo bastante mayor para hacer preguntas razonables sobre su padre, se dedicó a inventar historias sobre él.

Ambos hermanos se dieron cuenta del tremendo resentimiento de su madre contra Erlendur. Eva no creía todo lo que su madre les contaba y se forjó por su cuenta las imágenes de un padre que le parecían adecuadas para cada ocasión. Eran completamente distintas a la figura que les describía su madre. Eva se escapó de casa dos veces, a los nueve y a los once años, para ir a buscarle. Mentía a sus amigas y les decía que su verdadero padre, no los hombres que andaban siempre rondando a su madre, estaba siempre en el extranjero. Siempre que volvía a Islandia le traía unos regalos preciosísimos. Nunca pudo enseñarles ninguno de aquellos regalos porque su madre no quería que presumiera de ellos. A otras les decía que su padre tenía un chalé enorme y que ella iba de vez en cuando a pasar temporadas, y que le daba todo lo que le pedía, porque era muy rico.

Cuando creció y maduró, las historias sobre su padre fueron adquiriendo tonos más realistas. Su madre decía siempre que, por lo que ella sabía, él seguía en la policía. A lo largo de los años de problemas en el colegio y en casa con su madre, cuando empezó a fumar y probó la marihuana y empezó a beber cerveza, a los trece y catorce años de edad, Eva Lind siempre sabía que su padre estaba en algún lugar de la ciudad. Con el tiempo, dejó de estar tan segura de querer encontrarle.

Quizá, le dijo a Sindri, lo mejor es dejar que viva sólo dentro de mi cabeza. Pensaba que seguramente le produciría una desilusión, como todo lo demás.

—Y eso es lo que sucedió —dijo Erlendur. Estaba sentado en su sillón. Sindri volvió a sacar la cajetilla—. Claro que ella tampoco tenía una pinta demasiado atrayente con todas esas cosas pinchadas en la cara. Siempre vuelve a las andadas. Nunca tiene dinero y se cuelga de alguien que vende o trapichea y se pega a él y da igual lo mal que la traten, siempre estará con ellos.

—Intentaré hablar con ella —dijo Sindri—. Aunque estoy casi seguro de que está esperando que vayas tú a salvarla. Creo que está en las últimas. Ha estado mal muchas veces pero nunca la había visto así.

—¿Por qué se cortó el pelo a los doce años? —preguntó Erlendur.

—Había alguien que la abrazaba y le acariciaba el pelo y le decía obscenidades —dijo Sindri.

Lo dijo de sopetón y todo seguido, como si pudiera buscar sucesos parecidos en la memoria y tuviera un montón de ellos para elegir.

Sindri pasó la vista por las estanterías del salón. En el apartamento no había prácticamente nada más que libros.

Erlendur no mostró ninguna reacción, sus ojos permanecían fríos como el mármol.

—Eva me dijo que estabas siempre estudiando desapariciones de personas —dijo.

—Así es —respondió Erlendur.

—¿Es por lo de tu hermano?

—Quizá. Probablemente.

—Eva dijo que tú eras su persona desaparecida.

—Sí —dijo Erlendur—. Aunque las personas desaparezcan, no tienen por qué estar necesariamente muertas —dijo, y apareció en su mente un Ford Falcon negro aparcado delante de la estación de autobuses de Reikiavik, con un tapacubos de menos.

Sindri no quiso quedarse a pasar la noche en su casa. Erlendur le dijo que podía dormir en el sofá, pero Sindri rechazó el ofrecimiento y se despidieron. Erlendur se quedó sentado en su sillón un buen rato después de que su hijo se hubiera ido, pensando en su hermano y en Eva Lind, la pequeña que él recordaba cuando su hija era aún una niña pequeña. Tenía dos años cuando se divorciaron. Las palabras de Sindri sobre su infancia habían tocado una fibra muy sensible y empezó a ver su tensa relación con Eva a una luz más triste que antes.

Cuando se durmió, poco después de medianoche, seguía pensando en su hermano y en Eva y en sí mismo y en Sindri, y tuvo un extraño sueño. Los tres estaban dando un paseo en coche, él y sus hijos. Los dos niños iban sentados en el asiento trasero y él iba al volante, pero no sabía dónde se encontraban porque estaban completamente rodeados por una luz cegadora y no conseguía distinguir nada del paisaje. Sin embargo, notaba que el coche estaba en movimiento y sabía que tenía que conducir con mucha más prudencia de lo habitual, porque no veía nada. Miró por el retrovisor a sus dos hijos que estaban en el asiento trasero pero no pudo distinguir sus rostros. Tenía la sensación de que eran Sindri y Eva, pero los rostros estaban borrosos o envueltos en niebla. Pensó que Eva no podía tener más de cuatro años. Vio que iban cogidos de la mano.

La radio estaba en marcha y se oía cantar una relajante voz femenina.

Sé que esta noche vendrás a mí...

De repente vio un camión enorme que se dirigía hacia él. Intentó tocar el claxon y pisar el freno pero no sucedió nada. Miró por el retrovisor y vio que los niños habían desaparecido y se sintió aliviado de una forma inexpresable. Miró hacia el frente, a la carretera. Se acercaba al camión a una velocidad terrorífica. El choque era ya

inevitable.

Cuando era ya demasiado tarde notó una extraña presencia a su lado. Miró al asiento del copiloto y vio a Eva allí sentada, mirándole y sonriendo. Ya no era una niña, sino una persona adulta, con un aspecto horrible, llevaba puesto un mugriento chaquetón azul, tenía el pelo grasiento, grandes ojeras, las mejillas hundidas y los labios negros. Le sonrió con la boca abierta y él observó que le faltaban dientes.

Sintió el deseo de decirle algo, pero de sus labios no salió nada. Sintió deseos de gritarle que saltara del coche, pero había algo que le retenía. Algo maravilloso en Eva Lind. Una calma y una paz absolutas. Eva apartó la vista de él, la dirigió hacia el camión y se echó a reír.

Un instante antes de estamparse contra el camión, Erlendur se despertó de un sobresalto y gritó el nombre de su hija. Tardó bastante tiempo en darse cuenta de lo que pasaba, pero luego volvió a apoyar la cabeza en la almohada y hasta sus oídos llegó una triste melodía que le acompañó a un nuevo sueño sin sueños.

Sé que esta noche vendrás a mí...

Niels no recordaba demasiado bien a Jóhann, el hermano de Haraldur, y al principio no llegaba a entender por qué Erlendur se había tomado tan a mal que no hubiera ni ninguna mención de él en los informes sobre la desaparición. Niels estaba al teléfono cuando Erlendur entró en su despacho y le interrumpió. Hablaba con su hija, que se encontraba en Estados Unidos estudiando medicina, más concretamente un máster en pediatría, dijo Niels, orgullosísimo al dejar el auricular, como si nunca se lo hubiera contado a nadie. Lo cierto era que prácticamente no hablaba de otra cosa. A Erlendur no le importaba lo más mínimo. Niels estaba a punto de jubilarse y últimamente le encargaban sobre todo delitos menores, robos de vehículos y atracos de escasa importancia, y siempre le decía a la gente que se olvidara de reclamar nada, que no había nada que hacer, que sería una pura y simple pérdida de tiempo. Si encontraban a los autores redactarían un informe que no serviría absolutamente de nada. Los delincuentes estarían otra vez en la calle nada más terminar el interrogatorio, y el caso jamás llegaría a los tribunales; y si llegaba, porque daba la casualidad de que habían acumulado suficientes delitos menores, la sentencia sería ridícula, una muestra de total desprecio hacia quienes se habían empeñado en denunciar a esos individuos.

—¿Qué recuerdas del tal Jóhann? —preguntó Erlendur—. ¿Le viste alguna vez? ¿Fuiste en algún momento a la granja de Mosfell?

—¿No tenías tú que estar investigando el aparato ruso ese? —preguntó Niels.

Sacó un cortaúñas del bolsillo del chaleco y se puso a hacerse la manicura. Miró el reloj. Ya se acercaba la hora de hacer una larga y apetitosa pausa para el almuerzo.

—Desde luego —respondió Erlendur—. Hay mucho trabajo.

Niels dejó de cortarse las uñas y le miró. Sus palabras habían ido acompañadas de un tonillo que no le gustó nada.

—El tal Jóhann, o Jói, como le llamaba su hermano, era un poco raro —dijo Niels—. Era retrasado o, como se decía en los viejos tiempos, tonto. Antes de que el lenguaje políticamente correcto se impusiera y nos hiciera usar todas esas palabras tan corteses.

—¿Retrasado, en qué sentido? —preguntó Erlendur.

Estaba de acuerdo con lo que Niels acababa de decir sobre el idioma. Se había desnaturalizado artificialmente con tanto respeto a toda clase de grupos posibles de personas.

—Pues que tenía la cabeza hueca —dijo Niels, que siguió cortándose las uñas—. Fui por allí un par de veces a hablar con los hermanos. El mayor era el que hablaba siempre por los dos. El tal Jóhann no decía mucho. Eran muy diferentes. Uno no era más que piel y huesos, con la cara tallada a martillazos, y el otro, más gordo y con una cara infantil como de corderito.

—No acabo de imaginarme al tal Jóhann —dijo Erlendur—. ¿A qué te refieres al decir que era retrasado?

—No me acuerdo demasiado bien. Iba siempre detrás de su hermano como si fuera un niño pequeño, y no hacía más que preguntar quiénes éramos. Casi no sabía hablar, apenas balbuceaba unas pocas frases. Era como uno se imagina a un campesino de un valle perdido, con la boina calada hasta las cejas y el pantalón sujeto con una cuerda.

—¿Y Haraldur consiguió convencerte de que Leopold no había ido nunca a su granja?

—No hizo falta que me convencieran ellos —dijo Níels—. Encontramos el coche delante de la estación de autobuses. No había nada que indicara que hubiera estado en la granja de esos dos. No teníamos nada. Y tú tampoco.

—¿No crees que ellos pudieron haber llevado el coche allí?

—No había nada que pudiera indicar tal cosa —respondió Níels—. Ya sabes cómo son estas desapariciones. Tú habrías hecho exactamente lo mismo con los datos de que disponíamos.

—Encontré el Falcon —dijo Erlendur—. Sé que han pasado muchos años y, naturalmente, el coche ha ido de acá para allá, pero encontramos en él lo que parecía ser excremento de vaca. Se me pasó por la cabeza la peregrina idea de que si te hubieras decidido a investigar el caso como es debido, habría sido posible encontrar al hombre y tranquilizar a la mujer que le esperaba, y que sigue esperándole desde entonces.

—¿Pero qué coño de imbecilidades dices? —protestó Níels, levantando la vista y dejando de cortarse uñas—. ¿Pero cómo se te ocurre semejante gilipollez? Por mucho que hayas encontrado mierda en el coche treinta años después. ¿Estás mal de la cabeza?

—Habrías podido encontrar algo significativo —le recriminó Erlendur.

—Tú y tus dichosas desapariciones —dijo Níels—. ¿Pero a qué viene tanto interés por esta? ¿Quién te ha metido en este berenjenal? ¿Es que hay caso? ¿Quién lo dice? ¿Por qué estás abriendo un caso que ocurrió hace treinta años, que no es ni siquiera caso y que nadie entiende, y te pones a intentar sacar algo de él? ¿No le habrás despertado esperanzas a esa mujer? ¿Estás intentando decirle que puedes encontrar a su compañero?

—No —respondió Erlendur.

—Estás loco —dijo Níels—. Siempre lo he dicho. Desde el momento mismo en que entraste aquí. Se lo dije a Marion. No comprendo qué vio Marion en ti.

—Creo que voy a hacer que busquen a ese hombre en el campo —dijo Erlendur.

—¿Que lo busquen en el campo? —exclamó Níels, totalmente desconcertado—. ¿Has perdido el juicio? ¿Dónde? ¿Dónde piensas buscarlo?

—Alrededor de la granja —dijo Erlendur, tan tranquilo como antes—. Al pie de la loma hay arroyos y canalillos que llegan hasta el mar. Quiero ver si encontramos algo.

—¿Qué bases tienes? —preguntó Níels—. ¿Tienes una confesión? ¿Hay algo

nuevo en el caso? Nada. ¡¿Un cacho de mierda dentro de un trasto viejo?!

Erlendur se levantó.

—Sólo quería decirte que si piensas andar soltando barbaridades, si tienes intención de hacer cualquier tontería, tendré que explicar la mierda de trabajo que fue la investigación original, porque tiene más agujeros que...

—Haz lo que te dé la gana —le interrumpió Níels con muy malos modos, mirándole con ojos llenos de odio—. Si eso es lo quieres, haz el imbécil. ¡Nunca te darán permiso para semejante búsqueda!

Erlendur abrió la puerta y salió al pasillo.

—Ten cuidado, no te cortes los dedos —dijo, y cerró la puerta.

Erlendur mantuvo una breve reunión con Sigurdur Óli y Elínborg para hablar del caso de Kleifarvatn. La búsqueda de nuevos datos sobre Lothar Weiser estaba resultando difícil y lenta. Todas las preguntas pasaban por la embajada alemana, y Erlendur había ofendido a la embajadora, así que tenían pocas pistas que seguir. Enviaron una solicitud a Interpol por hacer algo, y la respuesta inmediata de la policía internacional fue que Lothar Weiser no había figurado nunca en sus archivos. Quinn, de la embajada estadounidense, estaba intentando conseguir que un funcionario de la embajada checa de esos años hablara con la policía islandesa. No sabía exactamente cómo acabaría el asunto. Al parecer, Lothar no había tenido mucho trato con los islandeses. Las averiguaciones realizadas entre los funcionarios del gobierno no dieron resultado alguno. Las listas de visitantes de la embajada de Alemania Oriental habían desaparecido mucho tiempo atrás. No existían listas de visitantes de la administración pública en esos años.

No tenían ni idea de cómo averiguar si Lothar había tratado a algún islandés. Nadie parecía recordar a aquel hombre.

Sigurdur Óli había solicitado ayuda de la embajada alemana y el Ministerio de Educación de Islandia a fin de hacerse con una lista de estudiantes universitarios islandeses en Alemania Oriental. No sabía a qué período debía limitarse, de modo que empezó a pedir listas de todos los que habían estudiado en los años que iban desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1970.

Entretanto, Erlendur tendría tiempo de sobra para enfrascarse en su tema de principal interés, el hombre del Falcon. Sabía mejor que nadie que tenía poquísimo en lo que apoyarse para solicitar permiso de movilización general en busca de restos humanos en las propiedades de Haraldur y su hermano en Mosfell.

Decidió hacer una visita a Marion, que había mejorado un poco. La bombona de oxígeno seguía a mano, pero Marion tenía mejor aspecto y hablaba de medicinas nuevas, más efectivas que las antiguas, y luego arremetía contra el médico porque no tenía ni idea de su oficio. Erlendur tuvo la sensación de que Briem estaba otra vez en su vieja forma.

—¿A qué vienes aquí un día sí y otro también? —preguntó Marion, sentándose en su butaca—. ¿No tienes nada mejor con que matar el tiempo?

—Sí que tengo —dijo Erlendur—. ¿Cómo andas?

—Morirse no es fácil —respondió Marion—. Anoche creía que me iba a morir. Curioso. Claro que eso suele suceder a todos los que no tienen nada más que hacer que esperar la muerte. Tenía la convicción de que ya se había acabado todo.

Marion bebió un sorbito de agua con sus labios reseco.

—¿Qué pasó?

—Supongo que será eso de los viajes astrales —dijo Marion—. Ya sabes que yo no creo en esas estupideces. Sería una ilusión provocada por los somníferos. Seguramente causada por esos medicamentos nuevos. Pero ahí estaba yo flotando —explicó Marion, moviendo los ojos hacia el cielo—, y miraba hacia abajo y veía mi cuerpo. Creía que me estaba yendo y mi corazón estaba totalmente conforme. Pero claro, no me estaba muriendo, qué va. No era más que un sueño raro. Fui esta mañana a hacerme un reconocimiento y el médico dijo que estaba algo mejor. El análisis de sangre estaba mejor que en muchas semanas. Pero lo cierto es que no me dio ninguna esperanza de recuperación.

—¿Qué sabrán esos médicos —dijo Erlendur.

—Bueno ¿qué quieres de mí? ¿Es por lo del hombre del Falcon? ¿Por qué sigues con ese caso?

—¿Recuerdas si el granjero al que tenía que visitar en Mosfell tenía un hermano? —preguntó Erlendur, a ver qué pasaba.

No quería cansar a Marion, pero también sabía que se lo pasaba bien con todo lo misterioso y extraño, conservaba en la memoria los detalles más increíbles y no le costaba nada recuperarlos a pesar de su avanzada edad y las dificultades de su enfermedad. Marion entornó los ojos y reflexionó unos momentos.

—El vago de Níels dijo que el hermano era un poco raro.

—Dice que era retrasado, pero no sé lo que significa eso.

—Era bastante simplón, eso sí lo recuerdo bien. Grande, alto y fuerte, pero con una cabeza como la de un niño. Creo que apenas sabía hablar. Tartamudeaba y decía cosas sin sentido.

—¿Por qué no se hizo nada más en esa investigación, Marion? —preguntó Erlendur—. ¿Por qué permitieron que se cerrase el caso? Se habría podido hacer mucho más.

—¿Por qué lo dices?

—Tendrían que haber buscado en las tierras de los dos hermanos. Se consideró perfectamente creíble que el desaparecido nunca apareció por allí. No hubo la más mínima duda al respecto. Todo era claro y simple, y se tomaba como indudable que el hombre se había quitado la vida o que se había ido a cualquier otro sitio del país y que volvería a la capital cuando le viniese bien. Pero nunca volvió, y yo no estoy seguro de que se hubiera suicidado.

—¿Crees que le mataron los dos hermanos?

—Quiero comprobarlo. El cabeza de chorlito murió, pero el hermano mayor vive en una residencia de ancianos de Reikiavik, y yo diría que es capaz de agredir a cualquiera con el más mínimo pretexto.

—¿Y qué motivo podía existir? —preguntó Marion—. Sabes que no tienes nada firme. El hombre iba a venderles un tractor. No tenían ningún motivo para matarle.

—Lo sé —respondió Erlendur—. Si efectivamente le mataron, sería porque sucedió algo cuando el hombre llegó a su casa. Se desencadenó una serie de acontecimientos, quizá por pura casualidad, que llevó a la muerte del desaparecido.

—Erlendur, no te obceques —dijo Marion—. Eso es pura imaginación. Deja ya esta tontería.

—Sé que no tengo nada firme, y tampoco tengo cadáver, y sé que han pasado muchos años, pero aquí hay algo que no cuadra y quiero saber qué es.

—Siempre hay algo que no encaja, Erlendur. Nunca puedes hacer cuadrar todas las columnas. La vida es demasiado complicada, y nadie debería saberlo mejor que tú. ¿De dónde iba a sacar el granjero un aparato ruso de escucha con el que hundir a ese hombre en el lago Kleifarvatn?

—Ya lo sé, podía tratarse de un caso distinto y sin relación ninguna.

Marion miró a Erlendur con ojos interrogantes. Que los policías se interesaran enormemente por un caso que estaban investigando y se sintieran absorbidos por él no era nada nuevo. Le había pasado a Marion muchas veces, y sabía que Erlendur solía tomarse muy a pecho los casos más complicados. Tenía un talento que no estaba al alcance de todos, y que era al mismo tiempo una bendición y una maldición para él.

—El otro día me hablaste de John Wayne —dijo Erlendur—. Cuando estuvimos viendo el western.

—¿Ya has estado investigando? —preguntó Marion.

Erlendur asintió. Había preguntado a Sigurdur Óli, que conocía bien Estados Unidos y sabía un montón sobre sus personajes famosos.

—También él se llamaba Marion —dijo—. ¿No era eso? Los dos compartís el mismo nombre.

—Es curioso, ¿no te parece? —comentó Marion—. Porque yo soy como soy.

Benedikt Jónsson, el antiguo vendedor de maquinaria agrícola, recibió a Erlendur en la puerta y le invitó a entrar. La visita de Erlendur se había retrasado. Benedikt estaba pasando unos días en casa de su hija, que vivía cerca de Copenhague. Así que acababa de volver al país y sus palabras daban a entender que le habría gustado quedarse allí más tiempo. Dijo que se sentía estupendamente en Dinamarca.

Erlendur asintió en los momentos adecuados mientras Benedikt hablaba y hablaba de Dinamarca. Era un viudo que parecía vivir una vida estupenda; era más bien bajo y con dedos cortos y gruesos, rostro redondo, rubicundo y con expresión ingenua. Vivía solo en un pequeño y elegante chalé. Erlendur se dio cuenta de la presencia de un todoterreno Mercedes, bastante nuevo, delante del garaje. Pensó que, probablemente, el viejo presidente de la empresa había tenido la precaución de ahorrar para los años de su vejez.

—Sabía que un día u otro tendría que responder a preguntas sobre ese hombre —dijo Benedikt al fin, entrando en materia.

Era como si hubiese agotado el depósito de cortesías.

—Sí, he venido por Leopold —afirmó Erlendur.

—Todo fue de lo más misterioso. Tenía que llegar el momento en que alguien se pusiera a darle vueltas al asunto. Probablemente debería de haberos contado la verdad en su momento, pero...

—¿La verdad?

—Sí —dijo Benedikt. ¿Puedes decirme por qué andáis preguntando ahora por ese hombre? Mi hijo me dijo que le habías hecho algunas preguntas a él también, y cuando hablamos por teléfono no fuiste muy explícito. ¿A qué viene ese interés por él ahora? Yo creía que habíais investigado el caso en su día y que lo habíais cerrado. En realidad, eso era lo que esperaba.

Erlendur le habló del esqueleto encontrado en Kleifarvatn, y que la desaparición de Leopold era una de las diversas desapariciones que estaba investigando la policía en relación con el hallazgo.

—¿Le conocías personalmente? —preguntó Erlendur.

—¿Personalmente? No, no mucho, en realidad. Tampoco es que vendiera mucho en el tiempo que pasó con nosotros. Si la memoria no me engaña, sí que era muy aplicado a la hora de irse a viajar por el país. Todos mis vendedores salían mucho de viaje, vendíamos maquinaria agrícola y de construcción, pero nadie viajaba tanto como Leopold y nadie vendía menos que él.

—¿De modo que no ganaste mucho con él? —preguntó Erlendur.

—Para empezar, yo no quería contratarle —dijo Benedikt.

—¿Ah, no?

—Sí, bueno, no, no eso es lo que quiero decir. En realidad me obligaron a hacerlo. Tuve que poner en la calle a un hombre mucho mejor para poderle contratar

a él. Esta empresa no fue nunca muy grande.

—Espera, repite lo que has dicho. ¿Quién te obligó a contratarle?

—Dijeron que no podía contárselo a nadie, de modo que... no sé si debo soltarlo ahora. No me gustaban nada los secretos que se traían. No me van los secretos.

—Hace muchísimos años ya —dijo Erlendur—. Nadie te va a perseguir judicialmente ahora.

—No, supongo que no. Me amenazaron con darle el negocio a otro. Me amenazaron sin disimulo si no contrataba a aquel hombre. Era como si hubiese topado con la mafia.

—¿Quiénes te obligaron a contratar a Leopold?

—El distribuidor de Alemania, o de Alemania Oriental, como se llamaba entonces. Tenían unos tractores estupendos que eran mucho más baratos que los americanos. Y buldóceres y excavadoras. Vendíamos mucho ese material, aunque no era tan refinado como los de Ferguson y Caterpillar.

—¿Podían decidir ellos a quién tenías que contratar en tu empresa?

—Me amenazaron —dijo Benedikt—. ¿Qué iba a hacer yo? No podía hacer nada. Así que contraté a aquel hombre, faltaría más.

—¿Te dieron alguna aclaración de por qué tenías que contratar a ese hombre en particular?

—No. Ninguna. Nada de explicaciones. Le contraté sin conocerle. Dijeron que sería por un tiempo limitado y, como he dicho, no pasaba mucho tiempo en la ciudad, siempre viajando de un extremo a otro del país.

—¿Un tiempo limitado?

—Dijeron que no necesitaba trabajar mucho tiempo en la empresa. Y pusieron una serie de condiciones. No tenía que figurar en las nóminas. Tenía que cobrar un sueldo de comisionista pero pagado en dinero negro. Aquello era bastante difícil. Mi contable no paraba de ponerme pegas. Pero, eso sí, mucho dinero no era, Leopold no habría tenido suficiente para vivir, de modo que tenía que recibir otros ingresos de algún otro sitio.

—¿Cuál crees que serían los planes de esa gente?

—No tengo ni idea. Luego desapareció y no volví a oír una palabra sobre Leopold excepto por la policía.

—¿Cuando desapareció no les contaste lo que me estás contando ahora a mí?

—No se lo dije a nadie. Me amenazaron. Yo tenía a unas personas contratadas. Mi medio de vida era esta empresa. Aunque fuera pequeña, nos permitía ganarnos la vida, y además estaban empezando a montar centrales hidroeléctrica. En Sigalda y en Búrfell. Eso hacía imprescindible nuestra maquinaria. Ganamos muchísimo dinero con las centrales. Fue por esa época. La empresa creció. Tenía otros asuntos que atender.

—Así que te limitaste a olvidarlo, ¿verdad?

—Exacto. Pensé que aquello no tenía nada que ver conmigo. Como el importador

me había exigido que contratara a aquel hombre, lo hice, pero Leopold me resultaba total y absolutamente indiferente.

—¿Y tienes alguna idea de qué es lo que pudo pasarle?

—No, ninguna. Tenía que acudir a la reunión aquella en Mosfell pero no apareció, que se sepa. A lo mejor no tuvo ganas de ir o aplazó la visita para el día siguiente. No es impensable. A lo mejor tuvo que ir a hacer cualquier otra cosa.

—¿Crees que el granjero al que tenía que ir a ver pudo mentir entonces?

—De eso no tengo ni idea.

—¿Quién se puso en contacto contigo para la contratación de Leopold? ¿Él mismo?

—No, no fue él. Vino a verme un hombre de su embajada, que estaba en la calle Ægisída. Era una simple representación comercial más que una embajada lo que tenían aquí en esos años. Más tarde se hizo mucho más grande e importante. En realidad, nos reunimos en Leipzig.

—¿En Leipzig?

—Sí, íbamos siempre una vez al año, a la exposición comercial. Celebraban una gran exposición con toda clase de herramientas y maquinaria, y éramos muchos los que íbamos a ella, porque teníamos negocios con Alemania Oriental.

—El hombre que habló contigo, ¿quién era?

—No se presentó nunca.

—¿Te suena familiar el nombre de Lothar? Lothar Weiser. De Alemania Oriental.

—Nunca he oído ese nombre. ¿Lothar? No, no lo he oído nunca.

—¿Puedes describirme al hombre de la embajada?

—Fue hace mucho tiempo. Era un tanto grueso. Un hombre de lo más amable, supongo, a no ser porque me obligó a contratar al otro.

—¿No crees que habrías debido comunicar estos datos a la policía en su momento? ¿No crees que habrían podido ser útiles?

Benedikt titubeó. Luego se encogió de hombros.

—Intenté que aquel asunto no nos perjudicara, ni a mí ni a la empresa. Y pensaba que no tenía nada que ver conmigo. Aquel hombre no tenía nada que ver conmigo. En realidad, no tenía nada que ver con la empresa. Y me habían amenazado. ¿Qué iba a hacer yo?

—¿Recuerdas a su novia, a la novia del tal Leopold?

—No —dijo Benedikt, pensativo—. No, realmente no. ¿Se quedó...?

Calló como si no supiera realmente lo que iba decir de la mujer que perdió al hombre al que quería y que nunca supo nada de su destino.

—Sí —dijo Erlendur—. Se quedó terriblemente apenada. Y así sigue.

El checo Miroslav vivía en el sur de Francia, era un hombre de edad avanzada, pero con muy buena memoria. Hablaba francés, dominaba el inglés, y se mostró encantado

de hablar por teléfono con Sigurdur Óli. Quinn, el de la embajada estadounidense en Reikiavik, quien les había hablado del checo, hizo las veces de intermediario para su conversación. Tiempo atrás, Miroslav había sido juzgado por espionaje en su patria, y pasó varios años en prisión. No se le consideraba un espía destacado, ni de mediana importancia siquiera, pues había estado destinado en Islandia durante casi toda su carrera en el servicio diplomático. Él mismo no se consideraba espía. Dijo que había caído en la tentación cuando le ofrecieron dinero para que informase a un contacto en la embajada de Estados Unidos de todo lo que pudiera parecer anómalo en su propia embajada o en las de otros países de detrás del telón de acero. Nunca tuvo nada que contar. En Islandia jamás pasaba nada.

Era pleno verano. El esqueleto de Kleifarvatn había caído en total olvido con las vacaciones. Los medios de comunicación habían dejado ya, desde hacía tiempo, de recordar el hallazgo. A causa de las vacaciones, se había retrasado también la solicitud que Erlendur había presentado para buscar al hombre del Falcon en las tierras de los dos hermanos.

Sigurdur Óli había hecho una escapada de dos semanas a España, con Bergthóra, y volvió feliz y moreno. Elínborg había viajado por Islandia con Teddi y pasaron quince días en la casita de verano de su hermana, en el norte del país. Aún no se había apagado el interés por su libro de cocina, y en una breve entrevista en una revista ilustrada, en la sección «Gente en los medios de comunicación», decía que ya tenía otro en el horno, esto es, otro libro de cocina.

Y un día, a finales de julio, le dijo a Erlendur en voz baja que Sigurdur Óli y Bergthóra por fin lo habían conseguido.

—¿Por qué hablas tan bajito? —preguntó Erlendur.

—Por fin —exclamó Elínborg con un suspiro de alegría—. Me lo dijo Bergthóra. Todavía es secreto.

—¿El qué? —dijo Erlendur.

—¡Bergthóra está embarazada! —dijo Elínborg—. Lo tuvieron tan difícil. Han tenido que recurrir a la fertilización in vitro, y esta vez van a conseguirlo.

—¿Que Sigurdur Óli va a tener un hijo? —exclamó Erlendur.

—Sí —dijo Elínborg—. Pero no digas ni una palabra. No debe saberlo nadie.

—¡Pobre niño! —exclamó Erlendur con un fuerte suspiro, y Elínborg se alejó gruñendo y refunfuñando.

Resultó que, al principio, Miroslav mostró la mejor disposición para ayudarles. La conversación telefónica tuvo lugar en el despacho de Sigurdur Óli, y estaban presentes Erlendur y Elínborg. El teléfono estaba conectado a una grabadora. El día acordado, a la hora acordada, Sigurdur Óli levantó el auricular y llamó.

Tras varios tonos de llamada, una voz femenina respondió al otro lado, y Sigurdur Óli se presentó y preguntó por Miroslav. Le pidieron que esperase un momento. Sigurdur Óli miró a Erlendur y Elínborg y se encogió de hombros, como si no supiera qué esperar. Al poco se puso al teléfono un hombre que dijo ser Miroslav. Sigurdur

Óli se presentó de nuevo como inspector de la policía de Reikiavik y explicó el objeto de su llamada. Miroslav dijo al momento que sabía de qué iba el asunto. Incluso habló un poco de islandés, aunque pidió que la conversación tuviera lugar en inglés.

—Más mejor a mí —dijo.

—Sí, desde luego, ejem, es por ese funcionario de la misión comercial de Alemania Oriental en Reikiavik en los años sesenta —dijo Sigurdur Óli en inglés—. Por Lothar Weiser.

—Tengo entendido que han encontrado un cadáver en un lago y que piensan que puede tratarse de él —dijo Miroslav.

—No sabemos —dijo Sigurdur Óli—. Es sólo una posibilidad entre varias —añadió tras una breve pausa.

—¿Encuentran ustedes muchos cadáveres atados a equipos de espionaje de fabricación rusa? —preguntó Miroslav riendo. Evidentemente, Quinn le había informado bien—. No, comprendo. Comprendo que quieran ir con prudencia y no decir demasiado, y menos aún por teléfono, naturalmente. ¿Me van a pagar por esta información?

—Lo siento —dijo Sigurdur Óli—. No estamos autorizados a llegar a acuerdos de ese tipo. Nos dijeron que estaba usted dispuesto a colaborar.

—Dispuesto a colaborar, claro —repitió Miroslav—. ¿Ningún dinero? —añadió en islandés.

—No —respondió Sigurdur Óli, también en islandés—. Ningún dinero.

Se produjo un silencio en el teléfono, y se miraron unos a otros, apiñados como estaban en el estrecho despacho de Sigurdur Óli. Pasó un buen rato hasta que volvieron a oír la voz del checo. Dijo algo en voz bastante alta en una lengua que supusieron que era checo, y oyeron a lo lejos una voz de mujer que le respondía. Las voces sonaban apagadas, como si tuvieran tapado el teléfono con la mano. Se produjo otro intercambio de palabras. No sabían si era una discusión.

—Lothar Weiser era uno de los espías de Alemania Oriental en Islandia —dijo Miroslav sin más preámbulos cuando volvió al teléfono. Las palabras fluyeron como si estuviera excitado después de la breve conversación con su mujer—. Lothar hablaba islandés muy bien, lo había estudiado en Moscú; ¿lo sabía?

—Sí, claro —respondió Sigurdur Óli—. ¿Qué hacía aquí?

—Tenía credencial de agregado comercial. Como todos.

—¿Pero era otra cosa? —preguntó Sigurdur Óli.

—Lothar no trabajaba para la misión comercial sino para el servicio secreto de Alemania Oriental —dijo Miroslav—. Su especialidad era conseguir personas que se pusieran a su servicio. Y era un genio en esa actividad. Utilizaba toda clase de métodos y era un maestro en aprovechar los puntos débiles de la gente. Obligaba a la gente a trabajar para él. Hacía chantaje. Utilizaba prostitutas. Todos lo hacían. Tomaban fotos que podían poner a los hombres en dificultades. ¿Entiende usted adónde voy? Era increíblemente imaginativo.

—¿Tenía, cómo llamarlos, colaboradores, aquí en Islandia?

—Ninguno que yo sepa, pero eso no significa que no los tuviera.

Erlendur cogió un papel y un bolígrafo de la mesa y empezó a escribir algo que se le había pasado por la cabeza.

—¿Tenía alguna amistad realmente íntima con alguna islandesa? ¿Lo recuerda? —preguntó Sigurdur Óli.

—No conozco bien sus relaciones de amistad con islandeses. No le conocía demasiado.

—¿Puede describirnos más exactamente a Lothar?

—Lo único destacable de Lothar era él mismo —respondió Miroslav—. No le importaba a quién engañaba si eso le beneficiaba de algún modo. Tenía muchos enemigos, y seguramente muchos habrían querido verle muerto. Por lo menos era eso lo que oí.

—¿Sabe personalmente de alguien que deseara su muerte?

—No.

—Y qué puede decirme del aparato ruso, ¿de dónde podría haber salido?

—De cualquier embajada de los países comunistas en Reikiavik. Todos utilizábamos equipos rusos. Ellos los fabricaban prácticamente en exclusiva, y todas las embajadas utilizaban sus equipos. Emisoras y receptores y equipos de escucha y también aparatos de radio y unos espantosos televisores rusos. Nos hacían cargar con aquellos trastos y estábamos obligados a comprarlos.

—Creemos que lo que hemos encontrado es un equipo de escucha y que se utilizaba para seguir las comunicaciones del ejército norteamericano en el aeropuerto de Keflavík.

—En realidad, eso era lo único que hacíamos —dijo Miroslav—. También escuchábamos lo que decían otras embajadas. Y, naturalmente, el ejército norteamericano tenía bases por todo el país. Pero no quiero hablar de eso. Según me dijo Quinn, lo que les interesaba a ustedes era solamente la desaparición de Lothar en Reikiavik.

Erlendur pasó la nota a Sigurdur Óli, quien leyó la pregunta que se le había ocurrido a Erlendur.

—¿Sabe usted por qué enviaron a Lothar a Islandia? —preguntó Sigurdur Óli.

—¿Por qué? —dijo Miroslav.

—Tenemos entendido que este lugar tan apartado no figuraba entre los destinos favoritos de los diplomáticos —comentó Sigurdur.

—Para nosotros, que veníamos de Checoslovaquia, no estaba tan mal —dijo Miroslav—. Pero no sé si Lothar pudo cometer algún error y le enviaron a Islandia por ello, si es eso a lo que se refiere. Sé que en una ocasión le expulsaron de Noruega. Los noruegos descubrieron que estaba intentando captar a un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores para que trabajase para él.

—¿Qué sabe usted de la desaparición de Lothar? —preguntó Sigurdur Óli.

—La última vez que le vi fue en una recepción en la embajada soviética. Fue poco antes de enterarnos de su desaparición. Era el año 1968. Naturalmente eran malos tiempos, a causa de los sucesos de Praga. Durante la recepción, Lothar estuvo recordando la sublevación de Hungría en 1956. Sólo pude oír unas pocas palabras de lo que decía, pero me acuerdo bien porque lo que decía le describía muy bien a él mismo.

—¿Y qué era? —preguntó Sigurdur Óli.

—Hablaban de los húngaros que conoció en Leipzig —dijo Miroslav—. Sobre todo de una chica que solía ir con los estudiantes islandeses de la ciudad.

—¿Y qué recuerda que dijo? —preguntó Sigurdur Óli.

—Dijo que sabía cómo había que tratar a esos disidentes, a esos levantiscos de Checoslovaquia. Había que cogerlos a todos y enviarlos al Gulag. Cuando lo dijo estaba borracho, y no tengo ni idea de qué estaba hablando, pero eso era más o menos lo que decía.

—¿Y poco después se enteraron de que había desaparecido? —dijo Sigurdur Óli.

—Seguramente cometió algún error —dijo Miroslav—. O eso es lo que pensaban todos. Corrieron historias de que ellos mismos lo habían quitado de en medio. Los alemanes orientales. Que lo habían enviado a casa por valija diplomática. Podían haberlo hecho perfectamente. Nunca se inspeccionaba el correo enviado por las embajadas, y traíamos y sacábamos todo lo que nos apetecía. Las cosas más inverosímiles.

—O lo tiraron al lago —dijo Sigurdur Óli.

—Lo único que yo sé es que desapareció y que nunca se volvió a saber nada más de él.

—¿Sabe cuál es el error que pudo haber cometido?

—Pensábamos que se había pasado al otro lado.

—¿Pensaban que se había pasado?

—Que se había vendido a los otros. Sucedió con cierta frecuencia. Fíjense en mí. Pero los alemanes no eran tan compasivos como nosotros, los checos.

—Quiere decir que pudo vender información...

—¿Estás seguro de que no pagan nada por esto? —interrumpió Miroslav a Sigurdur Óli.

La voz femenina del fondo había vuelto, más sonora aún que antes.

—Lo siento —respondió Sigurdur Óli.

Oyeron a Miroslav decir algo, probablemente en su lengua materna. Y luego en inglés: «Ya he dicho bastante. No vuelva a llamarme». Y colgó. Se miraron unos a otros. Erlendur estiró el brazo hacia la grabadora y la apagó.

—Pero mira que eres tonto —le dijo a Sigurdur Óli—. ¿No podías soltarle una mentira? Decir que le pagábamos diez mil coronas. Cualquier cosa. ¿No podías haber intentado mantenerlo más rato al teléfono?

—Tranquilo —repuso Sigurdur Óli—. No quería decir nada más. No quería

seguir hablando con nosotros. Lo habéis oído.

—¿Hemos avanzado algo? ¿Tenemos más claro quién estaba en el fondo del lago? —preguntó Elínborg.

—No lo sé —dijo Erlendur—. Tenemos un asesor comercial de la Alemania del Este y un equipo de escucha ruso. Podría encajar.

—Yo creo que es obvio —dijo Elínborg—. Lothar y Leopold son la misma persona, y lo echaron al Kleifarvatn. Cometió algún error y tuvieron que librarse de él.

—¿Y la mujer de la lechería? —preguntó Sigurdur Óli.

—Ella no tiene la menor idea de nada —dijo Elínborg—. No sabe nada de ese hombre, excepto que era bueno con ella.

—Es posible que la mujer fuera una parte de su tapadera en Islandia —dijo Erlendur.

—Quizá —dijo Elínborg.

—Yo creo que tiene que tener algún significado que el aparato estuviera inutilizado cuando lo usaron para hundir el cuerpo —dijo Sigurdur Óli—. Como que ya no estaba en uso o que lo habían destruido.

—Estuve dándole vueltas a si el aparato tuvo que proceder necesariamente de una embajada —dijo Elínborg—. Si no habría podido llegar al país por alguna otra vía.

—¿Quién iba a querer meter de contrabando un equipo ruso de escucha? —preguntó Sigurdur Óli.

Callaron y estuvieron pensando cada uno por su lado que el caso había ido creciendo y que estaba más allá de su comprensión. Estaban acostumbrados a enfrentarse a los casos criminales islandeses, mucho más simples, en los que no había ni aparatos misteriosos ni agregados comerciales que no eran tales agregados comerciales, ni embajadas extranjeras, ni guerra fría, sino solamente la realidad islandesa, pequeña, monótona, cotidiana y a inmensa distancia del mundo criminal de otros países.

—¿No podríamos encontrar algo islandés en este caso? —preguntó finalmente Erlendur, por decir algo.

—¿Y qué hay de los estudiantes? —dijo Elínborg—. ¿No deberíamos hacer lo posible por localizarlos? ¿Por saber si alguno de ellos se acuerda del tal Lothar? Tenemos que comprobarlo.

Al día siguiente, Sigurdur Óli tenía en las manos la lista de las personas que habían estudiado en universidades de Alemania Oriental desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta 1970 incluido. Los datos procedían del Ministerio de Educación y de la embajada alemana. Se pusieron en acción, comenzando con los estudiantes que habían estado en Leipzig en los años sesenta, y fueron retrocediendo en el tiempo. No había prisa alguna, y trabajaron en el caso al tiempo que se ocupaban de otros sucesos

que les iban llegando, en su mayoría robos y atracos. Sabían cuándo había estado matriculado Lothar en la Universidad de Leipzig en los años cincuenta, pero su estancia allí podía remontarse a mucho más tiempo, así que pensaban hacerlo de modo concienzudo. Decidieron ir hacia atrás desde el momento de su desaparición de la embajada.

No querían llamar a la gente y hablar con ellos por teléfono, sino que consideraron más recomendable presentarse inesperadamente en sus casas. Erlendur opinaba que la primera reacción a la visita de la policía era de una especial importancia. Al igual que en la guerra, un ataque por sorpresa podía resultar decisivo. Un simple gesto, al decirles el objeto de la visita. Las primeras frases.

Así sucedió un día, ya avanzado el mes de septiembre, cuando en su revisión de los estudiantes islandeses habían llegado a mediados de los años cincuenta. Sigurdur Óli y Elínborg tocaron a la puerta de una mujer llamada Rut Bernhards.

De acuerdo con la información de que disponían, había interrumpido sus estudios después de año y medio en Leipzig.

Fue ella misma quien acudió a la puerta, y se quedó más que asombrada al enterarse de que eran policías los que preguntaban por ella.

Rut Bernhards miró a Sigurdur Óli y a Elínborg sin comprender cómo era posible que unos policías preguntaran por ella. Sigurdur tuvo que repetirlo tres veces hasta que ella se percató finalmente de la situación y les preguntó qué querían. Elínborg se lo explicó. Eran casi las diez de la mañana. Estaban en el descansillo de un bloque de apartamentos, no muy distinto al bloque en el que vivía Erlendur, excepto que este estaba más sucio, la moqueta más rasgada y en los pisos había un fuerte olor a humedad. Rut se quedó aún más atónita cuando Elínborg terminó de explicarle la situación.

—¿Los que estudiaban en Leipzig? —preguntó—. ¿Qué queréis saber de ellos? ¿Por qué?

—Quizá podríamos entrar un momento —dijo Elínborg—. Será muy breve.

Rut reflexionó unos segundos, aún llena de dudas, y luego les abrió la puerta. Entraron a un pequeño recibidor y de él pasaron al salón. Rut les ofreció asiento y les preguntó si querían té o alguna otra cosa, tenían que perdonarla, nunca había hablado con policías. Se dieron cuenta de su estado de confusión, de pie en la puerta de la cocina. Elínborg pensó que se sentiría más cómoda si preparaba té, así que aceptó la invitación, para desagrado de Sigurdur Óli. Él no tenía ganas de té ni de historias, y así se lo indicó con gestos a Elínborg, que se limitó a sonreírle.

Sigurdur Óli había recibido el día anterior una nueva llamada del hombre que había perdido a su mujer y su hija en un accidente de tráfico. Acababa de regresar del médico con Bergthóra; el doctor les había asegurado que el embarazo iba estupendamente, que el feto se desarrollaba bien y que no tenían por qué preocuparse. Pero las palabras del médico no les calmaron del todo. Ya le habían oído decir cosas parecidas con anterioridad. Estaban sentados en la cocina de su casa, charlando sobre el futuro sin ver las cosas del todo claras, cuando sonó el teléfono.

—Ahora no puedo hablar contigo —dijo Sigurdur Óli cuando oyó la voz de aquel hombre.

—No tenía intención de molestarte —repuso, siempre tan cortés.

Nunca se alteraba y nunca cambiaba el tono de voz. Hablaba siempre de una forma calmada y quejosa, que Sigurdur Óli atribuía a los tranquilizantes.

—No —dijo Sigurdur Óli—. No vuelvas a molestarte.

—Sólo quería darte las gracias —se excusó el hombre.

—No hace falta, yo no he hecho nada —dijo Sigurdur Óli—. No tienes que darme las gracias por nada.

—Creo que me estoy empezando a hacer a la idea —explicó el hombre.

—Eso está bien —respondió Sigurdur Óli.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—Las echo tantísimo de menos —dijo el hombre.

—Es lógico —comentó Sigurdur Óli mirando a Bergthóra.

—No voy a rendirme. Por ellas. Intentaré hacer un esfuerzo.

—Eso está bien.

—Disculpa la molestia. No sé por qué estoy siempre llamándote. Esta es la última vez.

—Perfecto.

—Tengo que mantenerme firme.

Sigurður Óli iba a despedirse cuando el hombre colgó sin previo aviso.

—¿Está mejor? —preguntó Bergthóra.

—No lo sé —dijo Sigurður Óli—. Espero que sí.

Sigurður Óli y Elínborg oyeron a Rut preparar el té en la cocina, y luego apareció con tazas y un azucarero y preguntó si lo querían con leche. Elínborg repitió lo que había dicho en la puerta, que estaban buscando a personas que hubieran estudiado en Leipzig, y añadió que era posible, pero solamente posible, repitió, que existiera algún tipo de relación con una desaparición que se produjo en Reikiavik un poco antes de 1970.

Rut la escuchó sin decir nada, hasta que la tetera empezó a silbar en la cocina. Fue allá y volvió con el té y unas pastas en un plato. Elínborg sabía que la mujer andaba por los setenta, y pensó que llevaba bastante bien su edad. Era delgada, de la misma estatura que ella, y con el pelo teñido de color castaño, el rostro alargado, con un gesto serio subrayado por las arrugas, pero con una bella sonrisa que no prodigaba mucho.

—¿Y creéis que esa persona estudió en Leipzig? —preguntó.

—No lo sabemos —dijo Sigurður Óli.

—¿A qué desaparición os referís? —preguntó Rut—. Yo no recuerdo haber oído en las noticias de nadie que... —Puso gesto serio—. Excepto lo de Kleifarvatn, la primavera pasada. ¿Quizás os referís al esqueleto de Kleifarvatn?

—Así es —respondió Elínborg con una sonrisa.

—¿Tiene relación con Leipzig?

—No lo sabemos —contestó Sigurður Óli.

—Pero algo tenéis que saber, puesto que habéis venido a hablar con una antigua estudiante de Leipzig —dijo Rut con decisión.

—Tenemos ciertos indicios —afirmó Elínborg—. No son suficientemente firmes para poder hablar demasiado al respecto, pero esperábamos que quizá tú podrías ayudarnos.

—¿Qué relación tiene todo eso con Leipzig?

—No se trata necesariamente de que el hombre del lago guarde relación alguna con Leipzig —dijo Sigurður Óli, un poco más malhumorado que hasta entonces—. Tú dejaste los estudios después de año y medio —añadió para cambiar de tema—. En Leipzig. Así que no terminaste la carrera, ¿es así?

La mujer no le respondió, echó té en las tazas y en la suya añadió leche y azúcar. Lo removió con una cucharita, pensando en otra cosa.

—¿Así que era un hombre el que estaba en el lago? Dijiste que era un hombre, ¿verdad?

—Sí —respondió Sigurdur Óli.

—Tengo entendido que eres profesora —dijo Elínborg.

—Cuando volví a Islandia entré en la Escuela Normal —explicó Rut—. Mi marido también era maestro. Los dos éramos maestros de primaria. Hace poco que nos hemos divorciado. Yo he dejado de enseñar. Ya he llegado a la edad de la jubilación. Ya no les hago ninguna falta. Cuando se deja de trabajar, es como si se hubiera dejado de vivir.

Bebió un sorbo de té, y Elínborg y Sigurdur Óli hicieron lo mismo.

—Me pude quedar con el piso —prosiguió.

—Siempre es un fastidio... —comenzó Elínborg.

Rut la interrumpió como si no esperara muestras de simpatía de una mujer desconocida en misión oficial.

—Todos éramos socialistas —dijo, mirando a Sigurdur Óli—. Todos los que estuvimos en Leipzig. —Calló, mientras su mente retrocedía hasta aquellos años en que era joven y tenía la vida entera por delante—. Teníamos ideales —añadió, mirando a Elínborg—. No sé si habrá alguien que siga teniéndolos. Los jóvenes, me refiero. Auténticos ideales por alcanzar una vida mejor y más justa. No creo que haya nadie que piense en tales cosas hoy en día. Ahora, cada cual piensa en hacer todo el dinero posible. En esa época, nadie pensaba en ganancias ni en posesiones. No existía ese consumismo inagotable. Nadie tenía nada, excepto bellos ideales.

—Construidos sobre mentiras —dijo Sigurdur Óli—. ¿No es así, al menos en gran parte?

—No lo sé —dijo Rut—. ¿Construidos sobre mentiras? ¿Qué es una mentira?

—No, no —dijo Sigurdur Óli, que parecía tener prisa—. Me refiero a que el comunismo ha sido borrado de la faz de la tierra excepto en los lugares donde los derechos humanos no se respetan lo más mínimo, como China y Cuba. Apenas queda nadie que reconozca haber sido comunista. Es como una vergüenza. En los viejos tiempos, las cosas no eran así, ¿no?

Elínborg le miró, molesta. No podía creer que Sigurdur Óli estuviera mostrándose tan grosero con aquella mujer. Aunque en realidad no le extrañaba en absoluto. Sabía que Sigurdur Óli votaba al partido conservador y a veces le había oído hablar de los comunistas islandeses como si tuvieran que hacer penitencia por haber defendido un sistema que sabían que era inútil y que, cuando triunfaba, lo único que ofrecía era dictadura y opresión. Como si los comunistas tuvieran que enmendar su pasado porque tenían que haber sabido todo lo que sucedería y porque eran personalmente responsables de las mentiras. Quizá consideraba a Rut un blanco más accesible. Quizá su paciencia se había agotado.

—Tuviste que abandonar los estudios —se apresuró a decir Elínborg para reconducir la conversación por otros derroteros.

—No había nada más noble según nuestra forma de pensar —dijo Rut clavando los ojos en Sigurdur Óli—. Y eso no ha cambiado lo más mínimo. El socialismo en el que creíamos y en el que seguimos creyendo es el mismo socialismo que tuvo un papel fundamental en la creación del movimiento obrero, en el establecimiento de sueldos decentes, que inició la asistencia hospitalaria gratuita por si algo os sucedía a ti o a tu familia, que te educó para que pudieras llegar a ser policía, que estableció un sistema de Seguridad Social, que creó un sistema de bienestar. Pero todo eso no es nada en comparación con los valores socialistas en los que vivimos todos, tú y yo y ella, grandes y pequeños, simplemente para mantener en pie nuestra sociedad. Es el socialismo lo que nos convierte en seres humanos. ¡Así que no me vengas con bromas, muchacho!

—¿Estás segura realmente de que todo eso se debe al socialismo? —repuso Sigurdur Óli, sin dar su brazo a torcer—. Por lo que yo sé, fueron los partidos conservadores los que crearon el sistema nacional de Seguridad Social.

—Menuda gilipollez —replicó Rut.

—¿Y los soviéticos? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Qué hay de todas sus mentiras? Rut calló.

—¿Por qué piensas que tienes cuentas que ajustar conmigo? —preguntó.

—No tengo ninguna cuenta que ajustar contigo —respondió Sigurdur Óli.

—Quizá la gente consideraba necesario adoptar posturas dogmáticas —dijo Rut—. Quizás era necesario en aquellos momentos. Tú jamás podrías comprenderlo. Luego llegan otros tiempos y las ideas cambian y la gente cambia. Nada es inmutable. No comprendo esa rabia tuya. ¿A qué se debe? —Miró a Sigurdur Óli—. ¿A qué se debe esa rabia?

—Yo no tenía intención de entrar en discusiones —aseguró Sigurdur Óli—. No es eso a lo que he venido.

—¿Recuerdas a alguien en Leipzig que se llamara Lothar? —preguntó Elínborg, incómoda. Confiaba en que Sigurdur Óli pensara alguna excusa y se fuera al coche, pero siguió allí sentado, clavado a su lado en el sofá, sin apartar los ojos de Rut—. Lothar Weiser —añadió.

—¿Lothar? —dijo Rut—. Sí, pero no mucho. Hablaba islandés.

—Así es —confirmó Elínborg—. ¿Le recuerdas?

—Apenas —contestó Rut—. A veces comía con nosotros en la residencia de estudiantes. Pero nunca tuve especial relación con él. Yo echaba de menos a mi país y... las circunstancias no daban para estar demasiado feliz, el alojamiento era pésimo y... en fin..., decidí que aquello no me convenía.

—No, claro, debía de ser muy difícil vivir allí después de la guerra —dijo Elínborg.

—Era auténticamente horrible —corroboró Rut—. La reconstrucción en

Alemania Occidental iba diez veces más deprisa, porque contaban con el apoyo de las potencias occidentales. En Alemania Oriental, las cosas se hacían despacio, si es que se hacían.

—Tenemos entendido que Lothar tenía la misión de hacer que los estudiantes trabajaran para él —dijo Sigurdur Óli—. O que los vigilaba, de alguna forma. ¿Sabías algo de eso?

—A nosotros nos vigilaban —dijo Rut—. Nosotros lo sabíamos, todo el mundo lo sabía. Se denominaba vigilancia mutua, un eufemismo para el espionaje personal. La gente tenía que ir voluntariamente a informar de cualquier cosa que pudiera considerarse inapropiada en términos socialistas. Nosotros no lo hacíamos, claro. Ninguno de nosotros. Nunca noté que Lothar se dedicara a eso de forma especial, que intentara hacernos trabajar para él. Todos los estudiantes extranjeros tenían lo que se llamaba un mentor, al que podían recurrir siempre, y que les controlaba. Lothar era uno de los mentores.

—¿Mantienes contacto con tus antiguos compañeros de estudios en Leipzig? —preguntó Elínborg.

—No —contestó Rut—. Hace mucho tiempo que no veo a ninguno de ellos. No mantenemos ningún contacto, o al menos yo no sé que se mantenga. Yo dejé el partido al volver a Islandia. O quizá no es que lo dejara, sino que perdí el interés. Supongo que es lo que se llama «retirarse».

—Tenemos aquí los nombres de otros estudiantes en Leipzig en la época en que tú estuviste allí: Karl, Hrafnhildur, Emil, Tomas, Hannes...

—A Hannes le echaron de Leipzig —Rut interrumpió a Sigurdur Óli—. Por lo que sé, había dejado de asistir a las charlas y a los desfiles del Día de la Liberación, de modo que ya no encajaba en el grupo. Se esperaba que todos participáramos en esas cosas. Y además trabajábamos por el socialismo durante los veranos. En granjas y en la extracción de carbón. Tengo entendido que Hannes no estaba muy contento con lo que veía y oía. Quería terminar la carrera pero no pudo. Quizá deberíais hablar con él. Si sigue aún vivo, que no lo sé.

Miró al uno y luego a la otra.

—¿Puede ser él quien apareció en el lago? —preguntó Rut.

—No —dijo Elínborg—. No es él. Por lo que sabemos, vive en Selfoss y dirige allí un pequeño hotel.

—Recuerdo que al regresar a Islandia escribió sobre su experiencia en Leipzig, y que lo machacaron por hacerlo. Los viejos socialistas del partido. Lo declararon traidor y mentiroso. El partido conservador le recibió con los brazos abiertos como si fuera el hijo pródigo, y le tuvieron en palmitas. No puedo imaginarme que le gustara semejante cosa. Creo que simplemente quiso decir la verdad tal como la había visto, y naturalmente eso tiene sus costes. Le vi una vez hace unos cuantos años, y estaba de lo más deprimido y taciturno. Quizá creía que yo seguía militando en el partido, aunque no era así. Deberíais hablar con él. Él podría conocer mejor a Lothar. Yo

estuve allí poco tiempo.

Cuando estuvieron de nuevo en el coche, Elínborg recriminó a Sigurdur Óli por dejar que sus ideas políticas interfirieran en una investigación policial. Tenía que cerrar la boca, reprimirse y no volver a meterse de ese modo con la gente, y menos que nadie con una mujer ya mayor que vivía sola.

—¿Pero qué te pasa? —le dijo cuando el coche se alejaba del bloque de apartamentos—. Nunca te he oído hablar en semejantes términos. ¿En qué estabas pensando? Te preguntaré lo mismo que ella: ¿A qué se debe esa rabia?

—Bah, no sé —contestó Sigurdur Óli—. Mi padre era un rojo de esos que nunca llegaron a ver la luz —dijo por fin.

Era la primera vez que Elínborg le oía referirse a su padre.

Erlendur acababa de llegar a su casa cuando sonó el teléfono. Necesitó unos segundos para entender que al otro lado del hilo telefónico se hallaba Benedikt Jónsson, pero de pronto le recordó. Era el hombre que, hacía tanto tiempo, había contratado a Leopold como vendedor en su empresa.

—¿Te molesto llamándote a casa? —preguntó Benedikt cortés, una vez quedó claro quién era.

—No —respondió Erlendur—. ¿Hay algo que...?

—Es por el hombre aquel.

—¿Qué hombre? —dijo Erlendur.

—El de la embajada alemana oriental, o la delegación comercial, o lo que fuera —contestó Benedikt—. El que me dijo que tenía que contratar a Leopold y me indicó que la empresa alemana tomaría medidas si me negaba.

—Sí —respondió Erlendur—. El gordo. ¿Qué pasa con él?

—Por lo que recuerdo —dijo Benedikt—, sabía islandés. Bueno, en realidad creo que lo hablaba perfectamente.

Las semanas que siguieron a la desaparición de Ilona pasaron muy lentamente, como una pesadilla incomprensible. En la memoria formaban una tortura permanente. En todas partes encontraba malos modos y la total indiferencia de las autoridades de Leipzig. Nadie quería decirle qué había sido de ella, adónde la habían llevado, dónde la mantenían detenida, con qué acusaciones la habían arrestado, qué sección de la policía llevaba su caso. Intentó recabar la ayuda de dos de los catedráticos de la universidad, pero dijeron que ellos no podían hacer nada. Intentó que el rector de la universidad se involucrara en el asunto, pero este se negó. Intentó que el presidente de la sección de la FDJ en la universidad hiciera averiguaciones, pero la asociación de estudiantes no le hizo el menor caso.

Finalmente, telefoneó al Ministerio islandés de Asuntos Exteriores, donde le prometieron que investigarían el asunto, pero nunca se supo nada; Ilona no era ciudadana islandesa, no estaban casados, el Estado islandés no tenía ningún interés que defender en aquel caso y no existían relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. Sus amigos de la universidad, los islandeses, intentaron darle ánimos, pero estaban tan perdidos como él. No comprendían lo que estaba ocurriendo. Quizá se tratara de un simple malentendido. Ilona volvería y todo se aclararía. Lo mismo pensaban los amigos de Ilona y otros húngaros de la universidad, que se esforzaban tanto como él por conseguir respuestas. Intentaban animarle diciéndole que no perdiera los nervios, que todo terminaría por aclararse.

Consiguió saber que el mismo día habían arrestado también a otros estudiantes, aparte de Ilona. La Stasi hizo una razia en el campus de la universidad y entre los detenidos estaban los amigos de ella que asistieron a aquella reunión. Sabía que les había avisado después de que él la informara de que les estaban siguiendo y que la policía tenía fotos de todos ellos. A algunos los soltaron ese mismo día. Otros pasaron más tiempo en manos de la policía, algunos seguían en prisión cuando a él le expulsaron del país. Nadie sabía nada de Ilona.

Se puso en contacto con los padres de la chica, que ya habían tenido noticia de su detención, y que le escribieron una carta muy emotiva, preguntándole si tenía idea de qué le había sucedido a su hija. Por lo que ellos sabían, a Hungría no la habían enviado. No habían vuelto a saber nada de ella desde una semana antes de su desaparición, cuando recibieron una carta en la que no decía nada que pudiera indicar que se encontraba en peligro. Los padres le dijeron, en las cartas que le escribieron, que habían intentado que el gobierno húngaro averiguara lo que había sido de su hija en la Alemania del Este, pero no hubo ningún resultado. Las autoridades no se mostraron muy afectadas por aquella desaparición. Dada la situación reinante en el país, los funcionarios no se tomaban muy a pecho que hubieran detenido a una supuesta disidente. Los padres dijeron que no habían conseguido permiso para desplazarse a Alemania Oriental para hacer allí averiguaciones sobre la desaparición

de Ilona. Parecían totalmente desconcertados.

Les escribió para decirles que él también estaba buscando alguna explicación en Leipzig. Deseaba decirles lo que todos sabían que Ilona había estado dirigiendo un grupo clandestino que conspiraba contra el Partido Comunista y contra la FDJ, que era una sección más del partido, contra las conferencias obligatorias y contra la supresión de la libertad de expresión, asociación y prensa. Que había conseguido reunir a su alrededor a un grupo de jóvenes alemanes y que organizaba reuniones secretas. Y que no había podido protegerse. Al igual que él. Pero sabía que no podía escribir ese tipo de cartas. Todo lo que enviara sería censurado. Había de tener mucho cuidado.

En vez de eso, les dijo que no se concedería ni un minuto de descanso hasta saber qué había sido de Ilona y conseguir que la pusieran en libertad.

Dejó de asistir a la universidad. Durante el día iba de una oficina del gobierno a otra para solicitar que le recibiera algún funcionario, a fin de conseguir apoyo e información. Según pasaba el tiempo, lo hacía más empujado por su fuerza de voluntad que por una esperanza razonable, pues, una y otra vez, se puso de manifiesto que nadie le daba respuesta alguna. Por las noches daba vueltas como un león enjaulado por la habitación que habían compartido, su mente atormentada por la angustia. Apenas dormía, se pasaba unas pocas horas seguidas en un duermevela. Paseaba nervioso por el cuarto, con la esperanza de que ella apareciese de pronto, de que aquella tortura acabase por fin, que pudieran estar juntos de nuevo. Daba un respingo con cualquier ruido que le llegaba desde la calle. Si se acercaba un coche, se asomaba a la ventana. Si se oía un crujido en cualquier lugar de la casa, se quedaba quieto, escuchando con toda atención, pensando que a lo mejor era ella. Pero nunca era ella. Y entonces comenzaba un nuevo día en el que se sentía tan horriblemente solo, tan horriblemente solo e indefenso en el mundo.

Finalmente consiguió reunir fuerzas para escribir a los padres de Ilona una nueva carta en la que les contaba que su hija estaba embarazada de él. Creía oír su llanto dolorido con cada letra que tecleaba en la vieja máquina de escribir de Ilona.

Ahora, después de tantos años, allí estaba con sus cartas en las manos, leyéndolas de arriba abajo y sintiendo de nuevo la ira que se traslucía en ellas, y más tarde la desesperación y la incomprensión. Nunca volvieron a ver a su hija. Él nunca volvió a ver a su amada.

Ilona había desaparecido de sus vidas de forma total y absoluta.

Dejó escapar un pesado suspiro, como cada vez que se permitía escarbar en sus más amargos recuerdos. No importaba los años que pudieran haber pasado, la añoranza seguía siendo igual de dolorosa; la pérdida, igual de incomprendible. En los últimos tiempos evitaba imaginar cuál habría podido ser su destino. Antes se había atormentado constantemente con la idea de lo que había podido sucederle tras la

detención. Imaginaba el interrogatorio. Imaginaba la celda al lado del pequeño despacho en el edificio principal de la Policía Política. ¿La habían tenido allí encerrada? ¿Por cuánto tiempo? ¿Había sentido miedo? ¿Se había resistido? ¿Había llorado? ¿Le habían pegado? ¿Cuánto tiempo había permanecido allí, o donde fuera que la hubieran metido? Y, naturalmente, la peor de todas las preguntas: ¿cuál fue su destino?

Durante años enteros había estado dando vueltas a aquellas preguntas, que asumieron prioridad sobre todo lo demás en su vida. No se casó ni tuvo hijos. Intentó permanecer todo el tiempo posible en Leipzig, pero tenía abandonada la carrera y no tenía buenas relaciones con la policía ni con la asociación de estudiantes, de modo que no le renovaron la beca. Intentó publicar una foto de Ilona y una nota sobre su detención ilegal en el periódico de la asociación y en los diarios de la ciudad, pero en ningún sitio le hicieron el menor caso, y finalmente le obligaron a abandonar el país.

Existían diversas posibilidades, a juzgar por lo que leyó más tarde, cuando supo de lo sucedido a los opositores en todos los países del este de Europa en aquellos tiempos. Ilona podía haber muerto en manos de la policía de Leipzig o de Berlín Oriental, donde se encontraban los cuarteles generales de la Stasi, o podían haberla trasladado a una prisión, como el castillo de Hoheneck, para morir allí. Aquella era la mayor cárcel de mujeres de Alemania Oriental, sólo para presas políticas. Otra famosísima prisión para disidentes era la cárcel de Bautzen II, llamada «Miseria amarilla» porque la piedra de sus paredes era de color amarillo. Allí encerraban a los culpables de «delitos contra el Estado». A muchos disidentes los soltaban al poco de arrestarlos por primera vez. Aquello se consideraba una advertencia. A otros los soltaban después de una breve estancia en prisión, sin juicio ni sentencia.

A algunos los enviaban a alguna prisión, de la que salían muchos años después, y algunos, jamás. A los padres de Ilona no les llegó ningún informe de la muerte de su hija, y vivieron durante años con la esperanza de que un día volviera; pero nunca sucedió. Sus súplicas a las autoridades húngaras y de la República Democrática Alemana fueron inútiles, nunca consiguieron información alguna de si seguía o no con vida. Simplemente era como si jamás hubiera existido.

En realidad, él contaba con poquísimos recursos, siendo como era un extranjero en un país que no conocía bien y que comprendía aún peor. Se daba perfecta cuenta de su impotencia frente al poder de las autoridades, se daba cuenta de que ya le flaqueaban las fuerzas cuando iba de oficina en oficina, de un jefe de policía a otro, de un funcionario a otro. Se negaba a rendirse. Se negaba a oír que era posible arrestar a alguien como Ilona por tener ideas que no coincidían con las ideas del poder.

Preguntó repetidas veces a Karl lo que había sucedido cuando arrestaron a Ilona. Él era el único testigo de la aparición de la policía en la casa. Había ido a buscar un

librito de un joven poeta disidente húngaro que Ilona había traducido al alemán y se lo iba a prestar.

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó a Karl por enésima vez, sentado frente a él en una mesa de la cafetería de la universidad, en compañía de Emil.

Habían pasado tres días desde la desaparición de Ilona y aún existían esperanzas de que la soltaran, y esperaba que se pusiera en contacto con él en cualquier momento, o que incluso entrara en aquel mismo instante por la puerta de la cafetería. Miraba una y otra vez hacia la puerta. Estaba fuera de sí de preocupación.

—Me preguntó si quería un té —dijo Karl—. Dije que sí, y puso agua a calentar.

—¿De qué hablasteis?

—Pues de nada en especial, de los libros que estábamos leyendo.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Era una charla intrascendente. No hablamos de nada en especial. No sabíamos que iban a detenerla poco después.

Karl le veía sufrir.

—Ilona era amiga de todos nosotros —dijo—. No lo comprendo. No comprendo lo que está ocurriendo.

—¿Y después? ¿Qué pasó después?

—Llamaron a la puerta —dijo Karl.

—Sí.

—A la puerta del apartamento. Estábamos en el cuarto de Ilona; bueno, en el de Ilona y tuyo, vamos. Llamaron con violencia y gritaron algo que no pudimos entender. Ella fue a la puerta y entraron en tromba en el momento en que abrió.

—¿Cuántos eran? —preguntó él.

—Cinco, quizá seis, no lo recuerdo exactamente, pero algo así. Llenaban la habitación. Unos iban de uniforme, como la bofia de la calle. Otros llevaban ropa de paisano. Uno de ellos era el jefe. Los demás le obedecían. Le preguntaron su nombre. Si era Ilona. Llevaban una foto. Quizá de la secretaría de la uni. No lo sé. Luego se la llevaron.

—¡Lo dejaron todo patas arriba! —exclamó él.

—Se llevaron hasta el último papel que encontraron, y algunos libros. No sé cuáles —dijo Karl.

—¿Qué hizo Ilona?

—Naturalmente, quiso saber qué era lo que querían, y se lo preguntó una y otra vez. Yo también. No le respondieron, y a mí tampoco. Yo les pregunté quiénes eran y qué querían. No respondieron. Ni me miraron. Ilona les rogó que le dejaran hacer una llamada, pero se negaron. Estaban allí para detenerla y nada más.

—¿No pudiste preguntar adónde se la llevaban? —preguntó Emil—. ¿No pudiste hacer algo?

—Era imposible hacer nada —respondió Karl, angustiado—. Tenéis que comprenderlo. No pudimos hacer nada. ¡No pude hacer nada! Habían venido a

llevársela, y se la llevaron.

—¿Estaba asustada? —preguntó él.

Karl y Emil le miraron con un gesto de compasión.

—No —dijo Karl—. No estaba asustada. Les desafió. Les preguntó qué buscaban y si ella podía ayudarles a encontrarlo. Luego se la llevaron. Me pidió que te dijera que todo iría bien.

—¿Qué dijo?

—Que yo tenía que decirte que todo iría bien. Eso es lo que dijo. Me dijo que te diera ese mensaje. Que todo iría bien.

—¿Dijo eso?

—Luego la metieron en el coche. Iban en dos coches. Salí corriendo tras ellos, pero no sirvió de nada, claro. Desaparecieron en la primera esquina. Esa fue la última vez que vi a Ilona.

—¿Qué quiere esa gente? —suspiró él—. ¿Qué le han hecho? ¿Por qué nadie quiere decirme nada? ¿Por qué nadie responde? ¿Qué piensan hacer con ella? ¿Qué pueden hacerle? —Puso los codos sobre la mesa y metió la cabeza entre las manos—. Dios mío —suspiró—. ¿Qué ha pasado?

—A lo mejor todo sale bien —dijo Emil, intentando consolarle—. A lo mejor ya está de vuelta en casa. A lo mejor vuelve mañana.

Miró a Emil con los ojos enrojecidos. Karl estaba en silencio, sentado a la mesa.

—¿Sabíais que...? No, claro que no lo sabíais.

—¿El qué? —dijo Emil—. ¿Qué es lo que no sabíamos?

—Me lo dijo justo antes de que la detuvieran. No lo sabía nadie.

—¿Qué es lo que nadie sabía? —preguntó Emil.

—Que Ilona estaba embarazada —le dijo finalmente—. Acababa de enterarse. Estábamos esperando un niño. ¿Comprendes? ¿Comprendes qué espanto? ¡Esa maldita vigilancia mutua de la puta mierda, esa mierda de los cojones! ¿Quiénes son esos tíos? ¡¿Qué clase de personas son?! ¿Por qué lucha esa gente? ¿Acaso piensan crear un mundo mejor espionando a diestro y siniestro? ¿Cuánto tiempo piensan seguir gobernando sobre la base del miedo y el desprecio a las personas?

—¿Que está embarazada? —exclamó Emil en un suspiro.

—Yo habría tenido que estar con ella, Karl, no tú —dijo él—. Nunca hubiera dejado que se la llevaran. Nunca.

—¿Me estás echando a mí la culpa? —exclamó Karl—. No se podía hacer nada. Yo no pude hacer nada.

—No —dijo él, escondiendo el rostro entre las manos para ocultar las lágrimas—. Claro que no. Claro que no fue culpa tuya.

Más tarde, cuando le hubieron notificado la expulsión de Leipzig y de la Alemania del Este, y estaba a punto de ponerse en camino, fue a buscar a Lothar por última vez y le encontró en la oficina de la FDJ de la universidad. Seguía sin saber lo que había sido de Ilona. El miedo y las preocupaciones que le habían perseguido

durante los primeros días y las primeras semanas que se pasó buscándola habían dado paso a la desesperanza y la tristeza, que habían caído sobre él como una carga insoportable.

Lothar estaba en la oficina, bromeando con dos chicas que reían cada palabra que él decía. Las dos callaron cuando entró. Le dijo a Lothar que quería hablar con él un momento.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Lothar, sin moverse.

Las dos chicas le miraron con gesto serio. Toda la alegría había desaparecido de sus rostros. Toda la universidad se había enterado del arresto de Ilona. La habían presentado como una traidora, añadiendo que la habían enviado de vuelta a Hungría. Él sabía que era mentira.

—Sólo quiero hablar contigo un momento —dijo él—. ¿Vale?

—Sabes que no puedo hacer nada por ti —respondió Lothar—. Ya te lo he dicho. Déjame en paz.

Lothar se volvió de espaldas, dispuesto a seguir haciéndoles pasar un buen rato a las chicas.

—¿Tienes tú algo que ver con la detención de Ilona? —preguntó él, hablando ahora en islandés.

Lothar siguió dándole la espalda, sin responderle. Las mujeres miraron a uno y otro.

—¿Fuiste tú quien hizo que la detuvieran? —dijo él, alzando la voz—. ¿Fuiste tú quien les dijo que era peligrosa? ¿Que había que apartarla de la circulación? ¿Que dirigía una conspiración antisocialista? ¿Que organizaba reuniones de disidentes? ¿Fuiste tú, Lothar? ¿Era esa tu misión?

Lothar hizo como que no le oía y les dijo algo a las chicas, que sonrieron como tontas. Él se acercó a Lothar y le agarró.

—¿Quién eres tú? —preguntó con frialdad—. Dímelo.

Lothar se volvió hacia él, lo apartó de un empujón, le agarró por las solapas de la chaqueta y lo empujó contra el armario que había junto a la pared, produciendo un violento sonido metálico.

—¡Déjame en paz! —rugió Lothar entre dientes.

—¿Qué le has hecho a Ilona? —preguntó él sin modificar la frialdad de su voz, sin oponer resistencia—. ¿Dónde está? Dímelo.

—Yo no hice nada —rugió Lothar—. ¡Busca más cerca, islandés de mierda!

Lothar le tiró al suelo y salió de la oficina como una tromba.

Durante el viaje de vuelta a Islandia, se enteró de la noticia de que el ejército soviético estaba reprimiendo el levantamiento producido en Hungría.

Oyó el viejo reloj de pared dar las campanadas de medianoche y volvió a poner las cartas en su sitio.

Siguió por televisión los acontecimientos de la caída del muro de Berlín y la reunificación de Alemania. Vio las imágenes de la gente trepando al muro y golpeándolo con mazas y picos, como para destruir la inhumanidad que lo había levantado.

Cuando la unificación de los estados alemanes se hubo hecho realidad y él mismo se consideró preparado, viajó a la antigua RDA por primera vez desde que estuvo allí estudiando. Esta vez sólo necesitó medio día para llegar. Voló a Fráncfort y desde allí tomó un vuelo de enlace a Leipzig. En el aeropuerto tomó un taxi que le llevó al hotel. Comió solo en el hotel, que estaba a escasa distancia del centro y del barrio universitario. No había mucha gente en el comedor, dos matrimonios de edad avanzada y algunos hombres de mediana edad. Vendedores, quizá, pensó. Uno de ellos le saludó con un movimiento de la cabeza cuando sus miradas se cruzaron.

Al atardecer fue a dar un largo paseo y recordó su primera caminata por la ciudad, la noche de su llegada para estudiar allí, y pensó en los cambios que había sufrido el mundo. Su residencia, la vieja villa, había sido reconstruida y le habían devuelto su aspecto original, y en ella se alojaban las oficinas centrales de una gran empresa extranjera. En la oscuridad de la noche, el antiguo edificio de la universidad resultaba más opresivo de lo que recordaba. Fue hacia el centro y pasó junto a la iglesia de San Nicolás. No era católico, pero encendió una vela en recuerdo de los caídos. Siguió por la vieja plaza Karl Marx y desde allí hasta la iglesia de Santo Tomás, y contempló la estatua de Bach, ante la cual habían estado tantas veces los dos juntos.

Una anciana se acercó a él y quiso venderle flores. Él le sonrió y compró un ramito.

Poco después siguió hacia el lugar donde tantas veces se había acercado mentalmente, despierto y en sueños. Se alegró al comprobar que la casa seguía en pie. Estaba bastante remozada y había luz en las ventanas. No se atrevió a asomarse, aunque ardía en deseos de hacerlo, pero pensó que allí viviría alguna familia. El resplandor de una televisión llegaba desde lo que en tiempos era el saloncito de la anciana que perdió a sus hombres en la guerra. Seguramente, todo sería muy distinto en el interior. A lo mejor, el hijo mayor vivía en la habitación que había sido de ellos.

Besó el ramito de flores, lo dejó junto a la puerta e hizo sobre él la señal de la cruz.

Unos años antes había ido a Budapest, donde conoció a la anciana madre de Ilona, y también a sus hermanos. El padre había muerto sin haber podido saber nada del destino de su hija. Se pasó un día entero con la anciana, que le mostró fotografías de Ilona de pequeña y hasta su época de estudiante universitaria. Los hermanos, que habían alcanzado ya una edad madura, semejante a la suya, le dijeron lo que ya sabía, que su búsqueda de respuestas sobre lo sucedido a Ilona no había logrado ningún resultado. Notó la amargura de sus palabras y la desesperanza que se había adueñado de ellos desde hacía ya muchos años.

Al día siguiente de su llegada a Leipzig fue al antiguo cuartel general de la Policía

Política en la ciudad. Allí estaba, en el mismo edificio que conoció él mientras estudiaba allí, en Dittrichring 24. Pero ahora no había policías en el mostrador de la recepción, sino una mujer joven que le sonrió y le entregó un folleto informativo. Él hablaba todavía un alemán muy decente, le dio los buenos días y dijo que estaba de paso por la ciudad y que le gustaría conocer aquel lugar. Otras personas entraban desde la calle con sus mismos planes, entrando y saliendo sin que nadie las molestara, las puertas estaban abiertas para todos los que tuvieran interés en ver el edificio. La joven notó por su acento que no era alemán, y le preguntó de dónde era; él se lo dijo. La joven le explicó que habían creado un museo en las antiguas oficinas de la Stasi. Le invitó a asistir a una conferencia que estaba a punto de empezar, y a pasear después por el edificio. Le acompañó al corredor de los despachos, donde habían dispuesto unas sillas, que estaban todas ocupadas. Había más oyentes junto a las paredes. La conferencia trataba de los escritores detenidos como disidentes en los años setenta.

Al terminar la charla fue a los despachos donde le habían amenazado Lothar y el hombre del bigote espeso. La celda anexa estaba abierta, y entró. Le acudió a la mente la idea de que Ilona podía haber estado allí. Todas las paredes de la celda estaban llenas de grafitis e inscripciones; imaginó que los detenidos los habían hecho con una cuchara.

Había presentado una solicitud formal para inspeccionar los informes en la Oficina de Control que se había creado tras la caída del muro. Allí ayudaban a la gente a hacer averiguaciones sobre el destino de amigos desaparecidos, o a encontrar informes sobre ellos mismos, elaborados a partir de datos proporcionados por vecinos, compañeros de trabajo, amigos y familiares, en el marco de la vigilancia mutua. Periodistas, científicos y quienes pensaban que podían figurar en los informes podían solicitar acceso a los archivos, y él lo había hecho desde Islandia mediante cartas y conversaciones telefónicas. Había que proporcionar justificaciones exhaustivas y válidas de por qué el solicitante necesitaba estudiar los informes, y qué buscaba exactamente. Él sabía que miles de grandes carpetas marrones guardaban informes que habían pasado por las trituradoras de papel en los últimos días del gobierno de la RDA, y que una gran cantidad de personas tuvo que trabajar para reconstruirlos. La cantidad de documentos era inimaginable.

Su viaje a Alemania no produjo resultado alguno. No encontró ni una mísera nota sobre Ilona, por mucho que buscó. Le dijeron que, probablemente, los informes sobre ella habrían sido destruidos. Que posiblemente la hubieran trasladado a alguna prisión o un campo de trabajo en la antigua Unión Soviética y que, de ser así, existía la posibilidad de que hubiera algo sobre ella en Moscú. Era también posible que hubiera muerto en manos de la policía de la ciudad, o en Berlín, si la habían enviado allí.

Tampoco encontró en los viejos archivos de la Stasi nada sobre el traidor que vendió a su amada a la Stasi.

Y ahora estaba allí sentado, esperando la visita de la policía. Llevaba esperándola todo el verano, y ya era pleno otoño y no había llegado todavía. Estaba convencido de que la policía tendría que llamar a su puerta tarde o temprano, y a veces pensaba cuál sería su propia reacción. ¿Haría como si no pasara nada, lo negaría todo y fingiría el más absoluto asombro? Quizá dependería de las pruebas de que dispusiesen. No tenía ni la más remota idea de lo que podría ser, pero imaginaba que si habían conseguido seguir su rastro, dispondrían de algo sólido.

Se quedó con la mirada perdida, hundiéndose una y otra vez en los lejanos años de Leipzig.

Tres palabras de la última vez que vio a Lothar seguían quemándole la mente y nunca dejarían de hacerlo. Tres palabras que lo decían todo.

Busca más cerca.

Erlendur y Elínborg no anunciaron su visita con antelación, y no sabían casi nada del hombre al que iban a ver, excepto que se llamaba Hannes y que en tiempos estudió en Leipzig. Dirigía un pequeño hotel en Selfoss y se dedicaba además al cultivo de tomates. Sabían dónde vivía y fueron directamente hasta su casa; aparcaron el coche delante de un chalé de una sola planta, que parecía idéntico a todos los demás chalés de la pequeña ciudad, con la única diferencia de que no se había pintado en mucho tiempo y que delante tenía un espacio asfaltado donde probablemente estaba previsto construir un garaje. El jardín que rodeaba la casa estaba magníficamente cuidado, con arbustos y flores, y una pequeña pajarera.

En el jardín había un hombre de algo más de setenta años, peleando con una segadora de césped. No quería ponerse en marcha, y el hombre estaba ya visiblemente cansado de tirar del cable de encendido, que volvía a esconderse en el agujero, como un largo gusano, en cuanto lo soltaba. No se dio cuenta de la presencia de los dos policías hasta que llegaron justo a su lado.

—¿Un trasto viejo? —preguntó Erlendur, mirando la segadora y dando una calada al cigarrillo.

Elínborg no le había dejado fumar en el camino. El coche de Erlendur estaba ya suficientemente guarro.

El hombre levantó la vista y les miró: dos desconocidos en su jardín. Tenía barba gris, un cabello gris que empezaba a escasear, la frente ancha y de aspecto inteligente, las cejas espesas y unos vivarachos ojos castaños. Llevaba sobre la nariz unas grandes gafas que tal vez estuvieron de moda un cuarto de siglo atrás.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—¿Tú eres Hannes? —preguntó Elínborg.

El hombre asintió, totalmente sorprendido por su visita, mirándoles con ojos interrogantes.

—¿Venís a por tomates? —quiso saber.

—Quizá —dijo Erlendur—. ¿Son buenos? Elínborg es toda una experta.

—¿No estudiaste en Leipzig en los años cincuenta? —preguntó Elínborg.

El hombre la miró sin responder. Era como si no comprendiera la pregunta y, desde luego, no entendiera el motivo de hacérsela.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre—. ¿Quiénes sois? ¿Por qué me preguntáis por Leipzig?

—Fuiste allí por primera vez en 1952, ¿no es así? —dijo Elínborg.

—Así es —preguntó el hombre, atónito—. ¿Por qué me preguntáis eso?

Elínborg le explicó que la investigación policial por el hallazgo de un esqueleto en Kleifarvatn la primavera pasada había mostrado una pista referente a estudiantes islandeses en Alemania Oriental después de la Segunda Guerra Mundial. Era sólo un detalle entre los muchos que se estaban estudiando en relación con el caso, le dijo,

aunque sin mencionar el aparato de escucha ruso.

—Yo... qué... tengo yo que... —dijo Hannes, titubeante—. ¿Qué nos afecta eso a los que estuvimos en Alemania?

—Quizá no en Alemania, sino en Leipzig, para ser más exactos —precisó Erlendur—. Estamos haciendo averiguaciones especialmente sobre un hombre llamado Lothar. ¿Te resulta familiar ese nombre? Un alemán, Lothar Weiser.

Hannes les miró atónito, como si hubiera visto un fantasma salir de la tierra de su jardín. Miró a Elínborg y después, otra vez, a Erlendur.

—No puedo ayudaros —dijo.

—Es cuestión de un momento —dijo Erlendur.

—Lo siento —se disculpó Hannes—. He olvidado todo aquello. Hace demasiado tiempo.

—Nos gustaría que... —empezó a decir Elínborg, pero Hannes la interrumpió.

—A mí gustaría que os marcharais de aquí ahora mismo —dijo—. Creo que no tengo nada que deciros. En mí no encontraréis ayuda ninguna. Hace mucho tiempo que no hablo de Leipzig y no tengo ninguna intención de volver a empezar ahora. Ya lo he olvidado todo y no pienso consentir que me sometáis a un interrogatorio. No ganaréis nada hablando conmigo.

Se puso de nuevo a manipular el cable de arranque y a remover algo en el motor del cortacésped. Erlendur y Elínborg se miraron.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Erlendur—. No tienes ni idea de lo que queremos de ti.

—No, ni quiero saberlo. Dejarme en paz.

—Esto no es un interrogatorio —dijo Elínborg—. Pero si lo prefieres, podemos citarte para un interrogatorio formal. Si es eso lo que quieres.

—¿Me estás amenazando? —espetó Hannes, levantando la mirada de la segadora.

—¿Qué problema hay en contestar un par de preguntas? —dijo Erlendur.

—No tengo por qué hacerlo si no quiero, y no pienso hacerlo. Adiós. Que paséis un buen día.

Elínborg estaba a punto de decir algo y, a juzgar por su gesto, iba a soltarle una buena bronca, pero antes de que pudiera decir nada, Erlendur la cogió del brazo y se la llevó hacia el coche.

—Si se cree que puede librarse con esa gilipollez... —empezó Elínborg en cuanto estuvieron sentados en el coche, pero Erlendur la interrumpió.

—Voy a intentar poner las cosas claras con él, y si no funciona, allá él —dijo—. Entonces mandaremos que vengán a buscarle.

Salió del coche y volvió hacia donde estaba Hannes. Elínborg le miró. Hannes había conseguido, por fin, poner la segadora en marcha, y había empezado a cortar el césped. Iba a ignorar a Erlendur, que se interpuso en su camino y apagó la máquina.

—He tardado dos horas en ponerla en marcha —gritó Hannes—. ¿A qué viene eso?

—No tenemos más remedio que hablar contigo —dijo Erlendur tranquilo—, aunque ni a ti ni a nosotros nos apetezca. Lo siento. Podemos hablar ahora y acabar enseguida, o enviar un coche a buscarte. Y nada impide que sigas sin decirnos nada, y entonces te mandaremos a buscar al día siguiente y al otro, hasta que te conviertas en uno de nuestros visitantes asiduos.

—¡No permito que nadie me presione!

—Yo tampoco —dijo Erlendur.

Estaban uno frente al otro, con la segadora entre ambos. Ninguno estaba dispuesto a ceder. Elínborg seguía en el coche, mirando la pelea de gallos, sacudió la cabeza y pensó: ¡Hombres!

—Estupendo —dijo Erlendur—. Así que nos vemos en Reikiavik.

Se dio media vuelta y se alejó de Hannes en dirección al coche. Hannes se quedó mirándole con el entrecejo fruncido.

—¿Se incluirá eso en vuestros informes? —le gritó a Erlendur mientras se alejaba—. Si acepto hablar con vosotros.

—¿Tienes miedo a los informes? —preguntó Erlendur, dándose la vuelta.

—No quiero que se me mencione. No quiero que haya informes sobre mí o sobre lo que os diga. No quiero espionajes personales.

—Perfecto —dijo Erlendur—. Yo tampoco.

—No he recordado todo eso en decenas de años —explicó Hannes—. He hecho lo posible por olvidarlo.

—¿Por olvidar qué?

—Aquellos fueron tiempos muy raros —dijo Hannes—. Hace mucho que no oía el nombre de Lothar. ¿Qué tiene él que ver con el esqueleto de Kleifarvatn?

Erlendur le miró sin responder, y así transcurrió un rato hasta que Hannes carraspeó y dijo que quizá lo mejor sería entrar en la casa. Erlendur asintió con la cabeza y le hizo una señal a Elínborg.

—Mi mujer murió hace cuatro años —dijo Hannes al abrir la puerta.

Les dijo que sus hijos iban de vez en cuando a visitarle, cuando hacían alguna excursión en coche por los páramos, y le llevaban a los nietos, pero por lo demás estaba tan tranquilo él solo, y tan feliz. Le preguntaron por las circunstancias de su vida y si llevaba mucho tiempo viviendo en Selfoss, y contestó que se había ido a vivir allí veinte años atrás más o menos. Antes había trabajado de ingeniero en una gran empresa de ingeniería, en maquinaria de centrales eléctricas, pero perdió todo interés en la ingeniería, se marchó de Reikiavik y se instaló en Selfoss, donde se encontraba muy a gusto.

Les llevó café al salón, y Erlendur preguntó por Leipzig. Hannes intentó explicarles cómo era ser estudiante universitario allí a mediados de los años cincuenta y sin darse ni cuenta estaba hablando de la penuria, el trabajo voluntario en la limpieza de ruinas, la parada obligatoria el Día de la Liberación, Ulbricht, la asistencia inexcusable a las conferencias sobre el socialismo, las discusiones de los

estudiantes islandeses sobre el socialismo que estaban viendo, las actividades contrarias al partido, la asociación de estudiantes Freie Deutsche Jugend, el poder soviético, la economía planificada, la colectivización y la vigilancia mutua que garantizaba que nadie quedara a salvo si causaba problemas, y la supresión de cualquier disidencia. Les habló de las amistades que se crearon en el grupo de islandeses, los ideales de los que hablaban, el socialismo como auténtica respuesta al capitalismo.

—No creo que haya muerto —dijo Hannes como si hubiera llegado a una especie de conclusión—. Creo que está muy activo, aunque de un modo distinto a lo que creíamos, quizás. Es el socialismo lo que nos hace soportable la vida bajo el capitalismo.

—¿Sigues siendo socialista? —preguntó Erlendur.

—Nunca he dejado de serlo —contestó Hannes—. El socialismo no tiene nada que ver con el monstruo inhumano en que lo convirtió Stalin, o con esa dictadura absurda que se practicaba en Europa Oriental.

—O sea que no todo el mundo se dedicaba a cantar alabanzas de aquel engaño —dijo Erlendur.

—No lo sé —respondió Hannes—. Yo dejé de hacerlo en cuanto vi cómo se practicaba el socialismo en Alemania Oriental. En realidad, me expulsaron por no ser suficientemente dócil. Por no querer meterme hasta el cuello en aquel sistema de vigilancia que tenían montado y que calificaban con el bonito adjetivo de «mutua». Les parecía perfecto que los hijos espieran a sus padres y les denunciaran si se desviaban de la línea del partido. Eso no tiene nada que ver con el socialismo. Eso es miedo a perder el poder. Lo que a fin de cuentas acabó por suceder, claro.

—¿Qué quieres decir con eso de meterte hasta el cuello en el sistema? —preguntó Erlendur.

—Querían que espiera a mis camaradas, a los islandeses de la universidad. Me negué. Me rebelé también contra otras cosas que veía y oía. No asistía a las conferencias obligatorias. Criticaba el sistema. No abiertamente, claro, porque nadie podía permitirse decir en voz alta nada que sonara a crítica, simplemente atacaba las carencias del sistema en un pequeño grupo de gente en la que se podía confiar. En la ciudad había grupos de disidentes, jóvenes que se reunían de forma clandestina. Me enteré de eso. ¿Es Lothar el que encontrasteis en Kleifarvatn?

—No —dijo Erlendur—. Bueno, no sabemos quién es.

—¿Y quiénes eran «ellos»? —preguntó Elínborg—. ¿Quiénes te mandaron espionar a tus camaradas?

—Lothar Weiser, por ejemplo —respondió Hannes.

—¿Por qué él? —preguntó Elínborg—. ¿Tienes idea?

—Oficialmente estaba estudiando, pero no parecía poner ningún interés en los estudios, se dedicaba a hacer lo que le apetecía. Hablaba islandés de maravilla y suponíamos que estaba allí por encargo del partido o de la asociación de estudiantes,

que venía a ser lo mismo. Sin lugar a dudas, una de sus tareas consistía en vigilar a los estudiantes e intentar hacer que colaborasen con él.

—¿Qué clase de colaboración? —preguntó Elínborg.

—Había de todo, desde luego —dijo Hannes—. Si uno sabía que alguien escuchaba emisiones de radio occidentales, iba al representante de la FDJ y le informaba. Si alguien decía que no le gustaba nada el trabajo en las ruinas o cualquier otra actividad voluntaria, se informaba también. Y luego había casos más serios, como cuando alguien se permitía airear ideas antisocialistas. Si alguien se escaqueaba del desfile el Día de la Liberación, se veía como un acto de disidencia y no como simple pereza. Igualmente, si alguien no iba a las inútiles charlas de la FDJ sobre los valores del socialismo. Era difícil vigilar tantas cosas, y Lothar era uno de los encargados. Se nos exigía que delatáramos a los demás. En realidad, no mostrabas el espíritu correcto si no delatabas alguna cosa.

—¿Y Lothar pudo pedir a otros islandeses que le proporcionaran información? —preguntó Erlendur—. ¿Es posible que pidiera a otros que espieran a sus compañeros?

—No hace falta preguntar si lo hacía, estoy seguro de que, efectivamente, lo hacía —dijo Hannes—. Me imagino que fue a todos y cada uno del grupo para intentar que aceptaran.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Había alguna contraprestación especial por mostrarse colaborador, o era puramente una cuestión ideológica? —preguntó Elínborg—. Eso de espionar a los demás, quiero decir.

—Había varias formas de recompensar a los que querían destacar. A veces, un mal estudiante que era fiel a la línea y completamente seguro políticamente, conseguía calificaciones superiores a las de un estudiante destacado con conocimientos muy superiores pero que no se mostraba activo políticamente. Así era el sistema. Cuando se expulsaba de la universidad a un estudiante indeseable, como acabó siendo mi caso, era fundamental que los demás estudiantes se pusieran del lado de los miembros del partido, para mostrar así su lealtad. Los estudiantes podían ganarse el aprecio del partido enfrentándose al facineroso, demostrando así que eran leales y que seguían la línea, para utilizar el término que se usaba entonces. La Freie Deutsche Jugend se encargaba de mantener la disciplina. Era la única asociación de estudiantes que estaba permitida, y tenían mucho poder. Estaba mal visto no participar en las reuniones. Estaba mal visto no asistir a las conferencias que organizaban.

—Has dicho que existían grupos de disidentes —dijo Erlendur—. ¿Qué...?

—Ni siquiera sé si se les puede llamar grupos de disidentes —respondió Hannes—. Eran principalmente chicos que se reunían a escuchar las emisoras de radio occidentales y hablar de Elvis y de Berlín Occidental, donde habían estado muchos de ellos, e incluso de temas religiosos, que no estaban demasiado bien vistos. Y

bueno, sí, existían auténticos grupos de disidentes que querían luchar por una sociedad libre, por una democracia plena, con libertad de prensa y de expresión. Contra ellos cargaban con dureza.

—Dijiste que, por ejemplo, Lothar Weiser te pidió que espieras para él. ¿Había otros como él? —preguntó Erlendur.

—Sí, desde luego —respondió Hannes—. Era una sociedad archivigilada, tanto en la universidad como entre los ciudadanos corrientes. Y todos temían el sistema de vigilancia. Los más ortodoxos participaban por convicción, los más tibios intentaban sortear la situación y vivir como si fuera un fastidio inevitable, pero creo que no era yo el único, ni mucho menos, que pensaba que aquello era lo contrario de todo lo que significa el socialismo.

—¿Sabes de alguien que hubiera podido trabajar para Lothar, alguien del grupo de islandeses?

—¿Por qué queréis saber eso? —preguntó Hannes.

—Tenemos que saber si mantenía contacto con islandeses cuando estuvo destinado aquí como agregado comercial en los años sesenta —respondió Erlendur—. Es algo totalmente rutinario. No estamos intentando espionar a nadie, sólo reuniendo información que pueda tener alguna relación con el esqueleto encontrado.

Hannes les miró.

—No sé de ningún islandés que tuviera interés por el sistema, excepto Emil, quizá —dijo—. Creo que él no era lo que parecía. Se lo dije a Tomas en su momento, cuando me preguntó eso mismo. En realidad, fue mucho después. Me vino a ver y me hizo exactamente la misma pregunta.

—¿Tomas? —repitió Erlendur. Recordó el nombre en la lista de estudiantes en la RDA—. ¿Sigues en contacto con las personas que estudiaron en Leipzig contigo?

—No, no estoy en contacto con ellos y no lo he estado nunca —respondió Hannes—. Tomas y yo, en cambio, teníamos en común que a los dos nos habían expulsado de la universidad. Al igual que yo, él volvió a Islandia antes de terminar la carrera. Lo expulsaron de Leipzig. A su regreso me localizó, vino a verme y me habló de su novia, una chica húngara llamada Ilona. Yo la conocía un poco. Diciéndolo con suavidad, no seguía escrupulosamente la línea del partido. Procedía de un entorno algo diferente. Las cosas eran más libres en Hungría en aquel entonces. Los jóvenes habían empezado a expresar su opinión sobre el poder soviético, que lo dirigía todo en Europa Oriental.

—¿Por qué te habló de ella? —preguntó Elínborg.

—Estaba deshecho cuando vino a verme —dijo Hannes—. Parecía una sombra de sí mismo. Yo le recordaba siempre tan ufano, tan seguro, tan lleno de los ideales del socialismo. Luchaba por ellos. Era de una familia inserta desde siempre en el movimiento obrero.

—¿Por qué estaba tan deshecho?

—Porque la chica había desaparecido —respondió Hannes—. La habían detenido

en Leipzig y nunca más la volvió a ver. Aquello había acabado con él por completo. Me contó que Ilona estaba embarazada cuando desapareció. Me lo dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Y volvisteis a veros alguna otra vez? —preguntó Erlendur.

—En realidad fue bastante extraño que viniera después de tantos años y recordara estas cosas. Yo ya lo tenía todo olvidado, pero saltaba a la vista que Tomas no había olvidado nada. Lo recordaba todo. Hasta el último detalle, como si hubiera sucedido ayer.

—¿Qué es lo que quería? —preguntó Elínborg.

—Me estuvo preguntando por Emil —dijo Hannes—. Si trabajaba para Lothar. Si había existido una conexión entre ambos. Yo no sabía por qué me lo preguntaba, pero le dije que tenía la certeza de que Emil tenía mucho interés en ganarse la consideración de Lothar.

—¿Por qué esa certeza? —preguntó Elínborg.

—Emil era muy mal estudiante y en realidad su sitio no era la universidad, pero sí que era un buen socialista. Todo lo que decíamos nosotros le llegaba por el camino más directo a Lothar, y Lothar se encargaba de que Emil tuviera una buena beca y estupendas calificaciones. Tomas y Emil eran muy buenos amigos.

—¿De dónde procedía tu certeza? —repitió Erlendur.

—Me lo dijo el catedrático de ingeniería al despedirnos. Cuando me echaron. Le dolía que no pudiera acabar la carrera. Me dijo que no se hablaba de otra cosa entre los profesores. A los profesores no les gustaban demasiado los estudiantes como Emil, pero no podían hacer nada. Tampoco a todos les gustaban demasiado los tipos como Lothar. El catedrático dijo que Emil tenía que ser valioso para Lothar, porque difícilmente podía encontrarse un alumno más flojo, pero Lothar hacía llegar mensajes al rectorado de la universidad en los que decía que no se le podía suspender. Todo llegaba a través de la FDJ, y el que estaba detrás era Lothar. —Hannes calló—. Emil era el más duro de todos nosotros —dijo entonces—. Un comunista y estalinista inflexible.

—Por qué... —comenzó a preguntar Erlendur, pero Hannes prosiguió como si tuviera la cabeza en otro sitio, otra vez en Leipzig, en los años en que era un joven estudiante.

—Nos pilló tan por sorpresa —continuó, con la mirada perdida—. Todo ese sistema. Nos encontramos con la dictadura absoluta del partido, con el miedo y la opresión. Algunos intentaron explicárselo luego al partido de aquí, al volver a Islandia, pero no consiguieron nada. Yo siempre pensé que el socialismo de la RDA era una especie de continuación del nazismo. La gente, desde luego, estaba aplastada por la bota soviética, pero enseguida empecé a pensar que el socialismo aquel no era más que otra forma de nazismo.

Hannes se aclaró la garganta y les miró. Los dos tuvieron la sensación de que le costaba hablar de la época de sus estudios en Leipzig. No parecía habituado a recordar sus años allí. Erlendur le había obligado a sentarse junto a ellos.

—¿Hay algo más que queráis saber? —preguntó.

—El tal Tomas llega muchos años después de su estancia en Leipzig y te pregunta por Emil y Lothar y tú le dices que tienes la certeza de que los dos estaban conchabados —dijo Erlendur—. Que Emil trabajaba para él en esa importantísima vigilancia de los estudiantes.

—Sí —respondió Hannes.

—¿Por qué preguntó por Emil, y quién es el tal Emil?

—No me lo dijo, y yo sé muy poco sobre Emil. Lo último que supe es que vivía en el extranjero. Creo que vivió fuera todo el tiempo, desde que estuvimos en Alemania. Creo que nunca volvió a Islandia. Hace años me encontré a uno de los estudiantes de Leipzig, uno que se llama Karl. Había ido de excursión por Skaftafell, al igual que yo, y nos pusimos a recordar todo aquello, y él me dijo que creía que Emil había decidido instalarse en el extranjero cuando terminó la carrera. Desde entonces ni le había visto ni había oído nada de él.

—¿Y de Tomas, sabes algo de él? —preguntó Erlendur.

—No, en realidad, no. Estudió ingeniería en Leipzig, pero nunca ejerció de ingeniero, por lo que yo sé. Le expulsaron de la universidad. No volví a verle excepto cuando volvió de Alemania, y esa vez que vino a preguntar por Emil.

—Cuéntanoslo —le rogó Elínborg.

—Es que no hay mucho que contar. Vino y hablamos de los viejos tiempos.

—¿Por qué estaba tan interesado por el tal Emil? —preguntó Erlendur.

Hannes les miró.

—Será mejor que prepare más café —dijo. Y se levantó.

Hannes les contó que años atrás vivió en una casa adosada nueva en el barrio de Vogar, en Reikiavik. Una tarde sonó el timbre de la puerta. Cuando abrió, vio a Tomas en la escalera. Era otoño y fuera soplaba un viento gélido que agitaba los árboles del jardín mientras un auténtico diluvio caía sobre la casa. Hannes tardó un tiempo en darse cuenta de quién era la persona que había llegado de visita, y se llevó una enorme sorpresa al reconocerle. Su asombro fue tal que ni siquiera le invitó a entrar para guarecerse de la lluvia.

—Perdona que venga a molestarte de esta forma —dijo Tomas.

—No, no pasa nada —contestó Hannes, recuperando por fin el sentido de la realidad—. Hace un tiempo horrible. Ven, entra, por favor.

Tomas se quitó el abrigo y saludó a su mujer, y sus hijos se asomaron para mirar

al huésped, que les sonrió. Hannes tenía un pequeño despacho en el sótano de la casa e invitó a Tomas a bajar con él después de tomar una taza de café y charlar un rato sobre el tiempo. Notó que había algo que le tenía muy preocupado. Tomas no estaba tranquilo. Estaba inquieto y aparentemente un tanto incómodo de haberse presentado de aquel modo en casa de unas personas a las que en realidad apenas conocía. En Leipzig no habían sido íntimos. La esposa de Hannes nunca había oído el nombre de Tomas.

En cuanto estuvieron en el sótano empezaron a recordar los años de Leipzig, sabían lo que había sido de algunos de sus compañeros, pero de otros no tenían ni idea. Hannes se percató de que Tomas estaba tanteando el terreno antes de entrar en materia y pensó que se habrían podido llevar bien. Recordó la primera vez que le vio en la biblioteca de la universidad. Recordó su cortés timidez y la claridad con que había hablado de sus ideas. Era un joven socialista en cuyas opiniones no cabía sombra de duda.

Conocía perfectamente la desaparición de Ilona y recordaba la visita de Tomas, recién llegado de Alemania Oriental, convertido en un hombre distinto al que había sido, y le contó lo sucedido. Le compadeció. Había enviado a Tomas una carta que escribió lleno de furia, echándole la culpa de que le expulsaran de Leipzig, pero cuando se le pasó la rabia y volvió a Islandia, se dio cuenta de que no había sido culpa de Tomas, sino de él mismo, por haber alzado el puño contra el sistema. Tomas empezó a hablar de la carta y dijo que no podía quitársela de la cabeza. Él le dijo que se olvidara de ella, que la había escrito en un estado de completa irritación y que nada de lo que decía era verdad. Se reconciliaron. Tomas dijo que se había puesto en contacto con la dirección del partido, por Ilona, y que le habían prometido preguntar a la RDA. Le echaron un tremendo rapapolvo por haber hecho que le expulsaran, abusando así de su posición y de la confianza que habían puesto en él. Dijo que sí a todo y dio muestras de profundo arrepentimiento. Les dijo todo lo que querían oír. Su único objetivo era ayudar a Ilona. No sirvió de nada.

Tomas dijo que había oído que Ilona y Hannes habían estado juntos un tiempo, y que Ilona quería casarse para poder salir del país. Hannes dijo que era la primera vez que oía semejante cosa. Añadió que había asistido a varias reuniones y había visto a Ilona en ellas, pero luego perdió todo interés por la política. Y allí estaba Tomas otra vez, en su casa. Habían pasado doce años desde su último encuentro. Empezó a hablar de Lothar, por fin parecía entrar en materia.

—Quería preguntarte por Emil —dijo Tomas—. Sabes que éramos buenos amigos en Alemania.

—Sí, lo sabía.

—¿Es posible que Emil... que, digamos, tuviera alguna relación especial con Lothar?

Movió la cabeza en señal de asentimiento. No quería hablar de la gente a sus espaldas, pero entre él y Emil no había existido nunca amistad alguna, y creía saber

quién era Emil realmente. Le contó a Tomas lo que había dicho el catedrático sobre Emil y Lothar. Que aquello había sido la confirmación de lo que ya sospechaba. Que Emil participaba activamente en la vigilancia mutua y que se aprovechaba de su lealtad al partido y a la asociación de estudiantes.

—¿Pensaste en algún momento que Emil hubiera podido estar involucrado en tu expulsión? —preguntó Tomas.

—Era imposible saberlo. Cualquiera pudo haberme delatado a la FDJ, y no uno ni dos. Yo te eché la culpa a ti, como sabes bien. Te escribí la carta aquella. Es tan complicado hablar con la gente cuando no sabes lo que puedes decir y lo que no. Pero no me he dedicado a darle vueltas al asunto. Para mí, está enterrado y olvidado.

—¿Sabías que Lothar está aquí, en Islandia? —preguntó Tomas, de repente.

—¿Lothar? ¿Aquí? No.

—Está aquí en no sé qué puesto de la embajada de la Alemania Oriental, es funcionario o algo por el estilo. Me lo encontré por casualidad, bueno, no me lo encontré, sólo le vi. Iba camino de la embajada. Yo iba paseando por Ægisída, vivo en Vesturbær. Él no me vio. Estaba a cierta distancia de él, pero allí estaba, vivito y coleando. Una vez, cuando le acusé de la desaparición de Ilona, me dijo que buscara más cerca, y no le comprendí. Creo que ahora comprendo lo que quería decir.

Callaron.

Miró a Tomas y se dio cuenta de lo solo y triste que estaba aquel antiguo compañero de estudios, y deseó poder hacer algo por él.

—Si puedo ayudarte con... ya sabes, si puedo hacer algo por ti...

—¿Dijo eso el catedrático, que Emil estaba conchabado con Lothar y que se beneficiaba de ello?

—Sí.

—¿Sabes qué fue de Emil? —preguntó Tomas.

—¿No vive en el extranjero? Creo que después de acabar la carrera no volvió a Islandia.

Estuvieron un buen rato en silencio.

—Esa historia de Ilona y yo que mencionaste, ¿quién te la contó? —preguntó Hannes.

—Lothar —respondió Tomas.

Hannes titubeó.

—No sé si debo contártelo o no —dijo por fin—, pero poco antes de marcharme de allí oí una cosa algo distinta. Tú estabas tan afectado al volver de Alemania, que no quise andarme con dimes y diretes. Ya había habido suficiente. Pero tengo entendido que Emil bebía los vientos por Ilona, antes de que empezara a ser pareja vosotros dos.

Tomas se quedó mirándole.

—Eso era lo que oí decir —continuó Hannes, que vio que Tomas palidecía—. No tiene por qué haber ni pizca de verdad.

—¿Me estás diciendo que fueron pareja antes de que Ilona y yo...?

—No, sólo que a él le gustaba Ilona y estuvo intentando camelarla. No hacía más que dar vueltas a su alrededor, la acompañaba a la limpieza de ruinas y...

—¿Emil e Ilona? —suspiró Tomas, incrédulo e incapaz de asimilar aquella noticia.

—Él lo estuvo intentando, es lo único que oí decir —se apresuró a añadir Hannes, que ya se estaba arrepintiendo de habérselo contando.

Se daba cuenta de que no habría debido mencionarlo nunca. Lo veía en el rostro de Tomas.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Tomas.

—No me acuerdo y, además, ese rumor no tiene por qué haber sido cierto.

—¿Emil e Ilona? ¿Ella no le hacía caso? —preguntó Tomas.

—Ni el más mínimo —dijo Hannes—. Eso fue lo que oí. Ella no tenía el menor interés en él. Y Emil lo llevaba fatal.

Callaron.

—¿Ilona no te lo contó?

—No —dijo Tomas—. Nunca habló de eso.

—Y se fue —concluyó Hannes mirando a Erlendur y Elínborg—. No le he vuelto a ver desde entonces y en realidad no sé si está vivo o muerto.

—Si lo he entendido bien, vuestra experiencia en Leipzig fue de lo más traumática —observó Erlendur.

—Lo peor era aquel insoportable espionaje personal y las constantes sospechas. Pero en muchos sentidos, aquello era muy positivo. Quizá no estuviéramos todos encantados con las maravillas del socialismo de allí, pero la mayoría de nosotros intentaba vivir pese a las pegas. Algunos lo conseguían mejor que otros. La universidad en sí era auténticamente ejemplar. La mayor parte de los estudiantes eran hijos de campesinos y de obreros. ¿Dónde han sido así las cosas, antes o después?

—¿Por qué va Tomas después de tantos años y te pregunta por Emil? —dijo Elínborg—. ¿Crees que tal vez lo viera alguna vez?

—No lo sé —respondió Hannes—. No me lo dijo.

—Y a la tal Ilona —preguntó Erlendur—, ¿se sabe algo de lo que fue de ella?

—No creo. Eran tiempos un tanto especiales, por lo de Hungría, donde todo acabó saltando por los aires. No estaban dispuestos a que aquello se repitiera en otros estados comunistas. No había sitio para el intercambio de ideas, ni para discusiones críticas. Creo que nadie sabe qué le pasó a Ilona. Tomas no llegó a saberlo nunca. O eso es lo que creo, aunque yo no tengo nada que ver con el asunto. No me interesa esa época. Hace mucho que la dejé atrás y me molesta hablar de ella. Fueron unos tiempos horribles. Horribles.

—¿Quién te dijo lo de Emil e Ilona? —preguntó Elínborg.

—Se llama Karl —dijo Hannes.

—¿Karl?

—Sí —respondió Hannes.

—¿Él estuvo también en Leipzig?

Hannes asintió.

—¿Sabes si hubo islandeses que hubieran podido disponer de un equipo ruso de escucha en los años sesenta? —preguntó Erlendur—. ¿Que hubieran podido dedicarse a actividades de espionaje?

—¿Un aparato ruso de espionaje?

—Sí, no puedo entrar en más detalles, pero ¿se te ocurre alguien?

—Bueno, si Lothar estuvo aquí de agregado, es posible pensar en él —dijo Hannes—. No puedo imaginarme... estáis... estáis hablando de espías islandeses, ¿no?

—No, creo que sería absurdo —dijo Erlendur.

—Como he dicho, no sé prácticamente nada de esas cosas. No he mantenido apenas contacto alguno con la gente que estuvo en Leipzig. No tengo ni idea de asuntos de espionaje ruso.

—No tendrás una foto de Lothar Weiser, ¿verdad? —preguntó Erlendur.

—No, qué va —dijo Hannes—. No conservo muchos recuerdos de aquellos años.

—El tal Emil parece haber sido bastante misterioso —dijo Elínborg.

—Es posible. Como ya os dije, creo que vivió siempre en el extranjero. En realidad... la última vez que le vi... fue en la época en que Tomas me hizo aquella extraña visita. Vi a Emil un instante en el centro de Reikiavik. No le había vuelto a ver desde Leipzig, y le vi sólo de pasada, pero estoy seguro de que era Emil. Pero ya digo, no sé más de él.

—¿De modo que no hablaste con él? —dijo Elínborg.

—¿Que si hablé con él? No, no pude. Se metió en un coche y se fue. Sólo le vi un momento, pero no me cabe duda de que era él. Lo recuerdo porque me llevé un susto de muerte al verle así, tan de repente.

—¿Recuerdas qué coche era en el que subió?

—¿Qué coche era?

—¿Qué marca, qué color?

—Era negro —dijo Hannes—. Pero es lo único que recuerdo del coche. Sólo recuerdo que era negro.

—¿Podía ser un Ford? —preguntó Erlendur.

—No lo sé.

—¿Un Ford Falcon?

—Ya he dicho que sólo recuerdo que era negro.

Dejó la pluma sobre la mesa. Había intentado ser tan claro y conciso como pudo al explicar los sucesos de Leipzig y, más tarde, en Islandia. El relato ocupaba más de setenta páginas cuidadosamente manuscritas y le había llevado varios días redactarlo; aún no había terminado la conclusión. Había tomado una decisión y se había hecho a la idea. Se había hecho a la idea de lo que iba a hacer.

Había llegado en su relato al momento en el que iba él por Ægisída y vio a Lothar Weiser entrar en una casa. Reconoció a Lothar de inmediato, aunque no le había visto desde hacía muchos años. Había engordado con la edad y sus pasos eran más lentos y pesados, mientras caminaba enfrascado en sus cosas sin prestarle la menor atención. Su primera reacción, una vez pasado el asombro inicial, fue no dejarse ver, así que se volvió medio de espaldas y fue retrocediendo muy lentamente. Miró a Lothar entrar por la puerta del jardín y cerrar la puerta cuidadosamente, desapareciendo detrás del edificio. Imaginó que el alemán habría entrado por la puerta trasera. Se fijó en una pequeña placa que indicaba que allí estaba la sede de la misión comercial de la República Democrática Alemana.

Se quedó en la acera mirando el edificio como paralizado. Era mediodía y había dado un paseo para aprovechar el buen tiempo. La hora de que disponía a mediodía solía aprovecharla para irse a casa. Trabajaba en una agencia de seguros en el centro. Llevaba dos años trabajando allí y le gustaba, se sentía bien asegurando a las familias contra posibles incidentes desagradables. Miró su reloj y vio que ya era tarde.

A la hora de la cena fue a dar otro paseo, como hacía en ocasiones. Era hombre de costumbres y solía recorrer las mismas calles del barrio, y luego ir por Ægisída, bordeando la playa. Caminaba despacio y se dedicó a mirar atentamente las ventanas del edificio, con la esperanza de ver a Lothar, pero no vio nada. Solamente había luz en dos ventanas, y no vio a nadie en el interior. Iba a volver a casa cuando un Volga negro salió del patio marcha atrás y bajó por Ægisída, alejándose de él.

No sabía lo que estaba haciendo. No sabía lo que esperaba ver, o para qué. Aunque viera a Lothar salir del edificio, no sabía si le hablaría o se limitaría a seguirle. ¿Qué iba a decirle?

Los días que siguieron, cada tarde paseó de nuevo por Ægisída y cruzó despacio por delante del edificio, y una tarde vio a tres hombres que salían de él. Dos de ellos se metieron en un Volga negro y se marcharon, pero el tercero, que era Lothar, se despidió de ellos y subió por Hofsvallagata en dirección al centro. Eran casi las ocho, y le siguió disimuladamente. Lothar caminó tranquilamente por Túngata, siguió por Gardastræti hasta el extremo norte de Vesturgata, y entró en el restaurante Naustid.

Pasó dos horas delante del restaurante mientras Lothar cenaba. Era otoño y había empezado a refrescar mucho por las noches, pero iba bien abrigado, con un abrigo grueso, bufanda y gorra de orejeras. Se sentía como un idiota en aquel infantil juego de espías. Procuró mantenerse lo más cerca posible del cruce de Fischersund,

intentando no perder de vista la puerta de Naustid. Cuando Lothar salió por fin, bajó por Vesturgata y Austurstræti en dirección a Thingholt. Se detuvo junto a una caseta que había en el patio trasero de una casa de Bergstadastræti, a no mucha distancia del Hotel Holt. La puerta de la caseta se abrió y alguien hizo entrar a Lothar. No pudo ver quién era.

No podía ni imaginar lo que estaba ocurriendo, y la curiosidad hizo que se dirigiera, aunque no muy seguro de sí mismo, hacia la caseta. La luz de las farolas no alcanzaba hasta allí y fue caminando despacio, con mucho cuidado, hasta quedar envuelto por la oscuridad. Se percató de que en la puerta había un candado. Se aproximó a una pequeña ventana que había en un lado de la caseta y se asomó por ella. Había una lámpara de sobremesa encendida, que derramaba su luz sobre la mesa, y bajo su resplandor vio a los dos hombres.

Uno de ellos se inclinó sobre la mesa y de pronto vio quién era y se apartó de la ventana como si hubiera recibido un puñetazo en el rostro.

Era un antiguo amigo suyo de la Universidad de Leipzig, a quien no había visto desde entonces.

Emil.

Se alejó de la caseta almacén, subió la calle otra vez y estuvo largo rato esperando hasta que Lothar volvió a salir con Emil, quien desapareció de nuevo en la oscuridad de la caseta, mientras Lothar volvía a dirigirse hacia la parte oeste de la ciudad. Siguió al alemán, sumergido en horribles pensamientos, intentando comprender lo que había visto. No era capaz de imaginar qué clase de relación podía existir entre Emil y Lothar. Creía que Emil vivía en el extranjero. Aparte de eso, no sabía mucho de sus compañeros de la Universidad de Leipzig.

Le dio vueltas y más vueltas sin conseguir llegar a ninguna conclusión. Finalmente, tomó la decisión de ir a ver a Hannes. Ya lo había hecho una vez, nada más llegar desde la RDA, para hablarle de lo sucedido a Ilona. Era posible que Hannes supiera algo de Emil y Lothar.

Lothar desapareció en el edificio de Ægisída. Esperó un rato a bastante distancia, antes de marcharse a su casa, y de repente llegó a su memoria aquella extraña e incomprensible frase del alemán la última vez que se vieron:

«Busca más cerca».

Erlendur y Elínborg comentaron el relato de Hannes durante el regreso desde Selfoss. Era ya la tarde avanzada y había poco tráfico en Hellisheidi. Erlendur pensó en el Falcon negro. No debían de haber muchos por las calles de la ciudad en esa época. Y eso que el Falcon era popular, según le había dicho Teddi, el marido de Elínborg. Pensó en Tomas, el que tenía una novia que desapareció en la RDA. Irían a verle a la primera oportunidad. No acababa de entender cómo podían relacionarse el cadáver del lago y los estudiantes de Leipzig en los años cincuenta. Pensó en Eva Lind, que parecía abocada a la destrucción sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, y en Sindri, su hijo, a quien prácticamente no conocía. Estuvo dando vueltas a todas estas cosas una y otra vez sin lograr poner orden en sus pensamientos. Elínborg le miró de reojo y le preguntó en qué estaba pensando.

—En nada —respondió él.

—Algo será —dijo Elínborg.

—No —dijo Erlendur—. No es nada.

Elínborg se encogió de hombros. Erlendur pensó en Valgerdur. No había tenido noticias suyas en varios días. Sabía que necesitaba tiempo y que él tampoco debía apresurarse. Desconocía lo que podía haber visto en él. Era un auténtico misterio. No conseguía comprender lo que pudo ver Valgerdur en un hombre solitario y deprimido que vivía en un oscuro apartamento de un bloque de pisos. A veces incluso se preguntaba si merecía la amistad de aquella mujer.

En cambio, él sabía hasta el último detalle lo que le gustaba de Valgerdur. Lo supo desde el primer momento. Ella era tantas cosas que él no era pero querría ser. Ella era, en todos los aspectos, su opuesto. Atractiva, sonriente, alegre. Pese a las dificultades que tenía que sobrellevar en su matrimonio, y que Erlendur sabía que la afectaban mucho, no permitía que la destruyesen. Siempre veía aspectos positivos en sus problemas, y era incapaz de sentir odio por nada, ni de sufrir en exceso por sus dificultades. No permitía que nada ensombreciera su visión de la vida, que era dulce y generosa. Ni siquiera su esposo, que Erlendur pensaba que tenía que ser un imbécil integral por engañar a una mujer como Valgerdur.

Erlendur sabía perfectamente lo que había visto en ella. Notaba como se regeneraba cuando estaba a su lado.

—Dime en qué piensas —le rogó Elínborg. Se aburría.

—En nada —respondió Erlendur—. No pienso en nada.

Elínborg sacudió la cabeza. Erlendur había estado bastante deprimido durante el verano, aunque pasó más tiempo con ellos fuera del trabajo que en cualquier época anterior. Sigurdur Óli y ella habían comentado aquel hecho, y pensaron que probablemente estuviera abatido por culpa de Eva Lind, que no había vuelto a ponerse en contacto con él. Sabían que estaba muy preocupado por ella y que había intentado ayudarla, pero era como si la chica no fuese capaz de poner su vida en

orden. «Es una pobre infeliz», fue la expresión de Sigurdur Óli. Elínborg había estado dos o tres veces a punto de hablar de Eva con Erlendur, y le había preguntado si se encontraba bien, pero él se había limitado a descartar el tema con un gesto de la mano.

Estuvieron en profundo silencio hasta que Erlendur se detuvo delante de la casa de Elínborg; pero esta no salió del coche, sino que se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Erlendur no respondió.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora con los casos que tenemos entre manos? ¿No deberíamos hablar con el tal Tomas?

—Claro, tenemos que hacerlo —respondió Erlendur.

—¿Estás pensando en Eva Lind? —preguntó Elínborg—. ¿Es eso lo que te tiene tan callado y tan serio?

—No te preocupes por mí —dijo Erlendur—. Hablamos mañana.

La miró mientras subía las escaleras de la puerta principal y entraba en la casa. Cuando desapareció, se marchó.

Dos horas después, cuando Erlendur estaba recostado en su sillón mirando pensativo hacia la oscuridad, sonó el telefonillo. Se levantó y preguntó quién era, y abrió el portal apretando un botón. Encendió la luz en el apartamento, fue hacia la puerta, la abrió y esperó. Enseguida apareció Valgerdur.

—¿Prefieres estar solo? —preguntó.

—No, entra —respondió Erlendur.

Entró mientras él ocupaba aún parte del umbral, y Erlendur la ayudó a quitarse el abrigo. Vio un libro abierto sobre la mesa, al lado del sillón, y le preguntó qué estaba leyendo, y la respuesta fue que era un libro sobre avalanchas de nieve.

—Y todos sufren una muerte horrible —dijo ella.

Habían hablado muchas veces del interés de Erlendur por la cultura popular, la historia y las fuentes documentales, y también los libros sobre muertes y desapariciones.

—No todos —dijo él—. Algunos sobreviven. Por suerte.

—¿Es por eso por lo que lees esos libros de muertes en los montes y las avalanchas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erlendur.

—¿Es porque algunos sobreviven?

Erlendur sonrió.

—Quizá —dijo—. ¿Sigues en casa de tu hermana?

Valgerdur asintió. Dijo que estaba pensando en hablar con un abogado para arreglar el divorcio y le preguntó a Erlendur si conocía a alguno. Ella nunca había tenido necesidad de buscar los servicios de un abogado. Erlendur se ofreció a preguntar en la comisaría, donde dijo que había abogados por todos los rincones.

—¿Te queda aún de esa cosa verde? —preguntó Valgerdur, que se sentó en el

sofá.

Erlendur asintió y sacó la botella de Chartreuse y dos vasos. Recordó haber oído alguna vez que se utilizaban treinta tipos distintos de hierbas para conseguir el sabor adecuado. Se sentó al lado de ella y le habló de las hierbas.

Ella le dijo que había visto a su marido esa mañana, y que él le había jurado que cambiaría de conducta, e intentó convencerla de que volviera a casa con él. Pero cuando quedó claro que estaba decidida a divorciarse, se enfadó y acabó perdiendo los nervios y se puso a chillar y a hacerle reproches. Estaban en un restaurante y él se dedicó a cubrirla de insultos sin preocuparse lo más mínimo por la presencia de los demás comensales, que les miraban atónitos. Ella se levantó y se fue sin mirar atrás.

Cuando terminó de contar lo sucedido, se quedaron en silencio mientras terminaban sus bebidas. Ella pidió otra copa.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó al fin.

Erlendur vació su copa y sintió la bebida quemarle la garganta. Volvió a llenar las copas y pensó en el perfume de Valgerdur, que sintió cuando ella cruzó el umbral de la puerta y se sentó a su lado. Era como el aroma de algún verano muy lejano, y se sintió invadido por una extraña añoranza que se remontaba a tiempos demasiado lejanos en el pasado para poder identificarla exactamente.

—Haremos lo que nos apetezca —contestó Erlendur.

—¿Tú qué quieres hacer? —preguntó ella—. Has sido muy paciente, y ahora estoy pensando que a lo mejor no es cuestión de paciencia, sino que lo que ocurre es que... de algún modo no quieres comprometerte del todo.

Callaron. La pregunta quedó flotando en el aire.

¿Tú qué quieres hacer?

Erlendur vació su segunda copa. Aquella era una pregunta que él mismo se había hecho desde que conoció a Valgerdur. No tenía idea de haber sido paciente. No tenía ni idea de haber sido nada, excepto que intentó apoyarla. Quizá no le había mostrado suficiente atención, o cariño. No sabía.

—Tú no querías precipitar las cosas —dijo—. Yo tampoco. No ha habido una mujer en mi vida durante mucho tiempo.

Calló. Deseaba decirle que casi siempre había estado solo en aquel lugar, con sus libros, y que el que ella estuviera allí sentada en el sofá era para él un motivo de enorme alegría. Que ella era tan distinta de todo cuanto él estaba acostumbrado, un delicioso aroma de verano, y que no sabía cómo enfrentarse a esa nueva realidad. Cómo decirle que aquello era todo lo que él quería y lo que había deseado desde el primer momento en que la vio. Poder estar con ella.

—Nunca quise parecer distante —dijo—. Pero hace falta tiempo, sobre todo me hace falta a mí. Y, claro, tú... vamos, que es difícil pasar por un divorcio...

Valgerdur se dio cuenta de que a Erlendur se le hacía difícil hablar de esas cosas. Siempre que su conversación se centraba en ellos, se le veía incómodo y vacilante, y apenas decía nada. Por regla general, no hablaba mucho, y tal vez era eso lo que la

hacía sentirse cómoda a su lado. No había en él impostura ninguna. Nunca fingía. Probablemente no tendría ni idea de cómo comportarse si pretendiese cambiar su manera de ser. Era totalmente sincero en todo lo que hacía y decía. Ella lo notaba y hallaba en su sinceridad una seguridad de la que había carecido durante mucho tiempo. Veía en él a un hombre en quien sabía que podía confiar.

—Perdona —le dijo con una sonrisa—. No era mi intención convertir esto en una especie de negociación. Pero es bueno saber dónde está cada uno. Lo entiendes, ¿verdad?

—Perfectamente —dijo Erlendur, sintiendo que se había aliviado la tensión producida entre ellos.

—Hará falta tiempo, ya veremos —comentó ella.

—Creo que eso es muy razonable —aseguró él.

—Estupendo —dijo ella, levantándose del sofá.

Erlendur se puso también en pie. Ella dijo algo de que tenía que ir a ver a sus hijos, pero él no entendió exactamente sus palabras. Estaba pensando en otra cosa. Ella fue hacia la puerta y él la ayudó a ponerse el abrigo. Valgerdur abrió la puerta y preguntó si había algún problema.

Erlendur la miró.

—No te vayas —dijo.

Ella se detuvo en el umbral.

—Quédate conmigo —insistió él.

Valgerdur titubeó.

—¿Estás seguro? —dijo.

—Sí —respondió él—. No te vayas.

Ella se quedó inmóvil largo rato, mirándole. Él fue hacia ella y la condujo de nuevo al salón, cerró la puerta y empezó a quitarle el abrigo sin que ella opusiera resistencia.

Se amaron sin prisas, con suavidad y ternura, los dos un poco titubeantes e inseguros al principio, sensaciones que fueron desapareciendo. Ella le dijo que era el segundo hombre con el que se acostaba en su vida.

Tumbados en la cama, él miró al techo y le dijo que a veces viajaba al este del país, a su hogar de infancia, y se instalaba en su vieja casa. No quedaban más que las paredes, con el tejado medio hundido y pocas cosas que indicaran que en un tiempo hubiera podido vivir allí una familia. Sin embargo, aún quedaban algunos restos de la vida desaparecida. Algunos pedazos de moqueta de cuadros, que recordaba perfectamente. Armarios rotos en la cocina. Alféizares en los que se habían apoyado pequeñas manos. Dijo que le gustaba ir allí y acostarse con los recuerdos y volver a hallarse en un mundo lleno de luz y paz.

Valgerdur le apretó la mano.

Empezó a contarle la terrible historia de una chica joven que se marchó de casa de su madre sin saber exactamente adónde ir. Estaba disgustada, su temperamento era

débil y quería escapar de su vida, lo que probablemente era comprensible porque nunca le habían dado lo que más deseaba. Sentía que le faltaba algo en la vida. Se sentía engañada. Se lanzó a lo desconocido en un extraño afán de autodestrucción y se fue hundiendo más y más en su propia perdición. Cuando la encontraron, la llevaron otra vez a la granja y la cuidaron, pero en cuanto hubo reunido fuerzas suficientes desapareció de nuevo sin previo aviso. Se enfrentó a las tormentas, y algunas veces acudía a refugiarse al lugar donde vivía su padre. Este intentó hacer por ella todo cuanto podía y mantenerla al abrigo de las inclemencias del tiempo, pero ella no permitía que nadie le dijera lo que tenía que hacer, como si su destino no fuera otro que la perdición.

Valgerdur le miró.

—Nadie sabe dónde está ahora. Sigue con vida, porque si hubiera muerto, me habría enterado. Espero alguna noticia suya. Me he metido en las tormentas una y otra vez en su busca y la he encontrado y la he arrastrado a casa y he intentado ayudarla, pero dudo que a estas alturas nadie pueda ayudarla.

—No estés demasiado seguro —dijo Valgerdur tras un largo silencio.

Sonó el teléfono de la mesilla de noche. Erlendur lo miró sin intención de cogerlo, pero Valgerdur le dijo que tenía que tratarse de algo urgente si llamaban a semejantes horas de la noche. Él dijo que seguramente sería cualquier estupidez de Sigurdur Óli y alargó el brazo hacia el auricular.

Necesitó un rato para darse cuenta de que el hombre del teléfono era Haraldur. Llamaba desde la residencia de ancianos, dijo que se había colado en la oficina y que quería hablar con Erlendur.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Erlendur.

—Quiero contarte lo que sucedió —respondió Haraldur.

—¿Por qué? —preguntó Erlendur.

—¿Quieres que te lo cuente o no? —dijo Haraldur—. Si no, lo olvidamos y ya está.

—Tranquilo —dijo Erlendur—. Iré a verte mañana por la mañana. ¿Te parece bien?

—Ven, entonces —contestó Haraldur, y colgó.

Metió las páginas que había escrito en un sobre grande, anotó el destinatario y lo dejó sobre la mesa. Pasó la mano por el sobre y pensó en la historia que contenía. Hubo un momento en que no acababa de decidir si debía o no contar aquellos sucesos, pero llegó a la conclusión de que no podía hacer otra cosa. Los restos habían aparecido en Kleifarvatn. Tarde o temprano, la pista conduciría hasta él. Sabía que en realidad no existía prácticamente ninguna conexión entre el hombre del lago y él, y que la policía tendría dificultades para averiguar la verdad sin su ayuda. Pero no quería mentir. Si lo único que merecía era la verdad, ya era suficiente.

Le hizo bien visitar a Hannes. Desde su primer encuentro había sentido simpatía hacia él, aunque no estuvieran siempre de acuerdo. Hannes le había ayudado. Había arrojado nueva luz sobre la relación entre Emil y Lothar, y le había dicho que Emil e Ilona se conocían desde antes de su llegada a Leipzig, aunque todo estaba poco claro. Quizás aquello podía explicar lo sucedido. O quizás el asunto se había vuelto más complejo por aquella relación. Aún no sabía qué pensar.

Llegó a la conclusión de que tendría que hablar con Emil. Tendría que preguntarle por Ilona y Lothar y por sus trapisneos con él en Leipzig. No estaba seguro de que Emil tuviese todas las respuestas, pero tendría que confesarle todo lo que supiera. Tampoco podía dedicarse a espiarle en su caseta del jardín. Aquello sería una indignidad. No quería jugar a los espías.

Había otra cosa que le servía de acicate. Algo en lo que empezó a pensar después de visitar a Hannes, y que se relacionaba con su propia parte en el caso, y en lo infantil, ingenuo e inocente que había sido. Sabía que habría podido suceder de otro modo, pero también era posible que hubiera sucedido por su propia culpa. Tenía que saber cuál era la verdad.

Por eso estaba otra vez en Bergstadastræti, una tarde, pocos días después de seguir a Lothar, con la mirada fija en la caseta del jardín. Había ido a casa de Emil nada más terminar la jornada de trabajo. Había empezado a oscurecer y hacía frío. Notó la proximidad del invierno.

Entró en el jardín de atrás, donde estaba el almacén. Al acercarse, vio que la caseta no estaba cerrada. El candado colgaba abierto. Entreabrió la puerta y se asomó por la rendija. Emil estaba sentado ante su mesa de trabajo, enfrascado en algo. Cruzó el umbral. En la caseta había un montón de trastos que no podía distinguir bien en la oscuridad. Solamente una bombilla colgaba desnuda del techo, encima de la mesa.

Emil no se percató de su presencia hasta que él llegó justo a su lado. Su chaqueta colgaba en el respaldo de la silla, y le pareció que estaba rota, como si se hubiese peleado con ella puesta. Oyó a Emil murmurar algo para sí, como enfadado. De repente, Emil percibió su presencia en el almacén. Levantó la vista del mapa, volvió la cabeza y le miró. Él se dio cuenta de que necesitó un tiempo para identificar al recién llegado.

—Tomas —suspiró entonces—. ¿Eres tú?

—Hola, Emil —respondió él—. La puerta estaba abierta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Emil—. ¿Qué...? —Se había quedado mudo de asombro—. ¿Cómo sabías...?

—Seguí a Lothar hasta aquí —dijo—. Le seguí desde Ægisída.

—¿Que seguiste a Lothar? —repitió Emil, incrédulo. Se levantó de la silla sin mirarle—. ¿Qué haces? —preguntó—. ¿Por qué seguiste a Lothar? —Miró hacia la puerta, como si fueran a aparecer más huéspedes inesperados—. ¿Estás solo? —quiso saber.

—Sí, estoy solo.

—¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Recordarás a Ilona —dijo él—. De Leipzig.

—¿Ilona?

—Estábamos juntos, Ilona y yo.

—Claro que me acuerdo de Ilona. ¿Y qué pasa?

—¿Puedes decirme qué fue de ella? —preguntó él—. ¿Puedes decírmelo ahora, después de todos estos años? ¿Lo sabes?

No quería parecer alterado, sino guardar la calma, pero le fue imposible. En su semblante se podía leer, como en un libro abierto, el sufrimiento de tantos años por la mujer a la que amaba y añoraba.

—¿De qué hablas? —dijo Emil.

—De Ilona.

—¿Todavía piensas en ella? ¿Después de todos estos años?

—¿Lo sabes tú? ¿Sabes lo que fue de ella?

—No sé absolutamente nada. No sé de qué hablas, nunca lo he sabido. No deberías estar aquí. Tienes que marcharte.

Pasó la mirada por el interior de la caseta.

—¿Qué haces? —preguntó él—. ¿Para qué es este almacén? ¿Cuándo volviste al país?

—Tendrías que largarte —repitió Emil, mirando preocupado hacia la puerta—. ¿Alguien más sabe que estás aquí? —preguntó entonces—. ¿Alguien más sabe que yo estoy aquí?

—¿Puedes decírmelo? —repitió él—. ¿Qué fue de Ilona?

Emil le miró y se puso furioso de repente.

—¡Lárgate, te digo! ¡Vete de aquí! ¡No puedo ayudarte en tus gilipollecés!

Emil le empujó, pero él ni se movió.

—¿Qué te dieron por delatar a Ilona? —preguntó—. ¿Qué es lo que te dieron, ya que eras tú su héroe? ¿Te dieron dinero? ¿Conseguiste buenas notas? ¿Te ofrecieron un buen trabajo con ellos?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Emil.

Hasta entonces había hablado en voz baja, pero ahora levantó la voz.

Se dio cuenta de que Emil había cambiado mucho desde los tiempos de Leipzig. Seguía igual de flaco que antes, pero con aspecto más débil y oscuras bolsas en los ojos, los dedos amarillentos del tabaco, la voz ronca. Su nuez prominente subía y bajaba al hablar, el cabello había empezado a clarear. No había visto a Emil desde hacía mucho tiempo y sólo lo recordaba de joven. Ahora le parecía cansado y enfermizo. Emil llevaba barba de varios días, y tuvo la sensación de que bebía más de lo debido.

—Fue por mi culpa, ¿verdad? —dijo él.

—¿Quieres dejar ya esa estupidez? —exclamó Emil, que intentó darle un empujón—. ¡Lárgate! —le gritó—. Olvídate de todo esto.

Él se echó a un lado.

—Fui yo quien te contó lo que hacía Ilona, ¿no? Fui yo mismo quien te puso en la pista. Si no te lo hubiera dicho, quizás habría podido librarse. No se habrían enterado de las reuniones. No nos habrían hecho fotos.

—¡Vete!

—Hablé con Hannes. Él me habló de Lothar y de ti, me dijo que Lothar y la FDJ hacían que la universidad te recompensara con buenas calificaciones. Tú nunca fuiste un buen estudiante, ¿verdad, Emil? Jamás te vi consultar un libro. ¿Qué te daban por delatar a tus camaradas, por delatar a tus amigos? ¿Qué te daban por espiar a tus compañeros?

—A mí no consiguió engatusarme para que cambiara mis ideas, pero tú caíste como un pelele —exclamó Emil, fuera de sí—. Ilona era una traidora.

—¿En qué te traicionó a ti? —dijo él—. ¿Sólo porque no quería saber nada de ti? ¿Tanto te dolió? ¿Tanto te dolió que no quisiera estar contigo?

Emil le miró.

—No sé qué vio en ti —dijo, con una sonrisa burlona jugueteando en sus labios—. ¡No sé qué pudo ver en un inteligente idealista, dispuesto a convertir Islandia en un estado socialista, y que cambió de opinión en cuanto ella le hizo dos carantoñas! ¡No sé qué coño pudo ver en ti!

—De modo que quisiste vengarte —confirmó él—. ¿De eso se trataba, de vengarte de ella?

—Estabais hechos el uno para el otro —dijo Emil.

Clavó los ojos en Emil y se sintió atravesado por un frío extraño. Ya no reconocía a su amigo, no sabía en quién ni en qué se había convertido. Sabía que lo que tenía delante era la misma perversidad inflexible que conoció en sus años de estudiante, y sabía que tenía que llenarse de furia y de odio y atacar a Emil, pero de pronto sintió que ya no sentía deseos de hacerlo. No sentía necesidad de descargar sobre él sus sufrimientos y su miedo y su preocupación de tantos años. No porque nunca hubiera agredido a nadie. No porque nunca hubiera sido violento y nunca se hubiera visto involucrado en una pelea de ningún tipo. Despreciaba la violencia en cualquiera de sus formas. Sabía que en aquel momento tenía que estallar su furia haciéndole sentir

el deseo de matar a Emil. Pero en vez de llenarse de ira, su mente se vació hasta que dejó de sentir cualquier cosa que no fuera aquel intenso frío.

—Y tienes razón —continuó Emil, los dos seguían frente a frente—. Fuiste tú. No puedes echarle la culpa a nadie excepto a ti mismo. Fuiste tú quien me habló por primera vez de sus reuniones, de sus ideas y de su deseo de ayudar al pueblo a combatir el socialismo. Fuiste tú. Si era eso lo que querías saber, te lo puedo confirmar. ¡Fueron sobre todo tus propias palabras las que condujeron a la detención de Ilona! Yo no sabía a qué se dedicaba. Tú me lo dijiste. ¿Te acuerdas? Después empezaron a seguirla. Después te llamaron y te advirtieron. Pero era ya demasiado tarde. El asunto había llegado demasiado lejos. Había dejado de estar en nuestras manos.

Lo recordaba bien. Había pensado una y otra vez en si había podido decir a alguien algo que no hubiera debido decir. Siempre había creído que podía confiar en sus compatriotas. Que podía estar seguro de que los islandeses no se espiaban unos a otros. Que la vigilancia mutua no alcanzaba a aquel pequeño grupo de amigos. Que la policía de las ideas no tenía nada que ver con los islandeses. Fue esa seguridad lo que le permitió hablarles de Ilona, de sus camaradas y sus ideas.

Miró a Emil y pensó en la inhumanidad y en lo fácil que era construir una sociedad basada exclusivamente en ella.

—Hay algo en lo que empecé a pensar cuando todo había pasado —dijo él por fin. Era como si estuviera hablando consigo mismo, como si hubiera desaparecido del tiempo y el espacio y ya nada importase—. Cuando todo había concluido y nada podía salvarse ya. Mucho después de volver a Islandia. Fui yo quien te habló de las reuniones de Ilona. No sé por qué, pero lo hice. Creo sencillamente que intentaba animaros, a ti y a los demás, a que asistierais a los encuentros. Entre los islandeses no teníamos secretos. No contaba con que pudiera haber alguien como tú. —Calló—. Estábamos juntos —continuó—. Hubo alguien que delató a Ilona. Aquella universidad era muy grande y podía haber sido cualquiera. Sólo una semana después empecé a darle vueltas a la posibilidad de que alguno de los islandeses, alguno de mis amigos, fuera quien lo hizo. —Miró a Emil a los ojos—. Fui un absoluto idiota al creer que éramos amigos —dijo con la voz apagada—. Éramos sólo unos críos. Ni tú ni yo pasábamos apenas de los veinte.

Se dio media vuelta, con intención de salir de la caseta.

—Ilona era una puta de mierda —gritó Emil a su espalda.

En el momento en que oyó aquellas palabras, vio una pala sobre una vieja cómoda polvorienta. La agarró por el mango, la levantó en el aire, giró en semicírculo, soltó un alarido y estampó la pala con todas sus fuerzas sobre Emil. Le dio en la cabeza, y vio la mirada morir en sus ojos mientras caía de rodillas al suelo.

Él quedó en pie, mirando el cuerpo inerte de su amigo como si aquello estuviera sucediendo en otro mundo, hasta que llegó a su memoria una frase olvidada desde hacía muchos años.

La mejor manera de matarlas es con una pala.

Un negruzco charco de sangre empezó a formarse en el suelo, y enseguida comprendió que, con aquel golpe, había matado a Emil. No experimentaba ningún sentimiento. Se quedó quieto y en silencio mirándolo en el suelo, viendo cómo crecía el charco de sangre. Lo observaba como si no guardara ninguna relación con él. No había albergado en ningún momento la intención de matarle. Había sucedido sin que él pensara en ello ni por un solo instante.

No sabía cuánto tiempo había pasado. De repente se dio cuenta de que alguien se había acercado y le estaba hablando. Alguien que le pellizcó y le golpeó suavemente en la mejilla y dijo algo que no comprendió. Miró al hombre sin reconocerle. Vio al hombre en cuclillas al lado de Emil. Le puso los dedos sobre el cuello, buscando el pulso. Sabía que no había nada que hacer. Sabía que Emil estaba muerto. Había matado a Emil.

El hombre se levantó y se volvió hacia él. Entonces vio quién era. Aunque había engordado. Había seguido a aquel hombre en Reikiavik, y le había conducido hasta Emil.

Era Lothar.

Karl Antonsson estaba en su casa cuando Elínborg llamó a la puerta, y su curiosidad despertó en cuando la policía le dijo que el hallazgo de un esqueleto en Kleifarvatn había llevado a la necesidad de informarse sobre los estudiantes islandeses en Leipzig. Invitó a Elínborg a entrar en el salón. Le dijo que su mujer y él estaban a punto de salir para ir a jugar al golf, pero que eso podía esperar.

Elínborg había hablado por teléfono con Sigurdur Óli esa misma mañana, para preguntarle por el estado de Bergthóra. Dijo que estaba estupendamente. Todo iba a pedir de boca.

—Y tu hombre, ¿ha dejado de llamarte por las noches? —preguntó.

—Sigo teniendo noticias tuyas de vez en cuando.

—¿No tenía ideas de suicidio?

—Sí, desafortunadas —dijo Sigurdur Óli, y la informó de que Erlendur le estaba esperando.

Iban a la residencia de ancianos a ver a Haraldur, por lo de la búsqueda absurda de Leopold a la que se dedicaba Erlendur. Su solicitud de una investigación a fondo en las tierras de la granja de Mosfell había sido rechazada, para gran disgusto de Erlendur.

Karl vivía en la calle Reynimelur, en un precioso edificio de tres plantas, con un jardín bien cuidado. Su mujer, Ulrika, alemana de Leipzig, estrechó con fuerza la mano de Elínborg. Marido y mujer llevaban muy bien su edad, estaban en buena forma. Quizá fuera por el golf, pensó Elínborg. Se quedaron pasmados con aquella visita inesperada, y se miraron sin llegar a comprender nada cuando Elínborg les explicó el asunto.

—¿Así que la persona que encontrasteis en el lago es alguien que estudió en Leipzig? —preguntó Karl.

Ulrika entró en la cocina para preparar café.

—No lo sabemos —dijo Elínborg—. ¿Recuerdas tú, o cualquiera de los dos, a un hombre llamado Lothar, en Leipzig?

Karl miró a su mujer, que estaba en la puerta de la cocina.

—Pregunta por Lothar —dijo Karl.

—¿Lothar? ¿Qué pasa con él? —preguntó ella.

—Piensan que es el del lago —dijo Karl, sonriendo a la mujer.

—Eso no es exacto —le corrigió Elínborg—. No lo sabemos a ciencia cierta.

—Le pagamos para acelerar las cosas —dijo Ulrika—. En esos años.

—¿Acelerar las cosas? —repitió Elínborg.

—Cuando Ulrika se vino a Islandia conmigo —dijo Karl—. Él tenía influencias y podía ayudarnos. Pero costó lo suyo. Mis padres rebañaron de donde pudieron, y naturalmente también los padres de Ulrika, en Leipzig.

—¿Y Lothar os ayudó?

—Muchísimo —dijo Karl—. Pidió dinero a cambio, de modo que no lo hizo por puro altruismo, y creo que ayudó a otros muchos, no sólo a nosotros.

—¿Y bastó con pagar? —preguntó Elínborg.

Karl y Ulrika se miraron, y Ulrika entró en la cocina.

—Habló de que quizá se pondrían en contacto con nosotros más adelante. ¿Comprendes? Pero nunca lo hicieron y por nuestra parte nunca pensamos en ello. Nunca. Yo dejé de pertenecer al partido cuando volvimos a Islandia, no asistía a reuniones y demás. Cesé toda mi relación con la política. Ulrika no tuvo jamás interés por la política, le repugnaba todo eso.

—¿Quieres decir que tal vez había planes de encargarnos alguna misión? —preguntó Elínborg.

—No tengo ni idea —dijo Karl—. Nunca hicieron ningún intento. Nunca volvimos a ver a Lothar. Cuando piensas en esos años, a veces es como si no pudieras creer que realmente los viviste. Era como un mundo totalmente diferente.

—Los islandeses lo llamaban «la farsa» —dijo Ulrika, que había regresado al salón—. Me parece una descripción perfecta.

—¿Mantenéis alguna relación con vuestros antiguos compañeros de estudios? —preguntó Elínborg.

—Muy poca —respondió Karl—. Bueno, a veces nos vemos casualmente en sitios concurridos o en algún cumpleaños.

—Uno de ellos se llamaba Emil —dijo Elínborg—. ¿Sabéis algo de él?

—Creo que nunca volvió a Islandia —dijo Karl—. Vivió siempre en Alemania. No le he visto desde... ¿Sigue con vida?

—No lo sé —contestó Elínborg.

—Nunca me cayó bien —dijo Ulrika—. No era trigo limpio.

—Emil era bastante solitario. Conocía a poca gente, y pocos le conocían a él. Además, se decía que era un pelota. Yo nunca pude comprobarlo.

—¿Y no sabéis nada más sobre Lothar?

—No, nada —dijo Karl.

—¿Tenéis fotos de los estudiantes de Leipzig? —preguntó Elínborg—. De Lothar Weiser o de los otros.

—No, de Lothar no tenemos ninguna, y de Emil, tampoco, pero sí que tengo una de Tomas con su novia, Ilona. Era húngara.

Karl se levantó y fue a un gran armario que había en el salón. Sacó un viejo álbum de fotos y pasó páginas hasta que encontró la foto, y se la pasó a Elínborg. La foto era en blanco y negro y mostraba a una pareja de jóvenes cogidos de la mano. El sol les iluminaba la cara y ellos sonreían a la cámara.

—Eso fue delante de la iglesia de Santo Tomás —dijo Karl—. Unos meses antes de la desaparición de Ilona.

—He oído hablar de ella —dijo Elínborg.

—Yo estaba con ella cuando fueron a buscarla —explicó Karl—. Fue realmente

horrible. Violencia y carencia absoluta de la más mínima consideración. Nadie llegó a saber qué fue de ella, y creo que Tomas nunca logró reponerse de aquel trance.

—Era una chica muy valiente —aseguró Ulrika.

—Estaba metida en la disidencia —dijo Karl—. Y eso no estaba bien visto.

Erlendur llamó a la puerta de Haraldur en la residencia de ancianos. Habían terminado de servir los desayunos, pero del comedor llegaba aún ruido de platos y tazas. Sigurdur Óli le acompañaba. Oyeron a Haraldur decir algo casi gritando desde el interior de la habitación, y Erlendur abrió la puerta. Haraldur estaba sentado en la cama como la otra vez, con la cabeza hundida entre los hombros y la mirada fija en el suelo. Levantó la cabeza cuando entraron.

—¿Quién es ese que viene contigo? —preguntó, nada más ver a Sigurdur Óli.

—Trabaja conmigo —respondió Erlendur.

Haraldur no saludó a Sigurdur Óli, se limitó a lanzarle una mirada de desconfianza. Erlendur se sentó en una silla delante de Haraldur. Sigurdur se quedó de pie, apoyado en la pared.

La puerta de la habitación se abrió y asomó la cabeza de un residente de pelo canoso.

—Haraldur —dijo—, tendremos el canto de vísperas en la once esta noche.

El hombre cerró la puerta sin esperar respuesta.

Erlendur miró a Haraldur con los ojos como platos.

—¿Vísperas? —dijo—. ¿De verdad que vas a esas cosas?

—Cantar las vísperas es como llamamos aquí a beber —gruñó Haraldur—. Espero no decepcionarte.

Sigurdur Óli sonrió. Tenía la cabeza en otro sitio. Lo que le había dicho a Elínborg cuando hablaron aquella mañana no era del todo cierto. Bergthóra había ido al médico, que les dijo que se podía esperar cualquier cosa. Bergthóra intentaba mostrarse positiva cuando se lo contó, pero él sabía que sufría.

—Vamos a darnos un poco de prisa —dijo Haraldur—. Quizá no os haya dicho toda la verdad, pero es que no acabo de comprender a qué viene ese interés en meterse en lo que hace la gente. Pero... quería...

Erlendur notó una extraña vacilación en Haraldur cuando el anciano levantó la cabeza para mirarle.

—Jói no tuvo suficiente oxígeno —dijo, y volvió a bajar la mirada—. Esa fue la causa. Durante el parto. Pensaban que todo estaba bien, crecía bien, pero luego resultó que era distinto. Al hacerse mayor. No era como los demás niños.

Sigurdur Óli miró a Erlendur y dio a entender que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo aquel hombre. Erlendur se encogió de hombros. Algo había cambiado en el comportamiento de Haraldur. No era como solía. En cierto modo estaba menos irascible.

—Resultó que era raro —continuó Haraldur—. Un simple. Un retrasado. Bondadoso, pero incapaz de valerse por sí mismo, incapaz de aprender, nunca consiguió leer. Tardó en saberse, y nosotros tardamos en reconocer que era así y en conformarnos.

—Debió de ser difícil para tus padres —dijo Erlendur tras un largo silencio; parecía que Haraldur no pensaba decir nada más.

—Cuando murieron, acabé encargándome yo de Jói —dijo por fin Haraldur, los ojos clavados en el suelo—. Vivíamos en la granja, en los últimos tiempos sin un puto céntimo. Al final, lo único que nos quedó por vender fueron las tierras. El suelo tenía un valor considerable porque nuestra granja estaba muy cerca de Reikiavik, y sacamos un buen pellizco. Pudimos comprarnos un piso, y aún nos quedó un rincón.

—¿Qué es lo que querías decirnos? —preguntó Sigurdur Óli, impaciente.

Erlendur le miró con gesto de reproche.

—Mi hermano robó el tapacubos del coche —dijo Haraldur—. Ese fue todo el delito, y ahora podéis dejarme en paz. Eso era todo. No entiendo cómo podéis hacer de esa gota de agua todo un océano. Después de tantos años. ¡Él robó el tapacubos! ¿Qué clase de delito es ese?

—¿Estamos hablando del Falcon negro? —preguntó Erlendur.

—Sí, del Falcon negro.

—Así que Leopold fue a vuestra granja —dijo Erlendur—. Lo acabas de reconocer.

Haraldur asintió con la cabeza.

—¿Y crees que tenías algún motivo para esconderlo durante una generación entera? —preguntó Erlendur, enfadado—. Causando problemas innecesarios a todo el mundo.

—No me sermonees —dijo Haraldur—. No servirá de nada.

—Hay gente que ha sufrido durante muchos años —espetó Erlendur.

—Nosotros no le hicimos nada. No le pasó absolutamente nada.

—Echaste abajo la investigación policial.

—Pues méteme en chirona —dijo Haraldur—. Eso no cambiará nada.

—¿Qué pasó? —preguntó Sigurdur Óli.

—Mi hermano era retrasado —dijo Haraldur—. Pero no le hizo nada a ese hombre. La violencia no era lo suyo. Sencillamente, el jodido tapacubos le pareció bonito y lo robó. Quedaron otros tres. Pensó que al individuo aquel le bastaba con tres.

—¿Y qué hizo el hombre? —preguntó Sigurdur Óli.

—Estabais buscando a un hombre que había desaparecido —continuó Haraldur, mirando fijamente a Erlendur—. Yo no quería complicar las cosas. Habría complicado el caso un montón si os hubiera dicho que Jói se quedó el tapacubos. Entonces habríais querido saber si lo mató él, y no lo hizo, pero no me habríais creído y os habríais llevado a Jói.

—¿Qué hizo el hombre cuando Jói cogió el tapacubos? —preguntó otra vez Sigurdur Óli.

—Parecía tener los nervios a flor de piel.

—¿Y qué ocurrió?

—Se enfadó con mi hermano —explicó Haraldur—. No habría debido hacerlo, porque aunque Jói era tonto, también era muy fuerte. Se lo quitó de encima como un pingajo.

—Y lo mató —dijo Erlendur.

Haraldur alzó lentamente la cabeza de entre los hombros.

—¿Qué es lo que te acabo de decir?

—¿Por qué tenemos que creerte ahora, después de haber mentido durante tantos años?

—Decidí fingir que nunca había venido. Que nunca le habíamos visto. Era lo más sencillo. No le hicimos nada. Estaba en perfecto estado cuando se largó.

—¿Por qué vamos a creerte ahora? —quiso saber Sigurdur Óli.

—Jói no mató a nadie —dijo Haraldur, enfatizando sus palabras—. Nunca habría podido hacer algo así. El bueno de Jói no le hacía daño ni a una mosca. Pero vosotros no le habríais creído. Intenté razonar con él para que devolviera el tapacubos, pero no quiso decirnos dónde lo había escondido. Jói era como los cuervos. Le encantaban las cosas brillantes, y los tapacubos eran muy bonitos y resplandecientes. Le dieron ganas de tener uno. Ese fue todo su delito. El tipo aquel se puso frenético y nos amenazó, se abalanzó contra Jói. Dimos unos cuantos golpes y luego se fue lanzando improperios, y nunca volvimos a verle.

—¿Por qué tengo que creerme lo que dices? —repitió Erlendur.

Haraldur refunfuñó.

—Me da exactamente igual lo que creas —dijo—. Puedes hacer lo que te dé la gana con lo que te he dicho.

—¿Por qué no le contaste a la policía esta bonita historia de tu hermano y tú, cuando estaban buscando al hombre?

—La policía no parecía tener demasiado interés por nada —respondió Haraldur—. No pidieron ni información. Me tomaron declaración y ya está.

—¿Y el hombre se largó de la granja después de la pelea? —preguntó Erlendur, que se quedó pensando en la apatía de Níels.

—Sí.

—¿Y faltaba un tapacubos?

—Sí, el tipo ese se marchó sin recuperar el tapacubos.

—¿Qué hiciste con él? ¿Llegaste a saber dónde estaba, por lo menos?

—Lo enterré. Cuando empezasteis a preguntar por ese hombre. Jói me dijo dónde lo había puesto y yo hice un agujero pequeño detrás de la casa y lo enterré allí. Puedes encontrarlo allí.

—Muy bien —dijo Erlendur—. Excavaremos detrás de la casa y ya veremos si lo

encontramos. Pero me parece que sigues mintiéndonos.

—Me importa un carajo —dijo Haraldur—. Podéis creer lo que os dé la gana.

—¿Algo más? —preguntó Erlendur.

Haraldur no se movió ni dijo nada. Quizá pensaba que ya había dicho demasiado. Sigurdur Óli miró a Erlendur. El silencio reinaba en la pequeña habitación. Les llegaba el ruido del comedor y el pasillo, los mayores paseando y esperando la hora de la siguiente comida. Erlendur se puso en pie.

—Muchas gracias —dijo—. Nos será útil. Deberíamos haberlo sabido hace unos treinta años, pero...

—Perdió la cartera —espetó Haraldur.

—¿La cartera? —repitió Erlendur.

—En la pelea. El vendedor ese. Perdió la cartera. No la encontramos hasta después de que se marchara. Estaba en el sitio donde había aparcado el coche. Jói la vio y la escondió. Tan tonto no era.

—¿Te refieres a una cartera de bolsillo, una billetera?

—Sí.

—¿Qué hicisteis con la cartera? —preguntó Sigurdur Óli.

—La enterré con el tapacubos —dijo Haraldur, y de pronto una sonrisa apagada se dibujó en sus labios—. Deberíais poderla encontrar también.

—¿No intentaste devolverla? —dijo Erlendur.

—Lo intenté pero no encontré el nombre en el listín. Luego os pusisteis a preguntar por él y preferí hacerla desaparecer junto al tapacubos.

—¿Quieres decir que Leopold no estaba en el listín telefónico?

—Eso es; pero tampoco el otro nombre.

—¿El otro nombre? —preguntó Sigurdur Óli—. ¿Se llamaba algo más?

—No comprendí por qué, pero en la cartera había papeles con el nombre con el que se presentó, Leopold, y otros con un nombre distinto.

—¿Qué nombre? —preguntó Erlendur.

—Jói era muy divertido —continuó Haraldur—. Andaba siempre rondando por el sitio donde enterré el tapacubos. A veces se tumbaba en el suelo, o se sentaba en el sitio donde estaba el tapacubos. Pero nunca se atrevió a desenterrarlo. Nunca se atrevió a tocarlo. Sabía que había hecho algo malo. Lloró en mis brazos después de la pelea. Pobre chico.

—¿Qué nombre era? —insistió Sigurdur Óli.

—No me acuerdo —respondió Haraldur—. He dicho lo que tenéis que saber, así que a la puta calle. Dejadme en paz.

Erlendur acercó el coche hasta la derruida vivienda de Mosfell. El viento del norte había hecho que la temperatura bajase considerablemente, y el otoño se estaba extendiendo por el país. Sintió frío al ir hacia la parte trasera de la casa. Se arrebujó

en el abrigo. En tiempos había existido una valla alrededor del patio, pero se había deshecho muchos años atrás y en su mayor parte había desaparecido entre la hierba. Antes de despedirse, Haraldur hizo a Sigurdur una descripción más o menos aproximada del lugar donde había enterrado el tapacubos.

Erlendur llevaba una pala que había encontrado en la granja, marcó los pasos desde la pared y empezó a cavar. El tapacubos no podía estar enterrado a mucha profundidad. Sintió calor con el esfuerzo e hizo una pausa para encender un cigarrillo. Luego continuó. Excavó un metro en la tierra pero no encontró ni rastro del tapacubos y empezó a agrandar el agujero. Volvió a hacer una pausa. Hacía mucho que no se esforzaba tanto. Se fumó otro cigarrillo.

Diez minutos más tarde, la pala golpeó algo metálico, y comprendió que había encontrado el tapacubos del Falcon negro.

Quitó la tierra con cuidado usando la pala y luego se arrodilló y apartó la tierra con las manos. Al poco, el tapacubos estaba al descubierto y lo sacó cuidadosamente del agujero. Estaba oxidado, pero era evidente que pertenecía a un Ford Falcon. Erlendur se puso en pie y lo golpeó contra la pared de la casa para quitarle la tierra. Al golpear la pared, el embellecedor hizo un fuerte ruido metálico.

Erlendur lo dejó y miró el agujero que había cavado. Aún tenía que encontrar la billetera de la que había hablado Haraldur. No la vio en el lugar que había ocupado el tapacubos, y se puso otra vez de rodillas encima del agujero, y escarbó con las manos.

Todo coincidió con lo que había dicho Haraldur. Erlendur encontró la cartera hundida en la tierra, justo donde estaba el tapacubos. La cogió con mucho cuidado y se puso en pie. Era una billetera de cuero corriente, negra y alargada. Su estancia bajo tierra la había podrido, y tuvo que tratarla con la máxima prudencia porque estaba hecha jirones. Al abrirla vio un libro de cheques, varios billetes de banco islandeses fuera de circulación desde hacía tiempo, algunos recortes de prensa y un carné de conducir a nombre de Leopold. La humedad había llegado hasta él y la foto del hombre era prácticamente irreconocible. En otro de los departamentos encontró otro carné de conducir. Le pareció que se trataba de un permiso extranjero, y la foto no estaba tan estropeada como la otra. La observó con detenimiento pero no reconoció al hombre de la foto.

El permiso parecía estar expedido en Alemania, pero su estado era tan malo que no se podían leer más que algunas palabras sueltas.

Pudo ver claramente el nombre pero ni patronímico islandés ni apellido extranjero. Erlendur estaba de pie con la cartera en la mano, y miró hacia el cielo.

Reconoció el nombre del carné de conducir.

Reconoció el nombre de Emil.

Lothar Weiser le zarandéo, le gritó y le abofeteó una y otra vez. Poco a poco fue volviendo en sí y vio que el charco de sangre formado bajo la cabeza de Emil se había extendido por el sucio suelo de piedra. Miró a Lothar.

—He matado a Emil —dijo.

—¿Qué coño ha pasado? —bramó Lothar—. ¿Por qué le has golpeado? ¿Qué sabías tú de él? ¿Cómo pudiste encontrarle? ¡¿Qué estás haciendo tú aquí, Tomas?!

—Te seguí —respondió él—. Te vi y te seguí. Y ahora le he matado. Dijo algo malo de Ilona.

—¿Aún sigues pensando en ella? ¿Es que no vas a olvidarla nunca?

Lothar fue a la puerta y la cerró con cuidado. Miró a su alrededor, como buscando algo en el almacén. Mientras, él estaba en absoluto silencio mirando a Lothar como si hubiera caído en trance. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad y ahora veía mejor el interior de la caseta. Estaba llena de artilugios viejos amontonados, sillas, herramientas de jardinería, muebles y colchones. En torno a la mesa de trabajo distinguió aparatos de diverso tipo, algunos de los cuales le resultaban desconocidos. Había telescopios y cámaras de fotos grandes y pequeñas y una gran grabadora de cinta que le pareció que estaba conectada a algo así como un transmisor de radio. También observó que había fotos aquí y allá, pero no pudo distinguir de qué eran. En el suelo, al lado de la mesa, había una gran caja negra con varias pantallitas y botones, que no fue capaz de imaginar para qué podían servir. A su lado había una maleta marrón, en la que podría caber el aparato. Parecía dañado, las pantallitas estaban rotas y la placa posterior parecía haberse soltado y estaba caída en el suelo.

Seguía como embobado. En un extraño estado onírico. Lo que acababa de hacer era tan irreal y tan extraño que no era capaz de asimilarlo. Miró el cuerpo en el suelo, y a Lothar haciendo algo sobre él.

—Creía que le conocía...

—Emil podía ser un bicho de la peor especie —dijo Lothar.

—¿Fue él quien os habló de Ilona?

—Sí, dirigió nuestra atención a esas reuniones que organizaba. Trabajaba para nosotros en Leipzig, en la universidad. No le importaba a quién traicionaba, a quién delataba. Ni siquiera sus mejores amigos estaban a salvo. Como tú —dijo Lothar poniéndose de nuevo en pie.

—Yo pensaba que los islandeses no corríamos peligro —respondió él—. Nunca sospeché... —Se detuvo en mitad de la frase. Estaba volviendo en sí. La neblina se estaba disipando. Su mente estaba más clara—. Pero tú no eras mejor que él. Tú eras exactamente igual que él, o incluso peor.

Se miraron a los ojos.

—¿Debo tenerte miedo? —preguntó.

No sentía miedo alguno. Al menos, aún no. Lothar no producía miedo. Al

contrario, era como si Lothar se hubiera puesto a pensar en qué hacer con Emil, caído en el suelo en un charco de su propia sangre. Lothar no le había atacado. Ni siquiera le había quitado la pala, Por alguno motivo ilógico, seguía aún con la pala en la mano.

—No —dijo Lothar—. No tienes por qué tenerme miedo.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Te lo estoy diciendo.

—No se puede confiar en nadie —repuso él—. Tú deberías saberlo mejor que yo. Tú me lo enseñaste.

—Tienes que marcharte de aquí e intentar olvidar esto. No me preguntes por qué. Yo me ocuparé de Emil. No se te ocurra hacer ninguna tontería, como llamar a la policía. Olvídate de esto. Como si no hubiera sucedido nada. No hagas ninguna tontería.

—¿Por qué? ¿Por qué me estás ayudando? Yo creía...

—No creas nada —le interrumpió Lothar—. Vete y no hables con nadie sobre este hombre. No es asunto tuyo.

Estaban uno frente al otro, y Tomas agarró la pala con fuerza.

—¡Claro que es asunto mío!

—No —dijo Lothar con decisión—. Olvídate de esto.

—¿A qué te referías con lo que dijiste?

—¿Qué? —preguntó Lothar.

—Eso de qué sabía yo de él. De cómo había dado con él. ¿Llevaba mucho tiempo viviendo aquí?

—¿Aquí en Islandia? No.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué estáis haciendo los dos juntos? ¿Qué aparatos son esos que hay en el almacén? ¿De qué son esas fotos de la mesa?

Lothar estiró con fuerza el mango de la pala con la idea de quitársela, pero él la sujetó aún más fuerte y no la soltó.

—¿Qué hacía Emil aquí? —preguntó—. Creía que vivía en el extranjero. En la RDA. Que no había vuelto nunca a Islandia después de terminar la carrera.

Lothar era un auténtico misterio para él, y en esos momentos, más que nunca. ¿Quién era ese hombre? ¿Había estado equivocado con Lothar todo aquel tiempo, o era el individuo retorcido y traicionero que parecía en Leipzig?

—Vete a casa —dijo Lothar—. Deja de pensar en todo lo ocurrido. Nada de esto es asunto tuyo. Esto no tiene nada que ver con lo que sucedió en Leipzig.

Él no le creyó.

—¿Qué sucedió allí? ¿Qué sucedió en Leipzig? Dímelo. ¿Qué le hicieron a Ilona? Lothar soltó un exabrupto.

—Hemos intentado que los islandeses trabajéis para nosotros —dijo finalmente—. No funcionó. Todos los islandeses informaron sobre nosotros. Dos de nuestros hombres fueron detenidos hace unos años y expulsados del país, después de intentar

que un hombre de aquí, de Reikiavik, hiciera fotos para nosotros.

—¿Fotos?

—De las instalaciones militares en Islandia. Nadie quería trabajar para nosotros. Así que trajimos a Emil para que lo hiciera él.

—¿Emil?

—A él no le pareció demasiado complicado.

Lothar vio el gesto de incredulidad en su rostro y empezó a hablarle de Emil. Era como si Lothar quisiera convencerle de que podía confiar en él, que había cambiado.

—Le conseguimos un trabajo que le permitía viajar por todo el país sin despertar sospechas —dijo Lothar—. Se lo tomó muy en serio. Se sentía como un auténtico espía. —Lothar miró el cadáver de Emil en el suelo—. Quizá lo era.

—¿Y tenía que sacar fotos de las instalaciones del ejército americano? —preguntó Tomas.

—Sí, incluso tenía que trabajar temporalmente en lugares como Heidarfjall, en Langanes, o en Stokksnes, cerca de Hofn de Hornafjörður. Y en Hvalfjörður, donde están los almacenes de petróleo. O en Straumnesfjall, en los fiordos del oeste. Trabajaba en Keflavík y llevaba un aparato de escucha. Vendía maquinaria agrícola y eso le permitía justificar siempre su estancia en cualquier punto del país. Teníamos pensadas para él misiones aún más importantes en el futuro —dijo Lothar.

—¿Cómo qué?

—Las posibilidades son infinitas —respondió Lothar.

—¿Y qué hay de ti? ¿Por qué me estás contando todo esto? ¿Acaso no eres uno de ellos?

—Lo soy —respondió Lothar—. Soy uno de ellos. Y ahora márchate ya. Yo me ocupo de Emil. Olvida todo esto y nunca hables de ello con nadie. ¿Comprendes?! Con nadie.

—¿No había peligro de que le descubrieran?

—Se había fabricado una tapadera —dijo Lothar—. Le dijimos que no era necesario, pero decidió usar nombre falso y otras cosas por el estilo. Si alguien le reconocía como Emil, diría que estaba haciendo una breve visita a Islandia, pero habitualmente se hacía llamar Leopold. No sé de dónde sacó el nombre. A Emil le gustaba jugar a dos bandas. Disfrutaba de una forma increíble aparentando ser quien no era.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Algunas veces tiramos cosas inútiles a un pequeño lago que hay al sur de Reikiavik. No debería representar ningún problema.

—Te he odiado durante muchos años, Lothar. ¿Lo sabías?

—Ya te había olvidado, Tomas, si he de decirte la verdad. Ilona era un problema y la habrían cazado tarde o temprano. Lo que yo hice no tuvo ninguna importancia. Ninguna.

—¿Cómo sabes que no iré directamente a la policía?

—Porque haber matado a este hombre no te hace sentir culpable. Por eso debes olvidarlo. Por eso, aquí no ha sucedido nada. Yo no diré lo que has hecho y tú olvidarás que yo he existido.

—Pero...

—Pero... ¿qué? ¿Vas a confesar que has cometido un crimen? ¡No me vengas con niñerías!

—No éramos más que unos críos. ¿Cómo pudieron tomar las cosas aquel rumbo?

—Intentamos sobrevivir —dijo Lothar—. Eso era lo único que podíamos hacer.

—¿Qué vas a decirles de Emil? ¿Qué vas a decirles que pasó?

—Les diré que le encontré así y que no sé qué coño puede haber pasado, pero que lo mejor era hacerlo desaparecer. Lo comprenderán. ¡Lárgate de una vez! ¡Largo de aquí antes de que cambie de opinión!

—¿Sabes qué fue de Ilona? —preguntó él—. ¿Puedes decirme qué fue de Ilona?

Estaba ya en la puerta de la caseta cuando se dio la vuelta y preguntó lo que le había estado torturando todos aquellos años. Como si la respuesta pudiera ayudarle a conformarse con lo sucedido, que era ya irremediable.

—No sé mucho —dijo Lothar—. Oí decir que había intentado huir. La llevaron a un hospital y eso es lo único que sé.

—¿Pero por qué la detuvieron?

—Lo sabes perfectamente —contestó Lothar—. No era una pobre chica inocente. Ella misma había aceptado el riesgo y sabía lo que estaba haciendo. Era peligrosa. Alentaba la insurrección. Trabajaba contra ellos. Pero ellos tenían ya la experiencia del levantamiento de 1953. No pensaban dejar que se repitiera.

—Pero...

—Ella sabía el riesgo que corría.

—¿Qué fue de ella?

—¡Déjalo ya y lárgate!

—¿Murió?

—Seguramente —dijo Lothar, mirando pensativo la caja negra de los diales rotos. Miró la mesa y descubrió las llaves de un coche. El llavero llevaba la marca de la fábrica Ford.

—Haremos que la policía de aquí crea que se ha ido a algún otro lado del país —dijo como si estuviera hablando consigo mismo—. Tengo que convencer a mis hombres. Puede resultar difícil. Ya no se creen nada de lo que les digo.

—¿Por qué no? —preguntó él—. ¿Por qué no te creen?

Lothar sonrió.

—He sido malo —dijo—. Y creo que lo saben.

Erlendur estaba en el garaje de Kópavogur mirando el Ford Falcon. Tenía en la mano el tapacubos, y se inclinó para ponerlo en una de las ruedas delanteras. El tapacubos encajaba perfectamente. La mujer se había mostrado un tanto asombrada por la nueva visita de Erlendur, pero le ayudó a entrar en el garaje y quitar la pesada lona que cubría el coche. Erlendur se quedó en pie mirando las líneas de aquel vehículo, la lustrosa pintura negra, los pilotos traseros redondos, la tapicería blanca, el volante grande y estilizado, y el viejo embellecedor que estaba de nuevo en su sitio al cabo de tantos años, y de repente se vio dominado por un violento deseo. No había sentido un deseo así en muchísimo tiempo.

—¿Así que este es el tapacubos original? —preguntó la mujer.

—Sí —dijo Erlendur—, lo encontramos.

—Pues muy bien hecho —respondió la mujer.

—¿Crees que todavía funcionará? —preguntó Erlendur.

—Antes funcionaba —dijo la mujer—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es un coche un tanto especial —comentó Erlendur—. Estaba pensando si... si está en venta... y que...

—¿En venta? —dijo la mujer—. Estoy intentando sacarlo de aquí desde que murió mi marido, pero nadie tiene el menor interés en él. Incluso lo intenté poniendo un anuncio, pero sólo llamaron algunos tipos locos que no querían pagar. Pretendían que se lo regalara. ¡Que me lleve el diablo si un día regalo este coche!

—¿Cuánto quieres por él? —preguntó Erlendur.

—¿No debes comprobar primero si está en estado de uso y demás? —preguntó la mujer—. Si quieres, lo puedes conducir unos cuantos días. Tengo que hablar con mis hijos. Ellos están mucho más enterados que yo de estas cosas. Yo lo único que sé es que ni por asomo voy a regalar a nadie este coche. Quiero un buen precio por él.

La memoria de Erlendur le había traído la imagen de su cochambroso utilitario japonés, ya tan oxidado que se caía a pedazos. Nunca había querido poseer nada, pues eso no servía nada más que para coleccionar cosas muertas, pero el Falcon tenía algo que había despertado su atención. Quizás era la historia de aquel coche y su relación con una misteriosa desaparición sucedida decenios atrás. Por algún motivo, Erlendur tuvo la sensación de que aquel coche tenía que ser suyo.

Sigurður Óli no pudo reprimir un gesto de asombro cuando Erlendur fue a verle a mediodía del día siguiente. El Ford funcionaba perfectamente. La mujer dijo que sus hijos iban con regularidad a Kópavogur para revisarlo, aunque no tenían el menor interés por los coches antiguos. Erlendur había ido directamente a un taller Ford, donde revisaron el coche, lo lubricaron, comprobaron la protección anticorrosión y el sistema eléctrico. Le dijeron que el vehículo estaba como nuevo, los asientos muy poco gastados, los instrumentos, perfectos, y el motor en un estado aceptable a pesar del poco uso.

—¿Pero en qué estás pensando? —preguntó Sigurdur Óli cuando se sentó en el asiento del copiloto.

—¿En qué estoy pensando? —repitió Erlendur.

—¿Qué piensas hacer con este coche?

—Conducirlo —dijo Erlendur, y salió del aparcamiento.

—¿Se puede? ¿No es una especie de prueba?

—Ya se verá.

Se dirigían a visitar a uno de los estudiantes de Leipzig; Tomas, de quien les había hablado Hannes. Erlendur había visitado a Marion por la mañana. Le pareció que estaba bastante bien. Le había preguntado por Kleifarvatn y por Eva Lind.

—¿Ya has localizado a tu hija? —preguntó Briem.

—No —fue la respuesta de Erlendur—. No sé nada de ella.

Sigurdur Óli le dijo que se había dedicado a estudiar en internet las actividades de la Stasi, la Policía Política de Alemania Oriental. Casi habían conseguido realizar una vigilancia exhaustiva de todos los ciudadanos. Los cuarteles centrales de la Stasi ocupaban cuarenta y un edificios, la organización utilizaba 1.181 casas para sus agentes, 305 casas de veraneo, 98 instalaciones deportivas, 18.000 apartamentos para las reuniones con espías, 97.000 personas trabajaban para la Stasi, 2.171 se dedicaban a leer el correo, 1.486 pinchaban teléfonos, 8.426 hacían escuchas telefónicas y de radio. La Stasi tenía más cien mil colaboradores activos no oficiales, un millón de personas le proporcionaban información de forma esporádica, existían informes sobre seis millones de personas y una sección se dedicaba exclusivamente a la vigilancia de los miembros de la propia Stasi.

Sigurdur Óli concluyó su relación en el momento en que Erlendur y él se detenían ante la puerta de la casa de Tomas. Era pequeña, un solo piso y sótano, vieja y claramente necesitada de reforma. Había manchas en el tejado de chapa, y los canalones de desagüe estaban oxidados. Había desconchones en las paredes, que no se habían pintado en años, el jardín estaba totalmente descuidado. La casa se hallaba en un lugar con preciosas vistas al mar, en la parte oeste de la ciudad, y Erlendur aprovechó para contemplar el océano. Sigurdur pulsó el timbre por tercera vez. Al parecer, no había nadie en casa.

Erlendur vio un barco en el horizonte. Un hombre y una mujer caminaban a buen paso por la acera, delante de la casa. El hombre daba zancadas e iba delante de ella, que hacía todo lo posible por no quedarse rezagada. Iban charlando, él hacia atrás por encima del hombro, y ella alzando la voz para que él pudiera oírla. Ninguno de los dos se percató de la presencia de los dos policías en la puerta de la casa.

—Eso significa entonces que el tal Emil de Leipzig y el bueno de Leopold eran la misma persona —dijo Sigurdur Óli, tocando otra vez el timbre.

Erlendur le había hablado de sus hallazgos en casa de los hermanos en Mosfell.

—Eso parece —dijo Erlendur.

—¿Y será él también el hombre del lago?

—Posiblemente.

Tomas estaba en el sótano cuando oyó el timbre de la puerta. Supo que era la policía. Por la ventana del sótano había visto dos hombres saliendo de un viejo automóvil negro. Era toda una coincidencia que llegaran en ese preciso momento. Estaba esperándoles desde la primavera, todo el verano, y ya había llegado el otoño. Sabía que vendrían. Sabía que si tenían aunque sólo fuera una pizca de cerebro acabarían presentándose delante de su puerta, esperando a que les abriera.

Miró por la ventana del sótano y pensó en Ilona. Una vez estaban junto a la estatua de Bach al lado de la iglesia de Santo Tomás. Era un hermoso día de verano e iban cogidos de la mano. A su alrededor estaba todo lleno de gente que paseaba, de tranvías y de coches, pero para ambos no existía otro mundo que ellos mismos.

Cogió el revólver. Era inglés, de la Segunda Guerra Mundial. Había sido de su padre, a quien se lo había dado un militar inglés, junto con varios cartuchos. Él lo había limpiado y engrasado, y unos días atrás había ido a Heidmork a comprobar si funcionaba bien. Tenía un único cartucho. Levantó el brazo y puso el cañón en su sien.

Ilona levantó los ojos para mirar la iglesia y la torre.

—Eres mi Tomas —dijo, y le besó.

Bach se erguía por encima de ellos, en total silencio, mirando hacia el infinito, y él tuvo la sensación de que en sus labios se dibujaba una sonrisa.

—Siempre —dijo—. Siempre seré tu Tomas.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Sigurdur Óli mientras Erlendur y él esperaban delante de la puerta—. ¿Tiene algún papel en esto?

—Sólo sé lo que dijo Hannes —respondió Erlendur—. Estuvo en Leipzig y tenía allí una novia.

Volvió a tocar el timbre. Y siguieron esperando.

No fue realmente el sonido de un disparo lo que llegó hasta ellos. Fue como un golpecito dentro de la casa. Como si hubieran golpeado suavemente la pared con un martillo. Erlendur miró a Sigurdur Óli.

—¿Has oído eso?

—Ahí dentro hay alguien —dijo Sigurdur Óli.

Erlendur golpeó la puerta y agarró el pomo. No estaba cerrada con llave. Entraron y llamaron a gritos, pero nadie contestó. Vieron una puerta y una escalera que llevaban al sótano. Erlendur descendió prudentemente por la escalera y vio a un hombre caído en el suelo y a su lado una pistola de modelo antiguo.

—Aquí hay un sobre dirigido a nosotros —dijo Sigurdur Óli, bajando por la escalera.

Tenía en la mano un grueso sobre amarillo en el que estaba escrito «Policía».

—¡Vaya! —exclamó al ver al hombre en el suelo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Erlendur, como hablando consigo mismo. Fue hacia el cadáver y miró fijamente a Tomas—. ¿Por qué?

Erlendur visitó a la novia del hombre que se hacía llamar Leopold, pero que en realidad se llamaba Emil, y le dijo que los huesos de Kleifarvatn eran los restos mortales del hombre al que amó mucho tiempo atrás y que desapareció de su vida como si la tierra se lo hubiera tragado. Pasó un largo rato con ella en el salón, informándola de lo que había escrito Tomas antes de bajar al sótano, y respondió a sus preguntas lo mejor que pudo. La mujer tomó las noticias con calma.

No mostró reacción alguna cuando Erlendur le dijo que, posiblemente, Emil trabajaba en secreto para Alemania Oriental.

Aunque la historia fue toda una sorpresa para ella, Erlendur supo que no sería la verdadera actividad de Emil, ni quién era en realidad, lo que ocuparía su mente cuando él se hubiera marchado esa tarde. No había podido responder a la pregunta que sabía que la atormentaba más que cualquier otra. ¿Su amor era correspondido? ¿La amaba él realmente? ¿O la había utilizado solamente como una cosa más para conseguir sus fines?

Intentó verbalizar su pregunta antes de que Erlendur se marchara. Este se dio cuenta de que no le era fácil, y de pronto la abrazó. La mujer rompió a llorar.

—Tú lo sabes —dijo él—. Tú lo sabes mejor que nadie, ¿no es verdad?

Un día, poco después, Sigurdur Óli volvió a casa después del trabajo y vio a Bergthóra confusa y desvalida, mirándole con los ojos arrasados en lágrimas. Enseguida comprendió lo que había sucedido. Corrió hacia ella e intentó reconfortarla, pero ella se echó a llorar inconsolablemente, el cuerpo entero le temblaba. La sintonía de las noticias llegó hasta ellos desde la radio. La policía anunciaba la desaparición de un hombre de mediana edad. El anuncio iba seguido de una breve descripción. Sigurdur Óli levantó la cabeza y de repente vio en su mente a una mujer en una tienda, con una cestita de fresas en la mano.

Cuando llegó el invierno con sus fríos vientos del norte y sus espesas nevadas, Erlendur fue al lago donde habían aparecido los huesos de Emil la primavera anterior. Era por la mañana y había escaso tráfico en las cercanías del lago. Erlendur aparcó el Ford en el arcén y bajó hasta la orilla. Había leído en los periódicos que ya no se escapaba el agua y que el nivel del lago había empezado a subir de nuevo. Según la previsión de los científicos de la Compañía de Distribución de la Energía, recuperaría su volumen original. Erlendur miró hacia la poza de Lambhagatjörn, que se había secado dejando ver el rojo fondo de arcilla. Miró hacia el arroyo Sydri-Stapa, que desaguaba en el lago, y hacia el círculo de montañas que lo abrazaba, y se maravilló de que aquel pacífico lago se hubiera podido convertir en el escenario de un caso de espionaje en Islandia.

Miró el agua moviéndose en pequeñas olas hacia el norte, y pensó que aquel lugar volvería a ser como antes. Quizá todo lo había organizado la divina providencia. Quizás el Kleifarvatn se había vaciado para dejar al descubierto un antiguo crimen. Muy pronto volvería a ser profundo y frío, justo en el lugar en el que estaba el esqueleto ocultando una historia de amor y traición en un país lejano.

Había leído más de una vez el relato que escribió Tomas y que concluyó poco antes de quitarse la vida. Leyó sobre Lothar y Emil y los estudiantes islandeses, y el sistema que se ofreció a sus ojos, inhumano e incomprensible, destinado a pudrirse y desaparecer. Leyó las reflexiones de Tomas sobre Ilona y su breve convivencia, sobre el amor que sentía por ella y el niño que esperaban y que él jamás pudo ver. Sintió una profunda compasión por aquel hombre con quien nunca había podido hablar y al que había encontrado bañado en su propia sangre, con una vieja pistola al lado. Quizá fuera aquella la única solución posible para Tomas.

Nadie echó en falta a Emil, excepto la mujer que le conocía con el nombre de Leopold. Emil era hijo único y tenía pocos familiares. Había mantenido una correspondencia bastante esporádica con un primo suyo hasta mediados de los años sesenta, y siempre le escribía desde Leipzig. El primo había olvidado prácticamente la existencia de Emil cuando Erlendur fue a preguntar por él.

La embajada americana les había proporcionado una fotografía de Lothar, de la época en que era agregado en Noruega. La mujer de Emil no consiguió recordar haber visto nunca al hombre de la foto. La embajada alemana de Reikiavik proporcionó también algunas fotos antiguas de él, y supieron que había habido sospechas de que era agente doble y que probablemente murió en una prisión cercana a Dresde en algún momento anterior a 1978.

—Ya vuelve a subir el nivel —oyó Erlendur detrás de él, y se volvió.

Una mujer, que tuvo la sensación de conocer, le sonreía. Llevaba un grueso anorak y tenía la capucha puesta.

—Espera...

—Sunna —dijo la mujer—. La hidróloga. Yo fui la que encontró el esqueleto la primavera pasada, quizá ya no me recuerdes.

—Sí, sí, claro que te recuerdo.

—¿Dónde está el que va contigo? —preguntó, mirando a su alrededor.

—¿Sigurdur Óli?, supongo que estará en la comisaría.

—¿Habéis podido saber quién era el del lago? —preguntó Sunna.

—Más o menos —contestó Erlendur.

—No he visto nada en las noticias.

—No, todavía no hemos informado a los medios —dijo Erlendur—. ¿Y tú, qué cuentas?

—Nada, todo muy bien.

—¿Está ese contigo? —preguntó Erlendur, mirando a un hombre que estaba en la playa tirando piedras al lago, haciendo cabrillas.

—Sí —dijo Sunna—. Le conocí este verano. ¿Y quién era el del lago?

—Es una larga historia —dijo Erlendur.

—Quizá la leeré en los periódicos.

—Quizá.

—Bueno, hasta la vista.

—Adiós —dijo Erlendur con una sonrisa.

Miró a Sunna caminar hacia donde estaba el hombre y les vio dirigirse a un coche que estaba aparcado junto al talud, y marcharse en dirección a Reikiavik.

Erlendur se arrebujó en el abrigo y paseó la vista por el lago. Pensó sin pretenderlo en el apóstol que también se llamaba Tomás y del que escribió Juan en su evangelio. Los apóstoles le dijeron que habían visto a Jesucristo resucitado y Tomás respondió: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré».

Tomas había visto la señal de los clavos y había metido el dedo en la herida, pero, a diferencia del Tomás del que habla la Biblia, él había perdido la fe al hacerlo.

—Bienaventurados los que no vieron ni creyeron —musitó Erlendur, y sus palabras fueron arrastradas sobre las aguas del lago por el viento del norte.



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.